



RELATOS AFRICANOS

(African Stories, 1964)

Doris Lessing

ÍNDICE

EL PEQUEÑO TEMBI.....	3
EL VIEJO JEFE MSHLANGA.....	19
LA BRUJERÍA NO SE VENDE.....	26
SALE EL SOL EN LA LLANURA.....	31
EL SOL ENTRE LOS PIES.....	36
HISTORIA DE DOS PERROS.....	40
CARTA DE CASA.....	53
HAMBRE.....	59
VUELO.....	131
LA MADONNA NEGRA.....	135
TRAIADORAS.....	144
ESPÍAS A LOS QUE HE CONOCIDO.....	150
HISTORIA DEL HOMBRE QUE NUNCA SE CASABA.....	160

EL PEQUEÑO TEMBI

(Little Tembi)

Jane McCluster, que había sido enfermera antes de casarse, montó una clínica en la granja un mes después de llegar. Aunque había nacido en la ciudad y se había criado en ella, tenía amplia experiencia en el trato con nativos, pues por su propia elección había ejercido esa profesión durante varios años en las alas del hospital dedicadas a ellos. Le gustaba cuidarlos y para explicar aquella sensación usaba las siguientes palabras: «Son como niños y aprecian lo que se hace por ellos». Por eso, tras hacerse con una visión completa de la situación de los nativos de la granja y establecer un diagnóstico, dijo: «¡Pobrecitos!» y emprendió la labor de convertir una vieja granja lechera en dispensario. Su marido estaba encantado; a largo plazo, el control de la enfermedad en el complejo implicaría una reducción de gastos.

Willie McCluster también había nacido en Sudáfrica y se había criado en el país, pero era infalible y decididamente escocés. Tal vez la lealtad matizara en parte su acento, pero conservaba todas las buenas cualidades de su gente y el clima de lentitud y relajación no las había deteriorado. Era astuto, vigoroso, terrenal, pragmático y amable. En cuanto al aspecto físico, tenía buena estatura, un rostro cuadrado y huesudo, la boca prieta y unos ojos cuya mirada azul y temperamental quedaba atemperada por las arrugas que los rodeaban. Se había hecho granjero de joven, pero llevaba ya años planificando la decisión: no era de los que llegaban a la tierra por que les desagradaba trabajar en una oficina, o porque los llevara allí el fracaso o vagos anhelos de «libertad». Jane, una muchacha alegre y competente que sabía lo que quería, coqueteaba con sus numerosos pretendientes sin perder de vista a Willie, que le escribía cartas cada semana desde la granja escuela de Transvaal. En cuanto terminó sus cuatro años de formación se casaron.

Entonces tenían 27 años y se sentían bien preparados para una vida útil y gozosa. Su casa estaba lista para albergar a una familia. Les hubiera encantado que naciera una criatura a los nueve meses de la boda, como estaba de moda en los viejos tiempos. Sin embargo, la criatura no llegó; cuando pasaron dos años, Jane viajó a la ciudad para ir al médico. Al saber que necesitaba una operación para poder tener hijos se sintió más indignada que desgraciada. No asociaba la enfermedad con su propia personalidad y la mera idea le parecía impropia para su personaje. Sin embargo, gracias a su habitual sentido del pragmatismo, se sometió a la operación y aceptó esperar otros dos años antes de formar una familia. Un poco sí que se desanimó. Muy a su pesar, sucumbió a la inseguridad; y fue precisamente su estado de ánimo melancólico y decepcionado lo que hizo que su trabajo en la clínica se volviera tan importante para ella. Así como al principio había dispensado los medicamentos y sus buenos consejos de modo rutinario, un par de horas cada mañana después del desayuno, ahora se entregó a ello, trabajó duramente, se exigió el máximo rendimiento y se empeñó en corregir las causas, y no sólo los síntomas.

El complejo, como es usual en esa clase de granjas, estaba formado por una mezcla de fango poco higiénico y cabañas de paja; la pobreza y la mala alimentación eran las causas de las enfermedades a que se enfrentaba.

Como había pasado toda su vida en el campo, no cometió el error de esperar demasiado; tenía esa clase de paciencia astuta e irónica que obtiene mejores resultados de los reticentes que cualquier cantidad de entusiasmo feroz.

Primero escogió unas cuatro hectáreas de buen suelo para los vegetales y supervisó personalmente el sembrado y el cultivo. Como no se pueden abandonar en una estación las costumbres que han durado siglos enteros, tuvo paciencia con los nativos que, al principio, se negaban a tocar alimentos a los que no estaban acostumbrados. Los persuadía y aleccionaba. Daba lecciones de higiene y de cuidado de los hijos a las mujeres de los barracones. Redactaba listas con la dieta y encargaba sacos de cítricos a los grandes terratenientes; de hecho, no pasó demasiado tiempo antes de que la propia Jane se encargara de la alimentación de los doscientos trabajadores de Willie, y a él le encantaba contar con su ayuda. Los vecinos se reían de ellos, pues incluso hoy en día se acostumbra alimentar a los nativos sólo con maíz, más algún buey sacrificado muy de vez en cuando por alguna celebración; en cualquier caso, no cabía duda de que los nativos de Willie eran

más sanos que la mayoría y trabajaban bastante más. En las frías mañanas de invierno, Jane se dedicaba a servir tazas de cacao que calentaba en un barril de petróleo colocado sobre un pequeño fuego para repartirlas entre los nativos antes de que salieran al campo; si pasaba un vecino y se reía de ella, Jane sonreía y explicaba: «Es puro sentido común, eso es lo que es. Además, pobrecitos, pobrecitos». Como los McCluster eran respetados en el distrito, se les perdonaba con humor algo que no parecía sino una ridícula excentricidad.

Pero no fue fácil, no fue nada fácil. De nada servía curar pies infectados por el anquilosoma si volvían a estarlo al cabo de una semana porque aquellos hombres nunca llevaban zapatos; nada podía hacerse contra la biliarciasis mientras infestara todos los ríos; además, los nativos seguían viviendo en aquellas chabolas oscuras y humeantes.

Con los niños sí servía; a Jane le gustaban muy especialmente los negritos. Sabía que en su granja morían menos niños que en cualquier otra muchos kilómetros a la redonda, y estaba orgullosa de ello. Pasaba mañanas enteras hablando con las mujeres sobre la suciedad y las virtudes de una alimentación adecuada; si un niño enfermaba, pasaba toda la noche sentada a su lado; y si morían lloraba amargamente. Entre los nativos la llamaban La Mujer de Buen Corazón. Se fiaban de ella. Aunque más bien temían y odiaban los medicamentos de los blancos¹, dejaban que Jane se saliera con la suya porque sentían que la impulsaba la bondad; día tras día, la muchedumbre de nativos que esperaban su atención médica iba creciendo. Eso enorgullecía a Jane, quien cada mañana se encaminaba al gran edificio de suelo de piedra y techo de paja, detrás de la casa, aquél que olía siempre a desinfectantes y a jabón, acompañada por el muchacho que la ayudaba, y pasaba allí muchas horas para ayudar a las madres, a los hijos y a los trabajadores que hubieran sufrido lesiones en el desempeño de sus tareas.

Le llevaron al pequeño Tembi en busca de ayuda en la época en que no podía alimentar la esperanza de tener sus propios hijos durante, al menos, dos años. El niño tenía lo que los nativos llamaban «la enfermedad del calor». Su madre había tardado demasiado en llevarlo y cuando Jane lo tomó en brazos era un esqueleto minúsculo y marchito, cubierto por un holgado pellejo grisáceo y con la tripa dolorosamente hinchada.

—Se va a morir —gimió la madre desde el umbral de la puerta de la clínica, en aquel tono fatalista que tanto molestaba a Jane.

—¡Tonterías! —contestó con brío.

El hecho de que ella también lo creyera aumentó precisamente su energía.

Dejó al niño bien arropado en una cesta y ella y su ayudante se miraron con tristeza. Jane se dirigió a la madre, que se había dejado caer al suelo y lloriqueaba desesperada, tapándose la cara con las manos:

—Deja de llorar. No sirve de nada. ¿Acaso no curé a tu primer hijo cuando tuvo el mismo problema?

Sin embargo, a aquel otro niño no lo había afectado tanto la enfermedad.

Cuando Jane llevó la cesta a la cocina y la dejó cerca del fuego para que estuviera caliente, vio en la cara del niño que trabajaba en la cocina la misma mirada triste que le había dirigido poco antes su ayudante; también era consciente de su propia mirada. «Este niño no va a morir —se dijo—. ¡No lo permitiré! ¡No lo permitiré!» Le parecía que, si era capaz de salvar al pequeño Tembi, se le garantizaría la vida del hijo propio que tanto deseaba.

Pasó el día sentada junto a la cesta, concentrada en su deseo de que el niño sobreviviera, con los medicamentos listos a su lado en una mesa; el cocinero y su ayudante colaboraron en todo lo que pudieron. Por la noche, la madre fue desde los barracones con su manta; las dos mujeres mantuvieron la vigilia juntas. La mirada fija e implorante de aquella mujer negra redobló el afán de vencer de Jane. Al día siguiente, y al otro, y al otro, así como durante todas sus largas noches, luchó por la vida de Tembi incluso cuando percibió en los rostros de los nativos de la casa que la daban por derrotada. Una vez, hacia el amanecer de una noche de aire frío y silencioso, el niño se quedó congelado al tacto y parecía que no respirase; Jane lo sostuvo junto al calor de su pecho y murmuró

¹ Esta historia se escribió en 1950.

una y otra vez: «Vas a vivir, vas a vivir...». Cuando salió el sol, la criatura respiraba profundamente y agitaba los pies entre las manos de Jane.

Cuando quedó claro que no iba a morir, la sensación de felicidad y de triunfo invadió toda la casa. Willie fue a ver al niño y dijo a Jane con afecto: «Buen trabajo, muchacha. Creía que no lo conseguirías». El cocinero y el ayudante estuvieron cariñosos y amables con Jane y le regalaron huevos y bollos en prueba de agradecimiento. En cuanto a la madre, tomó en brazos a su hijo, presa de una alegría temblorosa, y lloró mientras daba las gracias a Jane.

Ella misma, aunque exhausta y débil, se sentía tan feliz que no podía descansar, ni dormir: no hacía más que pensar en el hijo que iba a tener. No era supersticiosa y no se puede describir el asunto en esos términos: sentía que le había plantado cara a la muerte, que la había obligado a recular, derrotada, más allá de su puerta, y ahora disponía de la fuerza para invocar la vida en forma de hijos fuertes y sanos; los imaginaba creciendo a su lado, niños adorables concebidos por sus propias fuerzas, por su poder contra la muerte tramposa.

Durante un mes, la madre del pequeño Tembi lo llevó cada día a la casa, en parte para asegurarse de que no recayera y en parte porque Jane le había tomado cariño. Cuando estuvo recuperado y dejó de acudir a la clínica, Jane empezó a preguntar por él al cocinero y de vez en cuando enviaba un mensaje para que se lo llevaran. La madre aparecía entonces sonriendo en la puerta trasera con el pequeño Tembi a la espalda y con su hermano mayor pegado a sus faldas, y Jane bajaba los escalones, sonreía encantada y esperaba impaciente hasta que consiguieran retirar la tela que cubría la espalda de la madre para ver a Tembi acurrucado, chupándose un dedo con sus grandes ojos solemnes y negros y la otra mano cerrada en torno a las ropas de su madre para obtener algo de seguridad. Jane se lo llevaba dentro para enseñárselo a Willie.

–Mira –decía con ternura–, aquí está mi pequeño Tembi. ¿Verdad que es un negrito delicioso?

Tembi se convirtió en un muchacho tímido y regordete, que se tambaleaba inseguro cuando abandonaba los brazos de la madre para acercarse a Jane. Más adelante, cuando aprendió a caminar con firmeza, echaba a correr hacia ella y se reía cuando Jane lo levantaba en sus brazos. Siempre había fruta y dulces para él cuando visitaba la casa, siempre un abrazo de Jane y una sonrisa de buen humor por parte de Willie.

El niño tenía dos años cuando Jane dijo a su madre: «Este año, cuando lleguen las lluvias, yo también tendré un hijo». Y las dos mujeres, pese a sus diferencias raciales, compartieron la felicidad de los hijos por venir: la mujer negra esperaba el tercero.

Tembi iba con ella cuando acudió a visitar la cunita del nuevo niño blanco. Jane alargó una mano para tocarlo y dijo:

–Tembi, ¿cómo estás? –Luego sacó a la criatura de la cuna, se la mostró y añadió–: Ven a ver a mi niño, Tembi.

Pero éste dio un paso atrás como si tuviera miedo y se echó a llorar.

–No seas tonto, Tembi –dijo Jane con cariño.

Envió a su ayudante a buscar fruta para regalársela. No le dio el regalo personalmente porque estaba ocupada sosteniendo a su hijo.

Se concentró mucho en su nuevo interés y pronto descubrió que volvía a estar embarazada. No se olvidó del pequeño Tembi, pero empezó a pensar en él como lo que realmente había sido: aquel bebé al que había amado con tanta melancolía cuando no tenía hijos. Una vez vio a su madre andando por uno de los caminos de la granja con un niño de la mano y le preguntó:

–¿Dónde está Tembi?

Luego se dio cuenta de que aquel niño era Tembi. Lo saludó, pero más tarde le dijo a su marido:

–Ay, querido, qué pena cuando se hacen mayores, ¿verdad?

–No se puede decir que se haya hecho mayor todavía –contestó Willie, mirando con sonrisa indulgente a Jane, que permanecía sentada con sus dos hijos en el regazo–. Cuando ya sean una docena no los podrás tener encima como ahora –bromeó.

Habían decidido esperar un par de años y luego tener algunos más; Willie venía de una familia de nueve hermanos.

–¿Quién ha hablado de una docena? –preguntó ella con aspereza, por provocarlo.

—¿Por qué no? —contestó Willie—. Nos lo podemos permitir.

—¿Y cómo crees que me las voy a arreglar con todo? —gruñó Jane amablemente.

Estaba muy atareada. No había reducido su ritmo de trabajo en la clínica; seguía ocupándose personalmente de encargar y planificar la dieta de los trabajadores; y cuidaba de sus hijos sin ayuda. Ni siquiera tenía la clásica niñera nativa. Ciertamente, no se la podía culpar por haber perdido el contacto con el pequeño Tembi.

Pensó en él una noche mientras Willie mantenía la conversación habitual con el capataz sobre los trabajos de la granja. Necesitaba más mano de obra, había llovido mucho y las tierras estaban llenas de malas hierbas. Por muy rápidas que trabajaran las cuadrillas de nativos en el campo, parecía que las malas hierbas crecieran más altas que nunca. Willie sugirió que tal vez se pudiera separar de sus madres durante unas pocas semanas a los niños más crecidos. Ya habían contratado a un grupo de negritos, de edades comprendidas entre los nueve y los quince años, para tareas ligeras; sin embargo, no estaba seguro de que todos los niños disponibles estuvieran trabajando. El capataz dijo que haría lo que pudiera.

Como consecuencia de aquella conversación, un día uno de los pinches de la cocina los llamó desde la puerta delantera para que salieran a ver al pequeño Tembi, que tendría ya unos seis años, plantado con orgullo junto a su padre, que sonreía como él.

—Aquí tienen a un hombre para trabajar —dijo el padre, dirigiéndose a Willie.

Empujó hacia delante a Tembi, que se tambaleó como un becerrito y se quedó quieto, con la cabeza gacha y los dedos de una mano metidos en la boca. Parecía tan pequeñito y tan solo que Jane se compadeció y exclamó:

—¡Willie, pero si todavía es un niño!

Tembi iba casi desnudo, salvo por un cordoncillo de cuentas azules pegado a la piel a la altura de la tripa inflada. El padre de Tembi les contó que su otro hijo, que tenía ocho años, llevaba ya un año pastoreando becerros y no había ninguna razón por la que Tembi no pudiera ayudarlo.

—Es que no necesito dos chicos para becerros —protestó Willie. Luego, se dirigió a Tembi—: Y tú, grandullón, ¿cuánto quieres ganar?

Tembi bajó aún más la cabeza, retorció los pies sobre la tierra y murmuró:

—Cinco chelines.

—¡Cinco chelines al mes! —exclamó Willie, indignado—. ¿Y qué más? Vaya, eso lo ganan los negritos a los diez años. —Luego, tras notar en el brazo la presión de la mano de Jane, añadió enseguida—: Bah, venga, cuatro y seis peniques. Que ayude a su hermano con los becerros.

Jane, Willie, el pinche y el padre de Tembi se rieron benévolamente cuando el crío alzó la cabeza, sacó aun más la tripa y echó a andar por el camino, reluciente de orgullo.

—Bueno —suspiró Jane—. Nunca lo hubiera dicho. ¡El pequeño Tembi! Vaya, parece que fue ayer...

Tembi, premiado con un taparrabos, se sumó a su hermano para cuidar los becerros. Cuando los dos hermanos corrían junto a los animales, todo el mundo se daba la vuelta para mirar con una sonrisa al pequeño negrito, que se contoneaba de placer y se daba aires de importancia al agitar en el aire la ramita que su padre le había cortado en el monte como si fuera un pastor mayor con su rebaño completo de bestias.

Se suponía que becerros debían pasar todo el día cerca de la aldea; cuando se llevaban a las vacas grandes a pastar a los prados, Tembi y su hermano se agachaban debajo de un árbol, contemplaban a los becerros y, si uno amenazaba con escaparse, echaban a correr y gritaban. Tembi aprendió el trabajo durante un año; luego, su hermano fue traspasado al grupo de negritos más mayores, que trabajaban con el azadón. Tembi tenía siete años y era responsable de veinte becerros, algunos más altos que él. Normalmente, de aquel trabajo se hubiera ocupado algún muchacho mayor, pero Willie padecía una escasez crónica de mano de obra, como todos los demás granjeros, y necesitaba de todos los pares de manos disponibles para trabajar en los campos.

—¿Sabes que Tembi ya se ha convertido en todo un pastor? —le dijo un día a Jane, entre risas.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¿Ese crío? Qué absurdo.

Por Tembi, miraba con celos a sus hijos; era de esa clase de mujeres que odian la idea de que sus hijos se harán mayores. De momento tenía tres y estaba muy ocupada. Se olvidó del negrito.

Entonces, un día ocurrió una catástrofe. Hacía mucho calor y Tembi se quedó dormido debajo de un árbol. Su padre llegó a la casa, se excusó, incómodo, y explicó que unos becerros se habían escapado, se habían metido en los campos de cereales y habían pisoteado las plantas. Willie se enfadó. Era esa clase de ira inútil e hirviente, que no puede calmarse porque sus causas no tienen remedio: los niños se encargaban de los becerros porque los adultos tenían que dedicarse a trabajos más importantes, y no podía enfadarse realmente con un crío de la edad de Tembi. Willie hizo llevar a Tembi a la casa y le dio un severo sermón sobre el terrible error que había cometido. Cuando se dio la vuelta, Tembi estaba llorando. Se fue tambaleándose hacia los barracones, con la mano de su padre apoyada en un hombro, porque le brotaban tantas lágrimas que no era capaz de dirigir sus propios pasos. Sin embargo, a pesar del llanto y de su contrición, no mucho tiempo después volvió a ocurrir lo mismo. Se quedó dormido en una sombra, bajo un calor narcótico, y al despertarse, hacia el atardecer, todos los becerros se habían metido en los cultivos y habían aplastado hectáreas enteras de cereales. Incapaz de enfrentarse al castigo, echó a correr y se metió llorando en el bosque. Lo encontró su padre aquella misma noche y le dio un par de cachetes en la cabeza por haber huido.

Sin duda, se trataba ya de un asunto serio. Willie estaba indignado. Que pasara una vez..., era mal asunto, pero se podía perdonar. Sin embargo, ¡dos veces en un solo mes! Al principio, en vez de llamar a Tembi, consultó con su padre.

–Hemos de hacer algo que no pueda olvidar, darle una lección –dijo Willie.

El padre de Tembi contestó que el niño ya había recibido su castigo.

–¿Le has pegado? –preguntó Willie. Sabía que los africanos no pegan a sus hijos, o lo hacen tan rara vez que era poco probable que hubieran pegado realmente a Tembi–. ¿Me estás diciendo que le has pegado? –insistió.

–Sí, baas –contestó el hombre.

Por su forma de apartar la mirada, Willie supo que no era verdad.

–Oye –le dijo–. Esos becerros sueltos me han hecho perder unas treinta libras. No puedo hacer nada. No puedo decirle a Tembi que me las devuelva, ¿no? Y ahora me voy a encargar de que no vuelva a ocurrir. –El padre de Tembi no contestó–. Ve a buscar a tu hijo, tráelo a la casa y corta una vara del bosque para que le dé una paliza.

–Sí, baas –respondió el padre de Tembi, tras una pausa.

Cuando Jane se enteró del castigo, dijo:

–¡Qué vergüenza! ¡Pegar a mi pequeño Tembi...!

Cuando llegó la hora, alejó a sus hijos para evitarles un recuerdo tan desagradable. A Tembi lo llevaron al porche, aferrado a la mano de su padre y temblando de miedo. Willie dijo que no le gustaba tener que pegarle; lo consideraba necesario, en cualquier caso, y estaba dispuesto a pasar por ello. Cogió la vara larga y ligera que sostenía el cocinero, quien había ido al monte a cortarla al ver que el padre de Tembi aparecía sin ella, y la agitó en el aire para que su silbido agudo asustara a Tembi. El niño tembló más que nunca y pegó la cara a los muslos de su padre.

–Ven aquí, Tembi.

Como Tembi no se movía, su padre lo tomó en brazos para acercárselo a Willie.

–Agáchate.

Como Tembi no se agachaba, su padre lo empujó hacia abajo y le escondió la cara entre sus piernas. Luego Willie miró al cocinero, al ayudante y al padre de Tembi con una sonrisa incómoda, pues todos lo contemplaban con rostros serios e inexpresivos, y meneó la vara de arriba abajo sobre la espalda de Tembi; quería que todos vieran que sólo pretendía darle un susto para que aprendiera, por su propio bien. Pero ninguno de ellos le devolvió la sonrisa. Al fin, Willie dijo con voz terrible y solemne:

–¡Ahora, Tembi!

Y entonces, tras haber dotado a la situación de suficiente solemnidad y rabia, fustigó a Tembi levemente tres veces en las nalgas y tiró la vara al monte.

–Ya no lo volverás a hacer, ¿verdad, Tembi?

Tembi guardó silencio ante él, tembloroso, y se negó a devolverle la mirada. Su padre lo tomó amablemente de la mano y se lo llevó a casa.

–¿Ya está? –preguntó Jane, recién aparecida de casa.

–No le he hecho daño –contestó Willie, enfadado. Estaba molesto porque creía que los negros se habían enfadado con él–. Tienen que aprender que una cosa lleva a la otra. Si el niño es mayor para ganar dinero, también lo es para ser responsable. ¡Treinta libras!

–Estaba pensando en nuestro pequeño Freddie –dijo Jane, conmovida.

Freddie era su hijo mayor.

Willie contestó con impaciencia:

–¿Y de qué te sirve pensar en él?

–Ah, de nada, Willie, de nada –contestó Jane, entre lágrimas–. De todos modos, parece terrible. ¿Te acuerdas de cuando Tembi era pequeño, Willie? ¿Recuerdas lo dulce que era?

Willie no podía permitirse recordar en ese momento lo dulce que era Tembi de pequeño; y le molestaba que Jane se lo recordara. Durante un breve instante cruzaron malos sentimientos entre ellos, pero pronto se disolvieron, pues eran buenos amigos y pensaban lo mismo acerca de muchas cosas.

Los becerros no volvieron a escaparse. A fin de mes, cuando Tembi dio un paso adelante para recibir su paga de cuatro chelines y seis peniques, Willie le sonrió y dijo:

–Bueno, Tembi, ¿qué tal va todo?

–Quiero más dinero –dijo Tembi, atrevido.

–¡Qué! –exclamó Willie, asombrado. Llamó al padre de Tembi, quien abandonó el grupo de africanos que permanecía a la espera, para oír lo que quería decirle–. Este gamberro tuyo permite que se le escapen los becerros dos veces y luego dice que quiere más dinero.

Willie lo dijo en voz alta para que pudiera oírlo todo el mundo; resonaron carcajadas entre los trabajadores.

Tembi mantuvo la cabeza alta y dijo en tono desafiante:

–Sí, baas. Quiero más dinero.

–Te voy a poner el culo morado –contestó Willie, indignado apenas a medias.

Tembi se fue con rostro mohíno, sosteniendo las monedas en una mano y seguido por las divertidas miradas de los demás.

Tenía entonces unos siete años y era muy flaco y ágil, aunque conservaba todavía la misma tripa protuberante. Tenía las piernas delgadas y larguiruchas y los brazos más anchos a partir del codo. Ya no lloraba, ni se tambaleaba. Su cuerpecito pequeño y flaco caminaba bien recto y, al parecer, rabioso. Willie olvidó el incidente.

Sin embargo, al mes siguiente el crío volvió a plantarse y exigió con tozudez un aumento. Willie subió su paga a cinco chelines y seis peniques y afirmó con resignación que Jane lo había malcriado. Tembi se mordía los labios de satisfacción por su triunfo y al retirarse dio un par de saltitos que se convirtieron en carrera abierta cuando llegó a los árboles. Seguía siendo el más joven entre los niños que trabajaban, y ya ganaba más que algunos que le llevaban tres o cuatro años: ellos murmuraban, pero todo el mundo daba por hecho, debido a la actitud de Jane, que Tembi era el favorito.

El caso es que en circunstancias normales, hubiera pasado por lo menos un año antes de que Tembi recibiera otro aumento. Pero al mes siguiente, reclamó que se le aumentara de nuevo la paga. Esta vez, los nativos que lo oyeron emitieron risas de protesta; el muchacho olvidaba quién era. En cuanto a Willie, estaba verdaderamente asombrado. Había una insistencia, una exigencia en los modos de aquel crío que resultaba casi impertinente. En tono brusco, le contestó:

–Si sigues con esta tontería, le diré a tu padre que te dé una lección donde más duele.

Los ojos de Tembi brillaban de rabia y trató de discutir, pero Willie lo despidió de inmediato y se volvió hacia el siguiente trabajador.

Al cabo de unos pocos minutos el cocinero avisó a Jane para que fuese a la puerta trasera y allí se encontró a Tembi, que, avergonzado, cambiaba cada dos por tres la pierna de apoyo, pero sonreía con afán para ella.

–Vaya, Tembi... –dijo Jane, vagamente.

Acababa de dar de comer a sus hijos y tenía la mente ocupada con la necesidad de bañarlos y acostarlos, pensamientos muy alejados de Tembi. Además, había tenido que mirarlo dos veces para reconocerlo, porque siempre llevaba en mente la imagen de aquel dulce bebé negro y recordaba que, para ella, correspondía al nombre de Tembi. Sólo los ojos eran iguales: grandes ojos relucientes, que ahora fijaban en ella su mirada implorante.

–Dígale le al jefe que me dé más dinero –suplicó.

Jane se rió con amabilidad.

–Tembi, ¿cómo quieres que haga eso? Yo no tengo nada que ver con la granja. Ya lo sabes.

–Dígaselo, señorita. Dígaselo, señorita –suplicó de nuevo.

Jane empezó a molestarse, pero escogió reírse otra vez y dijo:

–Espera un momento, Tembi.

Entró en la casa y, de la mesa donde habían comido sus hijos, cogió unos pedazos de pastel, los envolvió en un papel y se los puso en la mano a Tembi. Le conmovió ver la sonrisa resplandeciente que brotaba en el rostro del niño: se había olvidado ya de la paga, pues el pastel tenía el mismo valor, o aún más.

–Gracias, gracias –dijo.

Se dio la vuelta y echó a correr hacia los árboles.

Jane ya no tenía ocasión de olvidarse de Tembi. Cada domingo se acercaba a la casa con curiosos juguetes de barro para los niños, o con alguna pluma brillante de ave que encontraba en el monte; incluso con algún ramo de flores silvestres atadas con cintas de hierba. Jane siempre le daba la bienvenida, hablaba con él y lo premiaba con regalitos. Luego tuvo otro hijo y volvió a estar muy ocupada. A veces lo estaba tanto que no podía acudir en persona a la puerta trasera. Enviaba a su sirviente con una manzana, o unos cuantos caramelos.

Poco tiempo después, Tembi apareció en la clínica una mañana con un dedo del pie vendado. Tras retirar el pedacito de tela sucia, Jane vio un corte diminuto, la clase de herida a la que ningún nativo, ya fuera niño o adulto, prestaría normalmente la menor atención. Pero se lo vendó bien e incluso se dirigió a él con buenas palabras cuando volvió a aparecer al cabo de pocos días. Luego, apenas una semana más tarde, llegó con un corte en un dedo. Impaciente, Jane le dijo:

–Mira, Tembi, yo no tengo una clínica para esta clase de tonterías.

El niño alzó los ojos y la miró fijamente, clavándole aquellos ojos suyos tan oscuros con tal intensidad que Jane se sintió incómoda y se dirigió al ayudante para que le tradujera su explicación al dialecto local, por si acaso Tembi no lo había entendido.

Él contestó con un tartamudeo:

–Señorita, mi señorita, sólo vengo para verla.

Pero Jane se rió y lo despidió. No fue muy lejos. Más tarde, cuando se habían ido ya todos los pacientes, lo vio plantado a poca distancia, mirándola con esperanzas.

–¿Qué te pasa? –le preguntó con cierto enfado, pues el llanto de su hijo menor reclamaba su atención dentro de la casa.

–Quiero trabajar para usted –dijo Tembi.

–Pero, Tembi, no necesito más ayuda. Además, eres demasiado pequeño para trabajar en casa. Quizá cuando seas mayor.

–Déjeme cuidar a los niños.

Jane no sonrió, porque era bastante usual emplear a los negritos para que cuidaran de niños no mucho menores que ellos. Incluso podía habérselo pensado, pero contestó:

–Tembi, acabo de contratar a una niñera para que venga a ayudarme. Tal vez más adelante. Me acordaré de ti y si necesito a alguien que ayude a la niñera, te haré llamar. Primero tienes que aprender a trabajar bien. Has de trabajar bien con los becerros y no permitir que se escapen. Así sabremos que eres buen chico y podrás venir a casa a ayudarme con los niños.

Esa vez Tembi se fue arrastrando los pies y algún tiempo después Jane, al mirar por la ventana, lo vio plantado en el límite del bosque, mirando fijamente hacia la casa. Envió al ayudante para que lo echara de allí y le dijera que no quería tenerlo por ahí sin hacer nada.

Ahora la propia Jane tenía la sensación de que lo había malcriado, de que el niño ya no sabía quién era.

Y entonces no pasó nada durante bastante tiempo.

Luego Jane perdió su anillo de alianza, de diamantes. Solía quitárselo para hacer las tareas de la casa, de modo que al principio no se preocupó. Lo buscó rigurosamente durante varios días, pero no hubo manera de encontrarlo. Poco después desapareció un broche de perlas. También hubo otras pérdidas menores: una cucharilla que usaba para alimentar al bebé, unas tijeras, una jarrita de cristianar de plata. Enfadada, Jane le dijo a Willie que debía de tratarse de un fenómeno sobrenatural.

–Lo tenía en la mano y cuando me he dado la vuelta ya no estaba. Es una tontería. Las cosas no se desvanecen así como así.

–Tal vez sea magia negra –contestó Willie–. ¿Has pensado en el cocinero?

–No seas ridículo –contestó Jane, tal vez demasiado rápido–. Todos los chicos que trabajan en la casa llevan con nosotros desde que vinimos a la granja.

Pero la suspicacia ya se había sembrado en ella. Existía la máxima común de que nadie debía fiarse de ningún nativo, por muy amistoso que fuera; si rascabas un poco, bajo la superficie de cualquier de ellos encontrarías un ladrón. Entonces miró a Willie, entendió que sentía lo mismo que ella y que se avergonzaba tanto como ella por sentirlo. Los chicos que trabajaban en la casa eran casi amigos personales.

–Tonterías –dijo con firmeza–. No me creo ni una palabra.

Pero no apareció ninguna solución y siguieron desapareciendo cosas.

Un día el padre de Tembi pidió permiso para hablar con el jefe. Desanudó un pedazo de tela, lo estiró en el suelo y... allí estaba todo lo que había desaparecido.

–Pero seguro que no ha sido Tembi –protestó Jane.

El padre del muchacho, incómodo por la vergüenza, explicó que había pasado por casualidad por los arroyos del ganado y se había fijado en que el niño estaba sentado en un hormiguero, jugando con aquellos tesoros.

–Seguro que no tenía ni idea de su valor –lo defendió Jane–. Sólo era porque brillan y relucen tanto...

Efectivamente, allí mismo, al ver cómo la plata y los diamantes destellaban bajo la luz de la lámpara, era fácil entender que un niño quedara fascinado.

–Bueno, ¿y qué vamos a hacer? –preguntó Willie, en tono pragmático.

Jane no contestó de inmediato. Llena de impotencia, exclamó:

–¿Te das cuenta de que esa criatura debe de haber pasado semanas enteras vigilándome mientras hacía las cosas de la casa, para colarse en cuanto me diera la vuelta? ¡Ha de ser rápido como una serpiente!

–Sí, pero ¿qué vamos a hacer?

–Échale un buen sermón –contestó Jane, sin saber por qué se sentía tan desanimada y perdida.

Estaba enfadada, pero sobre todo preocupada: no soportaba asociar la fealdad, la persistencia de aquel robo alevoso y deliberado, con el pequeño Tembi, cuya vida había salvado.

–Un sermón no servirá de nada –respondió Willie.

Tembi fue azotado de nuevo; esta vez se hizo de verdad, sin agitar la vara en el aire por puro efectismo. Le hicieron exponer el culo al aire sobre las rodillas de su padre y, cuando se levantó, Willie afirmó con satisfacción:

–Durante una semana no le será muy cómodo sentarse.

–Pero está sangrando, Willie –dijo Jane.

Ciertamente, mientras Tembi se alejaba caminando con las piernas bien abiertas por el dolor y frotándose los ojos llorosos con los puños cerrados, unas manchas rojizas se iban extendiendo en la tela de sus pantalones. Molesto, Willie contestó:

–Bueno, ¿qué esperabas? ¿Qué le hiciera un regalo y lo premiara por ser tan listo?

–Ya, Willie, pero... ¿sangre?

–No sabía que le daba tan fuerte –admitió Willie. Examinó la vara larga y flexible que aún sostenía en la mano antes de tirarla, como si le sorprendiera su eficacia–. Le habrá dolido mucho –dijo, con una duda en la voz–. De todas formas, se lo merecía. Y ahora, deja de llorar, Jane. Ya no lo volverá a hacer.

Pero Jane no dejó de llorar. No soportaba pensar en los azotes; el propio Willie, dijera lo que dijese, no se sentía muy cómodo cuando lo recordaba. Les hubiera complacido que Willie abandonara sus mentes por un tiempo y volviera a aparecer más adelante, cuando la amabilidad hubiese tenido tiempo de crecerles por dentro de nuevo.

Pero no había pasado ni una semana cuando exigió que lo contrataran como niño: afirmó que ya había crecido lo suficiente y que Jane se lo había prometido. Ésta estaba tan asombrada que no pudo ni hablar con él. Se metió en la casa y le cerró la puerta; y cuando supo que seguía esperándola para hablar con ella envió al muchacho para que le dijera que no tenía sentido contratar como niño de sus hijos a un ladrón.

Unas pocas semanas después volvió a pedirlo; de nuevo, ella se negó. Entonces le dio por abordarla cada día, a veces en más de una ocasión:

–Señorita, señorita, déjeme trabajar a su lado. Déjeme trabajar a su lado.

Ella se negaba siempre, cada vez más enfadada.

Al final, la venció la mera persistencia.

–No te voy a contratar como niño, pero puedes ayudarme en el huerto –le dijo.

Tembi se quedó huraño, pero al día siguiente se presentó en el huerto; no en el que había junto a la casa, sino en la tierra vallada que quedaba cerca de los barracones, donde se cultivaban vegetales para los nativos. Jane empleaba a un muchacho para controlarlo, le decía cuándo debía sembrar y le explicaba cómo funcionaba el abono y cuál era el tratamiento más idóneo para la tierra. Tembi tenía que ayudarlo.

Ella no acudía al jardín con frecuencia; funcionaba solo. A veces, al pasar, veía que los surcos repletos de vegetales se estaban desperdiciando: eso significaba que había llegado al complejo una hornada nueva de africanos, nativos a los que había que enseñar de nuevo lo que les convenía comer. Sin embargo, ahora que ya había tenido a su último hijo y contaba con la ayuda de dos niñas, se tomaba la libertad de pasar más tiempo en la clínica y en el huerto. Allí, se esforzaba por ser amable con Tembi. No era una persona proclive al rencor, aunque la sensación de que Tembi no era de fiar le impidiera contratarlo como niño. Le contaba cosas de sus hijos, de cómo crecían, le explicaba que pronto irían a la escuela de la ciudad. Le hablaba de la importancia de mantenerse limpio y de comer adecuadamente; le explicaba que debía ganarse bien la vida para poder comprarse zapatos y no pisar la tierra, llena de gérmenes; que debía ser honrado, decir siempre la verdad y obedecer a los blancos. Mientras ella estaba en el huerto, él la seguía por todas partes, con la azada olvidada en la mano y la mirada fija en ella:

–Sí, señorita; sí, señorita –repetía continuamente.

Y cuando Jane se iba, él imploraba:

–¿Cuándo volverá? Vuelva pronto, señorita.

Ella tomó la costumbre de llevarle los libros de sus hijos cuando ya estaban demasiado gastados para pasarlos a la guardería.

–Tienes que aprender a leer, Tembi –le decía–. Así, cuando tengas que buscar trabajos, podrás ganar más si dices: «Sí, señorita, sé leer y escribir». Podrás tomar recados telefónicos y escribir pedidos para no olvidarte.

–Sí, señorita –contestaba Tembi, aceptando sus libros con actitud reverencial.

Cuando Jane se iba del huerto solía mirar hacia atrás, siempre con una cierta incomodidad por la intensa devoción de Tembi, y lo veía arrodillado en el fértil suelo, rodeado de vegetales de reluciente verdor, concentrando la mirada en aquellos raros dibujos de colores y en las extrañas letras negras.

Eso duró unos dos años. Jane le dijo a Willie:

–Parece que Tembi ya se ha olvidado de sus cosas raras. La verdad es que es muy útil en el huerto. No tengo que decirle cuándo ha de sembrar, lo sabe tan bien como yo. Y recorre los barracones con los vegetales y convence a los nativos para que se los coman.

–Seguro que se saca un pellizco –contestó Willie, riéndose.

–Ah, no, Willie, estoy segura de que no es así.

De hecho, no era así. Tembi se veía a sí mismo como un apóstol del modo de vida de los blancos. Mostraba las cestas de vegetales cuidadosamente dispuestos a las nativas y les decía con mucha seriedad:

–La Señorita de Buen Corazón dice que es bueno comer todo esto. Dice que esta comida nos salvará de la enfermedad.

Tembi obtuvo mayores logros de los que consiguió Jane en años de propaganda.

Tenía casi once años cuando empezó a dar problemas de nuevo. Jane envió a sus dos hijos mayores al internado, despidió a las niñeras y decidió contratar a un negrito para que la ayudara con la colada de los niños. No pensó en Tembi; en cambio, contrató a su hermano menor.

Tembi se presentó en la puerta trasera, como antaño, con una mirada fulminante, el cuerpo tenso y rígido, para protestar:

–Señorita, señorita, me prometió que trabajaría para usted.

–Bueno, Tembi, ya trabajas para mí con los vegetales.

–Señorita, señorita, dijo que si contrataba a un negrito para la casa, sería yo.

Pero Jane no cedió. Todavía tenía la sensación de que Tembi estaba en libertad condicional. Y aquella impaciencia del niño, su exigencia e insistencia, no le parecía una virtud para trabajar al lado de sus hijos. Además, le gustaba el hermano menor de Tembi, que era cómo él pero más dulce, sonriente, regordete, y jugaba de buen humor con los niños en el jardín cuando terminaba de lavar y planchar la ropa. No veía razón alguna para cambiar, y así lo dijo.

Tembi se enfurruñó. Ya no iba de puerta en puerta por los barracones con sus cestas de vegetales. Y trabajaba lo mínimo necesario para que no se pudiera decir que abandonaba sus tareas. Había perdido el ánimo.

–¿Sabes una cosa? –dijo Jane a Willie, medio indignada, medio divertida–. Tembi se comporta muy si le debiéramos algo.

Al poco, Tembi se acercó a Willie y le pidió permiso para comprarse una bicicleta. Entonces ganaba diez chelines al mes y según la norma ningún nativo que ganara menos de quince podía comprarse una bicicleta. Un nativo que ganara quince conservaba cinco chelines de su paga, daba los otros diez a Willie y se comprometía a permanecer en la granja hasta que hubiera pagado su deuda. Podía tardar dos años, o incluso más.

–No –le dijo Willie–. ¿Para qué quiere una bicicleta un negrito como tú? Las bicicletas son para los hombres mayores.

Al día siguiente, la bicicleta de su hijo mayor desapareció de la casa y la encontraron en los barracones, apoyada en la pared de la cabaña de Tembi. Ni siquiera se había preocupado de disimular su robo; y cuando lo llamaron para interrogarlo, guardó silencio. Al final, dijo:

–No sé por qué la robé. No lo sé.

Y echó a correr llorando hacia los árboles.

–Se tiene que ir –dijo Willie al fin, perplejo y molesto.

–Pero su padre, su madre y toda la familia viven en nuestro complejo –protestó Jane.

–No pienso mantener a un ladrón en mis tierras –dijo Willie.

Sin embargo, deshacerse de Tembi era más complicado que despedir a un ladrón; significaba desterrar un problema que los McCluster no estaban preparados para manejar. De pronto, Jane entendió que no ver más la mirada ardiente y suplicante de Tembi sería un alivio. Sin embargo, animada por la culpa, afirmó:

–Bueno, supongo que encontrará trabajo en alguna granja cercana.

Tembi no se dejó expulsar tan fácilmente. Cuando se lo dijo Willie, rompió a llorar con un llanto apasionado, como un niño muy pequeño. Luego echó a correr alrededor de la casa y golpeó la puerta de la cocina hasta que salió Jane:

–Señorita, señorita, no permita que el baas me eche.

–Pero si lo dice el jefe te tienes que ir, Tembi.

–Yo trabajo para usted, señorita, déjeme quedar. Trabajaré para usted en el jardín y no pediré más dinero.

–Lo siento, Tembi –dijo Jane.

Tembi la miró y en su rostro se abrió una expresión de incrédulo dolor; nunca había creído que ella pudiera no estar de su parte. En aquel momento, su hermanito apareció rodeando la casa, cargado con el hijo menor de Jane, y Tembi se acercó de un salto y se aferró a ellos con tal fuerza que el chiquillo se tambaleó y tuvo dificultades para sostener al niño. Jane acudió deprisa para rescatar a su hijo y luego apartó a Tembi de su hermano, que tenía mordiscos y rasguños en la cara y en los brazos.

–Hasta aquí hemos llegado –dijo con frialdad–. Si no has abandonado la granja dentro de una hora, vendrá la policía a echarte.

Al cabo de un tiempo le preguntaron al padre de Tembi si el niño había encontrado trabajo. La respuesta fue que hacía de jardinero en una granja cercana. Cuando los McCluster veían a sus vecinos les preguntaban por Tembi, pero la respuesta era vaga; en aquella otra granja, Tembi era un trabajador más, sin una historia particular.

Más adelante, el padre de Tembi les contó que había tenido «problemas» y se había mudado a otra granja, a muchos kilómetros de distancia. Luego, nadie parecía saber dónde estaba; se decía que se había sumado a una cuadrilla que se dirigía hacia el sur, a Johannesburgo, para trabajar en las minas de oro.

Los McCluster se olvidaron de Tembi. Les encantó poder olvidarse de él. Se tenían por buenos amos; tenían un buen nombre entre los trabajadores por su bondad y por la nobleza de su trato; en cambio, el asunto de Tembi les había dejado un rastro duro e imposible de asimilar, como un grano de arena en un bocado de comida. El nombre «Tembi» acarrea consigo emociones desagradables; y, según su idea del bien y del mal, no tenía por qué ser así. De modo que al fin se olvidaron de preguntar al padre de Tembi qué se había hecho de él: se había convertido en uno más de aquellos nativos que desaparecían de su vida tras haber formado parte de ella de un modo tan íntimo.

Habrían pasado unos cuatro años cuando de nuevo empezaron a producirse robos. La primera casa asaltada fue la de los McCluster. Alguien entró una noche y se llevó los siguientes objetos: el abrigo grueso de invierno de Willie, su bastón, dos vestidos viejos de Jane, unas cuantas ropas de los niños y un triciclo viejo y destrozado. El dinero que había en un cajón permaneció intacto. A los McCluster les asombró que se llevaran cosas tan raras, pues ninguno de aquellos objetos tenía el menor valor, salvo el abrigo de Willie. Denunciaron el robo a la policía y el complejo recibió la correspondiente visita rutinaria. Se concluyó que el ladrón tenía que conocer la casa porque los perros no habían ladrado, y que no se trataba de un experto, pues en ese caso se habría llevado el dinero y las joyas.

Por esa razón nadie conectó el primer robo con el segundo, que ocurrió en una granja vecina. Allí sí que desapareció dinero, relojes y un arma. Y hubo otros robos parecidos en el distrito. La policía decidió que debía de ser una banda de ladrones, y no un ratero ordinario, porque los robos eran tan inteligentes que parecían planificados por más de una persona. Envenenaban a los perros guardianes; escogían momentos en que los sirvientes no estaban en las casas; en dos ocasiones alguien se había colado por rejas tan estrechas que sólo un niño podía abrirse paso entre ellas.

Corrían los rumores sobre los robos en el distrito; por esa razón, la rabia aletargada entre blancos y negros, siempre a punto de inflamarse, se ahondó de mala manera. Cuando los amos se dirigían a sus sirvientes había odio en sus voces, una rabia inútil, pues, suponiendo que fuera cierto que aquellos sirvientes personales daban información a los ladrones, nada podía hacerse al respecto. Incluso el sirviente más fiable podía resultar un ladrón. Durante los meses en que aquella banda desconocida aterrorizó el distrito, ocurrieron cosas desagradables: hubo más multas por pegar a los nativos; aumentó la cantidad de trabajadores que huían a las fronteras con las colonias portuguesas; la rabia, peligrosa e hirviente, crecía en el aire como el calor. Incluso Jane se sorprendió a sí misma

un día al decir: «¿Por qué hacemos esto? Mira cuánto tiempo dedico a cuidar de estos nativos y ayudarlos. ¿Cómo me dan las gracias? No agradecen nada de lo que hacemos por ellos».

La cuestión de la gratitud ocupó la mente de todos los blancos durante todo ese tiempo.

Como los robos continuaban, Willie puso rejas en todas las ventanas de la casa y compró dos perros grandes y feroces. Eso molestó a Jane, pues la hacía sentirse prisionera y encerrada en su propia casa.

Contemplar las hermosas montañas y el bosque verdoso en la umbría entre rejas arruina la alegría de la vista; y recorrer el camino entre la casa y los almacenes saludada por los ladridos de aquellos perros hostiles que trataban a todos, blancos o negros, como enemigos, resultaba cada día más exasperante. Mordían a cualquiera que se acercara a la casa y Jane temía por sus hijos. De todos modos, no habían pasado más de tres semanas desde que los compraran cuando aparecieron tumbados al suelo, casi muertos, echando espuma por la boca y con las miradas petrificadas. Los habían envenenado.

—Parece que se acerca otra visita —dijo Willie, malhumorado, pues ahora el asunto ya lo impacientaba—. De todos modos —añadió, impaciente—, cuando uno escoge vivir en un país maldito como éste, tiene que aceptar las consecuencias.

Era una exclamación que no significaba nada, que nadie podía tomar en serio. Sin embargo, durante esa época, muchos de los granjeros que vivían felices y estables en aquella tierra, hablaban con irritable malestar sobre el «maldito país». En pocas palabras, tenían los nervios a flor de piel.

Poco después de que envenenaran a los perros, Willie tuvo que viajar a la ciudad, a unos cincuenta kilómetros. Jane no quería ir; le disgustaban los largos, calurosos y apresurados días de las calles de la ciudad. Así que Willie se fue solo.

Por la mañana, Jane fue al huerto con sus hijos menores. Los niños estuvieron solos, jugando junto al depósito de agua, mientras ella marcaba un nuevo lecho con estacas; su mente deambulaba, vacía, sus manos trabajaban deprisa con estacas y cordones. Sin embargo, de repente sintió la necesidad de darse la vuelta de golpe y se oyó decir:

—¡Tembi!

Miró a su alrededor, alocada; más adelante le pareció que había oído a Tembi pronunciar su nombre. Creía que iba a ver a un chiquillo negro larguirucho, de rostro serio, arrodillado tras ella entre los surcos de vegetales, concentrado en un libro ilustrado. El tiempo pasaba y se estancaba a la vez. Jane estaba confusa; sólo tras mirar decididamente a sus dos hijos recuperó la conciencia del largo tiempo transcurrido desde la época en que Tembi la seguía por el huerto.

De vuelta en la casa, se quedó a coser en el porche. Abandonó un momento la silla para ir a buscar un vaso de agua y al volver se encontró que había desaparecido la cesta de la costura. Al principio no quiso creerlo. Desconfió de sus sentidos, y registró el lugar en busca de la cesta, aunque sabía que apenas un instante antes estaba en el porche. Eso significaba que había algún nativo merodeando por el monte, acaso a un par de cientos de metros, vigilando sus movimientos. No era una idea agradable. Le recorrió una vieja incomodidad; de nuevo el nombre de Tembi acudió a su mente. Se fue a la cocina y dijo al pinche:

—¿Has sabido algo de Tembi últimamente?

Sin embargo, al parecer, no había noticias suyas. Estaba «en las minas de oro». Sus padres llevaban años sin saber de él.

«¿Una cesta de costura? —murmuraba Jane, incrédula—. ¿Por qué arriesgarse por tan poco? Es una locura.»

Esa misma tarde, mientras los niños jugaban en el huerto y Jane dormía en la cama, alguien entró sigilosamente en el dormitorio y se llevó el sombrero grande que se ponía para ir a cosechar, su delantal y el vestido que había llevado esa mañana. Cuando Jane se despertó y lo descubrió, se echó a temblar, en una reacción provocada a medias por la rabia y por el miedo. Estaba sola en la casa y tenía la aguda sensación de ser vigilada. Mientras iba de una habitación a otra, no hacía más que mirar hacia atrás, hacia el rincón entre el armario y el anaquel, imaginando que allí aparecerían los grandes ojos implorantes de Tembi, tan desagradables como los ojos de un muerto, siguiéndola.

Se encontró mirando el camino, en espera de que regresara Willie. Si hubiera estado allí, le habría traspasado la responsabilidad y se habría sentido a salvo: Jane era una mujer que dependía mucho de ese apoyo invisible que proporciona el marido. Hasta esa tarde no había sido consciente de lo mucho que dependía de él; y esa conciencia –que el ladrón parecía compartir– le hacía sentirse desgraciada e inquieta. Sentía que debería ser capaz de ocuparse a solas del asunto, en vez de esperar a su marido como una inútil. «Tengo que hacer algo, tengo que hacer algo», repetía sin cesar.

Fue una tarde larga, calurosa y soleada. Jane, con los nervios a flor de piel, esperó en el porche, con una mano a modo de visera para poder reconocer el coche de Willie en el camino. La espera se apoderó de ella. Era incapaz de impedir que su mirada volviese una y otra vez hacia el monte que quedaba justo frente a la casa y que se extendía a lo largo de kilómetro y medio; una vegetación de poca altura, maleza de verde oscuro, más oscuro aún por las crecientes sombras del atardecer, ya cercano. Respondió al impulso de ponerse en pie y cruzó el jardín para acercarse al monte. Al llegar al borde se detuvo, miró por todas partes con sus ojos oscuros y angustiados y llamó:

–¡Tembi, Tembi! –No se oída nada–. No te voy a castigar, Tembi –imploró–. Ven conmigo. – Esperó, escuchando con atención para distinguir el menor movimiento de una rama, o de un guijarro rebotado. Pero el monte permanecía en silencio bajo el sol; hasta los pájaros parecían drogados por el calor y las hojas pendían sin temblar–. ¡Tembi! –llamó de nuevo, primero en tono imperioso y luego ya con un temblor en la voz. Sabía de sobra que estaba ahí, agazapado tras un árbol o un zarzal, esperando que ella dijera la palabra adecuada, que encontrara lo que debía decir, para fiarse de ella. Jane enloquecía al pensar que estaba tan cerca y sin embargo tenía tan pocas posibilidades de atraparlo como si fuera una sombra. Bajando la voz para hacerla más persuasiva, dijo–: Tembi, sé que estás ahí. Sal y habla conmigo. No se lo diré a la policía. ¿Puedes fiarte de mí, Tembi?

Ni un sonido, ni un susurro de respuesta. Intentó calmar y vaciar la mente para que aparecieran en ella las palabras necesarias, listas para el uso. La hierba empezaba a temblar bajo la brisilla del atardecer y las hojas de los árboles se agitaron una o dos veces; el cálido desvanecimiento de la luz implicaba que pronto el sol se hundiría en el horizonte; el follaje reflejaba un brillo rojizo y la luz ardía en el cielo. Jane temblaba tanto que no podía controlar sus extremidades; era un temblor profundo e interno que se hinchaba en sus entrañas, como una herida invisible que sangrara. Trató de recuperar la calma. Dijo: «Es absurdo, no puede ser que tenga miedo del pequeño Tembi. Cómo voy a tenerlo.»

Se esforzó por hablar en voz alta y firme y dijo:

–Tembi, te estás portando muy mal. ¿De qué sirve robar cosas como un niño tonto? Te las puedes dar de listo y robar durante un tiempo, pero antes o después te pillarán la policía e irás a la cárcel. No es lo que quieres, ¿verdad? Escúchame. Sal ahora mismo y déjame verte; y cuando venga el jefe se lo explicaré, le dirás que lo sientes mucho y podrás volver a trabajar para mí en el huerto. No me gusta pensar que eres un ladrón, Tembi. Los ladrones son mala gente. –Se calló. El silencio la rodeó. Sentía aquel silencio como una corriente de frío, como cuando una nube pasa por encima. Vio que las sombras que la rodeaban eran espesas y las hojas ya no reflejaban la luz; tenían un aspecto gris y frío. Sabía que Tembi no se iba a mostrar. No había encontrado las palabras adecuadas–. Eres un niño tonto –anunció al monte, que seguía a la escucha–. Me haces enfadar mucho, Tembi.

Caminó muy lentamente de vuelta a la casa, tratando de aparentar calma y dignidad, sabiendo que Tembi la miraba con intenciones que ella no podía adivinar.

Cuando Willie regresó de la ciudad, cansado e irritable como siempre tras un día de tráfico, de entrevistar gente e ir de compras, Jane le contó lo que había ocurrido con cuidado, escogiendo las palabras. Cuando le explicó que había llamado a Tembi desde el borde del monte, Willie la miró con amabilidad y le dijo:

–Cariño, ¿crees que eso sirve para algo?

–Willie, pero es que era tan horrible...

Sus labios empezaron a temblar exageradamente y se permitió romper a llorar cómodamente en su hombro.

–No sabes si es Tembi –dijo Willie.

–Claro que es Tembi. ¿Quién más podría ser? El niño tonto. Mi pequeño Tembi, tontorrón...

No pudo comer nada. Al terminar la cena, de pronto, dijo:

–Va a venir esta noche. Estoy segura.

–¿Tú crees? –preguntó Willie en tono serio, pues tenía un gran respeto por el conocimiento irracional de Jane–. Bueno, no te preocupes. Estaremos preparados para recibirlo.

–Si al menos me dejara hablar con él –dijo Jane.

–¿Hablar con él? –protestó Willie. ¡Y un cuerno! Lo meteré en la cárcel. Es el único lugar que le corresponde.

–Pero Willie... –protestó Jane, sabiendo perfectamente que Tembi debía ir a la cárcel.

Aún no serían las ocho.

–Tendré la pistola junto a la cama –planificó Willie–. ¿Verdad que robó un arma en la granja del río? Debe de ser peligroso.

Los ojos azules de Willie ardían. Caminaba arriba y abajo por la habitación, con las manos en los bolsillos, alarmado e inquieto: parecía disfrutar de la idea de capturar a Tembi y precisamente por eso Jane se dio cuenta de que se mostraba fría con él. En ese momento sonó algo en la habitación contigua. Se levantaron ambos de golpe y llegaron juntos a la entrada. Ahí estaba Tembi, mirándolos, con las manos vacías a ambos lados del cuerpo. Había crecido, pero seguía pareciendo el mismo niño ágil y flaco, con su cara delicada y sus grandes y elocuentes ojos. Al ver aquellos ojos, Jane exclamó con debilidad.

–Willie...

Willie, sin embargo, caminó hasta Tembi y, aunque éste no ofrecía resistencia, lo tomó por un brazo.

–Granuja –dijo, en tono enfadado, aunque más propio para dirigirse a un muchacho travieso sorprendido en el acto de robar fruta que a un ladrón peligroso acusado de asaltar más de una casa.

Tembi no respondió a Willie; tenía la mirada fija en Jane. Estaba temblando; apenas parecía un chiquillo.

–¿Por qué no has venido cuando te he llamado? –preguntó Jane–. Eres un insensato, Tembi.

–Tenía miedo, señorita –dijo Tembi, con poco más que un susurro.

–Pero te he dicho que no avisaría a la policía –le recordó Jane.

–Cállate, Jane –ordenó Willie–. Claro que vamos a llamar a la policía. ¿Cómo se te ocurre? – Como si necesitara recordarse a sí mismo algo importante, añadió–: Al fin y al cabo, es un delincuente.

–No soy un niño malo –murmuró Tembi, implorante, dirigiéndose a Jane–. Señorita, mi señorita. No soy un niño malo.

Sin embargo, a Jane se le había ido el asunto de las manos; se lo había transferido a Willie.

Willie no parecía estar seguro de qué hacer. Finalmente, caminó con determinación hacia el armario, sacó su rifle y se lo pasó a Jane.

–Tú quédate aquí –ordenó–. Voy a llamar por teléfono a la policía.

Salió y dejó abierta la puerta, mientras Jane sostenía entre las manos el gran rifle y esperaba el sonido del teléfono.

Desesperada, miró el arma, la apoyó contra la cama y murmuró:

–Tembi, ¿por qué robas?

Tembi agachó la cabeza y contestó:

–No lo sé, señorita.

–Pero tienes que saberlo...

No hubo respuesta. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Tembi.

–Tembi, ¿te gustó Johannesburgo? –Sin respuesta–. ¿Cuánto tiempo pasaste allí?

–Tres años, señorita.

–¿Por qué volviste?

–Me metieron en la cárcel, señorita.

–¿Por qué?

–No tenía salvoconducto.

–¿Te escapaste de la cárcel?

–No, estuve un mes allí y luego me soltaron.

–¿Eras tú el que robaba en todas las casas de por aquí?

Tembi asintió sin levantar la mirada del suelo.

Jane no sabía qué hacer. Se repetía a sí misma con firmeza: «Es un chico peligroso, apenas sin escrúpulos, y es muy listo». Volvió a coger el rifle, pero su peso, aquel objeto hostil y frío, le daba pena. Lo dejó bruscamente.

–Mírame, Tembi –susurró.

Fuera, en el pasillo, Willie hablaba con voz firme y confiada:

–Sí, sargento, lo tenemos aquí. Hace años trabajaba para nosotros. Sí.

–Mira, Tembi –susurró Jane con rapidez–. Voy a salir de la habitación. Tienes que escapar a toda prisa, ¿cómo has entrado? –Era la primera vez que se le ocurría. Tembi miró por la ventana. Jane vio que las barras de la reja estaban forzadas de tal modo que una persona muy delgada pudiera pasar entre ellas de lado–. Debes de ser fuerte –dijo–. Bueno, no hace falta que salgas por ahí. Vete por esa puerta. –Señaló la puerta que llevaba al cuarto de estar–. Y luego sales al porche y te vas corriendo hacia el monte. Vete a otro distrito, búscate un trabajo honrado y deja de robar. Ya hablaré con el baas. Le pediré que le diga a la policía que se ha equivocado. Bueno, venga, Tembi...

Terminó de hablar y salió al pasillo, donde Willie seguía al teléfono, de espaldas a ella.

Alzó la cabeza, la miró con expresión de incredulidad y dijo:

–Jane, estás loca. –Luego, de nuevo al teléfono–: Sí, vengan corriendo. –Colgó el teléfono, se volvió hacia Jane y preguntó–: Sabes que lo volverá a hacer, ¿verdad?

Echó a correr hacia la habitación.

No hacía ninguna falta correr. Tembi estaba allí, exactamente donde lo habían dejado, frotándose los ojos con los puños como una criatura.

–Te he dicho que huyeras –dijo Jane, enfadada.

–Está loco –dijo Willie.

Entonces, igual que había hecho Jane un momento antes, Willie cogió el rifle, se sintió estúpido sosteniéndolo y lo volvió a dejar.

Willie se sentó en la cama y miró a Tembi con la expresión propia del que acaba de ser derrotado por la inteligencia del oponente.

–Bueno, maldita sea –dijo–. Esto sí que me supera.

Tembi permanecía en el centro de la habitación, con la cabeza gacha, llorando. Jane también lloraba. Willie se enfadaba, cada vez más irritable. Al final salió de la habitación dando un portazo y exclamó:

–¡Maldita sea! ¡Todo el mundo se ha vuelto loco!

Pronto llegó la policía y no hubo ninguna duda sobre lo que debía hacerse. Tembi asintió en respuesta a todas las preguntas: lo admitió todo. Le pusieron las esposas y se lo llevaron en un coche de la policía.

Al final Willie regresó a la habitación, donde Jane seguía llorando en la cama. Le palmeó un hombro y dijo:

–Déjalo ya. Se terminó. No podemos hacer nada.

Jane dijo entre sorbetones:

–Sólo está vivo por mí. Eso es lo más terrible. Y ahora irá a la cárcel.

–Ellos no piensan nada de la cárcel. No es una desgracia como para nosotros.

–Pero será uno de esos nativos que se pasan la vida entrando y saliendo de la cárcel.

–Bueno, ¿y qué? –preguntó Willie. Con la exasperación amable y controlada, propia de un marido, alzó a Jane y le ofreció su pañuelo–. Déjalo ya, viejita. Déjalo. Estoy cansado. Me quiero acostar. He pasado un infierno recorriendo esas malditas calles todo el día y mañana tengo una jornada muy pesada con el tabaco.

Se empezó a quitar las botas.

Jane paró de llorar y se desvistió también.

–Hay algo terrible en todo esto –dijo, inquieta–. No lo consigo olvidar. –Por fin, añadió–: ¿Qué quería, Willie? ¿Qué será lo que quería durante todo este tiempo?

EL VIEJO JEFE MSHLANGA

(*The Old Chief Mshlanga*)

Fueron buenos los años en que deambulaba por los montes de la granja de su padre, en su mayor parte en desuso –como en todas las granjas de los blancos– apenas interrumpidos de vez en cuando por pequeñas extensiones de cultivos. Entre medio, nada más que árboles, la hierba alta y poco densa, espinos, cactus, barrancos, más hierba, algún cultivo, más espinos. Y aquel saliente de roca, expulsado del cálido suelo de África en una era inimaginable y lejana, lleno de huecos y espiras por la acción del sol y por un viento que había recorrido miles de kilómetros de espacio y de monte, aquella roca capaz de sostener el peso de una chiquilla cuyos ojos no veían más que un pálido río flanqueado por sauces, un pálido castillo brillante... La niña que cantaba: «Voló la telaraña y quedó suspendida, el espejo agrietado de lado a lado...».

Cuando se abría camino ente las islas verdes de tallos de maíz, con las hojas arqueadas como catedrales en cuya superficie la luz que caía de la lejanía dibujaba venas, con la espesa y rojiza tierra bajo sus pies, un fino lazo de parasitaria roja invocaba una figura negra agazapada que graznaba premoniciones: la bruja del norte, hija de los fríos bosques nórdicos, se plantaba ante ella entre los cereales y eran los propios campos los que se desvanecían y desaparecían, dejándola entre las retorcidas raíces de un roble, bajo la nieve densa, suave y blanca que caía, mientras el fuego del leñador brillaba enrojecido para darle la bienvenida en el espesor de los troncos de los árboles.

Se suponía que una niña blanca, con los ojos abiertos por la curiosidad ante un paisaje teñido por el sol, un paisaje descarnado y violento, debía aceptarlo como propio, considerar a los árboles *msasa* y a los espinos como familiares, sentir que su sangre circulaba con libertad y respondía al pulso de las estaciones.

Aquella niña no veía los *msasa*, ni los espinos, tal como eran. Sus libros estaban llenos de cuentos de hadas lejanas, sus ríos discurrían lentos y pacíficos, y ella conocía la forma de las hojas de un haya, o un roble, los nombres de las criaturas que vivían en los arroyos ingleses, ajenas a la expresión *the veld* que identificaba las secas llanuras africanas, aunque ella no podía recordar otra cosa.

Por eso, durante muchos años, lo que le pareció irreal fue precisamente la llanura; el sol era ajeno y el viento hablaba un idioma extranjero.

Los negros de la granja eran tan ajenos como los árboles y las rocas. Formaban una masa negra amorfa que se mezclaba, se espesaba y se fundía como los renacuajos, sin rostro, gente que existía tan sólo para servir, para decir: «Sí, baas», aceptar el dinero y desaparecer. Cambiaban en cada estación, iban de una granja a la siguiente en función de sus necesidades excéntricas, necesidades que ella no tenía por qué entender, venían tal vez desde centenares de kilómetros al norte o al este, y al cabo de unos pocos meses se iban... ¿Adónde? Tal vez a lugares tan lejanos como las legendarias minas de Johannesburgo, en las que la paga superaba con mucho los pocos chelines mensuales y los dos puñados de cereales dos veces al día que ganaban en aquella parte de África.

La niña había aprendido a tenerlos por cosa cierta: los sirvientes de la casa recorrerían cientos de metros corriendo para recoger un libro si ella lo dejaba caer. La llamaban *nkosikaas*, jefa, incluso los niños negros de su misma edad.

Más adelante, cuando la granja se le quedó pequeña a su curiosidad, llevaba un arma bajo el brazo y recorría kilómetros cada día, de un valle a otro, de colina en colina, acompañada por sus dos perros: los perros y el arma eran un escudo contra el miedo. Porque de ellos no debía temer nada.

Si aparecía un nativo a la vista por los caminos de los africanos a más de medio kilómetro de distancia, los perros lo perseguían y lo obligaban a refugiarse en un árbol como si fuera un pájaro. Si objetaba (en su lenguaje burdo, que resultaba por sí mismo ridículo) era una desfachatez. Si uno estaba de buen humor, podía considerarlo digno de risa. Si no, seguía caminando, sin apenas dedicar una sola mirada al hombre enfadado en el árbol.

En las raras ocasiones en que los niños blancos se entretenían juntos, podían divertirse saludando a un nativo que pasara por allí para convertirlo en un bufón; podían soltarle los perros y ver cómo

corría; podían burlarse de algún negrito como si fuera una marioneta; en cambio, no podían tirar piedras o palos a un perro sin sentirse culpables.

Con el tiempo, se presentaron ciertas preguntas en la mente de la niña. Como las respuestas no eran fáciles de aceptar, quedaron silenciadas por unas maneras aún más arrogantes.

Ni siquiera se podía pensar en los negros que trabajaban en la casa como amigos, pues si hablaba con uno de ellos llegaba corriendo su madre, presa de la ansiedad: «Fuera de aquí. No hables con los nativos».

Era esa conciencia impuesta del peligro, de la presencia de algo desagradable, lo que le facilitaba reírse a carcajadas, cruelmente, si un sirviente se equivocaba al hablar en inglés, o si no era capaz de entender una orden: hay un tipo de risa que responde al miedo, que se teme a sí misma.

Una noche, cuando tenía unos catorce años, iba caminando por el límite de un campo de cereales recién labrado, en el que los grandes terrones rojos se veían frescos y revueltos contra el valle, como un rojizo mar picado; era esa hora silenciosa para escuchar, cuando los pájaros lanzan sus tristes cantos de un árbol a otro y todos los colores de la tierra, del cielo y de las hojas parecen profundos y dorados. Llevaba el rifle sobre el codo plegado y los perros me seguían los talones.

Delante de mí, tal vez a pocos cientos de metros, un grupo de tres africanos salió de detrás de un hormiguero enorme. Silbé para que los perros se pegaran a mis faldas, dejé que el rifle me colgara de la mano y avancé, esperando que se echaran a un lado y despejaran el camino con respeto para que pasara yo. Sin embargo, siguieron andando sin perder el paso y los perros me miraron, en espera de mi señal para salir a por ellos. Estaba enfadada. Era una desfachatez que un nativo no despejara el camino en cuanto te veía llegar.

Delante iba un anciano que descansaba el peso en un bastón, con el pelo entrecano y una oscura manta roja echada a los hombros como una capa. Detrás, los dos jóvenes cargados con tiestos, azagayas y hachuelas.

No era un grupo habitual. No eran nativos en busca de trabajo. Tenían un aire de dignidad, de andar ocupados en sus propias cosas. Fue su dignidad lo que refrenó mi lengua. Seguí andando despacio, hablando en voz baja con mis perros ladrones, hasta que estuve a unos diez pasos. Entonces el anciano se detuvo y se cerró la manta.

–Buenos días, *nkosikaas* –dijo, usando el saludo habitual para cualquier hora del día.

–Buenos días –contesté–. ¿Adónde van? –Mi voz sonó un tanto agresiva.

El hombre dijo algo en su propio idioma y luego uno de los jóvenes dio un paso adelante educadamente y habló en un inglés cuidadoso:

–Nuestro jefe viaja para ver a sus hermanos del otro lado del río.

«¡Un jefe!», pensé, comprendiendo el orgullo que llevaba a aquel hombre a permanecer frente a mí como si tuviera la misma categoría que yo; o más aun, pues él mostraba una cortesía de la que yo carecía.

El anciano volvió a hablar, exhibiendo su dignidad como si fuera un adorno heredado, siempre a diez pasos de distancia, flanqueado por su séquito; en vez de mirarme (eso hubiera sido grosero), fijaba la vista en algún punto de los árboles, por encima de mi cabeza.

–¿Eres la pequeña *nkosikaas* de la granja del baas Jordan?

–Eso es –contesté.

–Tal vez tu padre no lo recuerde –dijo el intérprete del anciano–, pero hubo un asunto con unas cabras. Recuerdo que te vi cuando eras...

El joven señaló con una mano a la altura de las rodillas y sonrió.

Sonreímos todos.

–¿Cómo se llama? –pregunté.

–Es el jefe Mshlanga –contestó el joven.

–Le diré a mi padre que nos hemos encontrado –dijo.

El anciano respondió:

–Saluda de mi parte a tu padre, pequeña *nkosikaas*.

–Buenos días –contesté con educación, aunque me resultó difícil por falta de costumbre.

–Buenos días, pequeña *nkosikaas* –dijo el anciano, al tiempo que se echaba a un lado para dejarme pasar.

Seguí andando, con el arma incómodamente colgada del brazo, mientras los perros resoplaban y ladraban, decepcionados por haber perdido la oportunidad de perseguir a los nativos como si fueran animales, su juego favorito.

No mucho tiempo después, leí en un viejo libro de exploradores la expresión «tierra del jefe Mshlanga». Decía algo así: «Nos dirigíamos a la tierra del jefe Mshlanga, al norte del río; deseábamos pedirle permiso para buscar oro en su territorio».

La expresión «pedirle permiso» resultaba tan extraordinaria para una niña blanca, acostumbrada a considerar a todos los nativos como objetos de uso, que resucitó las preguntas que no había logrado suprimir: fermentaban poco a poco en mi mente.

En otra ocasión, uno de aquellos viejos prospectores que aún recorren África en busca de vetas mineras abandonadas, con sus martillos y sus tiendas de campaña, sus cedazos para tamizar el oro de la piedra aplastada, vino a la granja y, al hablar de los viejos tiempos, volvió a usar aquella expresión: «Esto eran las tierras del viejo jefe –dijo–. Iban desde aquellas montañas de allí hasta el río, un territorio de cientos de kilómetros». Así llamaba a nuestro distrito: «La tierra del viejo jefe». No lo llamaba como nosotros, con un nombre nuevo que no implicaba rastros del robo de propiedad.

Al leer más libros sobre la época en que se había explorado aquella parte de África, poco más de cincuenta años antes, descubrí que el viejo jefe Mshlanga había sido un hombre famoso, conocido por todos los exploradores y buscadores de oro. Pero entonces debía de ser muy joven; o tal vez se tratara de su padre, o de un tío suyo. Nunca lo averigüé.

Aquel año me lo encontré varias veces en la parte de la granja que solían cruzar los nativos que recorrían el país. Aprendí que el sendero que discurría junto al gran campo rojizo, donde cantaban los árboles, era el camino de paso de los emigrantes. Quizás incluso lo aceché con la esperanza de encontrarme con él: recibir su saludo, intercambiar cortesías con él, parecía una buena respuesta a las preguntas que me inquietaban.

Pronto empecé a llevar el arma con otro ánimo: la usaba para cazar, no para sentirme más segura. Y los perros aprendieron mejores modales. Cuando veía acercarse a un nativo, intercambiábamos saludos; poco a poco, aquel otro paisaje de mi mente se desvaneció y mis pies caminaron directamente sobre el suelo africano y vi con claridad las formas de los árboles y las colinas y la gente negra volvió a salir de mi vida. Era como echarse a un lado para contemplar una danza lenta e íntima, una danza muy antigua cuyos pasos no podía aprender.

Sin embargo, pensé: esto también es mi herencia; yo me crié aquí; es mi país, tanto como lo es de los negros; y hay suficiente espacio para todos, sin necesidad de echarnos de los caminos y de las carreteras a codazos.

Parecía que sólo hacía falta liberar aquel respeto que había sentido al hablar con el jefe Mshlanga, permitir que tanto los blancos como los negros se encontraran con amabilidad, con tolerancia por sus diferencias; parecía bastante fácil.

Entonces, un día, ocurrió algo nuevo. En casa siempre trabajaban como sirvientes los mismos nativos: un cocinero, un mayordomo, un jardinero. Cambiaban igual que iban cambiando los nativos de la granja: se quedaban unos meses y luego se iban en busca de otro trabajo, o regresaban a sus aldeas. Se dividían en *buenos o malos* nativos, según los siguientes juicios: ¿qué tal se portaban como sirvientes? ¿Eran perezosos, eficientes, obedientes, irrespetuosos? Si la familia estaba de buen humor, la frase solía ser: «qué vas a esperar de estos salvajes negros sin educar». Si estábamos enfadados, decíamos: «Viviríamos mucho mejor sin estos malditos negros».

Un día, un policía blanco que estaba de ronda por el distrito, dijo entre risas:

–¿Sabían que tienen un hombre importante en su cocina?

–¡Qué! –exclamó mi madre bruscamente–. ¿Qué quiere decir?

–El hijo de un Jefe. –El policía parecía divertirse–. Será el jefe de la tribu cuando muera su padre.

–Pues conmigo será mejor que no se las dé de hijo de ningún jefe –contestó mi madre.

Cuando se fue el policía, miramos con ojos distintos al cocinero: era un buen trabajador, aunque bebía demasiado los fines de semana. Por eso lo reconocíamos.

Era un joven alto, con la piel muy negra, como el metal negro pulido, el cabello oscuro y prieto peinado con raya a un lado como los blancos, con un peine de metal encajado como una peineta: muy educado, muy distante, muy rápido cuando se trataba de obedecer una orden. Ahora que ya lo sabíamos, solíamos decir: «Por supuesto, se nota. La sangre siempre se nota».

Mi madre se volvió estricta con él desde que supo de su origen y destino. A veces, cuando perdía los nervios, le decía:

–Todavía no eres el jefe, ¿sabes?

Y él contestaba en voz muy queda, sin levantar la mirada del suelo:

–Sí, *nkosikaas*.

Una tarde pidió tomarse un día libre entero, en vez de la media jornada habitual, para ir a su casa el siguiente domingo.

–¿Cómo puedes ir hasta tu casa en un solo día?

–En bicicleta sólo me costará media hora –explicó.

Miré qué dirección tomaba y al día siguiente salí en busca de su aldea. Entendí que debía de tratarse del hijo del jefe Mshlanga; no había ninguna otra aldea que quedara tan cerca en nuestra granja.

El territorio que se extendía más allá de nuestros límites por ese lado me resultaba desconocido. Seguí senderos extraños, pasé junto a colinas que hasta entonces apenas formaban parte del horizonte recortado, perdido en la bruma de la distancia. Eran tierras del gobierno, jamás cultivadas por el hombre blanco; al principio no lograba entender cómo podía ser que aparentemente, tan sólo por cruzar las lindes, hubiera entrado en un paisaje completamente nuevo. Era un valle amplio y verde por el que discurría un riachuelo, y en el que los vividos pájaros acuáticos se lanzaban hacia los torrentes. La hierba era espesa y me acariciaba suavemente las pantorrillas, y los árboles crecían altos y robustos.

Yo estaba acostumbrada a nuestra granja, en cuyas hectáreas de tierra dura y erosionada brotaban árboles que jamás habían sido talados para alimentar los hornos de las minas y por eso crecían flacos y retorcidos, una tierra en la que el ganado había aplastado la hierba, dejando incontables huellas cruzadas que cada año se hundían más en los barrancos, bajo el arrastre de las lluvias.

Aquella tierra permanecía intacta, salvo por los buscadores de oro cuyos picos habían arrancado alguna centella de la superficie de las rocas al pasar; y por los nativos que migraban, cuyo paso tal vez dejara un rastro chamuscado en el hueco del tronco de algún árbol que hubiera albergado sus fogatas nocturnas.

Era muy silencioso: una mañana calurosa en la que los pichones graznaban con voz ronca, las sombras del medio día se alargaban, gruesas y espesas, separadas por espacios claros de luz amarilla, y en todo aquel amplio valle verde, que parecía un parque, no se veía un alma aparte de mí.

Estaba escuchando el tableteo regular y rápido de un pájaro carpintero cuando un escalofrío pareció crecer desde mi nuca hacia los hombros en un espasmo constreñido, como un escalofrío, al tiempo que me nacía un cosquilleo en la raíz del pelo y se me derramaba por la superficie de la carne, dejándome la piel de gallina y helada, pese a que estaba empapada de sudor. ¿Fiebre?, pensé. Luego, incómoda, me di la vuelta para mirar hacia atrás; de pronto me di cuenta de que era miedo. Era extraordinario, incluso humillante. Un miedo nuevo. Durante todos los años en que me había paseado a solas por aquellas tierras, nunca había experimentado ni un momento de incomodidad; al principio porque me apoyaban el arma y los perros; luego, porque había aprendido a adoptar un cómodo tono amistoso con los africanos que pudiera encontrarme.

Había leído cosas sobre aquella sensación, sobre el modo en que la grandeza del silencio en África, bajo el sol antiguo, se vuelve más densa y gana cuerpo en la mente, hasta que incluso la llamada de los pájaros parece una amenaza y un espíritu letal emana de los árboles y las rocas. Te mueves con cautela, como si tu mero paso molestara a algo antiguo y malvado, algo oscuro y grande e irritado que de pronto podría atacarte por la espalda. Miras las arboledas de troncos

entrelazados e imaginas los animales que podrían acecharte; ves discurrir lentamente el río, cayendo de un nivel al siguiente por el valle y derramándose en charcas a las que acude de noche el ciervo para beber y el cocodrilo salta y lo arrastra por el tierno hocico hasta las cuevas subterráneas. El miedo se apoderó de mí. Me di cuenta de que estaba dando vueltas y vueltas por culpa de aquella amenaza informe que podía saltar y agarrarme; no hacía más que mirar hacia las cadenas de colinas que, vistas desde aquel ángulo distinto, parecían cambiar a cada paso de tal modo que incluso los rasgos más reconocibles del paisaje, como una montaña grande que había vigilado mi mundo desde mi primera conciencia del mismo, exhibía un extraño valle iluminado por el sol entre sus colinas. No sabía dónde estaba. Me había perdido. Me invadió el pánico. Me di cuenta de que estaba dando vueltas y vueltas, mirando con ansiedad un árbol y luego otro, alzando la vista al sol, que parecía iluminar ahora desde un sesgo más oriental, mostrando la triste luz amarillenta del ocaso. ¡Debían de haber pasado horas! Miré el reloj y descubrí que aquel estado de terror sin sentido había durado a lo sumo diez minutos.

El asunto era que no tenía ningún sentido. Ni siquiera estaba a quince kilómetros de casa: no tenía más que recorrer el valle hacia atrás para llegar a la vieja de casa; a lo lejos, entre las estribaciones de las colinas, brillaba el tejado de la casa de nuestros vecinos y bastaban un par de horas para alcanzarla. Era esa clase de miedo que contrae los músculos de un perro por la noche y lo obliga a aullar bajo la luna llena. No tenía nada que ver con lo que yo hiciera o pensara; y más que la propia sensación física me inquietaba el hecho de que yo misma pudiera ser su víctima; seguí caminando en silencio con la mente dividida, pendiente de mis propios nervios hirsutos, lanzando aprensivas miradas a uno y otro lado, disgustada y divertida al mismo tiempo. Me puse a pensar con deliberación en el pueblo que estaba buscando, y en lo que haría cuando llegara a él; suponiendo que lo encontrara, lo cual no estaba claro, pues caminaba sin dirección concreta y el pueblo podía estar en cualquier lugar de los cientos de hectáreas que me rodeaban. Al pensar en el pueblo, una nueva sensación se sumó al miedo: la soledad. Ahora me invadía tal terror al aislamiento que apenas podía caminar; si no llega a ser porque en ese momento me asomé a la cresta de una pequeña cuesta y vi una aldea por debajo, me habría dado la vuelta para irme a casa. Era un racimo de cabañas con techo de paja en un claro entre los árboles. Había unos recuadros claros de maíz, calabazas y mijo, y algo de ganado pastando a lo lejos, bajo unos árboles. Las aves picoteaban entre las chozas, los perros dormían sobre la hierba y las cabras se silueteaban contra una colina que sobresalía tras un afluente del riachuelo, que rodeaba la aldea como un brazo.

Al acercarme vi que las chozas tenían unos adornos preciosos pintados con fango amarillo, rojo y ocre en los muros; y el techado estaba sujeto por trenzas de paja.

No tenía nada que ver con los barracones de nuestra granja, un lugar sucio y abandonado, un hogar temporal para los emigrantes que no llegaban a echar raíces en él.

Ahora, no sabía que hacer. Llamé a un chiquillo negro que estaba sentado en un tronco y tocaba un instrumento hecho con cuerdas y una calabaza, desnudo por completo salvo por el collar de cuentas azules que llevaba al cuello, y le dije:

–Dile al jefe que estoy aquí.

El niño se metió un pulgar en la boca y fijó en mí su mirada tímida.

Pasé unos minutos moviéndome por el límite de lo que parecía una aldea desierta, hasta que el niño se escabulló y luego llegaron unas mujeres. Llevaban ropas vistosas y metales brillantes en las orejas y en los brazos. También se me quedaron mirando fijamente y en silencio; luego se dieron la vuelta y empezaron a parlotear entre ellas.

Volví a preguntar:

–¿Puedo ver al jefe Mshlanga?

Vi que captaban el nombre; no entendían lo que quería. Ni yo misma me entendía.

Al fin caminé entre ellas, pasé ante las chozas y vi un claro bajo la gran sombra de un árbol, donde había una docena de hombres sentados en el suelo con las piernas cruzadas, hablando. El jefe Mshlanga tenía la espalda apoyada en un árbol y sostenía una calabaza en la mano, de la que acababa de beber. Al verme, no movió un solo músculo de la cara y me di cuenta de que no le hacía ninguna gracia: tal vez le afectara mi propia timidez, que se debía a mi incapacidad de dar con la

fórmula de cortesía adecuada para la ocasión. Una cosa era encontrarse conmigo en nuestra granja; pero se suponía que yo no debía estar allí. ¿Qué esperaba? No podía mantener una reunión social con ellos; hubiera sido algo inaudito. Bastante malo era que yo, una chica blanca, caminara sola por el valle, cosa que sí podría haber hecho un hombre blanco; por aquella parte del monte sólo podían pasearse los oficiales del gobierno.

De nuevo me quedé quieta con mi sonrisa estúpida, mientras a mis espaldas se formaban grupos de mujeres de ropas brillantes que parloteaban sin cesar, con las caras despiertas de curiosidad e interés, y ante mí seguían sentados los ancianos con sus viejas caras arrugadas, las miradas reservadas, huidizas. Era un pueblo de ancianos, mujeres y niños. Incluso los dos jóvenes arrodillados junto al jefe no eran los mismos que había visto con él en ocasiones anteriores; los jóvenes siempre estaban trabajando en las granjas y en las minas de los blancos y el jefe reclutaba forzosamente su séquito entre los parientes que estuvieran de vacaciones.

–La pequeña *nkosikaas* blanca está lejos de casa –dijo al fin el anciano.

–Sí –concedí–. Es muy lejos.

Quería decir: «He venido en visita amistosa, jefe Mshlanga». No pude decirlo. Tal vez en ese momento sintiera un deseo urgente y desesperado de conocer a aquellos hombres y mujeres, de ser aceptada por ellos como amiga, pero la verdad era que había salido movida por pura curiosidad: quería ver la aldea de la que algún día nuestro cocinero, el joven reservado y obediente que se emborrachaba los domingos, sería dueño y señor.

–Damos la bienvenida a la hija del *nkosi* Jordan –dijo el jefe Mshlanga.

–Gracias –contesté.

No se me ocurría qué más decir. Hubo un silencio mientras las moscas emprendían el vuelo y zumbaban alrededor de mi cabeza; el viento se agitó un poco en el grueso árbol verde que tendía sus ramas sobre los ancianos.

–Buenos días –dije al fin–. Tengo que volver a casa.

–Buenos días, pequeña *nkosikaas* –dijo el jefe Mshlanga.

Me alejé de la aldea indiferente, subí la cuesta ante la mirada fija de las cabras de ojos ambarinos, bajé entre los altos árboles majestuosos para llegar al gran valle verde por el que discurría el río y los pichones graznaban cuentos de plenitud mientras los pájaros carpinteros repiqueteaban suavemente.

Había desaparecido el miedo: la soledad se había convertido en un testarudo estoicismo; ahora se notaba una extraña hostilidad en el paisaje, una fría, dura y hosca indomabilidad que caminaba conmigo, fuerte como un muro, intangible como el humo. Parecía decirme: «caminas por aquí como un destructor». Avancé lentamente hacia mi casa con el corazón vacío: había aprendido que si no puede llamarse al orden a un país como si fuera un perro, tampoco se puede rechazar el pasado con una sonrisa, brindada por una efusión de fáciles sentimientos, y decir: «No he podido evitarlo. Yo también soy una víctima».

Sólo volví a ver al jefe Mshlanga una vez más.

Una noche, en las grandes tierras rojizas de mi padre, aparecieron rastros de pezuñas pequeñas y se descubrió que las culpables eran las cabras de la aldea del jefe Mshlanga. Años antes había ocurrido lo mismo.

Mi padre confiscó todas las cabras. Luego envió al anciano jefe un mensaje para informarle de que si quería recuperarlas tendría que pagar los daños.

Llegó a casa una tarde a la hora del ocaso. Parecía muy avejentado y encorvado y caminaba rígido bajo su manta de pliegues majestuosos, apoyado en una gran vara. Mi padre se sentó en su gran sillón bajo los escalones de la casa; el anciano se acuclilló con cuidado en el suelo ante él, flanqueado por dos jóvenes.

El intercambio resultó largo y doloroso, pues el inglés del joven que hacía de intérprete no era bueno y mi padre no hablaba ningún dialecto, más allá del chapurreo de las cocinas.

Según el punto de vista de mi padre, los cultivos habían sufrido daños por valor de al menos doscientas libras. Sabía que podía obtener esa cantidad de dinero del anciano. Se sentía con el

derecho de quedarse con las cabras. En cuanto al anciano, no hacía más que repetir en tono de enfado:

—¡Veinte cabras! ¡Mi gente no puede perder veinte cabras! No somos ricos como el *nkosi* Jordan, para perder veinte cabras de golpe.

Mi padre no se tenía por rico, sino más bien pobre. Contestó rápido y molesto, dijo que los daños sufridos significaban mucho para él y que estaba en su derecho de quedarse las cabras.

Al final se calentó tanto el asunto que llamaron al cocinero, hijo del jefe, para que hiciera de intérprete. Entonces mi padre pudo hablar con fluidez y el cocinero lo tradujo todo rápidamente para que el anciano pudiera entender cuán enfadado estaba. El joven hablaba sin emoción, de un modo mecánico, con la mirada baja, aunque se notaba cómo le afectaba aquella situación por la hostil e incómoda postura de sus hombros.

Ya había avanzado el crepúsculo, el cielo exhibía un marasmo de colores, los pájaros cantaban sus últimas canciones y el ganado mugía en calma al pasar ante nosotros de camino a sus refugios nocturnos. Era la hora más hermosa de África; aquella patética y fea escena no hacía ningún bien a nadie.

Al fin mi padre concluyó:

—No pienso discutirlo. Me quedo las cabras.

El jefe contestó de inmediato en su propio idioma:

—Eso significa que mi gente se morirá de hambre cuando llegue la estación seca.

—Pues vaya a la policía —dijo mi padre, con expresión de triunfo.

No había, por supuesto, más que decir.

El hombre se quedó sentado en silencio, con la cabeza gacha y las manos colgadas sin remedio sobre las marchitas rodillas. Luego se levantó con la ayuda de los jóvenes y se encaró a mi padre. Dijo algo más en un tono muy seco; se dio la vuelta y se fue a su aldea.

—¿Qué ha dicho? —preguntó mi padre a uno de los jóvenes, que se rió incómodo y desvió la mirada—. ¿Qué ha dicho? —insistió.

El cocinero se quedó tieso y callado, con las cejas bien prietas. Luego, habló:

—Mi padre dice: toda esta tierra, esta tierra que usted considera propia, es de él y pertenece a nuestro pueblo.

Tras esa afirmación, echó a andar hacia el monte detrás de su padre y nunca volvimos a verlo.

El siguiente cocinero era un emigrante de Nyasaland y no tenía ninguna expectación de grandeza.

La siguiente vez en que vino el policía de ronda, le contaron esa historia.

—Esa aldea no tiene derecho de seguir ahí; tendrían que haberla desplazado hace mucho tiempo. No sé por qué nadie hace nada al respecto. Hablaré con el Comisario para los Nativos la semana que viene. En cualquier caso, el domingo tengo que ir a jugar a tenis.

Poco tiempo después supimos que habían desplazado al jefe Mshlanga y a su gente unos trescientos kilómetros al este, a una verdadera reserva para nativos: pronto declararían aquellas tierras del gobierno válidas para los asentamientos de blancos.

Unos cuantos años después volví a ver la aldea. No había nada. Montones de lodo rojo señalaban el lugar que antes ocuparan las chozas, cubiertos por atados de paja podrida y recorridos por los túneles rojos como venas de las hormigas blancas. Las parras de las calabazas se rebelaban por todas partes, sobre los matorrales, en torno a las ramas inferiores de los árboles, de tal modo que los grandes balones dorados se escondían bajo tierra y pendían del cielo: era un festival de calabazas. Los matorrales se espesaban, la hierba nueva emitía un vivido verdor.

El colono que tuviera la suerte de obtener la concesión de aquel valle esplendoroso y cálido (si decidía cultivar aquella sección particular) descubriría de pronto que en sus campos de cereales las plantas alcanzaban metro y medio de altura y las mazorcas engordaban de tal modo que llegaban a doblar los tallos, y se maravillaría ante la insospechada fuente de riqueza que había encontrado por suerte.

LA BRUJERÍA NO SE VENDE*(No Witchcraft for Sale)*

Cuando nació Teddy, los Farquar llevaban muchos años sin tener hijos; les conmovió la alegría de los sirvientes, que les llevaban aves, huevos y flores a la granja cuando acudían a felicitarlos por la criatura, y exclamaban con deleite ante su aterciopelada cabeza y sus ojos azules. Felicitaron a la señora Farquar como si hubiera alcanzado un gran logro, y ella lo sentía como si así fuera: dedicaba una sonrisa cálida y agradecida a los nativos, que persistían en su admiración.

Más adelante, cuando cortaron el pelo a Teddy por primera vez, Gideon, el cocinero, recogió del suelo los suaves mechones dorados y los sostuvo en una mano con aire reverente. Luego sonrió al niño y dijo: «Cabecita Dorada». Ese fue el nombre que los nativos otorgaron al niño. Gideon y Teddy se hicieron muy amigos desde el principio. Cuando Gideon terminaba su trabajo, alzaba a Teddy sobre sus hombros y lo llevaba a la sombra de un árbol grande, donde jugaba con él y le hacía curiosos juguetes con ramitas y hojas y hierba, o moldeaba el barro húmedo del suelo para darle formas de animales. Cuando Teddy aprendió a andar, era Gideon quien solía agacharse ante él y chascaba la lengua para estimularlo, lo recogía cada vez que se caía y lo lanzaba al aire hasta que los dos quedaban sin aliento de tanto reír. La señora Farquar tomó cariño a su anciano cocinero por lo mucho que éste quería al niño.

No hubo más hijos y un día Gideon dijo:

—Ah, señorita, señorita, el Señor le envió a éste. Cabecita Dorada es lo mejor que tenemos en esta casa.

El plural de «tenemos» provocó un cálido sentimiento de la señora Farquar hacia el cocinero: a fin de mes le subió la paga. Ya llevaba con ella unos cuantos años; era uno de los pocos nativos que tenía a su mujer e hijos en el complejo y nunca quería irse a su aldea, que estaba a cientos de kilómetros. A veces se veía a un negrito que había nacido en la misma época que Teddy mirando desde los matorrales, asombrado ante la visión de aquel chiquillo con su milagroso cabello claro y sus nórdicos ojos azules. Los dos niños intercambiaban miradas abiertas de interés y una vez Teddy alargó una mano con curiosidad para tocar el pelo y las mejillas negras del otro niño.

Gideon los estaba mirando y, tras menear la cabeza reflexivamente, dijo:

—Ah, señorita, ahí están los dos niños; de mayores, uno se convertirá en baas y el otro en sirviente.

La señora Farquar sonrió y respondió con tristeza:

—Sí, Gideon, estaba pensando lo mismo. —Suspiró.

—Es la voluntad de Dios —dijo Gideon, que se había criado en las misiones.

Los Farquar eran muy religiosos y aquel sentimiento compartido de lo divino acercó aún más al sirviente y sus señores.

Teddy tendría unos seis años cuando le regalaron una moto y descubrió la intoxicación de la velocidad. Se pasaba el día volando en torno a la granja, se metía en los parterres, ponía en fuga a las gallinas alarmadas entre graznidos y a los perros irritados y trazaba un amplio arco mareante para terminar su carrera ante la puerta de la cocina. Entonces, solía gritar:

—¡Mírame, Gideon!

Gideon se reía y decía:

—Muy listo, Cabecita Dorada.

El hijo menor de Gideon, que ahora se cuidaba del ganado, acudió desde el complejo a propósito para ver la moto. Le daba miedo acercarse, pero Teddy se exhibió para él.

—¡Negrito! —le gritaba—. ¡Apártate de mi camino!

Se puso a trazar círculos alrededor del muchacho hasta que éste, asustado, echó a correr hacia los matorrales.

—¿Por qué lo has asustado? —preguntó Gideon, en grave tono de reproche.

Teddy contestó desafiante:

—Sólo es un negrito.

Y se rió. Luego, cuando Gideon se apartó de él sin hablarle, Teddy se quedó serio. Al poco rato entró en la casa, buscó una naranja, se la llevó a Gideon y le dijo:

–Es para ti.

No era capaz de decir que lo sentía; pero tampoco podía resignarse a perder el afecto de Gideon. Este aceptó la naranja de mala gana y suspiró.

–Pronto irás al colegio, Cabecita Dorada –dijo, asombrado–. Y luego te harás mayor. –Meneó la cabeza con amabilidad y añadió–: Así son nuestras vidas.

Parecía estar poniendo distancia entre su persona y Teddy, no por resentimiento, sino al modo de quien acepta algo inevitable. Aquel niño había descansado en sus brazos y lo había mirado con una sonrisa en la cara; aquella pequeña criatura había colgado de sus hombros, había pasado horas jugando con él. Ahora Gideon no permitía que su carne tocara la carne del niño blanco. Era amable, pero apareció en su voz una formalidad grave que arrancaba pucheros de Teddy y lo hacía retroceder, enfurruñado. También lo ayudó a hacerse hombre: era educado con Gideon y se comportaba con formalidad, y si entraba en la cocina para pedirle algo lo hacía como cualquier blanco al dirigirse a un sirviente, esperando que se le obedeciera.

Pero el día que Teddy apareció en la cocina tambaleándose y frotándose los ojos, aullando de dolor, Gideon soltó la olla de sopa caliente que tenía entre manos, se acercó al niño y le apartó los dedos.

–¡Una serpiente! –exclamó.

Teddy había estado montando su moto, se había parado a descansar y había apoyado el pie junto a una cuba para las plantas. Una serpiente, colgada del techo por la cola, le había escupido a los ojos. La señora Farquar llegó corriendo en cuanto oyó la conmoción.

–¡Se volverá ciego! –sollozó, abrazando con fuerza a Teddy–. ¡Gideon, se volverá ciego!

Los ojos, a los que tal vez quedara apenas media hora de visión, se habían hinchado ya hasta alcanzar el tamaño de puños: la carita blanca de Teddy estaba distorsionada por grandes protuberancias moradas y supurantes.

–Espere un momento, señorita. Voy a buscar medicamentos –dijo Gideon.

Salió corriendo hacia los matorrales.

La señora Farquar llevó al niño a la casa y le lavó los ojos con permanganato. Apenas había oído las palabras de Gideon; sin embargo, cuando vio que sus remedios no surtían efecto y recordó haber conocido algunos nativos que habían perdido la vista por culpa del escupitajo de una serpiente, empezó a anhelar el regreso del cocinero, pues recordaba haber oído hablar de la eficacia de las hierbas de los nativos. Permaneció junto a la ventana, sosteniendo en brazos al niño, que no paraba de sollozar, y mirando desesperada hacia los matorrales. Habían pasado pocos minutos cuando vio regresar a Gideon a saltos, con una planta en la mano.

–No tenga miedo, señorita –dijo Gideon–. Esto curará los ojos de Cabecita Dorada.

Arrancó las hojas de la planta y dejó a la vista su raíz blanca, pequeña y carnosa. Sin lavarla siguiera, se llevó la raíz a la boca, la mordisqueó con vigor y luego conservó la saliva entre los labios mientras arrancaba a Teddy a la fuerza de los brazos de su madre. Lo sostuvo entre las rodillas y apretó con las yemas de los pulgares los ojos hinchados del niño hasta que éste empezó a gritar y la señora Farquar protestó:

–¡Gideon, Gideon!

Pero él no hizo caso. Se arrodilló sobre el niño, que se contorsionaba, y forzó los inflados párpados hasta que se abrió una ranura rasgada por la que aparecía el ojo, y entonces escupió con fuerza, primero en un ojo y luego en el otro. Al fin dejó al niño en brazos de su madre y afirmó:

–Sus ojos se curarán.

Sin embargo, la señora Farquar lloraba de terror y apenas pudo darle las gracias; era imposible creer que Teddy fuera a conservar la vista. Al cabo de un par de horas la inflamación había desaparecido. El señor y la señora Farquar fueron a la cocina a ver a Gideon y le dieron las gracias una y otra vez. Estaban desesperados de gratitud; parecían incapaces de expresarla. Le dieron regalos para su mujer y sus hijos, así como un gran aumento de sueldo, pero nada de eso podía pagar la curación total de los ojos de Teddy. La señora Farquar dijo:

–Gideon, Dios te ha escogido como instrumento de su bondad.

Y Gideon contestó:

–Sí, señorita, Dios es muy bueno.

En fin, cuando ocurre algo así en una granja, no pasa mucho tiempo antes de que se entere todo el mundo. El señor y la señora Farquar se lo contaron a sus vecinos y la historia fue tema de conversación de un extremo al otro del distrito. El monte está lleno de secretos. Nadie puede vivir en África, o al menos en las zonas mesetarias, sin aprender pronto que hay una antigua sabiduría de las hojas, de la tierra y de las estaciones –así como de los rincones más oscuros de la mente humana, acaso más importantes– que pertenece a la herencia del hombre negro. La gente contaba anécdotas por todos los rincones del distrito, recordándose unos a otros cosas que les habían ocurrido.

–Pero te digo que lo vi con mis propios ojos. Fue un mordisco de cobra bufadora. El brazo del africano estaba inflado hasta el codo, como una vejiga negra y brillante. Al cabo de medio minuto estaba grogui. Se estaba muriendo. Entonces, de repente, salió un africano del monte con las manos llenas de una cosa verde. Le frotó el brazo con algo y al día siguiente el muchacho volvía a trabajar y no se le veían más que dos pequeños pinchazos en la piel.

Así era lo que se contaba. Y siempre con una cierta exasperación, porque aunque todos sabían que hay valiosos medicamentos escondidos en la oscuridad de los matorrales africanos, en las cortezas de los árboles, en hojas de apariencia simple, en raíces, resultaba imposible que los nativos les contaran la verdad.

La historia llegó finalmente a la ciudad: tal vez fuera en alguna fiesta al atardecer, o en alguna función social por el estilo, donde un médico que estaba allí por casualidad rechazó su valor:

–Tonterías –dijo–. Estas historias se exageran por los cuentos. Cuando buscamos información por una historia como ésa, nunca encontramos nada.

En cualquier caso, una mañana llegó un extraño coche a la granja y salió de él un trabajador del laboratorio de la ciudad con cajas llenas de probetas y productos químicos.

El señor y la señora Farquar estaban aturullados, complacidos y halagados. Invitaron a comer al científico y contaron su historia entera de nuevo, por enésima vez. El pequeño Teddy también estaba y sus ojos azules refulgían de salud para probar la autenticidad de la historia. El científico explicó que la humanidad podría beneficiarse de aquel nuevo medicamento si se pusiera en venta, cosa que complació aun más a los Farquar. Eran gente simple y amable y les gustaba creer que gracias a ellos se descubriría algo bueno. Pero cuando el científico empezó a hablar del dinero que podría ganarse, se sintieron incómodos. Sus sentimientos al respecto del milagro (pues pensaban en el suceso en esos términos) eran tan fuertes, profundos y religiosos que les parecía de mal gusto relacionarlo con el dinero. El científico, al ver sus caras, regresó al primer argumento, que era el progreso para la humanidad. Tal vez fue demasiado superficial: no era la primera vez que acudía en pos de algún secreto legendario de los matorrales.

Al fin, cuando terminó el almuerzo, los Farquar llamaron a Gideon al cuarto de estar y le explicaron que aquel baas era un Gran Doctor de la Gran Ciudad y que había recorrido todo aquel camino para verlo a él. Al oírlo, Gideon pareció asustarse; no lo entendía. La señora Farquar le explicó enseguida que el Gran Baas se había presentado allí por su maravillosa intervención con los ojos de Teddy.

Gideon miró al señor Farquar, y luego a la señora, y luego al niño, que se daba aires de importancia por la ocasión. Al fin, dijo a regañadientes:

–¿El Gran Baas quiere saber qué medicina usé?

Hablaba con incredulidad, como si no pudiera concebir semejante traición de sus viejos amigos. El señor Farquar empezó a explicar que de aquella raíz podía extraerse un medicamento muy necesario, y que podría ponerse a la venta de modo que miles de personas, blancas y negras, en todo el continente africano, dispondrían de salvación cuando aquella serpiente bufadora les escupiera su veneno en los ojos. Gideon escuchó con la mirada clavada en el suelo y la piel de la frente tensa por la incomodidad. Cuando el señor Farquar hubo terminado, no contestó. El científico, que había permanecido hasta entonces recostado en su silla, bebiendo tragos de café y exhibiendo una sonrisa

de escéptico buen humor, intervino y se lo volvió a explicar todo, con palabras distintas, acerca de la fabricación de medicamentos y del progreso de la ciencia. Además, ofreció un regalo a Gideon.

Tras esta última explicación hubo un momento de silencio y luego Gideon replicó con indiferencia que no podía recordar de qué raíz se trataba. Tenía una expresión huraña y hostil en el rostro, incluso cuando miraba a los Farquar, a quienes solía tratar como si fueran viejos amigos. Ellos empezaban a molestarse; esa sensación anuló la culpa que había nacido tras las primeras acusaciones de Gideon. Empezaban a pensar que su comportamiento era muy poco razonable. Sin embargo, en ese momento se dieron cuenta de que no iba a ceder. La droga mágica permanecería en su lugar, desconocido e inservible salvo para los escasos africanos que la conocieran, nativos que tal vez se dedicaran a cavar zanjas para el Ayuntamiento, con sus camisas rasgadas y sus pantalones cortos remendados, pero que habían nacido para la curación, herederos de otros curanderos por ser hijos o sobrinos de antiguos brujos, cuyas feas máscaras, huesos y demás burdos objetos de magia parecían ahora signos externos de poder y sabiduría reales.

Los Farquar podían pisotear aquella planta cincuenta veces al día de camino entre la casa y el jardín, del sendero de las vacas a los campos de maíz, pero nunca se iban a enterar.

Sin embargo siguieron discutiendo y trataron de persuadirlo con toda la fuerza de su exasperación; y Gideon siguió diciendo que no se acordaba, o que nunca había existido tal raíz, o que no se encontraba en aquella estación del año, o que no era la raíz por sí misma, sino su saliva, lo que había curado los ojos de Teddy. Dijo todas esas cosas, una detrás de otra, y no pareció importarle que fueran contradictorias. Estuvo rudo y tozudo. Los Farquar apenas reconocían a su simpático y amable sirviente en aquel africano ignorante, perversamente obstinado, que permanecía ante ellos con la mirada baja y retorció el delantal entre los dedos mientras repetía una y otra vez cualquiera de las estúpidas negativas que le viniera a la mente.

De pronto, pareció que cedía. Alzó la cabeza, dedicó una larga y rabiosa mirada al círculo de blancos, que para él tenían el aspecto de una ronda de perros ladrones en torno a él, y dijo:

—Les voy a enseñar la raíz.

Echaron a andar en fila india desde la casa por un sendero. Era una tarde abrasadora de diciembre y el cielo estaba lleno de calurosas nubes de lluvia. Todo estaba caliente: el sol parecía una placa de bronce que diera vueltas en el aire, los campos refulgían de calor, el suelo ardía bajo sus pies y el viento, cargado de polvo, les soplaba en la cara, rasposo y acalorado. Era un día terrible, destinado a tumbarse en el porche con una bebida helada, como normalmente harían a esas horas.

De vez en cuando, recordando que el día de la serpiente a Gideon le había costado sólo diez minutos encontrar la raíz, alguien preguntaba:

—¿Tan lejos queda, Gideon?

Éste miraba hacia atrás y respondía, con molesta educación:

—Estoy buscando la raíz, baas.

Efectivamente, a menudo se agachaba de lado y pasaba la mano entre las hierbas, con un gesto tan mecánico que resultaba ofensivo. Los hizo caminar entre los matorrales por senderos desconocidos durante dos horas, bajo aquel calor derretido y destructor, hasta que rompieron a sudar y les dolió la cabeza. Iban todos muy callados; los Farquar porque estaban enfadados y el científico porque una vez más se demostraba que tenía razón: la planta no existía. Su silencio era muy diplomático.

Al fin, a unos diez kilómetros de la casa, Gideon decidió de pronto que ya había suficiente; o tal vez su enfado se evaporó en aquel instante. Sin esforzarse por aparentar nada ajeno a la casualidad, recogió un puñado de flores azules entre la hierba, las mismas flores que abundaban en los caminos que habían recorrido.

Se las dio al científico sin mirarlo siquiera y echó a andar a solas de vuelta a la casa, dejando que lo siguieran si así querían hacerlo.

Cuando llegaron a la casa, el científico se fue a la cocina y dio las gracias a Gideon: se comportaba con mucha educación, pero mantenía la burla en la mirada. Gideon se había ido. Tras

tirar las flores en la parte trasera del coche sin darles ninguna importancia, el eminente visitante se fue de vuelta a su laboratorio.

Gideon regresó a la cocina a tiempo para preparar la cena, pero estaba muy huraño. Habló con la señora Farquar como un sirviente malcarado. Pasaron días antes de que volvieran a llevarse bien.

Los Farquar interrogaban a sus trabajadores acerca de aquella raíz. A veces recibían miradas desconfiadas por toda respuesta. A veces, los nativos decían: «No lo sabemos. Nunca hemos oído hablar de esa raíz». Uno de ellos, el muchacho que cuidaba el ganado, que llevaba mucho tiempo con ellos y les tenía cierta confianza, dijo:

–Pregúntenle al que trabaja en la cocina. Ese es todo un médico. Es el hijo de un famoso curandero que solía vivir por aquí y no hay enfermedad que no pueda curar. –Luego, añadió con educación–: Por supuesto, no es tan bueno como el médico de los blancos, eso ya lo sabemos, pero para nosotros sí que sirve.

Al cabo de un tiempo, cuando ya había desaparecido la amargura entre los Farquar y Gideon, empezaron a bromear:

–¿Cuándo nos vas a enseñar la raíz de las serpientes, Gideon?

Él se reía, meneaba la cabeza y, con cierta incomodidad, contestaba:

–Pero si ya se la enseñé, señorita, ¿no se acuerda?

Al cabo de mucho tiempo, cuando Teddy ya iba al colegio, entraba en la cocina y le decía:

–Gideon, viejo gamberro. ¿Recuerdas aquella vez que nos engañaste a todos y nos hiciste caminar no sé cuántos kilómetros por la meseta para nada? Llegamos tan lejos que mi padre me tuvo que traer en brazos.

Y Gideon se partía de risa educadamente. Después de reír mucho rato, se incorporaba, se secaba los ojos y miraba con tristeza a Teddy, quien lo contemplaba maliciosamente desde el otro lado de la cocina:

–Ah, Cabecita Dorada, cuánto has crecido. Pronto serás mayor y tendrás tu propia granja...

SALE EL SOL EN LA LLANURA

(A Sunrise on the Veld)

Durante aquel invierno, cada noche decía en voz alta en la oscuridad, sobre la almohada:

–¡A las cuatro y media! ¡A las cuatro y media!

Hasta que le parecía que su cerebro había apresado las palabras y las conservaba. Luego caía rendido como si se hubiera cerrado una persiana y dormía con la cara vuelta hacia el despertador para verlo en cuanto abriera los ojos.

Ocurría cada madrugada exactamente a las cuatro y media. Tras presionar con gesto triunfante el botón del despertador –al que había vencido con la mitad oscura de su mente, conservando la vigilia toda la noche y contando las horas mientras dormía relajado–, se acurrucaba buscando un último instante de calidez, a sabiendas de que podía vencer sin esfuerzo aquella debilidad; del mismo modo que preparaba el despertador cada noche por el mero placer del momento en que se despertaría y estiraría los brazos, sintiendo la tensión de los músculos, para pensar: «¡Incluso mi cerebro! Soy capaz de controlar cualquier parte de mi cuerpo».

La lujuria de un cuerpo cálido y descansado, con los brazos, las piernas y los dedos a la espera, como soldados, de una orden suya. La alegría de saber que entregaba aquellas valiosas horas al sueño de modo voluntario, pues en una ocasión había pasado despierto tres noches seguidas para demostrar que era capaz, y luego había trabajado todo el día, negándose a aceptar que estaba cansado; ahora, le parecía que el sueño era un sirviente al que podía convocar o rechazar.

El muchacho estiraba del todo su cuerpo para tocar con las manos la pared, a la cabeza de la cama, y la parte baja con los dedos de los pies; luego saltaba como saltan los peces del río. Y hacía frío, mucho frío.

Siempre se vestía de prisa para intentar conservar el calor de la noche hasta que saliera el sol, dos horas después; sin embargo, cuando se terminaba de vestir, sus manos ya estaban congeladas y apenas lograba sostener los zapatos. No se los podía poner por temor a despertar a sus padres, que nunca llegaron a saber lo pronto que se levantaba.

En cuanto trasponía en dintel, se le contraía la carne de los pies al contacto con el gélido suelo y empezaban a dolerle de frío las piernas. Era de noche: las estrellas brillaban, los árboles permanecían quietos y negros. Buscaba señales del día, el gris en los bordes de las piedras, o la primera luz del cielo por donde saldría el sol, pero aún no se veía nada. Atento como un animal, se escabullía ante las peligrosas ventanas, se detenía un instante con la mano en el alféizar en un gesto de fastidioso orgullo y miraba hacia la espesa negrura de la habitación en que dormían sus padres.

Tanteando con los dedos de los pies el límite de la hierba, se colaba por otra ventana que quedaba más allá, en la misma pared, donde lo esperaba su arma, lista desde la noche anterior. El metal estaba helado y los dedos, entumecidos, resbalaban por él, de modo que debía apoyar el arma en el brazo, por el codo. Luego caminaba de puntillas hasta la habitación donde dormían los perros, siempre con el miedo de que hubieran decidido adelantarse; pero lo estaban esperando, reticentes, con el lomo erizado por el frío, pero con las orejas tiesas y las colas agitadas para saludar la llegada del arma. Sus murmullos de aviso los mantenían en silencio hasta que la casa quedaba a un centenar de metros: entonces echaban a correr hacia los matorrales y ladraban excitados. El niño se imaginaba a sus padres dando vueltas en la cama y murmurando: «Otra vez esos perros», antes de volver a entregarse al sueño; se le escapaba una sonrisa burlona. Siempre miraba hacia atrás para ver la casa antes de meterse en un muro de árboles que la tapaban. Parecía tan bajita y pequeña, como agachada bajo un cielo alto y brillante. Luego daba la espalda a la casa y a sus congelados durmientes, y se olvidaba de ellos.

Tenía que darse prisa. Antes de que la luz aumentara debía alejarse seis kilómetros, y ya se notaba un tinte verde en el hueco de una hoja y el aire olía a amanecer y las estrellas se difuminaban.

Se echaba el calzado al hombro, botas de llanura arrugadas y endurecidas por el rocío de cientos de madrugadas. Las iba a necesitar cuando el calor de la tierra se volviera insoportable. De momento notaba el polvo helado que se instalaba entre los dedos y permitía que los músculos de sus

pies se estirasen y adoptasen la forma de la tierra. Pensaba: «Con estos pies puedo caminar cientos de kilómetros. ¡Podría andar todo el día sin cansarme!».

Caminaba deprisa por el oscuro túnel de follaje que, de día, se convertía en carretera. Los perros recorrían invisibles los senderos que se abrían bajo los matorrales y él los oía respirar. A veces notaba un hocico frío junto a su pierna, pero en seguida volvían a salir disparados en busca de alguna pista. No estaban entrenados, pero lo acompañaban en su caza corriendo libremente y a menudo se cansaban del largo acecho antes de los disparos finales y se iban por su propia cuenta. Pronto los volvía a ver, pequeños y con aspecto salvaje en aquella extraña luz, ahora que los matorrales temblaban al límite del color, esperando que el sol tendiera una capa de pintura nueva sobre la tierra y la hierba.

La hierba le llegaba a los hombros; de los árboles caía una leve llovizna plateada. Estaba empapado; todo su cuerpo se encogía en un escalofrío permanente.

Al llegar al sendero, en el que se apreciaban huellas recientes de animales, se enderezó a regañadientes y se recordó a sí mismo que el placer del acecho debería esperar un día más.

Empezó a correr al borde del campo, apreciando entre sacudidas que estaba cubierto por una nueva telaraña, de tal modo que los grandes terrones oscuros parecían envueltos por una red gris brillante. Avanzaba con el trote regular que había aprendido observando a los nativos, una manera de correr que consiste en pasar el peso del cuerpo de una a otra pierna en un lento movimiento de balanceo que nunca llega a cansar, ni a forzar la respiración; sentía el pulso de la sangre en las piernas y en los brazos, y la exultación del orgullo de su cuerpo lo invadía hasta tal punto que debía apretar con fuerza los dientes para reprimir el violento deseo de soltar un grito triunfal.

Tardaba poco en abandonar la zona cultivada de la granja. A sus espaldas, los matorrales bajos y oscuros. Ante él, una gran cañada, hectáreas de hierba larga y clara que emitía un liviano fulgor de luz hacia el cielo satinado. A su lado, espesas franjas de hierba se inclinaban por el peso del agua y en cada fronda brillaban gotas diamantinas.

El primer pájaro se despertó a sus pies y de inmediato alzó el vuelo una bandada, anunciando con un canto estridente la llegada del día; de pronto, a sus espaldas, el monte se despertaba con una canción, al tiempo que por delante le llegaba el sonido de las pintadas. Eso significaba que no volarían desde los árboles hacia la hierba, y él había acudido para eso: llegaba tarde. Pero no le importaba. Olvidaba que había ido de caza. Separaba bien las piernas y, balanceándose de un pie al otro, sostenía el rifle horizontalmente entre las dos manos, lo alzaba y volvía a bajarlo, en una especie de ejercicio improvisado, y echaba la cabeza hacia atrás hasta que los músculos del cuello lo sostenían como una almohada, para ver cómo flotaban por encima las pequeñas nubes rosadas en un lago de oro.

De pronto, todo se despertaba en él; era insufrible. Daba saltos al aire, gritaba y aullaba sonidos irreconocibles, como un salvaje. Después echaba a correr, no cuidadosamente como antes, sino a lo loco, como un ser salvaje. Estaba loco de remate, gritaba con locura, poseído por la alegría de vivir y los excesos de la juventud. Se apresuraba por la cañada bajo un tumulto de carmesíes y dorados, mientras todos los pájaros del mundo cantaban canciones sobre él. Corría con enormes zancadas y gritaba al mismo tiempo, mientras sentía que su cuerpo se alzaba en el vibrante aire y volvía a caer sobre la seguridad de sus pies; pensaba fugazmente, aunque no creía que eso pudiera ocurrirle a él, que en cualquier momento podía partirse un tobillo sobre la hierba enmarañada. Superaba los matorrales como un pájaro africano, saltaba las rocas; al fin se detenía de golpe en un lugar donde la tierra emprendía un abrupto descenso hacia el río. Era una carrera de tres kilómetros a través de maleza crecida hasta la cintura, y entonces tenía que respirar con esfuerzo y ya no podía cantar. Pero se apoyaba en una roca, seguía con la mirada los cauces de agua que brillaban entre los árboles encorvados y, de pronto, pensaba: ¡«Tengo quince años! ¡Quince!»». Aquellas palabras tenían un nuevo sonido; por eso las repetía asombrado, con creciente entusiasmo; y sentía en sus manos los años de la vida como si contara canicas, cada una de ellas distinta y compacta, cada una con su propio brillo maravilloso. Así era él: quince años de rico suelo, de agua que discurría lentamente, de un aire que olía a desafío, tanto en el bochorno y el calor del mediodía como ahora, fresco como el agua fría.

¡No había nada que no pudiera hacer! ¡Nada! Cuando estaba allí le sobrecogía una visión, como cuando un niño oye la palabra «eternidad» y trata de entenderla y el tiempo se apodera de su mente. Sentía la vida que tenía por delante como algo grandioso y maravilloso, algo suyo, y lo decía en voz alta, mientras se le subía la sangre a la cabeza: «Todos los hombres del mundo han sido lo que yo soy ahora y no hay nada en lo que no pueda convertirme, nada que no pueda hacer; no hay país en el mundo que no pueda hacer mío, si así lo quiero. Yo contengo el mundo entero. Puedo hacer con él lo que quiera. Si yo lo decido, puedo cambiar lo que esté por suceder; depende de mí, de lo que decida ahora».

La urgencia, la certeza y el coraje de lo que decía su voz lo excitaban tanto que empezaba a cantar de nuevo a pleno pulmón y el sonido volaba en las alas del eco hacia el desfiladero del río. Esperaba a que el eco le devolviera la voz y cantaba de nuevo: esperaba y gritaba. ¡Eso era él! Si decidía hacerlo, se ponía a cantar; y el mundo debía contestarle.

Allí pasaba minutos enteros cantando y gritando y esperando el adorable torbellino del eco; la fuerza de sus pensamientos regresaba y le rodeaba la cabeza, como si alguien le contestara y le estimulara; hasta que el desfiladero se llenaba de voces suaves que rebotaban de roca en roca, por encima del río. Entonces, parecía que hubiera una nueva voz. La escuchó asombrado, pues no parecía la suya. Pronto se agazapó, con todos los nervios a punto, muy quieto; por algún lado, cerca de él, sonaba algo que no provenía de ningún pájaro alegre, ni del caer del agua, ni de los poderosos movimientos del ganado.

Ahí estaba de nuevo. En el profundo silencio de la mañana, que contenía su futuro y su pasado, había un sonido de dolor, repetido una y otra vez; una especie de grito entrecortado, como si alguien, o algo, careciera de aliento para chillar. Recuperó el sentido, miró a su alrededor y llamó a los perros. No aparecieron: se habían ido a sus cosas y lo habían dejado solo. Había recuperado la sobriedad por completo; la locura había desaparecido. Su corazón latía deprisa por aquel grito de terror; se alejó con cautela de la roca y caminó hacia una hilera de árboles. Se movía con sigilo, pues no mucho tiempo antes había visto un leopardo en aquel mismo lugar.

Llegó hasta donde terminaban los árboles, se agachó y miró alrededor, con el arma lista; avanzó, mirando a todas partes con atención, con los ojos achinados. Entonces, de repente, a medio paso, titubeó y puso cara de asombro. Meneó la cabeza impaciente, como si no se creyera lo que estaba viendo.

Allí, entre dos árboles, contra un fondo de finas rocas negras, había una figura salida de un sueño, una bestia extraña con cuernos que caminaba como si estuviera borracha, pero no se parecía a nada que hubiera imaginado jamás. Parecía andrajosa. Parecía un pequeño ciervo con negros jirones de piel levantados irregularmente por todo el cuerpo, bajo los cuales se veían parches de carne viva... pero aquellos parches desaparecían bajo móviles manchas negras y aparecían en otro lugar: la criatura aullaba en todo momento, con grititos ahogados, y saltaba tambaleándose de un lado a otro, como si estuviera ciega.

Entonces, el chico comprendió: era un ciervo. Corrió para acercarse y de nuevo se quedó parado, detenido por un miedo nuevo. A su alrededor, la hierba estaba viva y susurraba. Miró alocado a su alrededor y luego bajó la vista. La tierra estaba ennegrecida por las hormigas, grandes hormigas enérgicas que no le prestaban la menor atención, pues se apresuraban y se escabullían hacia aquella forma que luchaba por defenderse, como el flujo de un agua negra que corriera entre la hierba.

Entonces, mientras contenía la respiración y la pena y el terror lo invadían, la bestia cayó y dejó de gritar. Ya no se oía más que el canto de un pájaro y el sonido de las rasposas y susurrantes hormigas.

Echó un vistazo a la negrura retorcida que se convulsionaba con los estertores nerviosos. Se aquietó. Aquella masa que aún se parecía vagamente a la figura de un pequeño animal daba leves respingos.

Se le ocurrió que debería dispararle para poner fin a su dolor; alzó el arma. Luego la bajó. El ciervo ya no podía sentir nada, su lucha era una protesta mecánica de los nervios. Pero no fue eso lo que le hizo bajar el arma. Fue una creciente sensación de rabia y dolor y de protesta, que se expresaba en el siguiente pensamiento: «Si yo no estuviera aquí, moriría así. ¿Por qué debo

interferir? En todo el monte ocurren cosas así: cada dos por tres; así sigue la vida, los seres vivos mueren angustiados». Sostuvo el arma entre las rodillas y sintió en sus propias extremidades el enjambre del dolor que aquel animal tembloroso ya no podía experimentar; apretó los dientes y dijo una y otra vez en voz baja: «No lo puedo evitar. No lo puedo evitar. No puedo hacer nada».

Se alegró de que el ciervo estuviera inconsciente y hubiera sobrepasado ya el sufrimiento para no tener que tomar la decisión de matarlo mientras sentía con todo su cuerpo: «Esto es lo que pasa; así son las cosas».

Estaba bien; eso sentía. Estaba bien y nada podía alterarlo.

El conocimiento de la fatalidad, de lo que está llamado a ser, lo acababa de atrapar por primera vez en la vida; lo había dejado incapaz de emitir respuesta, ya fuera mental o física, más allá de la afirmación: «Sí, sí. Esto es la vida». Se había adentrado en sus carnes, había llegado a los más lejanos rincones de su cerebro y ya no lo abandonaría. En aquel momento no hubiera podido responder con la menor acción de piedad, pues conocía la vasta, inalterable y cruel llanura, en la que había vivido siempre, y en la que en cualquier momento se podía tropezar con un cráneo o aplastar el esqueleto de alguna criatura pequeña.

Sufriendo, mareado y enfadado, pero también con la melancólica satisfacción de su nuevo estoicismo, se quedó allí, apoyado en su rifle, y contempló cómo aquel montón hirviente y negro se empequeñecía. A sus pies, ahora, circulaban las hormigas con fragmentos rosados en la boca, y un fresco olor ácido le llegaba a las fosas nasales. Controló con gravedad las inútiles convulsiones musculares de su estómago vacío y se recordó: ¡las hormigas también han de comer! Al mismo tiempo, descubrió que le corrían lágrimas por la cara y que tenía la ropa empapada por el sudor que le había provocado el dolor de aquella criatura.

La figura se había empequeñecido. Ahora no parecía reconocible. No supo cuánto rato había pasado hasta que vio reducirse la negrura y empezaron a aparecer parches blancos que brillaban al sol: sí, ahí estaba el sol, en lo alto, brillando sobre las rocas. Vaya, todo aquello no podía haber durado más que unos pocos minutos.

Empezó a maldecir como si la brevedad del tiempo fuera por sí misma insufrible, usando las mismas palabras que había oído a su padre. Avanzó a grandes zancadas, aplastando hormigas a cada paso, hasta que llegó junto al esqueleto, que permanecía tumbado con las patas estiradas bajo un pequeño matorral. Lo habían dejado limpio. De no ser por los pequeños fragmentos de cartílago que se veían en la blancura de los huesos, se diría que llevaba años allí. Las hormigas se retiraban de la osamenta como una marea, con las pinzas llenas de carne.

El chico se quedó mirando aquellos insectos grandes, negros y feos. Algunos se alzaban y lo miraban con ojitos brillantes.

—¡Largo! —gritó a las hormigas, con frialdad—. No soy para vosotras. Al menos, todavía no.

Consiguió que las hormigas se dieran la vuelta y se fueran.

Se agachó sobre los huesos y tocó las cuencas del cráneo: aquí estaban los ojos, pensó, incrédulo, recordando la mirada líquida y oscura de los ciervos. Luego dobló el delicado hueso del antebrazo, sosteniéndolo horizontalmente en la palma de la mano.

Aquella misma mañana, tal vez una hora antes, aquella pequeña criatura había recorrido los matorrales orgullosa y libre, sintiendo en la piel el estímulo del frío, como él mismo. Pisando la tierra con orgullo, agitando su hermosa cola blanca, había olisqueado el frío aire de la mañana. Caminando como los reyes y los conquistadores, se había movido entre la libertad del monte, donde cada hoja de hierba crecía sola, donde el agua pura del río corría para saciarlo.

Y entonces, ¿qué había pasado? Sin duda, una criatura tan ágil, dotada de tan poderosas patas no podía sucumbir a un hormiguero.

El chico se agachó con curiosidad sobre el esqueleto. Entonces vio que la pata negra que quedaba más arriba, estirada por la tensión de la muerte, estaba partida a la altura de la mitad del músculo, de tal modo que se superponían los huesos, inútiles. ¡Eso era! Había pisoteado la masa de las hormigas, sin poder escapar por culpa de su cojera cuando se dio cuenta del peligro. Sí, pero, ¿cómo se había partido la pierna? ¿Quizá se había caído? Imposible, los ciervos eran demasiado ligeros y gráciles. ¿Le habría clavado un cuerno algún rival celoso?

¿Qué podía haber sucedido? Tal vez le hubiera tirado piedras algún africano, como solían hacerlo, con la intención de matarlo para comerse la carne, y le había partido la pierna. Sí, debía de ser eso.

Mientras imaginaba una muchedumbre de nativos que corrían y gritaban, y las piedras que volaban y el ciervo huyendo a saltos, otra imagen acudió a su mente. Se vio a sí mismo, cualquiera de aquellas mañanas brillantes y sonoras, borracho de excitación, disparando a un ciervo apenas entrevisto. Se vio con el arma baja, preguntándose si habría acertado o no y pensando al fin que se había hecho tarde, que tenía ganas de desayunar y que no merecía la pena seguir durante varios kilómetros el rastro del animal, que probablemente terminaría por escapar de todos modos.

Por un momento, no se atrevió a aceptarlo. De nuevo como un niño pequeño, dio unas cuantas patadas enfurruñado al esqueleto, alzó su cabeza y se negó a asumir la responsabilidad.

Luego se puso en pie y miró los huesos con una extraña expresión de desánimo, ya desprovisto de rabia. Se le vació la mente: a su alrededor se veían los últimos rastros de hormigas que desaparecían entre la hierba. El susurro que emitían era leve y seco, como el arrastre de una muda seca de serpiente.

Al fin cogió el arma y caminó hacia su casa. Se iba diciendo, en un tono medio desafiante, que quería desayunar. Se iba diciendo que ya hacía mucho calor, demasiado para seguir deambulando por el monte.

Estaba cansado de verdad. Tenía un caminar pesado y no miraba dónde ponía los pies. Cuando tuvo la casa a la vista se detuvo y frunció el ceño. Tenía que pensar algo. La muerte de aquel pequeño animal lo preocupaba y de ningún modo daba el asunto por liquidado. Permanecía incómodo en un rincón trasero de su mente.

Pronto, a la mañana siguiente sin falta, se apartaría de todos y se iría al monte a pensar en ello.

EL SOL ENTRE LOS PIES

(The Sun Between Their Feet)

La carretera que salía de la parte trasera de la estación iba a la Misión Católica, donde se terminaba el camino porque quedaba en medio de una reserva nativa. La misión era pobre y tan sólo tenía un camión, de modo que la carretera siempre estaba desierta, una pista de arena entre hierbas cortas o largas. En la estación, en cambio, siempre había bullicio de trenes y de gente y en los campos que se extendían ante ella se habían instalado muchos colonos blancos, pero el territorio que quedaba tras ella quedaba en desuso porque era tierra de rocas graníticas, afloramientos silvestres y arena. El ganado suelto de la reserva solía pastar allí. No se veía ningún ser humano. Desde el sendero las colinas rocosas parecían tan empinadas, tan llenas de parras y malas hierbas, que no podía haber espacio para circular por ellas. Sin embargo, era posible abrirse camino y una vez allí parecía claro que en el pasado la gente había encontrado el modo de obtener algún uso de la tierra salvaje. Por ejemplo, se veían los restos de las defensas de tierra y piedra construidas por los mashona contra los matabele, cuando éstos atacaban en expediciones para robarles el ganado y las mujeres, hasta que Rhodes puso fin a todo eso¹. Además, las superficies inferiores de las grandes rocas estaban cubiertas de pinturas de los bosquimanos. Tras trepar y sortear pasos estrechos durante un centenar de metros aparecía una pista de arena lisa y luego emergían las rocas de nuevo. En aquel espacio, en la época de los ataques, se escondían las mujeres y el ganado mientras los hombres se apostaban en las defensas de los alrededores. Allí, en la época de los bosquimanos, los pequeños cazadores usaban las arcillas de colores, la tierra y la savia de las plantas para sus pinturas.

La noche anterior había llovido: aún notaba la humedad de la hierba, poco crecida, a la altura de mis tobillos, y el sol tempranero no había secado todavía la arena. En medio de aquel espacio sobresalía abruptamente una roca. La roca estaba mojada y yo sentía que su calor húmedo se escabullía por mis piernas desnudas.

Mientras permanecía allí sentada, los montones de rocas que me rodeaban parecían montañas, tras las cuales se elevaba el cielo en un horizonte alto. Las rocas eran de un gris oscuro, pero tenían manchas de líquen. Los árboles que crecían entre las rocas eran escuálidos y algunos habían sido fulminados por rayos, convertidos en poco más que esqueletos negros. Era la tierra del hambre, de la arena creciente, la hierba escasa, las rocas y el calor. El sol caía con fuerza entre las rocas, que conservaban su ardor. Al cabo de una hora de sol, la arena mostraba entre la hierba una superficie seca, limpia y brillante, mientras que la oscura humedad permanecía soterrada.

El ganado de la reserva debía de haberse desplazado allí tras la lluvia de la noche anterior, pues se veía un rastro de bosta de vaca fresca sobre la hierba. Las grandes moscas azuladas exclamaban y se lanzaban sobre las boñigas, partiendo la costra que el sol había secado en su superficie. El zumbido de las moscas, la minúscula vibración del calor y el zureo de los pichones componían el silencio de la mañana.

Calor y silencio; no había más movimiento que el de las moscas, pues si soplaba algún viento debía de hacerlo más allá de aquel lugar refugiado.

Pronto hubo más movimientos. Dos escarabajos se pusieron a trabajar allí donde las moscas habían partido la costra de la boñiga más cercana. Eran escarabajos pequeños, polvorientos, negros, de cuerpo redondo. Uno había apoyado las patas negras sobre un fragmento de boñiga y tiraba de ella como si hiciera palanca. El otro, con un rápido movimiento de rodeo, igual que la gallina empolla los huevos con sus plumas, usaba su propio cuerpo para formar una bola, pese a que aún no había liberado su fragmento del resto de la materia. En cuanto la pieza quedó liberada, los dos escarabajos la asaltaron con las patas y con todo su cuerpo y le dieron forma a toda prisa, frenéticos de creación, atrapándola entre sus negras patas traseras, girándola, haciéndola rodar bajo sus cuerpos, empujándola y tirando de ella a través de los pesados y espesos tallos de hierba que se alzaban sobre ellos como árboles del bosque hasta que al fin la bola rodó y se alejó hacia una

¹ Después de escribir esto he aprendido que esa versión de la historia no es necesariamente verdadera. Algunas autoridades de los mashona la discuten.

llanura, un claro, un espacio de tierra de pocos centímetros. Los dos escarabajos deambularon entre los tallos, en busca de su propiedad. Estaban a punto de volver a empezar con la boñiga original cuando uno de ellos vio la pelota en campo abierto y ambos echaron a correr tras ella.

En toda la extensión de hierba que rodeaba a las bostas de vaca, los escarabajos peloteros trabajaban, las moscardas revoloteaban y zumbaban y al llegar la noche toda aquella hierba procesada por el trabajo del estómago de las vacas habría desaparecido, volando o rodando, para alimentar a las moscas, a los escarabajos, o a la tierra nueva. Salvo que volviera a llover mucho, en cuyo caso los golpes de la lluvia lo esparcirían todo.

Sin embargo, no había señales de lluvia. El cielo exhibía el lento azul claro de las mañanas africanas después de una noche de tormenta. Mis dos escarabajos contaban con la ayuda del cielo. Tenían todo el día por delante.

Según los libros, los escarabajos peloteros forman una pelota de excremento, depositan en ella sus huevos, buscan una cuesta leve, ruedan la bola por ella y luego la dejan caer desde allí, para que al rodar «la bolita se vuelva compacta».

¿Por qué ha de ser compacta la bolita? Se supone que es para que los ataques del sol y de la lluvia no la partan en pedazos. ¿Para qué sirve toda esa complicación de rodar arriba y abajo?

En fin, no nos corresponde criticar los procesos de la naturaleza, así que me senté en el saledizo de roca para mirar a los escarabajos, que se acercaban rodando su bola. La alcanzaron tras unos minutos de trabajo y se instalaron a sus pies; los escarabajos y la bola. La inercia los llevó unos pocos centímetros cuesta arriba, pero resbalaron y tanto la bola como los escarabajos cayeron a la parte baja de nuevo.

Me bajé de la roca y me senté detrás de ellos en la hierba para contemplar el ascenso desde su mismo punto de vista.

La roca mediría algo más de un metro de largo y casi un metro de alto. Era un saledizo de granito, con los perfiles limados por la lluvia y el viento. Los escarabajos, aferrando la bola con el vientre y las patas, veían ante sí una montaña salvaje cuyas faldas parecían una invitación al ascenso. Rodaron la pelota, que ahora estaba ya rebozada de tierra, hasta un pequeño remonte bajo las colinas y empezaron a subir, esta vez con mucho cuidado, de remonte en remonte, de un líquen incrustado al siguiente. Un escarabajo encima, y el otro debajo, subían con mimo la pelota. Pronto llegaron a la obstrucción que los había derrotado en el ascenso anterior: una hinchazón repentina en la pared de la montaña. Esta vez, uno de ellos permaneció debajo de la pelota, sosteniéndola con sus patas traseras, mientras el otro se desplazaba de lado para buscar un camino más fácil. Regresó, agarró la bola con sus patas traseras y los dos reanudaron su avance dificultoso, arrastrándose de lado para rodear aquel bulto por un pequeño valle que llevaba a la segunda gran etapa del ascenso, o eso parecía. Aquel valle era una trampa, pues lo recorría una grieta. La montaña estaba hendida. El calor y el frío la habían partido hasta la base y la estrecha grieta descendía hacia un lago montañoso lleno de pura agua caliente, sobre un lecho de hojas y hierbas llevadas allí por el viento. La pelota de bosta resbaló por el borde de la grieta, se metió en el golfo y rodó suavemente hasta el lago, en cuya orilla la sujetó un pequeño brote de líquen. Los escarabajos echaron a correr tras ella. Uno de ellos, lanzando tijeretazos desesperados desde una balsa de juncos en la orilla, evitó que la bola se hundiera en las profundidades del lago. El otro, agarrándose fuertemente con las patas delanteras a un espeso lecho de semillas en la orilla, asió la bola con las traseras y entre los dos arrastraron y empujaron la preciosa boñiga para sacarla del agua y llevarla de nuevo al valle. Sin embargo, ahora las paredes de la montaña se alzaban a ambos lados y la bola quedaba atrapada entre ellas. Los escarabajos se quedaron quietos un momento. La bola se había desprendido de la tierra y estaba suave y resbalosa.

Lo debatieron. De nuevo uno permaneció en guardia mientras el otro exploraba y regresaba para anunciar que si rodaban la bola por el fondo de la hendidura, llegaría un punto en que ésta se estrechara y, sirviéndose de sus patas, hombros y espaldas, podrían subirla por la grieta hasta más arriba en la montaña, donde, tras cruzar otro recodo peligroso, alcanzarían una cuesta cubierta de hierbas que llevaba a la cumbre. Lo intentaron. Sin embargo, al llegar al recodo peligroso ocurrió un desastre. La bola, resbalosa por el agua del lago, se les escapó y cayó montaña abajo hasta la

base, al mismo punto en que habían comenzado una hora antes. Los dos escarabajos se lanzaron tras ella y de nuevo emprendieron el lento y dificultoso ascenso. Una vez más la bola cayó por la hendidura, rodó hasta el lago, la volvieron a rescatar y, con enorme gasto de medios y de paciencia, la subieron otra vez por el valle, volvieron a intentar pasarla rodando por el recodo y una vez más cayó al pie de la montaña y saltaron tras ella.

«El escarabajo pelotero, *Scarabaeus* o *Aleuchus sacer*, deposita sus huevos en una pelota de bosta, luego escoge una suave pendiente y compacta la bola rodándola hacia arriba, caminando marcha atrás sobre las patas traseras, y dejándola caer para llegar finalmente al lugar de depósito.»

Seguí sentada en la hierba baja y cálida, sintiendo el sol primero en la espalda, luego fuerte en los hombros y después directamente en la cabeza. El aire ya estaba seco, toda la humedad de la noche se había desvanecido. El cielo estaba cubierto de nubes bajas. Incluso el charquito de la roca se estaba evaporando. Encima, el vapor temblaba en el aire. Cuando los escarabajos perdieron su pelota por tercera vez en el lago de la montaña ya no era un lago, sino una marisma esponjosa, y sacarla de allí ya no implicaba peligro ni dificultad alguna. Ahora la bola estaba pegajosa, había perdido su forma y tenía trocitos de hojas y de hierba incrustados.

Al cuarto intento, cuando la bola rodó de nuevo al punto de partida y los escarabajos se lanzaron tras ella, ya había pasado el mediodía, me dolía la cabeza por el calor y cogí una hoja larga, la deslicé por debajo de la pelota de bosta y de los escarabajos, lo levanté todo y lo aparté a un lado, lejos de la imposible y destructiva montaña.

Sin embargo, cuando quité la hoja, descansaron un momento en aquel nuevo territorio, exploraron hacia uno y otro lado entre los tallos de hierba, se ubicaron y de inmediato echaron a rodar su bola hacia el pie de la montaña, donde se prepararon para un nuevo ascenso.

Mientras tanto, los demás escarabajos y las moscas habían deshecho las bostas de vaca de la hierba. No quedaban más que algunos fragmentos grasientos y unas manchas marrones polvorientas entre los tallos. Cesó el zumbido de las moscas. El calor acalló a los pichones. A lo lejos retumbaban los truenos y de vez en cuando sonaba el chirrido de un tren en la estación, o los bufidos y repiqueteos de los motores que iban y venían.

Los escarabajos subieron de nuevo la pelota por el barranco y esta vez no echó a rodar hacia una marisma, sino hacia un lecho húmedo de hojas. Se quedaron allí descansando un poco entre el vapor del calor.

Sagrados escarabajos éstos, sagrados escarabajos de Egipto, sosteniendo el símbolo del sol entre sus estúpidos y ajetreados pies. Atareados, tontos escarabajos, subiendo con mimo su bola de bosta una y otra vez por la montaña, cuando una marcha de apenas unos pocos minutos hubiera bastado para rodearla.

De nuevo los levanté, escarabajos y pelota a la vez, los alejé del precipicio para dejarlos en un claro donde pudieran escoger entre una docena de oportunas pendientes leves, pero rodaron pacientemente la pelota hasta el pie de la montaña.

«Se escoge la pendiente –dice el libro– en función de un hermoso instinto para que la pelota se detenga en un lugar adecuado para la crianza de la nueva generación de insectos sagrados.»

El sol había abandonado ya su posición del mediodía y me lucía en la cara. Sudaba a mares. El aire vibraba de calor. El cielo por el que se iba a poner el sol estaba cubierto hasta arriba de nubes oscuras. Aquellos escarabajos tenían que apresurarse si no querían terminar ahogados.

Siguieron rodando su bosta montaña arriba, rescatándola del lecho seco del lago y abriéndose camino hasta el recodo, ya seco. Se les caía y saltaban tras ella. Una vez y otra, y otra, y otra, mientras la pelota se convertía en una andrajosa estructura seca de hierba fragmentada, con grumos de bosta. Pasó la tarde. El sol ya estaba bajo. Apenas alcanzaba a ver a los escarabajos y la pelota por el fulgor de un grupo de nubes negras cuyos bordes se teñían de rojo por el sol, que se iba poniendo tras ellas. Los chorros de luz descendían y los escarabajos negros y su pelota de bosta, en la ladera de la montaña, parecían disolverse en una luz chisporroteante.

Llovía en las colinas lejanas. El tamborileo de la lluvia y el rodar de truenos se acercaba. Veía las temblorosas lanzas del ejército de la lluvia pasar apenas medio kilómetro más allá, detrás de las

rocas. Cayeron a mi lado unas pocas gotas grandes y brillantes, y sisearon al contacto con la arena quemada y con la abrasadora ladera de la montaña. Los escarabajos seguían trabajando.

El sol se puso tras las piedras apiladas y entonces el claro quedó sumido en una luz fría y gastada, rodeado por los árboles negros y las piedras negras, esperando la lluvia y la noche. Los escarabajos estaban de nuevo en la montaña. Sostenían la pelota entre las patas, se agarraban a los líquenes, se asían a la pared de la roca y a su tesoro con la desesperación propia de la estupidez.

Cuando desapareció aquel brillo rojizo, pudieron ver con más claridad. Resultaba difícil imaginar el planeta perfecto y brillante que había sido la pelota; ya no era más que un pedazo de desechos. Resonó un trueno. La hierba silbó y se cimbrió, movida por una ráfaga que llegó veloz del cielo. El viento golpeó la pelota de bosta, que cayó a un lado sobre un trozo de hierba polvorienta, y los escarabajos salieron disparados en su busca por la superficie de la roca.

La lluvia desfiló hacia nosotros y llegó a las piedras con su envoltura de humedad. Las grandes gotas brillantes, avanzadilla del ejército de la lluvia, alcanzaron a los escarabajos que se habían escondido bajo el precipicio por el que, al día siguiente, cuando hubiera cesado de llover y llegara el ganado a pastar y saliera el sol, se pondrían a trabajar de nuevo y tendrían una pelota de bosta fresca.

HISTORIA DE DOS PERROS

(The Story of Two Dogs)

Conseguir un perro nuevo resultó más difícil de lo que creíamos, por razones muy enraizadas en la naturaleza de nuestra familia. Pues, a primera vista, nada podía ser más fácil que encontrar un perrito después de decidir: «Jock necesita un cachorro; si no se pasará la vida con esos perros sucios de los africanos en los barracones». Todas las granjas del distrito tenían perras que parían cachorros bien deseables. En todos los barracones había bestias miserables que pasaban hambre para que fueran buenos perros de caza para sus dueños, ansiosos de carne; sin embargo, a menudo los cachorros de aquellas bestias famélicas del mundo de las chozas de barro se criaban en las casas de los blancos y no salían malos. Jacob, nuestro constructor, se enteró de que queríamos otro perro y apareció con un cachorro animoso sujeto por un pedazo de cuerda. Lo rechazamos con delicadeza. Aquella cosita flaca y comida por las pulgas no era suficiente para Jock, dijo mi madre; aunque nosotros, los niños, estuviéramos encantados de quedárnoslo.

El propio Jock era mestizo, mezcla de alsaciano, ridgeback de Rodhesia y alguna otra raza – ¿terrier?–, que le aportaba unas orejas demasiado hirsutas y pequeñas encima de su larga cara melancólica. En resumen, su aspecto no invitaba a ufanarse: todas sus cualidades eran intrínsecas, o conferidas por mi madre, que había entregado su corazón a ese animal cuando mi hermano se fue al internado.

En teoría, Jock era el perro de mi hermano. De todas formas, ¿por qué regalarle un perro a un muchacho en esa época en que se va al internado y pasa dos tercios del año fuera de casa? De hecho, el perro de mi hermano era su sustituto; y mi pobre madre, que siempre tenía a sus hijos aprendiendo fuera de casa porque éramos granjeros y los hijos de los granjeros no tienen más opción que ir a la ciudad para aprender, mi pobre madre, acariciaba las orejas de Jock, demasiado pequeñas, pero inteligentes, y entonaba: «¡Vamos, Jock! ¡Vamos, viejo! Así, buen perro, sí, eres un buen perro, Jock, eres un perro muy bueno...», mientras mi padre, incómodo, se quejaba:

–Por el amor de dios, chiquilla, lo vas a arruinar, no es un perrito faldero, no es una mascota, es el perro de una granja.

Mi madre no contestaba, pero ponía aquella cara tan familiar de sufrimiento incomprensible y la agachaba para que la oscilante lengua roja pudiera tocar su mejilla, y luego le cantaba: «Entonces, pobrecito el viejo Jock, sí, eres un pobre perro viejo, no eres un rudo perro de granja, eres un perro bueno, no eres fuerte, no, eres delicado».

Al oír esa última palabra, protestaba mi hermano; protestaba mi padre; también lo hacía yo. Todos, cada uno a su manera, nos habíamos negado a ser «delicados»; habíamos huido de la «delicadeza» y deseábamos rescatar a un perro joven, perfectamente fuerte y sano, para que no lo convirtieran en un inválido, como nos había ocurrido a todos en momentos distintos. Además, por supuesto, a todos (lo sabíamos y nos sentíamos culpables por ello) nos complacía en secreto que Jock absorbiera la fuerza de la patética necesidad que mi madre sentía de tener algo «delicado» para cuidarlo y protegerlo.

Sin embargo, en todo aquel asunto había algo que implicaba un reproche para nosotros. Cuando mi madre agachaba su triste cara hacia el animal, lo acariciaba con sus bellas manos blancas, tan delgadas que los anillos le iban grandes, y decía: «Así, buen perro, sí, Jock, estás hecho un caballero»... Bueno, en todo eso había algo que nos hacía, a mi padre, a mi hermano y a mí, explotar de furia, o llevarnos a Jock y soltarlo para que corriera por la granja como el joven bruto que era, o irnos nosotros definitivamente para no tener que oír la horrible intensidad del anhelo en su voz. Porque la presencia de aquel tono era culpa nuestra por entero; si nos hubiéramos permitido ser delicados, o buenos, o incluso caballeros y damas, no hubiera hecho ninguna falta que Jock se sentara entre las rodillas de mi madre, con su noble cabeza en el regazo mientras ella lo acariciaba, anhelaba y sufría.

Fue mi padre quien decidió que necesitábamos otro perro por la explícita razón de que en caso contrario Jock se convertiría en un «mariquita». (Al oír esta palabra, recuerdo de cientos de batallas anteriores, mi hermano se sonrojaba, se ponía huraño y salía corriendo de la habitación.) Mi madre

no quiso saber nada de un segundo perro hasta que Jock empezó a escabullirse de la granja para jugar con los perros africanos. «Ah, eres un perro malo, Jock –le decía apenada–, te vas a jugar con esos perros sucios y desagradables. ¡Cómo puedes hacerme esto!». Y él, juguetón, pero apenado por la agonía del remordimiento, le lamía la cara y le daba mordisquitos cariñosos, mientras ella agachaba su cuerpo entero, inevitablemente traicionado, y canturreaba: «Cómo me haces esto, oh, Jock, cómo puedes hacerme esto».

Así que hacía falta un cachorro nuevo. Y como Jock era (en el fondo, pese a su lapsus temporal) noble, generoso, y sobre todo bien criado, su compañero debía poseer también dichas cualidades. ¿Qué perro, en todo el mundo, iba a resultar suficientemente bueno? Mi madre rechazó una docena de cachorros; pero Jock seguía escapándose a los barracones y regresaba a hurtadillas para mirarla a los ojos con pena. El cachorro nuevo iba a ser para mí. Eso lo decidí yo: si mi hermano tenía un perro, era justo que yo también tuviera uno. Si no lo reclamé con la suficiente fuerza, se debió a que se trataba tan sólo de una justicia abstracta. El asunto era que yo no quería un perro bueno, noble y bien criado. No sabía lo que quería, pero la idea de un perro de esa clase me aburría. Así que me alegraba de que mi madre rechazara aquellos cachorros, siempre y cuando ella concentrara sus terribles energías maternas en Jock, y no en mí.

Entonces la familia emprendió una de sus largas visitas a alguna parte del país, conduciendo de una granja a la siguiente para pasar allí la noche, o el día, o para comer con algunos amigos. En aquel sitio nos invitaron a pasar el fin de semana. Un primo lejano de mi padre, un «hombre de Norfolk» (mi padre era de Essex) se había casado con una mujer que, en la guerra (primera guerra mundial), había hecho de enfermera con mi madre. Ahora vivían en una casa pequeña, de ladrillo visto y hierro, rodeada de montes bajos de granito que emergían por todas partes entre la espesura de los matorrales. Nunca había conocido a nadie que viviera tan aislado, a unos cien kilómetros de la estación de tren más cercana. Según mi padre, «no se compenetraban», porque se pasaron el fin de semana peleando, o enviándose a pasear. En cualquier caso, tardé mucho tiempo en pensar en el *pathos* de aquellos dos, que vivían solos en una vivienda minúscula en medio del monte y «no se compenetraban»; porque ese fin de semana yo estaba enamorada.

Cuando llegamos ya era de noche, hacia las ocho, y una luna ya casi llena flotaba, pesada y amarilla, sobre el agreste monte, tachonado de rocas de granito. Alrededor, la maleza era oscura, baja y silenciosa, salvo por el incesante estruendo de los grillos. El coche se detuvo ante una estructura de ladrillo que parecía una caja, en cuyo tejado de hierro destellaba la luna. Al pararse el motor se infló el sonido de los grillos, el frío de la luz de la luna nos trajo una fragancia fresca a la cara y sonó un ladrido salvaje. Al instante, un objeto negro y agitado dobló la esquina de la casa, se lanzó hacia el coche, cambió de dirección cuando estaba a punto de tocarlo y pasó volando de nuevo y, cuando volvió a desaparecer detrás de la casa, dejó en nuestros oídos, o al menos en los míos, la estela de sus ladridos agudos y delirantes.

–No le hagáis caso al perro –dijo nuestro anfitrión, el hombre de Norfolk–. Lleva toda la semana mirando la luna cada noche como un loco.

Entramos en la casa, nos dieron de cenar, nos cuidaron; me enviaron a la cama para que los mayores pudieran hablar libremente. Los ladridos agudos y alocados no cesaron ni un momento. Desde mi pequeña habitación se veía una zona de arena blanca que reflejaba la luna entre la casa y los edificios de la granja y por allí pasaba volando el cachorro salvaje, enloquecido por la alegría de vivir, o por la luz de la luna, deambulando de un lado a otro, dando vueltas, lanzando bocados a su propia sombra negra y tropezando con sus patas torpes como una polilla aturdida en torno a la llama de una vela, o como... Como nada que haya vuelto a ver u oír jamás.

La luna, grande, remota y suave, permanecía sobre los árboles, la arena blanca y vacía, la casa, con los desgraciados humanos que la habitaban, y un perrito loco que ladraba y corría en alas de su gozoso y embriagado delirio. Aquél era, por supuesto, mi cachorro. Cuando el señor Barnes salió a la parte delantera de la casa diciendo: «Venga, vamos, ven aquí, lunático...», cuando al fin casi se lanzó sobre la loca criatura para levantarla en sus brazos aunque no dejara de ladrar, de retorcerse y agitarse como un pez, para poderla llevar a la caja de embalaje que hacía las veces de perrera, yo

decía ya, angustiado como una madre cuando ve a su hijo en manos de un extraño: «Eh, con cuidado, con cuidado, que ese perro es mío».

Al día siguiente, después de desayunar, visité la caja de embalaje. La madera blanca rezumaba una resina de olor penetrante bajo el calor del sol y por la parte delantera se derramaba la suave paja amarilla. Tumbada encima de la paja había una hermosa perra negra y grande con las patas delanteras estiradas y la cabeza apoyada en ellas. A su lado, un cachorro de pintas descansaba acostado sobre la barriga, totalmente despatarrado, los ojos en blanco, tan poseído por el calor, la comida y la pereza como lo había estado la noche anterior por el ajetreo del movimiento. Una costra de pasta de maíz se secaba en sus negros labios brillantes, ligeramente estirados para mostrar una dentadura de leche perfecta. La madre no le quitaba ojo de encima, pero el sueño y el calor aplacaban su orgullo.

Entré en la casa para anunciarme como propietario espiritual del cachorro. Estaban sentados a la mesa del desayuno. El hombre de Norfolk intercambiaba recuerdos de infancia con mi padre (compartían el espacio, pero no el tiempo). Su mujer, con los ojos rojos todavía por el llanto que había seguido a una discusión nocturna, cotilleaba con mi madre acerca de los distintos hospitales de Londres en los que habían administrado sus cuidados a los heridos de guerra (al parecer, con gran disfrute).

Mi madre contestó de inmediato:

–Ay, cariño, no, ese cachorro no, ¿no lo viste anoche? No conseguiremos educarlo.

El hombre de Norfolk dijo que estaría encantado si me lo quedaba.

Mi padre dijo que no le parecía que al perro le pasara nada, lo único que importaba era que estuviera sano; mi madre bajó la mirada con gesto lúgubre y se quedó sentada en silencio.

La esposa del hombre de Norfolk dijo que no podía soportar la idea de separarse de aquel perrito tonto, sabe Dios los pocos placeres que había en su vida.

Como no me resultaba extraña la atmósfera de la gente que nunca está de acuerdo, no me hizo falta saber por qué discrepaban, ni de qué modo, ni qué críticas pudieran emitir sobre mi cachorro. Yo sólo sabía que la lógica interna terminaría funcionando y que el cachorro sería mío. Dejé a aquellos cuatro para que pusieran de manifiesto sus diferencias al respecto del perrito y me fui a adorar al animal, sentado ahora en una sombra junto a aquella caja que olía a madera dulce; el pellejo del costado manchado a pintas brillaba, lleno de rastros húmedos de la cuidadosa lengua de la madre. Su propia lengua rosada asomaba absurdamente entre los dientes blancos, como si fuera demasiado descuidado, o torpe, para recogerla en el lugar adecuado, bajo un paladar también rosado y húmedo. Sus hermosos ojos marrones, como botoncitos... Bueno, basta: era un cachorro mestizo normal y corriente.

Luego fui a la casa para ver cómo iba la batalla: obviamente, mi madre había vencido a mi padre para su causa, pues éste dijo que le parecía más sensato no quedarse con el perro: «¿Sabes qué?, se le nota la mala sangre».

La mala sangre venía del padre, cuya historia estimuló mi imaginación de catorce años. Como en aquel distrito había mucho monte apenas habitado, lleno de animales salvajes, incluso leopardos y leones, los cuatro policías de la comisaría de la estación tenían más trabajo que en las cercanías de la ciudad; por eso habían comprado media docena de perros grandes para: (a) aterrorizar a los posibles ladrones que merodeasen la propia comisaría, y (b) rodearse de un aura de salvajismo animal controlado. Porque los perros estaban entrenados para matar si era necesario. Uno de ellos, un ridgeback grande, se había «vuelto loco». Se había soltado de la correa en la comisaría y se había escapado al monte, donde se mantenía a base de ciervos pequeños, liebres, pájaros, e incluso robaba los pollos de los granjeros. Ese perro, cuya figura orgullosa y solitaria resultaba familiar a los granjeros desde hacía años en las noches de luna llena, o en los grises amaneceres y crepúsculos, ese perro que se alejaba del calor y la amistad de los humanos, se había llevado a Stella, la madre de mi cachorro, durante una semana para cazar y hacer deporte. Simplemente, ella se largó con él una mañana. Los Barnes la vieron irse, la llamaron y ella ni siquiera volvió la vista atrás. Al cabo de una semana regresó a casa al amanecer y soltó un aullido grave junto a la puerta de su habitación, que significaba: «Estoy en casa». Se despertaron y vieron a su errante Stella, de pie bajo la pálida luz de

la luna, con el morro apuntado hacia fuera, hacia un perro enorme y fuerte que parecía señalarla con su cola, apenas agitada, antes de desaparecer entre los matorrales. El señor Barnes le disparó unos cuantos tiros inútilmente. Luego los dos riñeron a Stella, quien a su debido tiempo parió siete cachorros con todas las combinaciones posibles de negro, marrón y dorado. Ella tampoco era de pura raza precisamente, aunque sus dueños creían que sí, o que al menos debía serlo, no en vano era su perra. La noche en que nacieron los cachorros, el hombre de Norfolk y su esposa oyeron un triste gemido, o un grito, y se levantaron de la cama para ver al perro salvaje de la policía con la cabeza gacha ante la puerta de la caja de embalaje. Todo el monte estaba invadido por la luz del amanecer, entre el rosa y el oro, y parecía que una aureola dorada rodeara al perro. Stella emitía un sonido a medio camino entre el gemido y el gruñido para mostrar su bienvenida, o su protesta, o su miedo ante su poderosa reaparición, ante el entrometido hocico, tan cercano a sus siete cachorros indefensos. Los Barnes lo llamaron y el perro volvió su cabeza de forajido hacia la ventana, en la que permanecían juntos con sus pijamas de rayas y de seda rosa bordada. El perro volvió a meter la cabeza en la caja y aulló y aulló, un sonido salvaje que les puso la piel de gallina, o eso decían; sin embargo, yo no lo entendí hasta que pasaron años y Bill, el cachorro, se «volvió loco» y lo vi un día encima de un hormiguero aullando el dolor de su anhelo a quien lo escuchara en un mundo vacío.

El padre de los cachorros no volvió a acercarse a Stella; al cabo de un mes lo mataron de un tiro en otra granja, a unos setenta kilómetros, cuando salía de un gallinero con una hermosa gallina blanca en la boca; para entonces, a ella ya sólo le quedaba un cachorro: los demás se habían ahogado. Mala raza, decían, no merecía la pena conservarla y se habían quedado aquel por pura pena.

No dije ni una palabra mientras me soltaban ese cuento ejemplar, me limité a conservar la calma obstinada de quien sabe que se saldrá con la suya. ¿Tenía derecho? Lo tenía. ¿Me debían un perro? Me lo debían. ¿Podía escogerlo alguien que no fuera yo? No, pero... Pues muy bien, ya había escogido. Había escogido aquel perro. Lo había escogido yo. Demasiado tarde, ya estaba decidido.

Pasamos tres días y tres noches en casa de los Barnes. Los días fueron calurosos, lentos y llenos de emociones pesadas; los dos perros los pasaban durmiendo en la caja de embalaje. De noche, las cuatro personas se quedaban en el cuarto de estar, una habitación pequeña de ladrillos insoportablemente calentada por la lámpara de parafina cuyo brillo amarillo y grasiento atraía a las polillas y a los escarabajos voladores en un halo perpetuo y retorcido de cuerpecillos agitados. Ellos hablaban y yo estaba pendiente de los locos ladridos lejanos, y al oírlos salía a la fría luz de la luna. La última noche de nuestra estancia fue de luna llena, una bola blanca enorme y perfecta, con la historia marcada en una superficie aparentemente tan cercana que casi podía tocarse cuando flotaba sobre el oscuro monte entre los cantos de los grillos. Allí, sobre la arena blanca, ladraba y bailaba el cachorro loco mientras su madre, aquel gran animal hermoso, permanecía sentada y lo miraba con una leve ansiedad en los ojos inteligentes, siguiendo con el hocico los erráticos movimientos de la criatura, hija de su compañero del monte, ya muerto. Me arrastré junto a Stella, me senté a su lado en el suelo de cemento, aún caliente, apoyé un brazo en su cuello suave y peludo, y coloqué mi cabeza junto a la suya, atenta y cambiante. Adapté mi respiración de modo que mis costillas subieran y bajaran junto a las suyas para estar más cerca de la calidez de su pecho redondeado, y juntos seguimos desviando la mirada de la gran luna flotante al pequeño cachorro fugaz que salía disparado para trazar círculos desde nuestro lado, tan cerca que estuvo a punto de chocar con nosotros, y llegar hasta unos doscientos metros más allá, donde esquivaba por poco las ruedas de la furgoneta de la granja. Mientras lo mirábamos, noté cómo el aire gélido de la luna se adentraba en el pellejo de Stella, y en mi propia piel, mientras nuestras costillas subían y bajaban y esperábamos que el hombre de Norfolk viniera a gritar primero, y luego a aullar, saltara sobre el perrito alocado y lo encerrara en la caja de madera, donde la luna trazaría unas rejas amarillas sobre la sombra negra, que olía a perro.

—Venga, Stella, chiquilla, vete con tu cachorro —dijo el hombre, al tiempo que se agachaba para darle una palmada mientras ella lo obedecía y entraba en la caja.

Acababa de empujar a su cachorro hacia dentro con el hocico. Estaba tan agotado que cayó rendido con las cuatro patas tías como si le hubieran pegado un tiro y empezó a respirar en un

suspiro, con boqueadas pequeñas, regulares y rasposas como gemidos. Así que allí dejé a Stella y su cachorro para irme a la cama en la casita de ladrillos que parecía literalmente abarrotada de emociones odiosas. Me acosté pensando en el perrito volador, al fin dormido de agotamiento, con el morro pegado al negro costado de su madre, inflado por la respiración, mientras las franjas amarillentas de la luna lo recorrían entre las tablas de olorosa madera.

A la mañana siguiente nos lo llevamos, después de encerrar a Stella en una habitación para que no nos viera salir.

Era un recorrido de casi quinientos kilómetros y Bill se pasó todo el camino ladrando y boqueando y bostezando y retorciéndose a lo loco boca arriba sobre el regazo de quien lo tuviera en las manos, con los ojos en blanco y agitando sus grandes patas. Se convirtió en faena de jornada completa para mí, para mi madre y, tras pasar por la ciudad, para mi hermano, que acababa de empezar sus vacaciones. Él, al ver que teníamos otro perro, recuperó su papel de dueño de Jock y despreció a mi animal como si estuviera claro que era menos valioso. Mi madre, ya convertida en esclava de Bill, estuvo de acuerdo con él, pero lo invitó a admirar las adorables arrugas de la frente del cachorro. Mi padre exigió irritado que los dos perros fueran «debidamente entrenados».

Mientras tanto, durante todo el viaje, fue digno de destacar que mi madre hablara cada vez más de Jock, con cierto sentido de culpa, como si lo hubiera traicionado: «Pobrecito Jock, ¿qué va a decir?».

De hecho, Jock era un perro joven y bonito. Más alsaciano que otra cosa, era un animal de corta envergadura y piel gruesa de un cálido color dorado, con una cadena vestigial en la espalda, más bien parecido a un lobo, o a un zorro si lo mirabas de frente, con sus orejas tiesas y puntiagudas. Y desde luego no era ningún «perrito». Tuvo un cierto aire de dignidad desde que dejó de ser un cachorro, incluso cuando mi madre lo regañaba por sus visitas a los barracones.

El encuentro, preparado por todos con excitación, salió muy bien por mérito de toda la familia, pero especialmente de Jock, quien recuperó de un golpe el cariño de mi madre. Soltamos al cachorro desde el coche y echó a correr hacia Jock, quien permaneció sentado, noble y reservado como siempre, esperando que nos acercáramos a saludarlo. Bill empezó a dar vueltas y a ladrar en torno a la zona rocosa que había delante de la casa. Luego vio a Jock, se le echó encima, se alejó un par de pasos, se sentó sobre su culo gordo y se puso a ladrar, excitado. Jock inició un movimiento de la cabeza que pasaba de bostezo y no llegaba a mordisco, agitándola de un lado a otro con una protesta a medio camino entre el gruñido y la risa; el cachorro, mientras tanto, se fue acercando, llegó a su lado y se puso a saltar ante el hocico arrugado del perro mayor. Jock no se apartó; se obligó a permanecer quieto porque se dio cuenta de que lo estábamos mirando. Al fin levantó una pata, empujó a Bill, lo mantuvo fijo en el suelo, lo examinó y luego lo olisqueó y le dio un lametón. Lo había aceptado, al tiempo que Bill encontraba un sustituto para su madre, quien estaría presumiblemente lamentando su pérdida. Podíamos dejar a la criatura (como se empeñaba en llamarlo mi madre) al cuidado de Jock, con su paciencia infinita. «Qué buen perro eres, Jock», le dijo emocionada por el encuentro y por todas las siguientes escenas emotivas que se produjeron, todas ellas marcadas por el extraordinario aguante de Jock ante lo que sin duda, e incluso yo tuve que admitirlo, era un perrito intolerablemente destructivo.

Se hizo urgente entrenarlo. Pero eso, igual que el proceso de elección del cachorro, no fue nada fácil debido a la naturaleza intrínseca de la familia.

Por exponer sólo una dificultad: a los perros deben entrenarlos sus amos, tienen que demostrar su lealtad con una sola persona. ¿A quién debía obedecer Jock? ¿Y Bill?: en teoría, yo era su amo. En la práctica, lo era Jock. ¿Debía yo sustituir a Jock? La mera exposición es absurda: si yo adoraba al torpe cachorro, ¿para qué quería un perro bien entrenado? ¿Entrenado para qué?

¿Un perro guardián? Todos nuestros perros eran guardianes. Según un artículo de fe, los nativos temían a los perros por naturaleza. Sin embargo, todo el mundo repetía cuentos sobre los ladrones que envenenaban a los perros feroces, o que se hacían amigos suyos. Así que, al parecer, nadie creía de verdad que los perros guardianes sirvieran para nada. Aun así, cada granja tenía su perro guardián.

Durante toda mi infancia, solía tumbarme en la cama, rodeado por la maleza apenas a cincuenta metros en torno a la casa, y escuchaba los gritos del chotacabras, de la lechuza, las ranas y los grillos; los tam-tam de los barracones; los crujidos misteriosos del techo de paja en lo alto, o de la hierba alta cuando la cortaban en las colinas; los miles de sonidos de la noche en la cañada; cada uno de esos ruidos estaba marcado también por los perros de la casa, que ladraban y olisqueaban e investigaban y gruñían para responder; respondían también al reflejo de la luz de las estrellas en la superficie pulida de una hoja, a la luna cuando se alzaba sobre las montañas, a la rama que crujía detrás de la casa, al primer atisbo de la cálida luz rojiza que asomaba por el horizonte; en resumen, a todo, a cualquier cosa. Según mi experiencia, los perros guardianes nunca dormían; pero no suponían tanto una vigilancia contra los ladrones (no recuerdo que nos robaran jamás) como una especie de instrumento diseñado para medir o fijar todos los crujidos y los movimientos de las noches africanas, que parecían tener una enorme vida propia y conformar también una vida colectiva; así, la caída de una piedra, el paso de una estrella fugaz por la Vía Láctea, el gruñido de un cerdo salvaje y el viento que agitaba los campos de maíz eran pruebas y aspectos distintos de la misma verdad.

¿Cómo había que entrenar a un perro guardián? En teoría había que enseñarle a responder a la presencia sigilosa de los humanos, ya fueran blancos o negros. Si no, ¿de qué servía tener un perro guardián? Sin embargo, todavía ahora, el recuerdo más fuerte de mi infancia es el de permanecer despierto escuchando el aullido sollozante de un perro ante la inexplicable aparición de la cara amarilla de la luna; arrastrarme hasta la ventana para ver el largo hocico del perro encarado hacia un gran bloque de estrellas. No hacía falta ningún calendario lunar mientras existieran aquellos perros, que parecían el tráfico de Londres: si querías dormir, tenías que aprender a no oírlos. Y si no los oías, tampoco podrías oír el seco ladrado de aviso con el que (presumiblemente) recibirían a un maleante.

Al principio, Jock y Bill pasaban la noche encerrados en el comedor. Sin embargo, había demasiadas peleas y ladridos y carreras de una ventana a otra en cuanto aparecía el sol, o la luna, o cualquiera de las sombras que se desplazaban por las paredes encaladas desde las ramas de los árboles del jardín; pronto no pudimos soportar la falta de sueño y los sacamos al porche. Con muchas órdenes esperanzadas de mi madre para que fueran «perros buenos»: es decir, debían ignorar su verdadera naturaleza y dormir desde el ocaso hasta el amanecer. Incluso entonces, cuando Bill apenas empezaba a hacerse mayor, era fácil que al llegar la mañana hubieran desaparecido los dos. Regresaban con cara de culpa por el camino desde los campos a la hora de desayunar, con el pelaje lleno de semillas de hierba, y sabíamos que se habían metido entre los matorrales para perseguir a una lechuza, o a cualquier animal que pastara por allí y, al descubrir que estaban se habían alejado más de lo que creían en aquel extraño mundo nocturno, se habían puesto a olisquear y a explorar, en un aprendizaje para los días salvajes que no tardarían en llegar.

O sea que no eran perros guardianes. ¿Perros de caza, tal vez? Mi hermano se empeñó en entrenarlos y pasamos por un largo y absurdo período de «abajo, Jock» y «pégate a mí, Bill», caramelos de agua de cebada equilibrados en el hocico, patas levantadas para entrechocar manos humanas, etcétera, etcétera. Jock soportó la experiencia con valor, pero cada parte de su cuerpo decía a las claras que estaba dispuesto a hacer cuanto hiciera falta por complacer a mi madre: le dirigía tales miradas, mitad de orgullo, mitad de disculpa, mientras mi hermano lo acosaba, que al cabo de una hora de entrenamiento éste se retiraba murmurando que hacía demasiado calor y Jock salía disparado a apoyar la cabeza en el regazo de mi madre. En cuanto a Bill, nunca consiguió nada. Ni una sola vez permaneció quieto con aquellos tronquitos dulces en el hocico; se los comía todos a la primera. Nunca se pegó a los talones de mi hermano. Nunca recordó lo que se suponía que debía hacer con la pata cuando uno de nosotros le daba la mano. Lo cierto, según entendí entonces al ver las sesiones de entrenamiento, es que Bill era estúpido. Por supuesto, fingí que el perro despreciaba el entrenamiento porque lo encontraba humillante; en cambio, la predisposición de Jock a pasar por todas aquellas tonterías demostraba su falta de carácter. Ah, pero no había modo de esconderlo: lo que le pasaba a Bill era que no era muy brillante.

Mientras tanto, había dejado de ser un gordito encantador: se había convertido en un perro joven y esbelto, de buen aspecto, con su oscuro pelaje manchado, su cabeza grande y su toque de raza *newfoundland*. Aún conservaba cierta pinta de cachorro. Del mismo modo que parecía que Jock ya hubiera nacido adulto, con aquellos pelitos blancos respetables en la barbilla desde el principio, Bill mantuvo siempre algo de juventud; fue joven hasta que murió.

Los entrenamientos no duraron mucho. Mi hermano dijo que había que enseñar a los perros sobre la marcha; pero sólo lo decía para calmar a mi padre, empeñado en que eran una desgracia y no merecían ni lo que se gastaba en sal para ellos.

Entonces empezó un nuevo régimen entre mi hermano, yo misma y los dos perros. Salíamos todos cada mañana. Delante iba mi hermano, cargado de responsabilidad, balanceando el rifle en una mano y con los dos perros pegados a sus talones. Tras ese honroso grupo iba yo, la niña, sin ningún papel de utilidad en aquel asunto tan serio y masculino, pero necesaria para aportar algo de admiración. De hecho, era un papel muy antiguo para mí: apartarme a un lado del escenario, chiquilla furibunda, muerta de ganas de participar pero sabedora de que no lo iba a lograr, sobre todo porque el corazón instalado bajo sus costillas para pasarse la vida latiendo no sólo era crítico e intransigente, sino que además anhelaba amargamente deshacerse para aceptar lo que fuera amorosamente. Se trataba de una combinación incómoda y ya lo sabía entonces, aunque eso no me impedía exhibir siempre una sonrisa malhumorada. Claro que era absurdo: ahí estaba mi hermano, tan serio y concentrado, con Jock, el perro bueno, tras él, y Bill, el perro malo, que de vez en cuando también se situaba a su espalda, aunque por lo general solía escabullirse para disfrutar de los márgenes del camino. Y ahí estaba yo, siguiéndolos a regañadientes, cambiando el apoyo de una cadera a otra, aburrida y con ganas de que se me notara.

Conocía de sobras el camino. Antes de llegar a los sombríos matorrales del monte donde se encontraban aves de caza, había un largo camino de ascenso por detrás de la colina, entre las lujuriosas papayas, luego se pasaba por los sembrados de boniatos que se retorcían a la altura del tobillo y nos hacían tropezar, luego por un montón de desperdicios cuyo olor dulzón y podrido alcanzaba su máxima expresión en una convulsión de negras moscas brillantes, y al fin el monte. Allí sólo había árboles atrofiados de un verde anodino, kilómetros y kilómetros de árboles *msasa* canijos y flacuchos, que crecían por segunda vez: todos habían sido talados en algún momento para aportar leña a las calderas de las minas. Por encima del llano y feo monte se extendía un imponente cielo azul.

Íbamos en busca de comida. Eso decíamos a todas horas. Cualquier cosa que cazáramos serviría de alimento para «la casa», o para los sirvientes de la casa, o para «los barracones». No en vano cazábamos en función de una ley más moderna que la necesidad de alimento, y lo sabíamos, y por eso siempre teníamos algún remordimiento a propósito de aquellas expediciones y a menudo optábamos por regresar con las manos vacías. Íbamos de caza porque a mi hermano le habían regalado un rifle nuevo y eficaz que tumbaría (infaliblemente, si lo llegaba a disparar) pájaros de cualquier tamaño; también otros animales pequeños y, a menudo, caza mayor como antílopes y martas cibelinas. Cazábamos porque teníamos un arma. Y, como teníamos un arma, debíamos tener perros de caza, lo cual, por diversas razones, hacía menos desagradable todo el asunto.

Íbamos de camino hacia la Gran Cañada, distinta de la Cañada Grande, que quedaba a unos ocho kilómetros en otra dirección. La Cañada Grande estaba quemada y erosionada y los charcos solían secarse pronto. No nos gustaba ir. Sin embargo, para llegar a la Gran Cañada, que era hermosa, teníamos que cruzar el desagradable monte «por la parte trasera de la colina». Aquellos nombres rituales para distinguir las partes de la granja más bien respondían a nuestras diversas regiones mentales. «Ir a la Gran Cañada» tenía aire de cuento de hadas, precisamente porque antes había que cruzar la región del monte desagradable y aterrador. Es cierto que siempre nos daba miedo, y no sin razón: nos parecía hostil y lo cruzábamos de prisa, sabiendo que al superar aquel peligro nos ganábamos la paz de aguas corrientes de la Gran Cañada. Sólo una parte de ésta pertenecía a nuestra granja; la frontera con la siguiente granja la cruzaba por el centro, trazada por la mirada al ir de un afloramiento silvestre a una charca, pasando por un hormiguero. El valle estaba cubierto de hierba y los árboles crecían a lo alto y a lo ancho a ambos lados del agua, que creaba una zona, de unos tres

cuartos de kilómetro, en la que el intenso verdor de la vegetación se veía interrumpido por charcas marrones que reflejaban el cielo. Aquello sí era monte antiguo, y nunca se habían talado los árboles: la Gran Cañada tenía el aspecto inevitable del monte natural: la sensación de que ninguna rama, ninguna mata, ningún zarzal, ningún afloramiento rocoso podía haber estado en un lugar distinto del que ocupaba, ni siquiera haber crecido en otro ángulo.

Las charcas estaban siempre llenas. El agua tenía un tinte marrón claro y en el fondo fangoso se notaba un ligero movimiento de criaturas, mientras que en su superficie rizada aparecían urracas, colibríes y toda clase de pájaros de colores vivos cuyos nombres no conocíamos. En los exuberantes márgenes descansaban los nenúfares con sus preciosas hojas acuáticas.

En aquel paraíso había que entrenar a los perros.

Durante las primeras vacaciones, que duraban hasta seis semanas, mi hermano fue infatigable y cada semana emprendimos la marcha después del desayuno. En la Gran Cañada yo me sentaba al borde de una charca, bajo algún espino, y soñaba con los ojos abiertos al son de las ondas que mis pies trazaban en el agua al agitarse mientras mi hermano, armado con el rifle, varas de diversos tamaños, terrones de azúcar y pedacitos de carne mechada, obligaba a los perros a seguir ciertos pasos. De vez en cuando, movida acaso porque el sol que se colaba entre las ramas del espino me quemaba los hombros, me daba la vuelta para mirar a las tres criaturas, que trabajaban con esfuerzo a unos cien metros, en algún claro de arena. Lo más normal era que Jock se hiciera el muerto, o mantuviera la cabeza entre las patas, mientras fijaba la vista con atención en la cara de mi hermano. También solía sentarse como la estatua de un perro, de un perro dorado, admirablemente obediente. Lo más probable, por otra parte, era que Bill estuviera tumbado boca arriba, con las cuatro patas al aire y la cabeza estirada de tal modo que quedaba recto desde el hocico hasta la punta de la cola para que todo su pelaje manchado recibiera el calor del sol. Entre mis perezosos pensamientos, se colaban las palabras: «Buen perro, Jock, sí, buen perro. Idiota, Bill, estás loco, ¿por qué no trabajas como Jock?» Y mi hermano, con la cara enrojecida y sudorosa, se acercaba, se dejaba caer a mi lado y decía:

—Todo es por culpa de Bill, que le da mal ejemplo. Claro, Jock no entiende por qué tiene que esforzarse si Bill se pasa todo el rato jugando.

Bueno, puede ser que la culpa del fracaso del entrenamiento fuera mía. Si hubiera prestado mi atención rigurosa y concentrada al asunto del chico y los dos perros, como bien sabía que se esperaba de mí, tal vez hubiéramos terminado con una panda de animales eficaces y obedientes, dispuestos a morir, a pegarse a los talones, a salir disparados en busca de la pieza. Tal vez.

Al llegar las siguientes vacaciones, mi desintegración moral ya había surtido efecto. Mi padre se quejaba de que los perros no obedecían a nadie. Exigía entrenamiento, serio y sin tregua. Mi hermano y yo veíamos que mi madre malcriaba a Jock y regañaba a Bill y llegamos a un acuerdo tácito. Nos íbamos a la Gran Cañada pero al llegar allí holgazaneábamos entre las charcas, mientras los perros hacían lo que les daba la gana y descubrían los gozos de la libertad.

Los usos del agua, por ejemplo. Jock, cauteloso como siempre, tanteaba las charcas con una pata antes de adentrarse hasta el pecho, manteniendo siempre el hocico por encima de las ondas y lamiéndolas con alegres ladridos de reconocimiento, o de entusiasmo. Luego se adentraba del todo y nadaba arriba y abajo, o rodeaba aquellas charcas marrones a la sombra verdosa de algún espino. Mientras tanto, Bill encontraba alguna charca poco profunda y se dedicaba a su juego favorito. Arrancaba a unos veinte metros del borde, se lanzaba ladrando con estruendo por encima de la hierba y luego cruzaba la charca: no es que nadara por su superficie, sino que la sobrevolaba. Salía por el otro lado, subía por la pared de la cañada, trazaba un arco grande, volvía, daba la vuelta otra vez... y otra y otra y otra. Levantaba grandes olas de agua marrón hasta el cielo, que luego se desplomaban sobre la charca mientras él seguía ladrando excitado.

Ése era uno de los juegos. Si no, se perseguían como enemigos arriba y abajo a lo largo de los seis kilómetros de la cañada y cuando uno atrapaba al otro se oían los gruñidos y los alaridos y un rumor de pelea que parecía de verdad. A veces acudíamos a separarlos, una interferencia que resentían; en cuanto los soltábamos, uno de los dos salía corriendo, impulsado sobre las patas traseras, y el otro lo perseguía feroz y silencioso. Podían llegar a correr dos o tres kilómetros hasta

que uno saltaba al cuello del otro y lo tumbaba. Este juego también se repetía una y otra vez, así que cuando finalmente se volvieron salvajes en seguida supimos cómo mataban a los jabalís y ciervos que se comían.

En algunas mañanas de frivolidad perseguían mariposas mientras mi hermano y yo remojábamos los pies en una charca y los mirábamos. Una vez, con mucha solemnidad, como si representara una parodia del ridículo (ya terminado, gracias a Dios) del «busca, busca» y del «aquí, aquí», Jock nos trajo entre las mandíbulas una mariposa grande, naranja y negra, con sus delicadas alas rotas y un estallido naranja manchándole los labios peludos. La soltó delante de nosotros, mantuvo a la temblorosa criatura en el suelo con una pata y luego se agachó, señalándola con el hocico. Puso los ojos en blanco, con una hipocresía perversa, como si dijera: «Mirad, una mariposa, soy un perro bueno». Mientras tanto, Bill saltaba y ladraba, un perrito negro dando botes hacia el gran cielo azul en pos de las alas flotantes de colores. No se había enterado de la captura de Jock. Pero los dos sabíamos que aquella clase de comentario perverso era mucho más propio de él que de Jock, y de hecho mi hermano dijo:

–Bill ha corrompido a Jock. Estoy seguro de que Jock no se volvería tan salvaje si no se lo enseñara Bill. Lo lleva en la sangre.

Sin embargo, por desgracia, aún no teníamos idea de lo que significaba «volverse salvaje». Durante un par de años todavía se usó esa expresión para nombrar pequeños actos de indisciplina, cometidos mayormente por Bill.

Por ejemplo, una vez Bill se coló por una plancha suelta de un chamizo que servía de almacén y se puso a comer sin parar huevos, pasteles, pan, un pedazo de ternera, una pintada espléndida, medio jamón. Luego no podía salir. A la mañana siguiente parecía un perro hinchable, rodaba por el suelo y gemía en la agonía de sus excesos de indulgencia. «Eres un perro tonto, Bill. Jock nunca haría eso, es demasiado inteligente para no darse cuenta de que si comiera tanto se inflaría.»

Luego le dio por comerse los huevos de los nidos, delito por el que en las granjas se dispara a los perros. Bill estuvo a punto de sufrir ese destino. De hecho, lo pillaron saliendo de un gallinero con el hocico lleno de plumas y yema de huevo en el morro. Y entre la paja de los nidos había un amasijo que rezumaba babas bancas y amarillas. Cuando Bill se acercaba, las aves se ponían a cacarear y agitaban las plumas. Primero, el cocinero le dio tal paliza que se oyeron sus aullidos en toda la granja. Luego mi madre vació unos huevos, los rellenó con una solución de mostaza y los dejó en los nidos. Por supuesto a la mañana siguiente se armó un alboroto de aullidos y chillidos: no había aprendido nada con las palizas. Al salir nos encontramos a un perro marrón que corría como loco en círculos de agonía con la lengua fuera mientras el sol se alzaba rojo sobre las montañas negras: un estupendo telón de fondo para una escena desgraciada. Mi madre se ocupó de sus mandíbulas inflamadas, se las lavó con agua caliente y le dijo: «Bueno, Bill, será mejor que aprendas si no te quieres enfrentar al pelotón de fusilamiento».

Aprendió, pero no fue fácil. Más de una vez, mi hermano y yo madrugamos para salir de cacería, nos plantamos ante la casa en el silencio del alba, con el cielo gris y lejano por encima, el perfil de las montañas apenas empezando a enrojecer y los grandes espacios de monte silencioso sumidos aún en la oscuridad de la noche. Olisqueábamos la leve nitidez del rocío y el pesado olor del monte, nocturno y somnoliento, y sentíamos la dureza del frío en las mejillas. Nos quedábamos quieto y silbábamos bajito para que acudieran los perros desde dondequiera que hubiesen decidido dormir. Pronto aparecía Jock, bostezando y arrastrando la cola de un lado a otro. Bill, no: entonces lo veíamos, sentado sobre las patas traseras delante del gallinero, con el hocico apoyado entre la alambrada y los ojos cerrados para concentrarse en el anhelo del cálido y delicioso rezumar de los huevos frescos. Nos teníamos que tapar la boca y nos retorcíamos de risa en silencio para no despertar a nuestros padres. Las mañanas en que salíamos de caza y nos llevábamos a los perros, sabíamos que antes de recorrer siquiera un kilómetro Jock o Bill saldrían disparados ladrando hacia un matorral; el otro levantaría el hocico y saldría detrás. Luego oiríamos alejarse su doble ladrido alocado, junto con los crujidos provocados por sus dos cuerpos y, a menudo, el alboroto de cualquier animal al que hubieran sorprendido durmiendo, descansando, o simplemente esperando que termináramos de pasar. En esos momentos podíamos buscar alguna pieza de caza que de ningún

modo se nos habría presentado si los perros hubiesen seguido a nuestro lado. Podíamos concentrarnos en el largo acecho de alguna marta cibelina, o de un par de antílopes pequeños. A menudo nos quedábamos horas mirándolos, temerosos de que regresaran Jock y Bill y pusieran fin a aquel placer tan particular. Recuerdo que una vez vimos un atisbo de un antílope que pastaba en los límites de la zona de la granja que aún permanecía en penumbra. Echamos cuerpo a tierra y nos arrastramos entre la hierba alta, sin poder ver si el antílope seguía allí. Poco a poco, se iba abriendo el campo ante nosotros, una masa de grandes terrones negros. Alzamos la cabeza con cautela y allí delante, en la orilla de aquel mar de tierra, apenas un par de brazadas más allá, había tres antílopes pequeños mirando hacia el lado contrario, por donde estaba a punto de salir el sol. Eran tres siluetas oscuras, casi inmóviles. Al otro lado del campo, los grandes pedazos de tierra se teñían de un oro rojizo. La tierra giraba hacia el sol a tal velocidad que la luz se derramaba corriendo de un montón de tierra al siguiente para cruzar el campo como llamas que saltaran entre largos tallos de hierba, empujadas por un fuerte viento. La luz alcanzó a los antílopes, trazó sus siluetas con oro cálido. Bestezuelas relucientes ante la inminente salida del sol. Empezaron a embestirse: levantaban los cuartos traseros y los dejaban caer de golpe con taconazos de bailarines. Alzaban al aire sus afiladas cornamentas y se atacaban con cortas pero rabiosas embestidas. El sol ya lucía en lo alto. Tres antílopes pequeños bailaban junto al límite del espeso monte verde en que nos escondíamos y la tenue luz calentaba sus lomos dorados. El sol se separó del perfil de las colinas y se volvió enorme, amarillo, tranquilo; un cálido tono amarillo invadía el mundo; las criaturas dejaron de bailar y se alejaron caminando lentamente, agitando sus colas blancas y alzando sus hermosas cabezas, para desaparecer entre los matorrales.

De no ser porque los perros estaban a kilómetros de distancia, nunca los hubiéramos visto.

De hecho, si servían para algo era precisamente por su indisciplina. Si nos queríamos asegurar de conseguir algo para comer, les atábamos unas cuerdas a los collares hasta que oíamos el leve tintineo de las pintadas al correr entre los matorrales. Entonces los desatábamos. Los perros salían de inmediato hacia las aves, que alzaban el vuelo con torpeza, como si fueran mantones llevados por el viento, sobresaliendo apenas entre la hierba, con las mandíbulas de los perros afanándose por debajo. No querían más que aterrizar inadvertidas entre la hierba, pero siempre se veían obligadas a elevarse con esfuerzo hacia los árboles, pese a la flaqueza de sus alas. A veces, si era una bandada numerosa, hasta una docena de árboles podían quedar respunteados por las figurillas negras de las pintadas, silueteadas contra el cielo del alba, o del crepúsculo. Se quedaban mirando a los perros ladrones y no se fijaban en nosotros. Mi hermano y yo –pues ni siquiera yo podía fallar en esas condiciones– separábamos las piernas para reafirmar el equilibrio, escogíamos un ave, apuntábamos y disparábamos. La carcasa caía a las inquietas mandíbulas que la esperaban debajo. Mientras tanto, escogíamos otro pájaro y disparábamos. Con las dos aves atadas por las patas, y tras justificar la utilidad del rifle que ahora pendía con orgullo de nuestros brazos, volvíamos a casa paseando por los matorrales de nuestra infancia encantada, cargados del aroma del sol. Los perros, por pura educación, nos escoltaban durante una parte del camino y luego se iban a cazar por su cuenta. A esas alturas, las pintadas eran piezas demasiado mansas para ellos.

Habíamos llegado a tal extremo que si de verdad queríamos cazar algo, o contemplar algún animal, o dar siquiera un paseo entre los matorrales sin que en muchos kilómetros a la redonda hubieran desaparecido todos los animales, asustados por los perros, teníamos que atarlos antes de salir, ignorando sus gemidos y sus aullidos. Aun así, si salíamos demasiado pronto, nos seguían. Una vez, después de caminar unos diez kilómetros en una agradable excursión matinal hacia las montañas, llegaron los perros, jadeantes, felices, lamiendo con sus húmedas lenguas rosadas nuestras rodillas y nuestros antebrazos para expresar su enorme alegría de habernos encontrado. Dedicaron un momento a lamernos y a menear el rabo y luego desaparecieron y no volvieron a casa hasta la noche. Estábamos preocupados. No se había visto que se fueran solos tan lejos. Comentamos que sería fatal que se acostumbraran a ir a otras granjas, o incluso a otros gallineros. Era demasiado tarde. Ya no tenían edad de aprender. O los manteníamos permanentemente atados con las correas a los árboles cercanos a la casa –cosa que para esa clase de perros era peor que la muerte– o los dejábamos correr en libertad y asumir las consecuencias.

Cuando recibíamos noticias de los perros en las cartas que nos enviaban desde casa, eran cada vez peores. Mi hermano y yo, en nuestros respectivos internados, donde se suponía que nos forjábamos en la disciplina, el orden y la fortaleza de carácter, leíamos: «Los perros se escaparon toda la noche y no regresaron hasta la hora de comer». «Jock y Bill se han pasado tres días y tres noches en el monte. Acaban de llegar, agotados.» «Parece que esta vez los perros mataron alguna bestia y luego se quedaron a su lado como animales salvajes, porque regresaron a casa tan atiborrados que no quisieron comer nada, se limitaron a beber mucha agua y después se durmieron como criaturas...» «Ayer llamó el señor Daly para decir que había visto a Jock y Bill cazando en la colina que queda detrás de su casa. Perseguían a sus bueyes. Les tuvimos que dar una paliza cuando volvieron a casa porque, si no aprenden, cualquiera de estas noches oscuras alguien les pegará un tiro...»

Cuando volvimos a casa para pasar las vacaciones, los perros no estaban. Ya llevaban fuera casi una semana entera. Pero, según nos halagaba creer, olieron nuestro regreso y volvieron trotando alegremente juntos por la colina, a la luz de la luna, dos pequeñas figuras negras que se desplazaban junto a las formas también negras de sus sombras, con los ojos rojos relucientes cada vez que los iluminaba la luz de un relámpago. A mi hermano y a mí nos recibieron con bastante afecto, pero en seguida se fueron a dormir. Nos dijimos que nos veían como criaturas parecidas a ellos porque también salíamos en largas y excitantes cacerías; sin embargo, sabíamos que eso era una tontería sentimental, creada para eliminar el dolor que nos causaba ver lo poco que importábamos a nuestros animales, nuestros perros. Aquella noche –o mejor dicho, al alba siguiente– se fueron de nuevo. Regresaron al cabo de una semana. Traían un olor repugnante: habrían estado persiguiendo algún zorrillo, o un gato montés. Tenían el pelaje sembrado de hierbitas y la piel apelmazada de garrapatas. Bebieron mucha agua, pero rechazaron la comida: sus alientos apestaban a carne.

Se tumbaron a dormir y permanecieron quietos mientras nosotros –ocupándonos cada uno de un animal, con el peso de sus cabezas adormecidas en nuestros regazos– les quitábamos las garrapatas, hierbas y cortezas. Bill tenía en una zarpa una raja endurecida y pensé que sería una antigua cicatriz. Cuando se la toqué, gimió sin dejar de dormir. Era de una cinta de hierba trenzada, como las que usan los africanos para atrapar pájaros. Por suerte, se le había caído.

–Sí –dijo mi padre–, así acabarán los dos, morirán en una trampa y se lo tienen merecido. No sentiré la menor pena por ellos.

Nos entró miedo y decidimos encerrarlos un día entero; pero no pudimos soportar su pena y los soltamos.

Siempre estábamos esquivando toda clase de trampas. Para los antílopes grandes –las martas, los *eland*, los *koodo*– los africanos cruzaban un arbusto en el camino, lo sostenían con una cuerda ligera y le enganchaban un punzón de alambre grueso de las verjas. Para los pequeños hacían trampas bajas con pinchos de alambre fino de embalar o con fibra de árbol trenzada. En las esquinas de los campos cultivados, o en los bordes de las charcas, donde solían acudir a alimentarse los pájaros y las liebres, siempre había motones de trampillas bajo la hierba, y a menudo cada una de ellas contenía un clavo de hierba trenzada. A veces pasábamos días enteros destruyendo esas trampas.

Para entretener a los perros, nos dio por caminar kilómetros cada día. Nosotros terminábamos exhaustos, pero ellos no, así que seguían escapándose por la noche. Luego empezamos a salir en bicicleta a la mayor velocidad posible por los burdos caminos de la granja y los perros nos seguían dando saltos. Nos agotábamos en el esfuerzo por complacer a Jock y Bill, dando por hecho que ellos sabían lo que hacíamos y nos seguían la corriente. Pero seguimos haciéndolo. Una vez, al final de un claro vimos el esqueleto de un animal grande colgado de un lazo. Algún africano se había olvidado de visitar sus trampas. Le mostramos el esqueleto a Jock y a Bill, hablamos con ellos, les advertimos y amenazamos, y casi llegamos a las lágrimas porque el lenguaje humano no es igual que el de los perros. Ellos se pusieron a olisquear los huesos, nos soltaron un par de ladridos que interpretamos como de pura educación y se volvieron a largar entre los matorrales.

Ya de nuevo en el colegio nos enteramos de que se habían vuelto casi completamente salvajes. A veces iban a casa para comer algo, o para pasarse un día entero durmiendo, y «usaban la casa –según las quejas de mi madre– como si fuera un hotel».

Entonces nos golpeó el azar, adoptando la forma de una trampa para antílopes.

Una noche, muy tarde, oímos unos gemidos y salimos a recibir a los perros. Se iban arrastrando hacia la puerta delantera, con las panzas casi pegadas al suelo. Sus costillas sobresalían, les brillaba el pelaje y en sus ojos había un fulgor insano. Se echaron sobre la comida que les dimos; estaban muertos de hambre. Entonces vimos en el cuello de Jock, que se agachaba sobre el cuenco de la comida, una explicación: un grueso pedazo de alambre. No era un trozo sólido, sino una trenza hecha con una docena de hilillos finos retorcidos, cortada a mordiscos en la zona del cuello. Examinamos la boca de Bill: debía de haberle costado mucho rato morder aquel alambre, tal vez un día entero. Tenía las encías y los labios rasgados y ensangrentados y la dentadura reducida a muñones, como si fuera un perro viejo. Si aquel alambre no llega a ser trenzado, Jock hubiera muerto en la trampa. De todos modos, parecía enfermo y tenía los pulmones afectados porque el cable casi lo había estrangulado. Bill no podía masticar con normalidad y comer le resultaba incómodo, como a un anciano. Se quedaron unas cuantas semanas como perros reformados, ladrando alrededor de la casa y comiendo con regularidad.

Luego volvieron a escaparse, pero volvían con más frecuencia que antes. Jock no tenía bien los pulmones: se tumbaba al sol, jadeando y resollando, como si quisiera darles descanso. En cuanto a Bill, sólo podía tragar comidas blandas. ¿Cómo se las arreglaban, entonces, cuando salían de cacería?

Una tarde estábamos cazando, a varios kilómetros de casa, y los vimos. Primero oímos aquellos ladridos familiares de excitación que se acercaban a nosotros desde unos tres kilómetros. Estábamos en una cañada grande, cubierta de alta hierba blanquecina que, al cimbrarse, trazaba una línea rápida y regular. Apareció una figura, un antílope pequeño difícil de distinguir hasta que estuvo cerca porque tenía el pelaje de un marrón casi rojo y en el valle había mucha hierba gruesa rosada, que bajo aquella luz tan fuerte adquiere un tono rojizo. Como se acercaba el crepúsculo, la hierba clara ya era casi invisible, mientras que la rosa flameaba y destellaba; el pelaje del antílope brillaba de rojo. De pronto, dio un respingo. ¿Nos había visto? No, era porque Jock, que estaba agachado entre la maleza para observar al animal, acababa de maniobrar. Tras él iba Bill, lanzado como si fuera un motor. Jock, que no podía correr tanto, estaba dirigiendo a la criatura hacia las mandíbulas abiertas de Bill. Vimos a Bill saltarle al cuello, tumbarlo y sostenerlo hasta que llegó Jock para matarlo: sus dientes ya no servían para eso.

Nos acercamos a saludarlos, aunque con reservas, pues parecía que aquellas dos criaturas gruñentes no nos conocieran y en sus ojos brillaba el salvajismo mientras se abalanzaban sobre el antílope muerto. O, mejor dicho, mientras Jock se abalanzaba sobre él. Antes de alejarnos vimos que Jock empujaba pedazos de carne caliente y humeante hacia Bill, quien de otro modo hubiera pasado mucha hambre.

Formaban un equipo de verdad; ninguno de los dos podía funcionar sin el otro. O eso creímos.

Sin embargo, pronto Jock se dedicó a vigilar los matorrales y cuando Bill se acercaba a él le lamía las orejas y la cara como si hubiera adoptado el papel de madre.

Una vez oí ladrar a Bill y salí a ver qué pasaba. La línea telefónica pasaba por una cañada cercana a la casa para llegar a la granja que había al otro lado de la colina. Los cables zumbaban, cantaban y vibraban. Bill estaba debajo y, aunque le quedaban a casi cinco metros, saltaba y ladraba: jugaba por pura exuberancia, como cuando era un cachorro. Sin embargo, esa vez me dio pena ver a aquel perro fuerte jugar solo mientras su amigo permanecía tumbado al sol resollando por sus pulmones lastimados.

¿De qué se alimentaba Bill en el monte? ¿Ratas, huevos de pájaros, lagartos, cualquier cosa que resultara suficientemente tierna? También eso daba pena, si uno pensaba en aquellos dos poderosos cazadores de los tiempos de gloria.

Pronto empezamos a recibir llamadas de los vecinos: ha aparecido Bill y se ha zampado la comida de nuestro perro... Bill parecía hambriento, así que le hemos dado de comer... Bill parece muy flaco, ¿no?... He visto a Bill cerca de mi gallinero. Lo siento, pero si se come los huevos...

Bill dejó preñada a una perra de buen pedigrí de una granja que quedaba a unos veinticinco kilómetros. Sus amos se enfadaron: Bill no era suficientemente bueno para ellos, y encima estaba la

cuestión de su «mala sangre». Mataron todos los cachorros. Se pasaba el tiempo dando vueltas a la casa, a pesar de que le dieron alguna paliza e incluso llegaron a disparar tiros al aire para asustarlo. Nos preguntaban si podíamos hacer algo para mantenerlo en casa porque estaban hartos de tener que atar a su perra.

No, no podíamos hacer nada. Más bien, no queríamos hacer nada; porque cuando aparecía Bill trotando desde los matorrales para beberse lo que hubiera en el cuenco de Jock y tumbarse junto a él con los hocicos pegados... Bueno, podíamos haberlo cogido entonces para atarlo, pero no lo hacíamos. «De todas formas, no durará mucho», solía decir mi padre. Y mi madre le decía a Jock que era un perro sensato e inteligente; de nuevo le había dado por cantarle alabanzas a su carácter y a su naturaleza, como si no hubiera pasado ya años de gloria en el monte.

Fui a visitar al amo de la perra de Bill. La tenían atada a un poste del porche. Durante toda la noche nos molestó un aullido salvaje y triste que venía del monte, mientras ella gemía y daba tirones a la correa. Por la mañana, salí al caluroso silencio del monte y llamé a mi perro: «Bill, Bill, soy yo». Nada, ni un ruido. Me senté a la sombra en la pendiente de un hormiguero y esperé. Pronto apareció Bill, trotando entre los árboles. Estaba muy flaco. Parecía demacrado, tieso, débil: un viejo forajido temeroso de las trampas. Me vio, pero se detuvo a unos veinte metros. Subió la pendiente de otro hormiguero y se tumbó encima, bajo el sol, de modo que pude ver las ásperas peladuras que tenía en el pelaje. Nos quedamos sentados en silencio, mirándonos. Luego alzó la cabeza y soltó un aullido como los que suelen dedicar los perros a la luna llena, largos, terribles, solitarios. Sin embargo, era por la mañana, el sol lucía claro y tranquilo y no había misterio alguno en el monte. Se sentó y echó el corazón por la boca de aullido en aullido, señalando con el hocico hacia el lugar donde estaba atada su compañera. También nos llegaban los gemidos de ésta, y el tintineo de su collar metálico cada vez que se movía. No lo pude aguantar. Me daba escalofríos y noté cómo se me erizaba el vello de los brazos. Me acerqué a él y le rodeé el cuello con un brazo, tal como había hecho con su madre en aquella noche de luna llena antes de robarle aquel cachorro. Bill apoyó el morro en mi antebrazo y gimió, o más bien lloriqueó. Luego, lo alzó para aullar. «Por Dios, Bill, no hagas eso, no lo hagas, por favor, no sirve de nada, por favor, Bill, querido...» Pero siguió aullando hasta que de pronto dio un salto a medio aullido, como si su dolor fuera demasiado fuerte para permanecer sentado y me olisqueó, como si dijera: «Entonces eres tú, ¿no? Bueno, pues adiós». Luego volvió su loca cabeza hacia el monte y se fue trotando.

Al cabo de poco tiempo lo mataron de un tiro cuando salía de un gallinero a primera hora de la mañana, con el morro lleno de huevo.

A partir de entonces Jock estuvo muy solo. Se pasó los últimos años tumbado al sol, señalando con el hocico los kilómetros y kilómetros de monte entre nuestra casa y las montañas, donde había cazado con Bill durante tantos años. Ya era un perro viejo, tenía las patas rígidas y el pelaje seco, resollaba y jadeaba. A veces, por la noche, cuando se alzaba la luna, salía a aullar y nosotros decíamos: «Echa de menos a Bill». Jock volvía, se sentaba a los pies de mi madre y le apoyaba la cabeza en las rodillas para que se la acariciara. Ella solía decirle: «Pobre y viejo Jock, pobre perro viejo, ¿echas de menos a Bill, con lo malo que era?».

A veces, si estaba echando una cabezada, se levantaba de golpe, salía al trote con sus viejas patas tiesas, pasaba ante la casa y las barracas, olisqueaba por todas partes con ansiedad y gemía. Luego se quedaba de pie, quieto, con una pata levantada, igual que cuando era joven, y miraba fijamente hacia el monte, sin dejar de gimotear. Entonces, decíamos: «Habrás soñado que estaba cazando con Bill».

Enfermó. Apenas podía respirar. Lo llevamos en brazos colina abajo hasta el monte y mi madre lo acarició y le dio palmadas mientras mi padre le apoyaba el cañón del arma en la nuca y disparaba.

CARTA DE CASA

(A Letter from Home)

... Ja, pero esta vez no te escribo por eso. Me preguntabas por Dick. ¿Estás preocupada por él? ¡Vaya! Pues le han concedido una beca de poesía de una universidad de Texas y está dando conferencias a los tejanos sobre literatura y vida en Suid Afrika, lo que tú llamas Sudáfrica (perdón por la hostilidad) y sus poemas se leen allá donde se lea poesía inglesa, o eso me cuenta. No está mal, hombre, pero he pensado que será mejor que te hable de Johannes Potgieter, ¿te acuerdas de él? ¿Recuerdas al poeta joven, al Poeta Joven? Estaba por aquí cuando viniste aquel invierno, no me digas que has olvidado aquellos ojos marrones que se derretían, y aquellos hoyuelos. Hace unos diez años (ja, el tiempo vuela) le dieron una especie de chollo de trabajo no oficial en la universidad de St— por la calidad de sus poemas, hay que ver lo buenos que eran. Aunque tú y todos los demás tontorrones que habláis inglés no os enteráis, porque nadie traduce el afrikáans. Recuerda que te conté, a ti y a todos los demás (concédeme al menos el crédito de que soy capaz de reconocer incluso los méritos del diablo, si es un buen poeta) lo bueno que era, era un maldito gran poeta. Lo que pasa es que unos cuantos, empezando por mí, intentamos traducir los poemas de Hans y fracasamos. Tal cual. Vale. Mientras tanto, un tercio de la población, o una quinta parte si prefieres, o —por decirlo de otro modo— X5Y59 millones de personas hablan inglés (cifra que aumenta por los seis nacimientos que se dan cada minuto), pero sólo un millón de personas hablan afrikáans y aunque tenga que decirlo en voz baja, tío, sólo unos pocos son capaces de leerlo, o sea, de leerlo de verdad. Aun así, Hans es un gran poeta. De verdad.

No le contentaba demasiado lo de ser una especie de poeta laureado extraoficial en esa universidad, ya se sabe que algunos poetas no valen para laureados. Al cabo de siete meses completó un libro de poemas que contenía toda clase de herejías, de esas que hacen sudar y arrugar la nariz a los bienpensantes: pecados, sexo, liberalismo, amor entre hermanos, etcétera y mucho más. Aun así, en un país civilizado (digo esto en voz baja porque si no me expulsarían de la universidad y ahora ya tengo cuatro hijas, te acuerdas, ¿verdad?) nadie vería en ellos más que buena poesía. Así lo entiende el propio Hans, pobre alma inocente, que se sorprendió al ver lo que creían los demás y se enfadó mucho. No le gustaba que le soltaran todos esos insultos y los chicos finos del campo, esos de las buenas granjas, y los listillos de las ciudades con sus casas grandes, todos lo miraban por encima del hombro y hacían comentarios y nuestro Hans se quedó hecho polvo porque no es un luchador, a Hans nunca se le ha dado bien lo de apostar por el lado de la justicia, la libertad y todas esas cosas, porque, si te he de decir la verdad, creo que nunca ha llegado a definir las del todo. Vale. Se despidió entre lo que podría definirse como un silencio digno, pero sus amigos sabían que era pura cobardía o, si prefieres decirlo así, incapacidad de entender por qué se había armado aquel follón. Se fue a vivir a Blagspruit, en Orange Free, donde tiene la casa su Tantie Gertrude. Trabajaba con ella en el almacén. Ja, eso es lo que hacía. ¿Y qué decíamos nosotros? Bueno, tú qué crees. El alma interior del artista (etcétera) sabrá lo que le conviene, es probable que de verdad le convenga Orange Free y el almacén de la Tantie para desarrollarse. Bueno, algo así. Por ser sinceros, no dijimos gran cosa. Simplemente, se largó. Y pasó el tiempo. Ja. Entonces me nombraron editor de *Onwards* y me puse a pensar en nuestros poetas autóctonos y me acordé de Johannes Potgieter y le escribí, ¿qué tal si me envías un poema? Me sentía fatal porque conté los años y resultó que había pasado ocho sin acordarme de él, incluso si cuentas esas veces en que, borracho al amanecer, uno dice: ¿te acuerdas de Hans? Ese sí que era un poeta...

Como no me contestaba, dejé pasar la cantidad de tiempo propia de las editoriales y volví a escribir y esta vez recibí una carta de respuesta muy correcta. Bien escrita. Educada. Pero no sólo eso: me costó una hora descifrar la caligrafía. Era una especie de escritura gótica en la que cada letra representaba una obra de arte, como un manuscrito medieval. De todos modos, lo único que decía en aquella pieza de caligrafía artística era lo siguiente: que estaba bien, que esperaba que yo también lo estuviera, que hacía buen tiempo, salvo por lo tardío de las lluvias, que su Tantie Gertie había muerto y que ahora llevaba él el almacén. «*Jou vriend, Johannes Potgieter.*»

Bien. Vale. Tenía que viajar a Joburg, así que le escribí y le dije que en el trayecto de vuelta pasaría por Blagspruit, y recibí otro *Manu Scriptum*, o Misal, en el que decía que esperaba verme y que prepararía a Esther para mi llegada. Pensé que se habría casado, pobre *kerel*, y era la primera vez que no pensaba en él como un solterón recalcitrante y tenía razón, porque tras terminar mis tareas en Joburg, y no antes, bajar en coche hasta Orange Free y llegar al umbral de su casa, ahí estaba Hans y no se veía rastro de ninguna esposa. Esther resultó ser... Antes me voy a dar el placer de contarte que el bello poeta de ojos marrones con su noble frente, sus hoyuelos y su pálida tez estaba calvo, tenía tonsura, te lo juro: y está gordo, una especie de gordura suave y pálida. Es como un monje con la piel del color del sebo, gordo y suave. Esther es la cocinera o, mejor dicho, su carcelera. Es una zulú, una mujerona gorda, y te juro que me invadió el temor de Dios incluso antes de entrar en la casa. La casa de la Tantie Gertie es un chamizo cuadrado de ladrillo de cuatro habitaciones, ya sabes cómo son esas casas, con tejado de hierro y porche alrededor; bueno, es lo que se da por hecho en Blagspruit. Y Esther estaba plantada con su metro noventa, delantal blanco y gorrita blanca y sostenía una lámpara en un puño negro y enorme y me miró a la cara, suspiró y se metió en la cocina cantando *Rock of Ages*. Ja, te lo prometo. Yo miré a Hans y él se limitó a decir: «No pasa nada, tío, le caes bien, entra».

Nos preparó una gran cena de cordero asado y calabaza frita y pasta de maíz descascarillado y luego nos dio algo de fruta en conserva. Se quedó por ahí, cruzada de brazos mientras comíamos y cuando Johannes se dejó un poco de grasa en el plato, con esa voz profunda de cantar himnos le dijo: «No se puede comer por los ojos, Master Johannes». Así que él se lo comió. Ja. Ella me dijo que me convenía comer más melocotones por mi salud, pero me planté y me sentí culpable como un crío y noté que Hans me miraba alucinado por mi atrevimiento. Ella vive en el *kia*, en la parte trasera, una habitación pequeña con cuatro críos de padres distintos y sin ningún hombre, porque con Dios tiene bastante, y se nota, ahora que se ha de cuidar de educar adecuadamente a todos esos críos y a Hans. El almacén de la Auntie vende trapos y artículos básicos en la calle principal, se llama Gertie's Store y Hans lo llevaba con un hombre de color. Pero en la cena oí que Esther se dirigía a su cabeza gacha, calva y avergonzada para decirle: «Master Johannes, hoy me ha dicho el cocinero de la casa del predicador que los melocotones secos tenían gusanos». Y Hans le contestó: «Está bien, Esther, mañana les enviaré de los nuevos».

Vale. Nos pasamos toda la noche hablando y era el mismo Hans de siempre. ¿Recuerdas que solía sentarse sin decir una triste palabra, con aquella sonrisilla dulce y sus hoyuelos, y se pasaba horas escuchando y escuchando hasta que al final hacía una pregunta? ¿Te acuerdas? ¿Sí, o no? Porque yo misma no lo he recordado hasta ahora. La gente se ponía a hablar de no sé qué, de los Nats, o del tiempo, o de la cosecha de uva, de cualquier cosa, y justo cuando te empezabas a poner nervioso porque él no decía nada, se inclinaba hacia delante y empezaba con las preguntas, terriblemente serias, graves, sobre algún detalle, cualquier cosa que no fuera importante, no sé si me entiendes. Se inclinaba, sonreía, sonreía y decía: «¿Eso de que llovió toda la mañana lo dices de verdad? Llovió *toda* la mañana. ¿Es cierto?». Y tú contestabas que sí, un poco incómodo, y entonces él meneaba la cabeza y decía: «Dios, tío, así que llovió toda la mañana...». Y luego llegaba un silencio notable hasta que todo recuperaba su ritmo normal. Y al cabo de media hora preguntaba: «¿Eso de que las uvas de la variedad *hanepoort* son buenas este año lo dices en serio?».

Vale. Esa noche bebimos bastante brandy, pero de manera civilizada, ya sabes: ¿quieres otro traguito, Martin? Ja, sólo un sorbo, Hans, gracias. Pero acabamos bastante afectados y el domingo por la mañana, cuando me desperté, me sentía fatal, pero ya estaba Esther dejando junto a mi cama una bandeja de té, vestida con su sombrero de los domingos y su vestido de seda negra, y me dijo: «Buenos días, Master du Preez, ya casi es hora de ir a la iglesia». Y yo estuve a punto de decirle: «Nunca voy a la iglesia, Esther», pero me lo pensé mejor porque de repente se me ocurrió que a lo mejor en Blagspruit nuestro Hans se había convertido en un hombre temeroso de Dios. Así que contesté: «Muy bien, Esther, gracias por avisarme. Y ahora será mejor que te vayas para que me pueda vestir». Porque si no se lo digo me hubiera vestido ella, te lo juro. Y asintió con un gesto majestuoso, como si supiera que Dios se había servido de ella para enviarme a la iglesia, por muy pecador que fuera y por mucho que apestara a trago de la noche anterior.

Bueno. Johannes y yo fuimos a la iglesia, él con su traje negro de los domingos, aunque te parezca imposible, y diciendo: «Buenos días, señor Stein, que esté bien, señorita Van Esslin», como un sólido y respetable miembro de la congregación. Y yo pensaba, pobre desgraciado, yo también terminaría aquí, por la gracia de Dios, si tuviera que vivir en este rincón abandonado del estado de Orange Free. Hans tenía un aspecto cadavérico después del brandy y yo también, y nos quedamos sentados, balanceándonos y sudando en aquella triste iglesia, aguantando un sermón que duró una hora y media mientras todos los feligreses nos taladraban con sus desagradables miradas de curiosidad. Luego nos dieron una comida fría porque Esther se había ido a adorar a Dios a la iglesia de los africanos en la Población, y después dormimos la mona y nos despertamos cubiertos de moscas y sudando y hacía más calor que en el infierno, porque Blagspruit no es sino el mismo infierno. Y Hans lleva allí diez años, tío, diez años.

Bueno. Esther tiene la tarde libre y Johannes dice que va a hacer un poco de té, pero me doy cuenta de que sin ella está perdido, así que le digo que me dé un vaso de agua y que sólo le pido que salgamos de debajo de ese techo de hierro. Me mira sorprendido, porque ya se le ha endurecido la piel, pero salimos, pasamos por el polvoriento jardín lleno de caléndulas y zinnias, ya sabes, uno de esos jardines abrasados por el sol, rodeados de alambre de espino y con las puertas pintadas del color de la sangre seca que hay en esos puebluchos perdidos en medio de las cañadas, basta pensar en ellos para emborracharse, pero Johannes se pone a olisquear las caléndulas, se pone una zinnia naranja en la solapa y dice: «A Esther le gusta la jardinería». Y ahí nos tienes, en la calle principal, dando las buenas tardes a los ciudadanos durante más de medio kilómetro y en seguida estamos otra vez en la llanura, nada más que llanura. Deambulamos un rato, levantando polvo y mirando la puesta de sol, porque los dos tenemos sólo una idea fija, que vendría a ser la siguiente: ¿a partir de que momento resulta decente que empecemos a beber otra vez?

Luego el aire nos trajo una peste desagradable que venía de un pajarito empalado en una zarza de un arbusto que es como la despensa de un pájaro carnicero. ¿Lo has visto alguna vez? En cada maldita zarza había un escarabajo, o un gusano o algún otro bicho enganchado y me dio bastante asco porque ya era el colmo, y cuando estaba recogiendo una piedra para tirársela al maldito arbusto para molestar al pájaro carnicero, vi que Hans se quedaba mirando la parte baja del árbol. En un zarzal largo y negro había un escarabajo marrón enorme que agitaba las seis patas y las dos antenas al mismo ritmo, intentando soltarse de la espina que tenía clavada en la mitad del cuerpo, o eso parecía, y se agitaba y se agitaba de tal manera que al final se soltó de la zarza, que crecía en ángulo recto con el suelo, y al caer boca arriba siguió agitando las patas para darse la vuelta. A todo esto, Hans permaneció agachado para mirarlo un buen rato, con sus manos de monje apoyadas en los muslos, con la calva cubierta de sudor e iluminada por el brillo rojo de la última luz del atardecer. *Entonces se agachó, recogió el escarabajo y lo volvió a clavar en la zarza.* Con cuidado, ya me entiendes, de tal modo que la espina volviera a entrar por el mismo agujero, se notaba su esfuerzo por no dañar al escarabajo. Me quedé plantado y boqueando como un idiota y por alguna razón recordé cómo solía sentirme cuando se inclinaba hacia delante y me preguntaba: «¿Dices que las naranjas no son buenas este año? Sinceramente, ¿es cierto?». Total, que le dije: «¡Hans, tío, por el amor de Dios!». Y entonces me miró y, en tono de reproche, dijo: «Lo iban a matar las hormigas, fíjate». Bueno, el suelo era un hervidero de hormigas de no sé qué clase, así que tenía cierta lógica, pero le dije: «Hans, tío, vamos a beber, vamos a beber».

Bueno, era domingo y no había ningún bar abierto. Miré por última vez al escarabajo, con la espina clavada en su rezumante cuerpo, agitando las patas al sol poniente, y dije: «Vamos a casa, Hans, y que se joda Esther porque nos vamos a emborrachar».

Esther estaba en la cocina, preparando carne fría y unos tomates, y le dije: «Esther, te puedes tomar la noche libre».

Ella contestó: «Master Hans, he tenido libre toda la tarde del domingo y me la he pasado hablando con mi hermana Mary». Hans me miró desesperado, y yo insistí: «Esther, te acabo de dar la noche libre, buenas noches».

Y Hans, titubeando y tartamudeando, intervino: «Está bien, Esther, tómate la noche libre. Buenas noches».

Ella lo miró. Luego, a mí. Eh, vaya mujer; menuda reina, tío. Contestó con dignidad: «Buenas noches, señor Johannes; buenas noches, señor du Preez». Luego se secó la maldad de las manos en el delantal blanco y se fue a grandes zancadas, cantando *Todas las cosas bellas y luminosas*, y te aseguro que nos sentimos como si no valiéramos ni para lavarle los trapos sucios a Esther, porque es la verdad.

Vale. Sacamos el brandy, nos olvidamos de la carne fría y los tomates y al cabo de una hora, más o menos, conseguí llegar al asunto, o sea, preguntarle qué pasaba con sus poemas, y si tardé tanto fue porque me daba miedo que dijera: «Échale un vistazo a Blagspruit, tío, échale un vistazo. ¿Tú crees que aquí se puede escribir un poema, Martin?». Pero cuando le pregunté se inclinó hacia delante y me miró fijamente, muy serio y concentrado, luego volvió la cabeza con cuidado hacia la derecha, para ver si la puerta de la cocina estaba cerrada, que no lo estaba; luego a la izquierda para mirar la ventana, que también estaba abierta; y después, por detrás de mí, hacia la puerta, por la que se veía el porche. Entonces se levantó y caminando de puntillas las cerró con cuidado, las tres, y después corrió las cortinas. Me dio escalofríos, tío, te lo juro. Entonces se acercó a una consola grande y negra y sacó un *Manu Scriptum*, porque todo estaba escrito con aquellas letras negras tan bonitas y difíciles de interpretar, y me lo dio para que lo leyera. Yo me senté y lo fui descifrando lentamente, letra a letra, mientras él permanecía sentado frente a mí, sudando, bebiendo, y lanzando miradas asustadizas hacia atrás.

¿Qué era? Bueno, para empezar yo estaba borracho y me daba miedo ver a Hans tan asustado, pero era bueno, era muy bueno, te lo prometo. Era una especie de crónica de Blagspruit, las vidas de sus habitantes... Bueno, no hace falta que concrete porque las vidas de los habitantes son iguales en todas partes del mundo, pero en Suid Afrika es todavía peor y en Blagspruit un millón de veces peor. El *Manu Scriptum* soltaba un hedor de iglesia y de bondad, con el pecado y el diablo por debajo, tenía una especie de hedor medieval, como es lógico, pues en nuestra tierra no hay nada peor que la iglesia. Te lo estoy diciendo, y recuerda que nunca te lo he dicho, pero ¿hay algo peor que el hedor de la iglesia y de los hombres temerosos de Dios en esta tierra feudal?

Bueno, el poema. Hasta donde recuerdo, porque estaba como una cuba, era una especie de crónica en prosa que desembocaba en unos poemas y les daba forma; no se podía decir dónde empezaba una y terminaban los otros. La prosa era rígida, anticuada y formal, con un lenguaje propio de monjes, y los poemas también. Sin embargo, al leerlo supe que era lo mejor que había leído en muchos años: por lo menos desde que leí sus poemas anteriores, diez años antes, tío, desde entonces. Y no olvides, Dios se apiade de mí, no olvides que soy editor y paso días y noches leyendo poesía, y cuando cae en mis manos algo como los poemas de Hans no puedo decir más que: bueno.

Vale. Estuve esforzándome una hora, o más, por esa maldita caligrafía ornamental, y luego la dejé y dije: «Hans, ¿puedo hacerte una pregunta?». Y él miró hacia atrás, primero a un lado y luego al otro, se inclinó, con el brillo de la lámpara en la calva, y con temblorosa voz baja de pecador me dijo: «¿Qué me quieres preguntar, Martin?».

Le dije: «¿Por qué usas esta caligrafía tan complicada? ¿Para qué sirve? Es bonita, pero ¿qué sentido tiene todo este trabajo de monje?».

Él bajó la voz y contestó: «Es para que no lo pueda leer Esther».

Entonces le dije: «¿Y qué más da, Hans? ¿Por qué? Dame un poco más de brandy y cuéntamelo».

Contestó: «Es amiga del cocinero del predicador y su hermana Mary trabaja en la cocina del alcalde».

Lo vi todo claro. Estaba borracho, por eso lo vi. Me levanté y dije: «Tienes razón, Hans. Tienes toda la razón del mundo. Si vas a escribir algo así, tan verídico y hermoso como Dios y todos sus ángeles, Esther no debe leerlo. Pero... ¿por qué no me dejas que me lo lleve y lo publique en *Onwards?*».

Se puso blanco y me miró como si fuera a acuchillarlo ahí mismo como un criminal. Me arrancó el manuscrito de las manos y lo abrazó en torno a su pecho regordete y dijo: «No lo tienen que ver».

«Tienes razón», contesté, pues lo comprendía perfectamente. «Es peligroso conservarlo aquí», dijo, lanzando miradas aterradas a su alrededor. «Sí, tienes razón –concedí, mientras me dejaba caer en la silla de bambú–. Ja, si lo descubrieran, Hans...»

«Me matarían», dijo.

Lo vi con toda claridad.

Yo estaba borracho. Él estaba borracho. Dejamos el manuscrito en la mesa, nos abrazamos y lloramos juntos por los ciudadanos de Blagspruit. Luego encendimos el farol de la cocina, él cogió el manuscrito bajo el brazo y salimos de puntillas a la luz de la luna, entre el hedor de las caléndulas, y bajamos por la calle principal en la noche cerrada porque ya eran más de las doce y todos los ciudadanos dormían, y bajamos a trompicones por una calle asfaltada que brillaba bajo la luz de la luna, pasamos entre las bajas casas oscuras y salimos a la cañada. Allí, nos miramos apenados y soltamos unas cuantas tristes lágrimas de brandy y, justo delante de nosotros, con la ayuda del diablo, encontramos un zarzal. Parecía virginal, con sus grandes pinchos negros erizados y brillantes bajo la luna diabólica. Seguimos llorando un rato más y arrancamos las páginas de su manuscrito e hicimos con ellas pelotitas de papel, que luego enganchamos por todas las zarzas y cuando ya no nos quedaban páginas nos sentamos bajo el zarzal a la luz de la luna, los espinos negros puntiagudos proyectaban sus sombras violáceas sobre nosotros y en la arena blanca. Luego lloramos por la situación del país y de la poesía. Bebimos mucho más brandy y las hormigas salieron a por nosotros, así que regresamos tambaleándonos por la brillante y adormecida calle principal de Blagspruit y ya no recuerdo nada más hasta que Esther apareció ante mí con una bandejita en la que llevaba una tetera, una taza, azúcar y un poco de leche condensada, y me dijo: «Master du Preez, ¿dónde está Master Hans?».

Vi por la ventana el sol de las siete de la mañana, me acordé de todo, me senté en la cama y exclamé: «¡Dios mío!».

Y Esther contestó: «Dios no ha entrado en esta casa desde las cinco y media del sábado pasado». Y se fue.

Vale. Me vestí y salí a la calle principal, donde mi presencia aquella mañana de lunes atrajo las miradas de los ciudadanos, que probablemente se habían pasado la noche contemplando nuestros tambaleos desde detrás de sus cortinas oscuras. Llegué a la llanura y encontré a Hans. Se había levantado un poco de viento, un diabólico aire caliente y polvoriento que desperdigaba el polvo y la arena, y las hojas, y elevaba al cielo la hierba muerta, así como esos ramales secos que sueltan sus raíces y avanzan a saltos y tumbos sobre la arena, dando vueltas y vueltas como derviches, y luego suben y suben, y ahí estaba Hans, soltando aullidos, gritos y chillidos, persiguiendo las bolitas de papel que revoloteaban entre el polvo y lo demás.

Lo ayudé. Tres trocitos de papel flameaban, enganchados a los pinchos del oscuro zarzal, así que los recogí y luego salimos corriendo tras aquellos fragmentos blancos voladores cargados de hermosa escritura negra, y tal vez llegamos a recoger una tercera parte. Luego nos sentamos bajo el zarzal, con su negra y dura sombra tendida sobre nosotros y sobre la arena, y vimos cómo se alzaban hasta el cielo los diabólicos torbellinos cargados de polvo, arena y sus poemas.

Le dije: «Pero, Hans, los puedes escribir de nuevo, ¿no? No los habrás olvidado, ¿verdad?».

Y él contestó: «Pero, Martin, ahora todo el mundo puede leerlos. ¿No te das cuenta, tío? Esther podría salir esta tarde, recoger del suelo cualquiera de esos poemas y leerlo. ¿Y si alguno cae en manos del alcalde, o del predicador?».

Entonces lo entendí. Te prometo que no se me había pasado por mi estúpida mente hasta ese momento. Te lo juro. Me quedé allí sentado, sudando mi culpa y el brandy, miré al pobre loco y entonces recordé diez años atrás y pensé: Idiota. Estúpido.

Luego recobré por fin la inteligencia y le dije: «Pero, Hans, incluso si Esther y el predicador y el alcalde salieran a la calle y recogieran uno de tus poemas, como si fuera una hoja de árbol, no entenderían ni una palabra porque están escritos con esa caligrafía retorcida y negra que te has inventado».

Vi que su pobre cara de loco reflejaba algo de alegría y me dijo: «¿Te parece, Martin? ¿De verdad? ¿De verdad te lo parece?».

«Ja, es la verdad», contesté. Y se sintió feliz y seguro mientras yo pensaba en aquellos poemas, que seguirían girando y girando en el aire para siempre, o al menos hasta la siguiente tormenta, alzándose al cielo con el polvo y los trocitos de hierba brillante.

Y le dije: «Además, como mucho, sólo mil o dos mil personas serían capaces de entender ese libro tan hermoso. Míralo de esta manera, Hans, tal vez te ayude a sentirte mejor».

Esta vez ya tenía mejor cara; sonrió y se animó.

Vale.

Nos levantamos, nos sacudimos mutuamente el polvo y lo llevé a su casa, con Esther. Le pedí que me dejara llevarme los poemas que habíamos rescatado para publicarlos en *Onwards*, pero se desesperó una vez más y me dijo: «No, no, ¿me quieres matar? ¿Quieres que me maten? Eres mi amigo, Martin. No me puedes hacer eso».

De modo que le dije a Esther que tenía a su cargo a un gran hombre, por medio de quien el Propio Dios hablaba, y que hacía bien al cuidar tanto de él. Pero ella se limitó a asentir con su principesca cabeza cubierta de blanco y dijo: «Adiós, Master du Preez, vaya usted con Dios».

Así que volví a Kapstaad.

Hace una semana recibí una carta de Hans, pero al principio no vi que era suya porque la caligrafía era normal, como la tuya o la mía, aunque un poco alocada e informe, y decía: «Me largo de aquí. Ahora ya me conocen. Me miran. Me voy al norte, hacia el río. No se lo digas a Esther. Jou vriend, Johannes Potgieter».

Vale.

Jou vriend,

Martin du Preez.

HAMBRE*(Hunger)*

Dentro de la choza todo está oscuro y hace mucho frío. Sin embargo, alrededor de la forma alargada que traza el portal, donde pende una tela para asegurar la debida decencia, se ve un difuso brillo amarillento y por los agujeros de la tela se cuelan dedos de calor, que empujan suavemente las piernas de Jabavu y se las toquetean.

–¡Ugh! –murmura.

Aparta los pies y patalea para cubrirse del todo con la manta. Debajo de Jabavu hay una esterilla de junco y, al entrar en contacto con su frialdad, se aparta y gruñe entre sueños. De nuevo asoman las piernas, de nuevo lo toquetean esos dedos calurosos y lo invade un rabioso rencor. Se aferra al sueño, como si algún ladrón intentara robárselo; se envuelve en el sueño como si fuera una manta empeñada en resbalar; nunca ha querido, ni querrá jamás nada tanto como quiere ahora dormir. Se abalanza con codicia hacia el sueño, como lo haría en una noche de frío hacia una bebida caliente. Se lo bebe, lo traga y se sumerge contento en el olvido, pero las palabras se cuelan en el sueño, como piedras en el agua espesa:

–¡Ugh! –murmura de nuevo Jabavu.

Permanece quieto como un conejo muerto. Sin embargo, las palabras siguen filtrándose en sus oídos y, aunque se ha jurado a sí mismo no moverse, no sentarse y aferrarse a ese sueño que intentan robarle, termina por sentarse y su rostro parece hosco y mal dispuesto.

Al otro lado de las cenizas apagadas del fuego que hay en medio del suelo de barro, su hermano Pavu también se incorpora. También él tiene aspecto hosco. Esconde la cara y pestañea lentamente mientras se pone en pie, alzando consigo la manta. Pero permanece respetuosamente en silencio mientras su madre lo regaña.

–Niños, vuestro padre lleva tanto rato esperando que ya le habría dado tiempo a pasar la azada por todo el campo.

Lo dice con la intención de recordarles sus deberes, de reintroducir en sus mentes lo que éstas han dejado escapar: que ya los había despertado antes su padre, apoyando una mano en silencio primero en el hombro de un hijo, luego en el otro.

Pavu dobla su manta con cara de culpa, la deja sobre un montón de tierra a un lado de la choza y se queda de pie esperando a Jabavu.

Pero Jabavu está apoyado en un codo, junto al manchón ceniciento del fuego de la noche anterior, y dice a su malhumorada madre:

–Mamá, sueltas más palabras que granos de polvo lleva el viento.

Pavu está asombrado. A él nunca se le ocurriría dirigirse a sus padres de un modo que no fuera respetuoso. Al mismo tiempo, no puede decirse que esté verdaderamente asombrado, pues quien habla es Jabavu, el Bocazas. Y si bien es cierto que sus padres afirman apenados que en sus tiempos ningún hijo se hubiera atrevido a hablar así a sus padres, no lo es menos que hoy en día son muchos los hijos que hablan así... ¿Cómo puede sorprenderlos algo que ocurre cada día?

Jabavu interrumpe el agudo torbellino de palabras con que su madre se disponía a contestarle:

–Ah, mamá, cállate.

Dice «cállate» en inglés. Ahora sí que se sorprende Pavu, todo él se sorprende, no sólo la parte de su cerebro que rinde tributo a los viejos hábitos de comportamiento. Se dirige con rapidez a Jabavu:

–Ya basta. Papá nos espera.

Le da tanta vergüenza que levanta la tela de la puerta y sale de la choza, pestañeando por la luz del día. El sol brilla con un pálido oro y en seguida levanta el calor. Pavu mueve sus rígidas extremidades como si el aire fuera agua caliente, y luego se planta junto a su padre.

–Buenos días, padre –le dice.

El anciano lo saluda:

–Buenos días, hijo mío.

El anciano lleva una manta marrón con rayas rojas plegada al hombro y sostenida con un imperdible grande de acero. Lleva un azadón para el campo y la lanza de sus antepasados para matar algún conejo, o una gacela, si se terciara. El chico no tiene manta. Lleva una camiseta lleno de agujeros y encajada bajo un taparrabos. También tiene un azadón.

Llegan voces del interior de la choza. La madre sigue regañando. Se oye un chirrido y algún golpe de madera: está agachada para retirar la ceniza y preparar un fuego nuevo. Es como si pudieran verla acuclillada insuflando vida al fuego del nuevo día. También es como si pudieran ver a Jabavu tumbado en su esterilla, con el rostro vuelto para darle la espalda a su madre mientras ésta lo regaña.

Se miran avergonzados; luego desvían la mirada hacia las chozas de la aldea de nativos; ven desaparecer entre los árboles un grupo de amigos y parientes de las demás chozas. Los otros hombres van ya de camino al campo. Son casi las seis de la mañana. Pavu y su padre, evitando mirarse por la vergüenza que sienten, echan a andar tras ellos. Jabavu ya irá por su cuenta; si es que va.

En otros tiempos, los hombres de aquella choza eran los primeros en llegar al campo, un campo arado, sembrado y cosechado antes que ningún otro. Ahora son los últimos por culpa de Jabavu, que trabaja o deja de hacerlo según sus apetencias.

Dentro de la choza su madre se arrodilla junto al fuego y mira cómo crece el brillo de la llama entre el hueco de sus manos. El calor la anima, derrite su amargura.

–Venga, Bocazas, levántate ya –dice con un tierno reproche–. ¿Te vas a quedar tumbado todo el día mientras tu hermano y tu padre trabajan?

Alza el rostro, lista para perdonar a su hijo malo con una sonrisa. Pero Jabavu abandona la manta de un salto, como si hubiera encontrado una serpiente, y ruge:

–Me llamo Jabavu, no Bocazas. Me quitas hasta mi nombre, lo único que es mío.

Se queda tieso, acusador, con los ojos temblorosos de desdichada rabia. Y su madre aparta la mirada lentamente, como si se sintiera culpable.

La verdad es que es extraño, porque Jabavu reacciona mal cientos de veces, mientras que ella siempre ha sido una madre correcta y una buena esposa. Sin embargo, en ese momento, entre ellos dos, madre e hijo, es como si ella se hubiera portado mal y él la acusara con justicia. Pronto su cuerpo abandona la rigidez y la rabia y se apoya perezoso en la pared, mirándola; y ella se vuelve hacia el estante de barro, de forma curva, en busca de una cacerola. Jabavu la mira con atención. He ahí un nuevo pensamiento, una necesidad nueva: ¿qué clase de utensilio sacará? Cuando ve lo que es, suelta un tembloroso suspiro de alivio; su madre lo oye, se sorprende y se maravilla. No ha sacado el cacharro del porridge matinal, sino el barril de petróleo donde calienta el agua para lavarse.

El padre y Pavu, y todos los hombres del pueblo, se lavarán cuando vuelvan del campo para comer, o tal vez lo hagan en el río que hay cerca de donde trabajan. Pero todo el cuerpo de Jabavu, cada átomo de su cerebro y de su cuerpo, está concentrado en la necesidad de que su madre le preste servicio: que caliente agua especialmente para que él pueda lavarse ahora mismo. En cambio, en otras ocasiones Jabavu descuida su limpieza.

La madre coloca el bote sobre las piedras, sobre las llamas rojas y rugientes y, casi de inmediato, se alza una voluta de vapor azulado por encima del agua agitada. Oye a Jabavu suspirar de nuevo. Ella mantiene la cabeza gacha, pensativa. Piensa que es como si algún animal hambriento viviera dentro de Jabavu, su hijo, mirara por sus ojos y hablara por su boca. Quiere a Jabavu. Lo considera valiente, cariñoso, listo, fuerte y respetuoso. Cree que es todo eso, que el animal feroz que ha instalado su guarida dentro de él no es su hijo. Y sin embargo su marido, los otros niños y, desde luego, todo el pueblo, lo llaman Jabavu el Bocazas, Jabavu el codicioso, el fanfarrón, el mal hijo, el que sin duda se escapará un día a la ciudad de los blancos y se convertirá en un matsotsi, un joven delincuente. Sí, eso dicen, y ella lo sabe. Incluso a veces ella misma lo dice también. Sin embargo... Hace quince años hubo un año de hambrunas. No era una hambruna como la de otros países, de los que esta mujer nunca ha oído hablar, como China, tal vez, o India. Fue una estación de sequía y murió gente y muchos pasaron hambre.

El año anterior a la sequía habían vendido su grano como siempre a la tienda africana y habían conservado lo suficiente para su propio consumo. Les pagaron un precio que era justo para ese año. El hombre blanco de la tienda, un griego, almacenó el grano, como era costumbre, para volvérselo a vender a los mismos nativos cuando se quedaban sin, como solía ocurrir: eran una pandilla de descuidados, siempre dispuestos a vender más de lo necesario para disfrutar del brillo de aquellos chelines que les permitían comprar gorras, pulseritas, telas. Y ese año cambiaron los precios en los grandes mercados de América y Europa. El griego vendió todo el maíz que tenía a las tiendas grandes de la ciudad y envió a sus hombres a los poblados de los nativos, a persuadirlos para que vendieran todo lo que tenían. Ofreció un poquito más de lo que estaban acostumbrados a cobrar. Compraba por la mitad de lo que le pagaban luego en la ciudad. Y todo habría salido bien si no llega a ser por la estación de sequía. Porque el maíz se marchitó en los campos y las mazorcas se esforzaban por madurar pero seguían pequeñas como puños. El pánico invadió los pueblos y la gente arrolló la tienda del griego y todas las otras tiendas africanas del país. El griego dijo que sí, que tenía maíz, él siempre tenía maíz, pero a un precio distinto, por supuesto, marcado por el gobierno. Y, también por supuesto, la gente no tenía suficiente dinero para comprar aquel maíz tan repentinamente caro.

Así que en los pueblos hubo un año de hambre. Durante esa época la hermana mayor de Jabavu, que tenía tres años, se acercaba juguetona a los pechos de su madre y se encontraba con que la apartaban a bofetadas, como si fuera un cachorro molesto. La madre estaba aún alimentando a Jabavu, que siempre había sido un crío hambriento y exigente, y ya tenía otro hijo de un mes. El invierno fue frío y polvoriento. Los hombres salían a cazar en busca de liebres y gacelas, las mujeres rebuscaban todo el día entre los matorrales para encontrar vegetales y raíces y apenas había grano para el porridge. El polvo cubría los pueblos, colgado en sombrías nubes del aire, se metía en las chozas y en las fosas nasales de la gente. La niña se murió; dijeron que había tragado demasiado polvo. Y los pechos de la madre colgaban vacíos y cuando Jabavu le tironeaba del vestido ella lo alejaba a bofetadas. Se moría de pena por la muerte de la cría, y también de miedo por su bebé. Porque ya escaseaban las liebres y las gacelas, perseguidas sin piedad, y no se puede vivir sólo de hierbas y raíces. Pero Jabavu no soltó los pechos de su madre tan fácilmente. Por la noche, cuando ella se tumbaba en su esterilla, con el nuevo bebé a su lado, Jabavu se abría camino a empujones para llegar a su leche y ella se despertaba, asustada, y decía:

–Eh, qué fuerte es este hijo mío.

Pese a que sólo tenía un año, ella necesitaba recurrir a todas sus fuerzas para apartarlo. En la oscuridad de la choza, su marido se despertaba, así a Jabavu, que no dejaba de llorar y patallar, y lo alzaba para apartarlo de la madre y del bebé. El bebé murió, pero para entonces Jabavu ya se había amargado y luchaba como una cría de leopardo para hacerse con cualquier pedazo de comida. Era un pequeño esqueleto, con la piel marrón holgada y unos ojos enormes, desesperados, que escudriñaban la oscuridad en busca de algún copo maíz caído, o un resto de vegetal amargo.

En eso piensa la madre mientras se agacha y contempla las volutas de vapor que se alzan desde el agua. Para ella Jabavu es tres niños a la vez, aún lo quiere con toda la pasión desconsolada de aquel año terrible. Piensa: fue entonces, cuando era tan pequeño, cuando apareció el Bocazas. Sí, ya entonces la gente lo llamaba Bocazas. Sí, la culpa de que Jabavu sea como es la tiene la Larga Hambruna.

Pero por mucho que lo disculpe de ese modo, no puede evitar el recuerdo de cómo era de recién nacido. Las demás mujeres se reían cuando lo veían mamar. «Ese ha nacido con hambre –le decían–. Será grande de mayor.» Porque era un crío tan grande, y mamaba con tal ferocidad y siempre lloraba para pedir comida... Y de nuevo lo disculpa con cariño: si no llega a ser así, si no hubiera alimentado sus fuerzas desde que nació, habría muerto como los otros. Al pensar eso alza la mirada, llena de amor y de orgullo, pero en seguida la vuelve a bajar. Porque sabe que a un muchacho grande como Jabavu, que ya casi tiene diecisiete años, le molesta que su madre lo mire así, acordándose de cómo era de pequeño. Jabavu sólo sabe cómo es ahora, e incluso eso lo tiene muy confundido. Sigue apoyado en la pared de adobe. No mira a su padre, sino al agua que está calentando para él. En su interior hay toda una tormenta de rabia, amor, dolor y resentimiento:

siente tantas cosas, y todas a la vez, como si se le hubiera metido por dentro un viento diabólico. Sabe de sobras que no se está portando bien, pero no puede portarse de otro modo; sabe que entre los suyos es como un toro negro en un rebaño de cabras, y sin embargo ha nacido de ellos; sólo quiere la ciudad de los blancos, pero no sabe nada de ella, aparte de lo que le cuentan los viajeros. Y de repente llega un pensamiento a su mente: si me voy a la ciudad de los blancos mi madre se morirá de pena.

Ahora mira a su madre. No la ve joven, vieja, hermosa o fea. Es su madre, que llegó a su padre con la debida dote, tras el debido pago de cierta cantidad de cabezas de ganado. Ha parido cinco hijos, tres de los cuales siguen vivos. Es buena cocinera y respetuosa con su marido. Es una madre como debe ser, según las viejas ideas. Jabavu no desprecia esas ideas: simplemente, no están hechas para él. No hace falta despreciar aquello de lo que ya te has liberado. La mujer de Jabavu no será como su madre: no sabe por qué, pero lo sabe.

De hecho, según sus propias ideas nuevas, su madre aún no tiene treinta y cinco años, es una mujer joven que todavía estaría guapa con un vestido como los que llevan las de la ciudad. En cambio ella lleva una tela de algodón azul, atada sobre el pecho para dejar libres los hombros, y una falda azul de algodón recogida para que el calor no le abrase las piernas. Ella nunca se ha visto a sí misma como vieja, joven, moderna o anticuada. Sin embargo, también ella sabe que la mujer de Jabavu será distinta y piensa en esa mujer desconocida con una curiosidad respetuosa pero temerosa al mismo tiempo. Piensa: quizá si este hijo mío encuentra una mujer como él dejará de portarse como un toro salvaje entre bueyes domesticados. Ese pensamiento la reconforta; deja que caiga suelta la falda, se aparta del calor abrasador y retira el depósito de las llamas.

—Ya puedes lavarte, hijo mío —le dice.

Jabavu agarra el depósito como si se le fuera a escapar y se lo lleva afuera. Luego se detiene y lo baja lentamente. Con amargura, como si le avergonzara este nuevo impulso, vuelve a entrar en la choza, coge la manta, que sigue donde la dejó, la pliega y la deja en el estante de barro. Luego enrolla su esterilla de junco, la deja junto a la pared y enrolla y recoge también la de su hermano. Echa un vistazo a su madre, que lo mira en silencio, ve sus ojos suaves y compasivos... pero no lo puede aguantar. Lo invade la rabia; sale.

Ella está pensando: ¿lo ves? Este es mi hijo. Con qué orden y rapidez recoge la estera y la deja junto a la pared. Qué poco le cuesta levantar el depósito de agua. Qué fuerte es, y qué amable. Sí, piensa en mí y vuelve para recoger la choza y se avergüenza de su rudeza.

Así va rumiando, diciéndose una y otra vez lo amable que es su Jabavu, aunque sabe que no es cierto, y que sobre todo no es amable consigo mismo; sabe que cuando se deja llevar por un impulso gentil como el que acaba de tener, Jabavu lo interpreta como si hubiera hecho una obra mala, en vez de buena. Sabe que si se lo agradece le contestará con un grito. Mira por la puerta abierta y ve a su hijo, fuerte y poderoso, su piel de bronce brillante de salud bajo el sol nuevo de la mañana. Pero su cara está tensa de rabia y rencor. Se da la vuelta para no verla.

Jabavu lleva el depósito de agua a la sombra de un árbol grande, se desnuda el torso y se empieza a lavar. La reconfortante agua caliente fluye por su cuerpo; le gusta el cosquilleo del jabón fuerte. Jabavu fue el primero de todo el pueblo en usar el jabón de los blancos. Piensa: «Yo, Jabavu, me lavo con agua limpia y caliente y con buen jabón. Ni siquiera mi padre se lava al despertarse...».

Ve pasar a unas mujeres y finge no haberlas visto. Sabe lo que están pensando, pero se dice: estúpidas aldeanas, no saben nada. Yo sé que Jabavu es como un blanco, que se lava nada más despertarse.

Las mujeres pasan despacio y llevan la pena en la cara. Miran hacia la choza donde se arrodilla su madre para cocinar y menean la cabeza y hablan de la compasión que les provoca esa pobre mujer, su amiga y hermana, que ha criado semejante hijo. Pero en sus voces hay otro rastro de emoción y Jabavu lo sabe, aunque no puede hablar con ellas. ¿Envidia? ¿Admiración? Nada de eso. Pero no es la primera vez que en un pueblo se cría un muchacho como Jabavu. Y esas mujeres saben de sobras que para entender su comportamiento basta con pensar en el mundo de los blancos. Los blancos han traído muchas cosas buenas y malas, cosas dignas de admiración y de temor, y es difícil distinguir unas de otras. Sin embargo, cuando un avión los sobrevuela como un escarabajo

brillante por el aire, y cuando los grandes coches pasan por el sendero hacia el norte, también piensan en Jabavu y en los jóvenes como él.

Jabavu ha terminado de lavarse. Se queda bajo el árbol, de espaldas a las chozas del pueblo, casi desnudo, tapando con la palma de la mano lo que nadie debe ver. Las manchas amarillas del sol tiemblan y se balancean en su piel. Siente la calidez móvil y se pone a cantar de placer. Luego, un pensamiento desagradable interrumpe el canto: no tiene para ponerse más que el taparrabos propio de los aldeanos. Tiene unos viejos pantalones cortos que ya le quedaban pequeños hace años. Eran del hijo del griego de la tienda cuando tenía diez años.

Jabavu coge los pantalones de una rama del árbol e intenta subírselos hasta la cadera. No pasan. De pronto se rajan por detrás. Se da la vuelta con cuidado para ver si la raja es muy grande. Le asoma una nalga bajo la tela. Frunce el ceño, coge una aguja grande de las que se usan para coser los sacos de grano, lo cose con grandes puntadas de fibra arrancada de debajo de la corteza del árbol y va trazando una red de fibra por el trasero. Lo hace sin quitarse los pantalones: sigue de pie, retorcido, sosteniendo la aguja con una mano y los bordes de la tela rasgada con la otra. Al fin termina. Los pantalones le cubren con decencia. Son viejos, le aprietan tanto como la corteza de un árbol aprieta la madera blanca, pero al menos son pantalones, no un taparrabos.

Luego clava con cuidado la aguja en la corteza, enrolla el taparrabos en una rama y coge un peine que tiene atado a unas hojas. Se arrodilla ante un trozo minúsculo de espejo que encontró en un montón de desperdicios detrás de la tienda del griego y se peina la espesa cabellera. Pasa el peine hasta que se le cansa el brazo, pero al menos ha conseguido que se le vea la raya hasta el cuero cabelludo. Se encaja el peine con desenvoltura en el cogote, como si fuera la cresta de un buen gallo, y se mira con alegría al espejo. Ahora va peinado como si fuera blanco.

Levanta el depósito y deja caer el agua en un chorro fino y brillante sobre los matorrales, contemplándola gotear como una ducha reluciente. Una gallina vieja, que pretendía refugiarse del calor, echa a correr cacareando. Jabavu suelta una carcajada al ver a la gallina vieja aleteando. Luego tira el depósito a los matorrales. Es nuevo y brilla entre las hojas. Lo mira, mientras lo invade un impulso; ese mismo impulso que tanto le duele siempre, que lo deja aturdido y confundido. Está pensando que su madre, quien pagó un chelín por el depósito en la tienda del griego, no lo va a encontrar. Sigilosamente, como si hiciera una maldad, levanta el depósito, lo lleva hasta la puerta de la choza y, estirando la mano con cuidado hacia la apertura, lo deja dentro. Su madre, que está echando carne al agua para el porridge, no se da la vuelta. Sin embargo, Jabavu sabe que ella sabe lo que hace. Espera que se dé la vuelta: si lo hace y le da las gracias, le gritará; ya siente la rabia como un puño en la garganta. Y cuando su madre no se da la vuelta siente aún más rabia, una negrura ardiente le atraviesa los ojos. No puede soportar que nadie, ni siquiera su madre, entienda por qué se arrastra como un ladrón para hacer una buena obra. Regresa con aire arrogante a la sombra del árbol, murmurando: «Soy Jabavu, soy Jabavu». Como si con eso respondiera a cualquier mirada de tristeza, alguna palabra de reproche o un silencio comprensivo.

Se pone en cuclillas bajo el árbol, pero con mucho cuidado para que no se le desarme por completo el pantalón. Mira hacia el pueblo. Es un poblado de nativos, como los que se ven por todas partes en África, un informal arreglo de chozas redondas con tejados cónicos de hierba. Hay algunas cuadradas, influenciadas por las viviendas angulosas de los blancos. Jabavu piensa: «Esto es mi pueblo». De inmediato sus pensamientos lo abandonan y se van a la ciudad de los blancos. Jabavu lo sabe todo de esa ciudad, aunque nunca ha estado en ella. Cuando alguien vuelve de allí, o cuando pasa alguien por su pueblo, Jabavu corre para escuchar los cuentos de esa vida maravillosa, la aventura, la excitación. Tiene una imagen del lugar muy clara en su mente. Sabe que las casas de los blancos siempre son de ladrillos, no de barro. Ha visto casas así. El griego de la tienda tiene una casa de ladrillos, dos habitaciones bonitas con sillas y mesas y camas con patas para no tocar el suelo. Jabavu sabe que la ciudad de los blancos estará llena de casas así, muchas, muchas casas, tal vez tantas como para llegar desde donde está sentado hasta la carretera grande que va hacia el norte, a más de medio kilómetro. Se le ilumina la mente de asombro y excitación al imaginársela y luego mira al pueblo con impaciente insatisfacción. El pueblo es para los viejos, para ellos está bien. Y Jabavu no recuerda haber sentido en ningún momento algo distinto de lo que siente ahora; como si

hubiera nacido con la conciencia de que ese pueblo pertenece a su pasado, no a su futuro. Además, nació con el anhelo por el momento en que podría abandonar el pueblo. Un hambre de ciudad lo corroe. ¿Qué es esa hambre? Jabavu no lo sabe. Es tan fuerte que le habla una voz al oído, quiero, quiero, como si sus dedos lo atenazaran al moverse. Queremos, como si cada fibra de su cuerpo cantara y gritara, quiero, quiero, quiero.

Lo quiere todo y no quiere nada. No se dice a sí mismo: quiero un coche, un avión, una casa. Jabavu es inteligente y sabe que los negros no poseen esas cosas. Pero quiere estar cerca de ellas, verlas, tocarlas, tal vez estar a su servicio. Cuando piensa en la ciudad de los blancos ve algo hermoso, de ricos colores, extraño. Para él la ciudad de los blancos es el arco iris, o una agradable y cálida mañana, o una clara noche de baile. Y esa vida excitante lo espera a él, a Jabavu, que nació para eso. Se imagina un lugar de luz, calidez y risas, gente que dice: «¡Eh! ¡Ahí va nuestro amigo Jabavu! ¡Ven, Jabavu, siéntate con nosotros!».

Eso es lo que quiere oír. No quiere oír más las voces apenadas de los ancianos: el Bocazas, mira al Bocazas, ya está el Bocazas otra vez con sus palabras.

Su deseo es tan fuerte que le duele el cuerpo de tanto anhelar. Empieza a soñar despierto. Ese es su sueño, y se le escapa, medio avergonzado, por la mente. Se ve a sí mismo caminando hacia la ciudad, entra en ella y un policía negro le dice:

–Hombre, Jabavu, ahí estas. Soy de tu pueblo, ¿te acuerdas de mí?

–Amigo –contesta Jabavu–, nuestros hermanos me hablaron de ti. Me han dicho que ahora eres hijo del gobierno.

–Si Jabavu, ahora trabajo para el gobierno. Mira, tengo un bonito uniforme, un lugar donde dormir y amigos. Tanto los blancos como los negros me respetan. Te puedo ayudar.

El hijo del gobierno se lleva a Jabavu a su habitación y le da de comer: tal vez pan, pan blanco, como el que comen los blancos, y té con leche. Jabavu ha oído hablar de esas cosas a los que vuelven al pueblo. Luego el hijo del gobierno lleva a Jabavu al hombre blanco para el que trabaja.

–Éste es Jabavu –le dice–, mi amigo del pueblo.

–Así que Jabavu –contesta el blanco–. He oído hablar de ti, hijo. Pero nadie me había dicho que fueras tan fuerte y tan listo. Tienes que ponerte este uniforme y convertirte en hijo del gobierno.

Jabavu ha visto a esos policías porque una vez al año pasan por los pueblos a recaudar impuestos. Hombres grandes, importantes, negros uniformados. Jabavu se ve a sí mismo con ese uniforme y el anhelo brilla en sus ojos. Se ve caminando por la ciudad de los blancos. Sí, baas; no, baas. Y es muy amable con su gente. Ellos dicen: «Sí, es nuestro Jabavu, el del pueblo, ¿te acuerdas? Es un buen hermano, nos ayuda...».

El sueño de Jabavu ha volado tan fuerte que se desploma, y al despertarse pestañea. Porque ha oído cosas de la ciudad que le dicen que su sueño es una tontería. No es tan fácil convertirse en policía e hijo del gobierno. Hay que ser listo de verdad. Jabavu se levanta y se acerca a una piedra grande y lisa, echando antes un vistazo alrededor por si alguien lo está mirando. Levanta la piedra, saca de debajo un rollo de papel, la suelta y se sienta encima. Ha guardado ese papel de algunos paquetes de compras de la tienda del griego. Algunos están impresos, otros tienen imágenes pequeñas de colores, muchas juntas, como para contar una historia. Las hojas grandes con fotos son lo que más le gusta.

A Jabavu le han enseñado a leer. Estira las hojas en el suelo y se inclina hacia ellas, formando las palabras con los labios. La primera imagen es de un gran hombre blanco montado en un gran caballo negro con un arma grande que escupe fuego rojo. «Bang», rezan las letras que hay encima. «Bang –pronuncia Jabavu lentamente–. B-a-n-g.» Es la primera palabra que aprendió. En la segunda imagen se ve a una hermosa chica blanca con el vestido caído en un hombro y la boca abierta: «¡Socorro!», dicen las letras. «Socorro –dice Jabavu–. Socorro, socorro.» Pasa a la siguiente. Ahora el gran hombre blanco ha cogido a la chica por la cintura y la levanta hacia el caballo. Algunos blancos malvados con grandes sombreros negros apuntan con sus armas a la chica y al blanco bueno. «Abrázame, cariño», dicen las letras. Jabavu repite esas palabras. Avanza lentamente hacia el pie de la página. Se sabe de memoria la historia y le encanta. En cambio, la de la página siguiente no es tan fácil. Trata de unos hombres amarillos con caras pequeñas y retorcidas.

Son malos. Hay otro hombre blanco que es bueno y lleva un látigo. Lo que inquieta a Jabavu es el látigo, porque lo conoce; una vez el griego de la tienda le soltó un latigazo por descarado. Las letras dicen: «Grrr, chinos, así aprenderéis». El blanco ataca a los hombrecitos amarillos con el látigo y Jabavu no siente más que confusión y desánimo. Porque en la primera historia él es el hombre blanco que rescata a la chica guapa de los malos. Pero en la segunda no puede ser el blanco por culpa del látigo. Jabavu ha pasado muchas, muchas horas dándole vueltas a esa historia, y sobre todo a las palabras que dicen: «Sois como serpientes amarillas...». La cola del látigo traza una curva en el dibujo y durante mucho tiempo Jabavu creyó que la palabra «serpiente» se refería a eso. Luego se dio cuenta de que las serpientes eran los hombres amarillos... Al final, como ha hecho tantas otras veces, pasa la página, renuncia a esa historia tan difícil y empieza otra.

Jabavu no sólo recuerda las historias de los dibujos, sino también algún texto simple. En el montón de desperdicios que hay fuera de la tienda del griego, una vez encontró un alfabeto de un niño o, mejor dicho, medio alfabeto. Le costó mucho tiempo entender que sólo era medio. Solía sentarse y pasar hora tras hora encajando las letras de su alfabeto en palabras como «¡Bang!». Y luego en otras palabras inglesas que ya conocía por las penosas y admiradas historias que se contaban de los blancos. Negro, blanco, color, nativo, kaffir, maíz, olor, malo, sucio, estúpido, trabajo. Esas eran algunas de las palabras que había aprendido a pronunciar antes de poder leerlas. Al cabo de mucho tiempo completó él solo el alfabeto. Mucho tiempo: le llevó más de un año de sentarse bajo aquel árbol a pensar y pensar mientras la gente del pueblo se reía y lo llamaba perezoso. Aún más adelante intentó leer el texto sin los dibujos. Le costaba tanto que era como si no hubiera aprendido nada. Pasaron los meses. Despacio, muy despacio, la hoja de letras negras adquirió significado. Jabavu no olvidará mientras viva el día en que completó una frase por primera vez. Era la siguiente: «El africano debe comer también legumbres y verduras además de carne y frutos secos para mantener la salud». Cuando entendió esa frase larga y difícil rodó por el suelo orgulloso, se rió y dijo: «Los blancos dicen que hemos de comer siempre eso. Es lo que comeré yo cuando me vaya a la ciudad de los blancos».

Hay algunas palabras que no consigue entender por mucho que se esfuerce. «Cualquier persona que contravenga algunas de las provisiones de la normativa (que contiene cincuenta cláusulas) será multada con 25 libras o con tres meses de prisión». Jabavu ha dedicado muchas horas a esa frase y sigue sin significar nada para él. Una vez caminó ocho kilómetros hasta el pueblo más cercano para preguntarle lo que significaba a un sabio que sabía inglés. El tampoco la entendió. Pero enseñó mucho inglés a Jabavu. Ahora lo habla bastante bien. Y ha señalado todas las palabras difíciles del periódico con un trozo de carboncillo y cuando conozca a alguien capaz de explicarle lo que significan se lo preguntará. ¿Tal vez cuando regrese algún viajero de visitar la ciudad? Pero no esperan a nadie. Uno de los jóvenes, el hijo del hermano del padre de Jabavu, tenía que haber vuelto ya, pero se fue a Johannesburgo. Hace un año que no saben nada de él. En total, hay siete jóvenes del pueblo que trabajan en la ciudad, y otros dos en las minas de Johannesburgo. Cualquiera de ellos podría regresar la semana que viene, o tal vez el año que viene... El hambre de Jabavu se agranda y murmura: «¿Cuándo iré? ¿Cuándo, cuándo, cuándo? Tengo dieciséis años, soy un hombre. Sé hablar inglés. Puedo leer el periódico. Puedo entender las imágenes...». Pero en ese momento se acuerda de que no entiende todas las imágenes. Vuelve la página con paciencia y busca la historia de los hombrecitos amarillos. ¿Qué habrán hecho para que les den con el látigo? ¿Por qué unos son amarillos, otros blancos, unos negros y otros bronceos como él? ¿Por qué hay guerra en el país de los hombrecitos amarillos? ¿Por qué los llaman serpientes y chinos? ¿Por qué, por qué, por qué? Pero Jabavu no consigue concretar las preguntas que requieren respuesta y la frustración alimenta su hambre. Tengo que ir a la ciudad de los blancos, allí me enteraré, allí aprenderé.

Sin demasiado convencimiento, piensa: «¿Y si me fuera solo?». Pero la idea le asusta, no tiene suficiente valor. Se sienta bajo el árbol, apático y desgarbado, trazando con la mano rastros en la tierra mientras piensa: «A lo mejor viene alguien de la ciudad y me puedo ir con él. O tal vez pueda convencer a Pavu para que venga conmigo». Pero sólo de pensarlo le da un vuelco el corazón: sin duda, su madre y su padre se morirían de pena si se fueran los dos hijos a la vez. Porque su hermana

se fue hace tres años para trabajar de niñera en una granja a treinta kilómetros de distancia, o sea que sólo la ven dos o tres veces al año, y apenas por un día.

Pero el hambre crece hasta el punto de consumir la pena por sus padres, y entonces piensa: «Hablaré con Pavu. Lo convenceré para que venga conmigo».

Jabavu está sentado pensando debajo del árbol cuando vuelven los hombres del campo, su padre y su hermano entre ellos. Al verlos se levanta de golpe y se va a la choza. Ahora tiene hambre de comida, o más bien se trata de que quiere llegar antes para que le sirvan el primero.

Su madre está echando algo de porridge blanco en cada plato. Los platos son de barro, los ha hecho ella misma y los ha decorado con figuras negras sobre el rojo del barro. Son bonitos, pero Jabavu quiere platos metálicos, como los que ha visto en la tienda del griego. Las cucharas son de latón y le da gusto tocarlas.

Después de echar porridge en los platos, la madre alisa con mimo la superficie con el reverso de la cuchara, para que quede bonito y brillante. Ha hecho un guiso de raíces y hojas del monte, y echa un poco por encima de cada montón. Deja los platos en el suelo, sobre una esterilla. Jabavu empieza a comer. Ella lo mira. Quisiera preguntarle: «¿Por qué no esperas a que empiece tu padre, como debe ser?». No lo dice. Al entrar, el padre y el hermano dejan las azadas y la lanza apoyadas en la pared. Luego el padre mira a Jabavu, que come en un silencio desagradable, con la mirada baja, y le dice:

—El que está demasiado cansado para trabajar está demasiado cansado para comer.

Jabavu no contesta. Casi se ha terminado el porridge. Está pensando que queda suficiente para comerse otro plato lleno. Le consume el ansia de comer y comer hasta que le pese el estómago. Se traga a toda prisa los dos últimos bocados y empuja el plato hacia su madre. Ella no se lo rellena de inmediato y a Jabavu le renace la rabia, pero sin darle tiempo a que salgan las palabras burbujeando por su boca; su padre, que se ha dado cuenta, empieza a hablar. Jabavu deja caer las manos y se sienta a escuchar.

El viejo está cansado y habla despacio. Ya le ha dicho todo eso antes. La familia escucha, pero no escucha. Lo que dice ya existe, como las palabras sobre un papel que se puede leer o no, escuchar o no.

—¿Qué le pasa a nuestra gente? —pregunta, apenado—. Antes, en nuestros poblados había paz, había orden. Cada uno sabía lo que debía hacer y cómo debía hacerlo. El sol salía y se ponía, la luna cambiaba, llegaba la estación seca, luego las lluvias, nacía un hombre, vivía y se moría. Entonces sabíamos lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Su esposa, la madre, piensa: «Anhela tanto los viejos tiempos, en los que lo entendía todo, que ha olvidado cómo se acosaban las tribus, ha olvidado que en esta parte del país vivíamos aterrados por culpa de las tribus del sur. Hemos pasado media vida como los conejos de las colinas y a las mujeres nos llevaban como si fuéramos ganado para convertirnos en esposas de los hombres de otras tribus». No dice nada de lo que piensa. Sólo:

—Sí, sí, marido mío, eso es verdad.

Saca más porridge de la olla y se lo pone en el plato, aunque él apenas ha tocado la comida. Jabavu lo ve; tensa los músculos y en su mirada, fija en la madre, hay hambre y resentimiento.

El viejo sigue hablando:

—Y ahora es como si hubiera caído una gran tormenta entre los nuestros. Los hombres se van a las ciudades, a las minas y a las granjas, aprenden cosas malas y cuando vuelven son extraños, no respetan a los ancianos. Las jóvenes se vuelven prostitutas en las ciudades, se visten como las blancas, aceptan a cualquier hombre como marido sin tener en cuenta las leyes de las relaciones. Y el blanco nos usa de sirvientes, y no hay límite para este tiempo de castigos.

Pavu se ha terminado el porridge. Mira a su madre. Ella le sirve un poco más en el plato y le echa por encima la guarnición de verduras. Entonces, después de servir a los hombres que trabajan, sirve al que no trabaja. Le da a Jabavu lo que queda, que no es mucho, y rasca el resto de guarnición. No lo mira. Conoce el dolor, el dolor infantil que lo abrasa por que le ha servido el último. Y Jabavu no se lo come precisamente por eso. Su estómago no lo quiere. Se queda sentado, amargado, y escucha a su padre. Lo que dice el anciano es cierto, pero también hay muchas cosas

que no dice, que no puede decir jamás porque es viejo y pertenece al pasado. Jabavu mira a su hermano, ve su cara prieta y concentrada y sabe que está pensando lo mismo que él.

—¿Qué será de nosotros? Cuando miro al futuro es como si viera una noche sin fin. Cuando oigo lo que cuentan de las ciudades de los blancos mi corazón se oscurece como un valle en plena tormenta. Cuando oigo cómo corrompen los blancos a nuestros hijos es como si se me llenara la cabeza de agua enlodazada, no puedo pensar en eso, es demasiado difícil.

Jabavu mira a su hermano y mueve un poco la cabeza. Pavu se disculpa educadamente ante su padre y su madre, y esa educación deberá bastar por los dos, pues Jabavu no dice nada.

El hombre se tumba al sol en su estera para descansar media hora antes de volver al campo. La madre recoge la olla y los platos para lavarlos. Los jóvenes se van al árbol grande.

—Hemos tenido que trabajar mucho sin ti, hermano —son las palabras de reproche que oye Jabavu. Ya se las esperaba, pero frunce el ceño y dice:

—Estaba pensando.

Quiere que su hermano le pregunte con interés acerca de sus maravillosos e importantes pensamientos, pero Pavu sigue con lo suyo:

—Aún falta medio campo y lo justo es que esta tarde vengas a trabajar con nosotros.

Jabavu siente que un rencor extraordinario le va creciendo por dentro, pero consigue acallarlo. Entiende que no es razonable esperar que su hermano comprenda la importancia de los dibujos del papel, y de las palabras impresas:

—He estado pensando en la ciudad de los hombres blancos —dice.

Mira a su hermano con aires de importancia, pero Pavu se limita a contestar:

—Sí, ya sabemos que pronto te llegará la hora de abandonarnos.

A Jabavu le indigna que se hable de sus secretos con esa naturalidad.

—Nadie ha dicho que me tenga que ir. Nuestro padre y nuestra madre hablan todo el rato hasta que les duelen las mandíbulas de tanto decir que los buenos hijos se quedan en el pueblo.

Entre risas y con amabilidad, Pavu contesta:

—Sí, hablan como ancianos, pero saben que a los dos nos llegará el momento de irnos.

Primero, Jabavu frunce el ceño y mira a su hermano fijamente; luego, exclama:

—¡Vendrás conmigo!

Pero Pavu baja la cabeza.

—¿Cómo quieres que vaya contigo? —dice, para ganar tiempo—. Tú eres mayor, está bien que te vayas. Pero nuestro padre no puede trabajar solo en el campo. Tal vez yo vaya más adelante.

—Hay otros padres que tienen hijos. Nuestro padre habla de las costumbres, pero si una costumbre es algo que pasa siempre resulta que ahora la costumbre es que los jóvenes abandonemos el pueblo y nos vayamos a la ciudad.

Pavu duda. Tiene la cara arrugada de sufrimiento. Quiere ir a la ciudad, pero le da miedo. Sabe que Jabavu se irá pronto y si pudiera viajar con ese hermano, grande, fuerte y listo, no tendría miedo.

Jabavu lo ve todo en su cara y de pronto se pone nervioso, como si hubiera un ladrón por ahí. Se pregunta si su hermano soñará y hará planes para ir a la ciudad de los blancos como él; al pensarlo, estira los brazos en un gesto que sugiere que se está guardando algo. Siente que su deseo es tan fuerte que no le basta nada menos que toda la ciudad del hombre blanco para él, ni siquiera un resto para su hermano. Pero luego suelta los brazos y dice con astucia:

—Nos iremos juntos. Nos ayudaremos mutuamente. No vamos a estar solos en un sitio donde, según los viajeros, a los extraños les pueden robar, o incluso matar. —Mira a Pavu, que parece como si escuchara la voz de una amante—. Es bueno que los hermanos estén juntos. Un hombre que viaja solo es como un hombre que va solo a cazar a una tierra peligrosa. Y cuando nos vayamos nuestro padre no necesitará cultivar tanta comida, porque ya no tendrá que llenar nuestras tripas. Y cuando se case nuestra hermana tendrá su ganado y el dinero de la dote...

Habla y habla, intentando mantener la voz suave y convincente, aunque se le eleva sola en las olas del apasionado deseo que siente por todas esas cosas buenas de la ciudad. Intenta hablar como

hablan los hombres sensatos de las cosas serias, pero le tiemblan las manos y no consigue dejar quietas las piernas.

Cuando el padre sale de la choza y mira hacia ellos, él sigue pronunciando palabras y Pavu sigue escuchando. Los dos se levantan y lo siguen hasta el campo. Jabavu va porque quiere ganarse a Pavu, no por ninguna otra razón, y sigue hablándole con suavidad mientras caminan entre los árboles.

En el monte hay dos terrenos agrestes. Allí crecen los cereales y, entre ellos, las calabazas. Son plantas desgreñadas, dan pocas calabazas. No hace mucho vino un hombre blanco en un coche de la ciudad y se enfadó al ver esos campos. Dijo que los cultivaban como ignorantes y que en otras partes del país los negros seguían los consejos de los blancos y en consecuencia sus cosechas eran abundantes y provechosas. Dijo que el suelo era pobre porque había demasiadas cabezas de ganado; pero no quisieron oírlo. En los pueblos sabían de sobras que cuando los blancos les aconsejaban reducir el ganado sólo era porque querían quedárselo ellos. El ganado significaba riqueza y poder; había que ser de fuera para pensar que es mejor tener una vaca buena que diez malas. Debido a ese malentendido acerca del ganado la gente de aquel pueblo sospechaba de cualquier cosa que dijeran los hijos del gobierno, ya fueran blancos o negros. La suspicacia es una carga terrible, como una nube instalada en sus vidas. Y la llegada de cualquier viajero de la ciudad incrementa esa suspicacia. Corren murmullos y rumores sobre nuevos líderes, nuevos pensamientos, rabia nueva. La gente joven, como Jabavu, o incluso Pavu a su manera, lo oyen como si no fuera tan terrible, pero a los mayores les da miedo.

Cuando llegan los tres al campo que han de arar, el anciano se burla del consejo que les dio el hombre de la ciudad; Pavu se ríe con educación, Jabavu no dice nada. El hecho de que su padre insista en las viejas formas de cultivar el campo forma parte de su impaciencia con la vida del pueblo. Ha visto los nuevos modos en el pueblo que queda a ocho kilómetros. Sabe que el hombre blanco tiene razón.

Trabaja junto a Pavu y murmura:

—Nuestro padre es estúpido. Este campo produciría el doble si hiciéramos lo que nos dicen los hijos del gobierno.

Pavu contesta con amabilidad:

—Calla, que te va a oír. Déjalo que haga lo que sabe. La vaca vieja sigue el sendero que aprendió cuando era ternera.

—Bah, cállate —murmura Jabavu, y acelera el trabajo para estar solo.

¿Para que sirve llevarse un crío así a la ciudad?, se pregunta, enfadado. Y sin embargo, debe hacerlo, porque tiene miedo. Y se esfuerza por compensarlo, por llamar la atención de Pavu para que puedan trabajar juntos. Pavu finge que no se da cuenta y trabaja en silencio junto a su padre.

Jabavu pasa el azadón como si tuviera un diablo dentro. Cuando se pone el sol, ha recorrido un tercio más de terreno que los otros. En tono de aprobación, su padre le dice:

—Cuando te da por trabajar, hijo mío, lo haces como si sólo comieras carne.

Pavu guarda silencio. Está enfadado con Jabavu, pero también espera, con cierta ansiedad y cierto miedo al mismo tiempo, el momento en que se reanude esa conversación, dulce y peligrosa a la vez. Después de cenar los hermanos salen a la oscuridad y se pasean entre los fuegos de los guisos mientras Jabavu habla sin cesar. Así siguen las cosas durante mucho tiempo, pasan las semanas, luego un mes. Jabavu pierde la paciencia y Pavu se amarga. Luego Jabavu vuelve con palabras amables y tranquilas. A veces Pavu dice que sí. Luego vuelve a decir: «No, ¿cómo vamos a abandonar los dos a nuestro padre?». Y Jabavu, el Bocazas, sigue hablando, con la mirada inquieta y brillante, el cuerpo tenso de tanto anhelo. En esa época los hermanos pasan más tiempo juntos que en los últimos años. Se los ve de noche bajo el árbol, caminando entre las chozas, sentados ante su puerta. Mucha gente dice que Jabavu está convenciendo a su hermano para que se vaya con él.

Sin embargo, Jabavu no sabe que los demás se dan cuenta de lo que está haciendo; sólo se ve a sí mismo y a Pavu.

Llega el día en que Pavu accede, pero sólo si antes se lo dicen a sus padres; quiere que el suceso desagradable se suavice al menos por el respeto a la obediencia. Jabavu no quiere ni oír hablar de

eso. ¿Por qué? Él no lo sabe, pero le parece que su huida a la vida nueva no será feliz si no es robada. Además, le da miedo que la pena de su padre debilite las intenciones de Pavu. Discute; Pavu también. Luego se pelean. Durante una semana entera se interpone entre ellos un feo silencio, roto tan sólo por intervalos de palabras violentas. Y todo el pueblo dice: «Mira: Pavu, el hijo bueno, se resiste al sermón de Jabavu, el Bocazas». La única persona que no lo sabe es el padre, y tal vez se deba a que no quiera enterarse de algo tan terrible.

Al séptimo día Jabavu se acerca a Pavu al atardecer y le enseña un fardo que ha preparado. Dentro está su peine, sus trozos de papeles con palabras e imágenes, un jabón.

–Me voy esta noche –le dice a Pavu.

–No me lo creo –contesta éste.

Sin embargo, se lo cree a medias. Jabavu es muy atrevido y, si se va solo, tal vez Pavu no vuelva a tener otra oportunidad. Pavu se sienta a la entrada de la choza y en su rostro se nota la agonía de la duda. Jabavu se sienta a su lado y le dice:

–Ahora, hermano, tienes que decidirte ya porque no puedo esperar más.

Entonces sale la madre y les dice:

–Bueno, hijos míos, ¿os vais a la ciudad?

Habla con tristeza y al oír el tono de su voz el hermano menor sólo desea asegurarle que jamás se le ha pasado por la mente la idea de abandonar la aldea. Pero Jabavu, enfadado, grita:

–Sí, sí, nos vamos. No podemos seguir viviendo en esta aldea donde sólo hay niños, mujeres y viejos.

La madre mira hacia otra choza, donde el padre está sentado junto al fuego con unos amigos. Sus sombras oscuras contrastan con el fuego rojizo y las llamas se desparan por la oscuridad. Es una noche negra, buena para huir. La madre dice:

–Lo más seguro es que vuestro padre se muera.

Piensa: «No se morirá, igual que los demás padres cuyos hijos se van a la ciudad».

Jabavu grita:

–Así que nos hemos de quedar nosotros en esta aldea hasta que nos muramos, por la estupidez de un hombre incapaz de ver en la vida de los blancos nada que no sea malo.

Ella contesta en voz baja:

–No puedo evitar que os vayáis, hijos míos. Pero si lo vais a hacer, idos ahora, porque ya no soporto veros peleando y enfadados día sí, día también.

Y luego, como el dolor le atenaza la garganta, coge a toda prisa una olla y se va con ella, fingiendo que necesita agua para cocinar. Pero no llega más allá de la primera sombra espesa bajo el árbol grande. Se queda allí de pie, mirando hacia las luces difusas y temblorosas de los muchos fuegos y hacia las chozas, que desde allí se ven negras y contrastadas, y hacia el brillo lejano de las estrellas. Está pensando en su hija. Cuando se fue, la madre lloró tanto que creyó que iba a morir. Y en cambio ahora está encantada de que se fuera. Trabaja para una señora blanca muy amable que le da vestidos, y ella tiene la esperanza de que termine casándose con el cocinero, que se gana bien la vida. La hija ha ido mucho más allá que la madre y ésta sabe que si fuera más joven también se iría a la ciudad. Sin embargo, tiene ganas de llorar de pura tristeza y soledad. No llora. Le duele la garganta por las lágrimas que encierra.

Mira a sus dos hijos, que hablan rápido y en voz baja, con las cabezas juntas. Jabavu dice:

–Venga, vamos. Si no nos vamos, nuestra madre se lo dirá a nuestro padre y él nos lo impedirá.

Pavu se pone en pie lentamente. Dice:

–Ah, Jabavu, mi corazón está débil por este asunto.

Jabavu sabe que es el momento de la decisión final. Dice:

–Piénsatelo, nuestra madre sabe que nos vamos y no está enfadada, y le podremos enviar dinero desde la ciudad para que la vejez de nuestros padres sea más llevadera.

Pavu entra en la choza, descuelga del techo su arpa de boca y saca su hachuela del estante de barro. Está listo. Se quedan de pie en la choza, mirándose con miedo; Jabavu lleva sus pantalones rotos, desnudo de cintura para arriba; Pavu va con taparrabos y una camiseta agujereada. Están pensando que cuando lleguen a la ciudad serán objeto de burla. Todos las historias que han oído

sobre los matsotsi, que roban y matan, los cuentos de hombres reclinados para las minas, las historias de las mujeres de la ciudad, que no se parecen a ninguna mujer que hayan conocido... Todo eso se les acumula en la mente y no se pueden mover. Entonces, Jabavu dice con desenvoltura:

–Venga, hermano. Así nunca emprenderemos el camino.

No miran hacia el árbol donde está su madre. Pasan delante de los hombres balanceando los brazos al caminar. Entonces oyen unos pasos rápidos. Su madre corre hacia ellos y les dice:

–Esperad, hijos míos. –Notan que les busca las manos y les deposita en ellas algo duro y frío. Les ha dado un chelín a cada uno–. Es para el viaje. Esperad...

Ahora les pone un paquete en las manos y ellos saben que ha preparado algo de comida para el viaje y lo ha conservado hasta ese momento.

El hermano menor vuelve el rostro, lleno de vergüenza y pena. Luego abraza a su madre y echa a andar deprisa. Jabavu siente gratitud primero y después resentimiento; una vez más, su madre lo ha entendido demasiado bien y eso le molesta. Está clavado al suelo. Sabe que si dice una sola palabra se echará a llorar como un crío. Con voz suave en medio de la oscuridad su madre dice:

–No dejes que le pase nada a tu hermano. Eres terco y valiente y podrías meterte en problemas que él evitaría.

Jabavu grita:

–Mi hermano es mi hermano, pero también es un hombre.

Ella le lanza una mirada tierna desde la oscuridad, y luego unas palabras de súplica:

–Y tu padre se morirá si no sabe nada de vosotros. No tenéis que hacer como muchos otros hijos. Enviadnos algún mensaje con el Comisario para los Nativos, así sabremos qué se ha hecho de vosotros.

Y Jabavu grita:

–El Comisario para los Nativos es cosa de babuinos e ignorantes. Yo sé escribir, así que recibirás cartas mías dos..., no, tres veces por semana.

Al oír esa exageración la madre suspira y Jabavu, aunque no pretendía hacerlo, le coge una mano, la aprieta y luego la aparta de un empujoncito, como si el deseo de estrecharla hubiera sido de la madre, y no suyo. Después se aleja silbando entre las sombras de los árboles.

La madre se queda mirando hasta que ve a sus hijos caminar juntos, luego espera un poco más, al fin se vuelve hacia la luz de los fuegos gimiendo primero en voz baja y después, a medida que se fortalece la pena, a gritos. Lloro porque sus hijos han abandonado la aldea en busca de la perversidad de la ciudad. Es por su marido, con quien pasará un duelo amargo de muchos días. «Los vio de espaldas cuando se fugaban con sus fardos», dirán los demás. A ella se le llenará la voz de ansiedad y de amargos reproches. Porque además de esposa es madre y una mujer puede sentir algo como madre y lo contrario como esposa y, sin embargo, ambos sentimientos pueden ser verdaderos y honestos.

Jabavu y Pavu, mientras tanto, caminan en silencio asustados por la oscuridad del monte hasta que, al llegar a las afueras de la aldea, ven una choza abandonada. No les gusta caminar de noche; tenían la intención de salir al amanecer; así que ahora se meten en esa choza y se tumban, insomnes, hasta que llegue la primera luz del día, gris primero y luego amarilla.

Ante ellos se extiende el camino, unos ochenta kilómetros para llegar a la ciudad. Pretenden llegar esa noche, pero el frío acorta sus pasos. Caminan con los riñones y los hombros encogidos contra el frío y aprietan los dientes para que no se note el castañeteo. La hierba que los rodea es alta y amarilla, sembrada de una multitud de diamantes resplandecientes que se van apagando poco a poco y al final desaparecen, y de pronto el sol les calienta los cuerpos. Caminan más tiesos y la piel de los hombros se relaja y respira. Ahora andan con más soltura, pero en silencio. Pavu vuelve su carita cautelosa a uno y otro lado en busca de nuevas vistas, sonidos nuevos. Está reuniendo valor para enfrentarse a ellos, pues teme que su pensamiento ha regresado al pueblo para encontrar consuelo: «Ahora mi padre estará caminando solo hacia el campo, muy despacio, por el peso de la pena en sus piernas; ahora mi madre estará calentando el agua al fuego para el porridge...».

Jabavu camina con decisión. Toda su mente se concentra en la gran ciudad. «¡Jabavu! –oye en su cerebro–. ¡Mira, por ahí llega Jabavu a la ciudad!»

Les llega un rugido y tienen que saltar a la cuneta para esquivar a un camión grande. El salto es tan violento que aterrizan de cuatro patas en la hierba espesa. Miran boquiabiertos y ven que el conductor blanco se inclina hacia ellos y les sonríe. No entienden que ha derrapado para que tuvieran que saltar y divertirse a su costa. No saben que ahora se ríe porque los encuentra muy divertidos, allí agachados entre la hierba y mirándolo como palurdos. Se levantan y miran hacia el camión, que desaparece a lo lejos entre una nube de polvo claro. La parte trasera va llena de negros; unos gritan, otros saludan y se ríen. Jabavu dice:

–¡Uau! ¡Qué camión tan grande!

Tiene el pecho y la garganta henchidos de anhelo. Quiere tocar el camión, mirar las maravillas de su construcción, quizás incluso conducirlo... Ahí sigue, con la cara tensa y hambrienta, cuando suena otro rugido, un sonido estridente como el cacareo de un gallo. De nuevo saltan los hermanos a un lado, aunque esta vez aterrizan de pie, mientras el polvo revolotea en torno a ellos.

Se miran y luego desvían la mirada para que no se note que no saben qué pensar. Sin embargo, se interrogan: «¿Querrán asustarnos a propósito? ¿Por qué?». No lo entienden. Han oído historias sobre desagradables hombres blancos que intentan burlarse de los negros para reírse a su costa, pero eso no tiene nada que ver con lo que acaba de pasar. Piensan: «Caminamos solos, sin meternos con nadie, y estamos bastante asustados. ¿Para qué quieren asustarnos más?». Pero ahora caminan despacio y van mirando hacia atrás para que no los pillen por sorpresa. Y cuando llega por atrás un coche o un camión se apartan hacia la hierba y se quedan esperando hasta que pase. Hay pocos coches, pero muchos camiones y todos van llenos de hombres negros. Jabavu piensa: «Pronto, tal vez mañana, cuando tenga trabajo, iré en uno de esos camiones...». Está tan impaciente porque ocurra eso que acelera el paso y de nuevo tiene que saltar a un lado cuando el siguiente camión derrapa cerca de él.

Llevarán acaso una hora caminando cuando adelantan a un hombre que viaja con su mujer y sus hijos. El hombre va delante con una lanza y un hacha, la mujer detrás con las ollas y un bebé a la espalda, y el otro hijo va agarrado a su falda. Jabavu sabe que no son gente de la ciudad, que van de un pueblo a otro, y por eso no los teme. Los saluda, ellos devuelven el saludo y caminan juntos, hablando.

Cuando Jabavu explica que están recorriendo el largo camino a la ciudad, el hombre le pregunta:

–¿Ya has estado allí?

Jabavu no soporta confesar su ignorancia y contesta:

–Sí, muchas veces.

–Entonces, no hace falta que os advierta que es un lugar muy malvado.

Jabavu guarda silencio y lamenta no haber dicho la verdad. Ya es demasiado tarde, porque al llegar a un sendero que se desvía de la carretera la familia se va por él. Mientras se despiden, pasa otro camión y el polvo se alza entre ellos. El hombre mira hacia el camión y meneaba la cabeza.

–Son los camiones que llevan a nuestros hermanos a las minas –dice, al tiempo que se retira el polvo de la cara y sacude la manta–. Está bien que conozcáis los peligros de la carretera, porque si no estaríais en uno de esos camiones, llenando de polvo las bocas de la gente honesta y riéndoos de los que se asustan por el ruido de la bocina.

Tras echarse de nuevo la manta al hombro, se da la vuelta, seguido por su mujer y sus hijos.

Jabavu y Pavu caminan despacio y van pensando. Cuántas veces han oído hablar de los reclutadores de las minas. Sin embargo esas historias, contadas por tantas bocas, se convierten en algo parecido a las feas imágenes que se cuelan en los sueños difíciles e incómodos. Cuesta pensar en ellos ahora, con ese sol tan fuerte. Pero ese hombre hablaba de los camiones con horror. Jabavu siente la tentación. Piensa: «Ese hombre es un aldeano, como mi padre, sólo ve las cosas malas. A lo mejor, mi hermano y yo podríamos viajar a la ciudad en uno de esos camiones».

Luego el miedo se infla en su interior y las dudas frenan sus pasos, pero cuando pasa a su lado el siguiente camión se queda parado en la cuneta, mirándolo con los ojos grandes como si deseara que se detuviese. Y cuando al fin se detiene le late tan rápido el corazón que no sabe si es por miedo, excitación o deseo. Pavu le tironea del brazo y le dice:

–Vayámonos corriendo.

Pero él responde:

–Le tienes miedo a todo, como los niños que aún huelen a la leche de su madre.

El blanco que conduce el camión asoma la cabeza y mira hacia atrás. Dedicar una larga mirada a Jabavu y su hermano y luego vuelve a meter la cabeza. Entonces sale de la parte delantera un negro y camina hacia ellos. Lleva ropas de blanco y camina con desenvoltura. Jabavu, al ver a ese hombre elegante, piensa en sus pantalones y pega los brazos a las caderas para taparse. Pero el hombre elegante se acerca sonriendo y dice:

–Sí, sí, muchachos, ¿queréis subir?

Jabavu da un paso adelante y nota que Pavu le tira del codo. No presta atención a sus tirones, pero los toma como un aviso, se queda quieto y planta los dos pies con fuerza en el suelo, como un buey cuando se resiste al yugo.

–¿Cuánto? –pregunta.

El hombre elegante se ríe y contesta:

–Qué listo eres, muchacho. Nada de dinero. Os llevamos a la ciudad. Podéis escribir vuestro nombre en un papel como los blancos y viajar en el camión grande y luego tendréis un buen trabajo.

El hombre se yergue y sonríe, y sus dientes blancos resplandecen. Desde luego, es un tipo muy elegante y el hambre de Jabavu es como una mano aferrada a su corazón y piensa que él también será así.

–Sí –contesta con ansiedad–. Puedo escribir mi nombre, sé leer y escribir; y también entiendo los dibujos.

–Muy bien –contesta el hombre elegante, riéndose todavía más –. Entonces eres un chico listo, muy listo. Y tendrás un trabajo para listos, escribirás en una oficina con buenos hombres blancos y mucho dinero... Diez libras al mes, ¡o tal vez quince!

A Jabavu se le oscurece la mente, cual si sus pensamientos huyeran como el agua. Tiene un brillo amarillento en la mirada. Se da cuenta de que acaba de dar otro paso adelante y el hombre elegante sostiene una hoja de papel toda cubierta de letras. Jabavu coge el papel e intenta distinguir las palabras. Conoce algunas; hay otras que no ha visto nunca. Se queda mucho rato mirando el papel.

El hombre elegante le dice:

–Bueno, chico listo, no quieras entenderlo todo de golpe. El camión espera. Pon una cruz al pie del papel y súbete corriendo.

Jabavu contesta con resentimiento:

–Soy capaz de escribir mi nombre como un blanco, no necesito poner una cruz. Mi hermano pondrá una cruz y yo escribiré mi nombre, Jabavu.

Se arrodilla, apoya el papel en una piedra y coge el trocito de lápiz que le da el hombre elegante y luego piensa dónde va a poner la primer letra de su nombre. Entonces oye al hombre:

–Tu hermano no tiene suficiente fuerza para este trabajo.

Jabavu se da la vuelta, ve que Pavu tiene la cara amarilla de miedo, pero además está muy enfadado. Está mirando a Jabavu horrorizado. Deja el lápiz y piensa: «¿Cómo que no tiene fuerza suficiente? Muchos van al pueblo cuando todavía son niños, y sin embargo trabajan». Acude a su mente el recuerdo de que alguna vez le han contado que cuando reclutan para las minas sólo cogen a los hombres fuertes, de buenas espaldas. Él, Jabavu, tiene la fuerza de un toro joven, está orgulloso. Sí, irá a las minas, por qué no. Pero, entonces, ¿va a dejar a su hermano? Alza la cabeza para mirar al hombre elegante, que está impaciente y no lo esconde, mira también a los negros que van en la trasera del camión. Ve que uno de ellos menea la cabeza, como si le advirtiera. En cambio, hay otros que se ríen. A Jabavu le parece una risa cruel y se levanta de repente, devuelve el papel al hombre elegante y dice:

–Mi hermano y yo viajamos juntos. Además, ha intentado engañarme. ¿Por qué no me ha dicho que este camión iba a las minas?

Ahora el hombre elegante está muy enfadado. Esconde la dentadura blanca en la boca cerrada. Sus ojos brillan.

–Negro ignorante –le dice–. Me haces perder el tiempo. A mí y a mis jefes. ¡Te enviaré a la policía!

Da una zancada hacia delante y levanta los puños. Jabavu y su hermano se dan la vuelta como si sus cuatro piernas formaran un solo cuerpo y salen corriendo hacia los árboles. Mientras huyen escuchan las carcajadas de los hombres del camión y ven que el hombre elegante vuelve a la cabina. Está muy enfadado. Los dos hermanos ven que los hombres se ríen de él, no de ellos, y se agachan entre la maleza, bien escondidos, pensando en el significado de todo eso.

Cuando el camión desaparece entre el polvo, Jabavu dice:

–Nos ha llamado negros, y eso que su piel tiene el mismo color que la nuestra. No es fácil de entender.

Pavu habla por primera vez:

–Dice que no tengo suficiente fuerza para ese trabajo. –Jabavu lo mira sorprendido. Nota que su hermano está ofendido–. Según el Comisario para los Nativos, tengo quince años. Y ya llevo cinco trabajando para mi padre. Y este hombre va y dice que no tengo fuerza.

Jabavu ve que la rabia y el miedo pelean dentro de su hermano, y no parece claro cuál de los dos va a ganar. Le dice:

–Hermano, ¿has entendido que este camión recluta gente para las minas de Johannesburgo?

Pavu guarda silencio. Sí, lo ha entendido, pero su orgullo habla tan alto que ninguna otra voz puede oírse. Jabavu decide no decir nada. Sus propios pensamientos corren demasiado. Primero piensa: «Qué tipo tan elegante, con su buena ropa blanca». Luego: «¿Tan loco estoy que pensaba ir a las minas? Vamos a una ciudad dura y peligrosa, pero pequeña en comparación con Johannesburgo, o al menos eso cuentan los viajeros. Y ahora mi hermano, que tiene corazón de gallina, tiene el orgullo tan herido que está dispuesto a ir no sólo a la ciudad pequeña sino incluso a Johannesburgo».

Los hermanos caminan juntos por la maleza, aunque la carretera está vacía. Les cae el sol encima y sus estómagos empiezan a hablar de hambre. Abren los paquetes que les ha preparado su madre y encuentran unas tortas de maíz, pequeñas y planas, cocinadas en las ascuas. Se las comen y eso apenas acalla a medias sus tripas. Les falta mucho para llegar a la ciudad y a conseguir algo de comida, y sin embargo permanecen en la seguridad de los matorrales. Avanzan despacio y cada vez que pasa un camión vuelven la cara mientras caminan entre la hierba de la cuneta. La vuelven con tal firmeza que se llevan una sorpresa al darse cuenta de que se ha parado otro camión, y miran con cautela para ver a otro tipo elegante que les sonríe:

–¿Queréis un buen trabajo? –les dice con una sonrisa educada.

–No queremos ir a las minas –contesta Jabavu.

–¿Quién habla de minas? –se ríe el hombre–. Trabajo en una oficina, por siete libras al mes, a lo mejor diez, quién sabe.

No es una risa muy fiable. Jabavu aparta la mirada de las buenas botas negras que lleva el dandi y está a punto de decir que no cuando Pavu pregunta de repente:

–¿Y también hay trabajo para mí?

El hombre duda, tanto tiempo que podría haber dicho que sí varias veces. Jabavu ve la fuerza del orgullo en la cara de Pavu. Entonces el hombre contesta:

–Sí, sí, también hay trabajo para ti. Con el tiempo crecerás y serás tan fuerte como tu hermano.

Está mirando los fuertes hombros de Jabavu, y sus gruesas piernas. Saca un papel y se lo pasa al hermano, no a él. Y Pavu se avergüenza porque nunca ha cogido un lápiz y el papel le parece ligero y difícil de coger, así que lo agarra entre los dedos, como si se pudiera volar. Jabavu está rojo de rabia. Tendría que habérselo propuesto a él; es el mayor, el líder, y sabe escribir.

–¿Qué pone en ese papel? –pregunta.

–En ese papel está escrito el trabajo –contesta el hombre, sin darle importancia.

–Antes de poner nuestros nombres en el papel vamos a ver qué trabajo es –dice Jabavu.

El hombre le clava la mirada y dice:

–Tu hermano ya ha puesto su cruz, así que pon tu nombre también. Si no, tendréis que separaros.

Jabavu mira a Pavu, que exhibe una sonrisa a medio camino entre el orgullo y el mareo, y le dice en voz baja:

–Eso ha sido una estupidez, hermano. Los blancos hacen cosas importantes con esas cruces.

Pavu mira asustado al papel en que ha puesto su cruz y el tipo elegante patalea de risa y dice:

–Es verdad. Al firmar este papel has aceptado trabajar en las minas durante dos años. Si no lo haces, rompes un contrato y vas a la cárcel. Y ahora –se dirige a Jabavu– firma tú también, porque como tu hermano ha firmado nos lo llevamos al camión.

Jabavu ve que la mano del hombre elegante se dispone a coger a Pavu por el hombro. Con un solo movimiento da un cabezazo al tipo en el estómago y empuja a Pavu, y luego salen los dos corriendo. Corren a saltos entre la maleza y no paran hasta llegar muy lejos. Sus vistazos de miedo hacia atrás confirman que el hombre elegante no intenta perseguirlos, pero se los queda mirando: al perder el aire en la tripa se le ha oscurecido la mirada. Al cabo de un rato, oyen gruñir al camión, después retumba y luego se va por la carretera, dejando el silencio tras su paso.

Tras mucho pensar, Jabavu dice:

–Es verdad que cuando nuestra gente se va a la ciudad cambia tanto que su familia no la reconocería. Ese hombre que nos ha mentado tanto, ¿hubiera sido tan malo en su pueblo? –Pavu no contesta y Jabavu sigue pensando hasta que le entra la risa–: Sin embargo, ¡hemos sido más listos que él! –dice.

Recuerda el cabezazo que le ha dado en la tripa al hombre elegante y rueda por el suelo, muerto de risa. Luego se sienta porque Pavu no se ríe y tiene en una mirada que Jabavu conoce bien. Pavu tiene tanto miedo todavía que le tiembla todo el cuerpo y vuelve el rostro para que Jabavu no se dé cuenta. Jabavu le habla con ternura, como hablaría un joven a una chica. Pero Pavu no puede más. Le ha entrado en la mente la idea de volver al pueblo y Jabavu lo sabe. Suplica hasta que la oscuridad empieza a filtrarse entre los árboles y se ven obligados a buscar dónde dormir. No conocen esa parte del país, están a más de seis horas de camino de casa. No les gusta dormir a campo abierto, donde podría verse la luz de su fuego, pero encuentran unas rocas con una hendidura en la que encienden una fogata y la alimentan como hicieron sus padres antes que ellos, y se tumban a dormir con frío en las piernas y los hombros desnudos, con mucha hambre, sin la perspectiva de encontrar al despertarse un porridge rico y caliente. Jabavu se duerme pensando que cuando se despierten por la mañana y el sol se cuele amable entre los árboles, Pavu habrá recuperado el valor y se habrá olvidado del reclutador. Sin embargo, al despertarse, Jabavu está solo. Pavu ha huido muy pronto, nada más aparecer la luz, tan temeroso de la lengua lista del Bocazas como de los reclutadores. A esas alturas ya habrá recorrido la mitad del camino de vuelta. Jabavu está tan enfadado que se agota de bailar y gritar, hasta que al final se calma y se pregunta si debe echar a correr detrás de su hermano o darse la vuelta y seguir su camino. Luego se dice que es demasiado tarde y que al fin y al cabo Pavu no es más que un chiquillo y no le sirve de nada a un hombre valiente como él. Durante un rato piensa que también va a volver a casa porque le da mucho miedo llegar solo a la ciudad. Luego decide irse de inmediato: él, Jabavu, no tiene miedo a nada.

Sin embargo no es tan fácil abandonar el refugio de los árboles y tomar la carretera. Se queda allí, reuniendo valor, diciéndose a sí mismo que el día anterior fue más listo que los reclutadores, cuando los demás no suelen serlo. «Soy Jabavu –dice–. Soy Jabavu, demasiado listo para los trucos de los blancos malos y los negros malos.» Se golpea el pecho. Baila un poco, patalea entre las hojas y la hierba hasta que se levantan en un remolino. «Soy Jabavu, el Bocazas...» Sus palabras se convierten en una canción.

Aquí está Jabavu.

Aquí está el Bocazas de las verdades inteligentes.

Voy a la ciudad,

a la ciudad grande del hombre blanco.

Camino solo, ¡hau!, ¡hau!

No me dan miedo los reclutadores,

no me fío ni de mi hermano.

Soy Jabavu, el que camina solo.

Después abandona la maleza y la hierba, toma la carretera y, cuando oye pasar un camión, sale corriendo hacia los árboles y espera hasta que haya pasado.

Como tiene que esconderse tan a menudo, avanza muy despacio y cuando el sol empieza a enrojecer para el ocaso aún no ha llegado a la ciudad. ¿Se habrá equivocado de carretera? No se atreve a preguntar. Si pasa alguien a su lado y lo saluda, él guarda silencio por temor a las trampas. Es tanta su hambre que ya no merece ese nombre. Su estómago se ha cansado de hablarle del vacío y se ha vuelto hosco y silencioso, mientras que sus piernas tiemblan como si se hubieran ablandado los huesos y la cabeza le parece grande y ligera como si tuviera viento por dentro. Se arrastra por la maleza para buscar raíces y hojas, las mordisquea mientras su estómago le dice: «¡Eh, Jabavu! ¿Así que me das hojas después de un largo ayuno?». Luego se acucilla debajo de un árbol, con la cabeza gacha, las manos caídas y quietas, y por primera vez le vuelve a nacer el miedo a lo que encontrará en la gran ciudad, lo atraviesa una y otra vez como una lanza y desea no haber salido de casa. Cae el crepúsculo, los árboles se alzan primero gigantescos y negros, después se funden con la oscuridad general y Jabavu ve el resplandor de un fuego bastante cercano. La cautela paraliza sus piernas. Luego consigue ponerse en pie y camina hacia el fuego con mucho cuidado, como si estuviera acechando a una liebre. Desde una distancia segura, se agacha para mirar hacia el fuego entre la maleza. Hay tres personas, dos hombres y una mujer, sentadas junto al fuego, y están comiendo. A Jabavu se le hace la boca agua, como si fuera un depósito bajo la lluvia. Escupe. El corazón lo llama a martillazos. No te fíes de nadie, no te fíes de nadie. Luego el hambre abre sus fauces por dentro y Jabavu piensa: «Entre nosotros el viajero siempre ha podido pedir hospitalidad junto a un fuego. No puede ser que todo el mundo se haya vuelto frío y hostil». Da un paso adelante, empujado por el hambre, frenado por el miedo. Cuando lo ven las tres personas, se ponen rígidos, lo miran fijamente, hablan entre ellos, y Jabavu se da cuenta de que temen que les desee algún mal. Miran sus pantalones rasgados, que ya no le aprietan tanto, y luego lo saludan con amabilidad, como la gente de los pueblos. Jabavu devuelve el saludo y suplica:

—Hermanos, tengo mucha hambre.

La mujer le aparta en seguida unos panes blancos y lisos y algo de una sustancia amarillenta que Jabavu devora como si fuera un perro hambriento. Tras acallar el hambre pregunta qué ha comido y le dicen que es comida de la ciudad, ha comido pescado y bollos. Jabavu los mira y ve que van bien vestidos, llevan zapatos —incluso la mujer—, camisas en buen estado y pantalones, y ella tiene un vestido rojo y una gorra amarilla de punto en la cabeza. Por un momento regresa el miedo: son gente de la ciudad, ¿quizás maleantes? Tensa la musculatura, los fulmina con la mirada, pero ellos le hablan, se ríen, le dicen que son gente respetable. Jabavu guarda silencio mientras se pregunta por qué viajarán a pie como los de los pueblos en vez de ir en tren o en camión, como suelen hacer los de la ciudad. Además, le preocupa que hayan entendido tan rápido lo que estaba pensando. Pero su orgullo se calma cuando le dicen:

—Cuando los de pueblo llegan a la ciudad siempre creen que todos somos maleantes. Es más sabio eso que fiarse de todo el mundo. Haces bien en tener cuidado.

Guardan las sobras de comida en una caja cuadrada y marrón que tiene un cierre metálico. A Jabavu le fascina ver cómo funciona, pide al hombre que le deje accionar el cierre y ellos sonríen y le dan permiso. Luego echan más leña al fuego y hablan tranquilos mientras Jabavu escucha. Sólo entiende a medias lo que dicen. Hablan de la ciudad y del hombre blanco y no lo hacen como la gente de los pueblos, con voces tristes, admirativas, temerosas. Tampoco hablan de la ciudad como la considera Jabavu, un camino excitante hacia un nuevo mundo en el que todo es posible. No, miden sus palabras y hablan con una cierta amargura que molesta a Jabavu, pues le están diciendo: «Qué tonto eres, con tus grandes esperanzas y tus sueños».

Entiende que la mujer es esposa de uno de ellos, el señor Samu, y hermana del otro. Nunca ha conocido a una mujer igual, ni ha oído hablar de algo así. Cuando intenta concretar en qué es diferente, no lo consigue por su falta de experiencia. Lleva ropa elegante pero no es coqueta como se dice que lo son todas las mujeres de las ciudades. Es joven y se acaba de casar, pero habla con seriedad como si lo que dice tuviera la misma importancia que lo que dicen los hombres, y además no usa las mismas palabras que su madre: «Sí, marido mío, es verdad, marido mío, no, marido

mío». Trabaja de enfermera en el hospital de mujeres de la ciudad y Jabavu abre bien los ojos cuando se entera. ¡Tiene estudios! ¡Sabe leer y escribir! El señor Samu y el otro también tienen estudios. Saben leer, no sólo palabras como sí, no, bien, mal, negro y blanco, sino también palabras largas como regulación y documento. Mientras hablan, se llenan la boca con palabras como ésas y Jabavu decide que les va a preguntar qué significan las palabras de los papeles que lleva en el fardo, marcadas con carboncillo. Pero le da vergüenza preguntar y sigue escuchando. El que más habla es el señor Samu, pero es todo tan difícil que a Jabavu se le espesa la mente y se dedica a toquetear los bordes del fuego con una ramita verde mientras escucha el chisporroteo de la savia y ve cómo se elevan las chispas hacia la oscuridad. Arriba, las estrellas brillan quietas. Adormecido, Jabavu piensa que tal vez las estrellas sean chispas de todos los fuegos de la gente... Chispas que se elevan hasta llegar al cielo y luego tienen que quedarse allí como moscas en busca de una salida.

Se mueve y titubea:

–Señor, me puede explicar...

Ha sacado del bolsillo el trozo de papel plegado y manchado y, de rodillas, lo extiende ante el señor Samu, que ha dejado de hablar, quizás algo molesto por esa interrupción tan irreverente.

Lee las palabras difíciles. Mira a Jabavu. Luego, antes de explicarle nada, hace algunas preguntas. ¿Cómo aprendió a leer? ¿Lo hizo sólo? ¿Sí? ¿Para qué quería leer y escribir? ¿Qué opina de lo que lee? Jabavu contesta con torpeza, temeroso de que esa gente tan lista se ría de él. No se ríen. Descansan apoyados en un codo y lo miran con ojos amables. Les habla del alfabeto partido, de cómo lo terminó él solo, cómo aprendió las palabras que explicaban los dibujos y luego las palabras sueltas. Mientras habla, su lengua pasa al inglés, por puro contagio de lo que está diciendo, y les cuenta las horas, semanas, meses y años que ha pasado bajo el árbol grande, enseñándose a sí mismo, preguntándose cosas y respondiéndolas.

Las tres personas inteligentes se miran y sus ojos dicen algo que Jabavu tarda en entender. Entonces la señora Samu se inclina hacia delante y le explica lo que significan esas frases tan difíciles con mucha paciencia, con palabras sencillas, y también le cuenta cómo son los periódicos, unos para los blancos, otros para los negros. Le cuenta la historia de los hombrecitos amarillos y le explica que es perversa... Y a Jabavu le parece que aprende más en unos minutos de esa mujer que en toda su vida. Quiere decirle: «Espere. Déjeme pensar todo lo que ha dicho, si no lo olvidaré». Pero ahora los interrumpe el señor Samu, quien también se inclina hacia delante para hablar con Jabavu. Al cabo de un rato a Jabavu le parece que el señor Samu no lo ve sólo a él, sino a mucha más gente: su voz es cada vez más alta y fuerte y sus frases suben y bajan como si ya hubieran existido mucho antes exactamente de la misma manera. Esa sensación es tan fuerte que Jabavu mira hacia atrás, pero no, no hay más que oscuridad y árboles que reflejan un leve brillo de las estrellas en sus hojas.

–Es una época triste y terrible para la gente de África –dice el señor Samu–. El hombre blanco se ha instalado en África como una langosta y, como las langostas al amanecer, no puede levantar el vuelo por el peso del rocío en sus alas. Pero el rocío que tanto pesa al hombre blanco es el dinero que gana con nuestro trabajo. Los blancos pueden ser tontos o listos, valientes o cobardes, amables o crueles, pero todos, todos, dicen lo mismo aunque lo digan de maneras distintas. Dicen que el hombre negro ha sido escogido por Dios para sacar agua del pozo y partir leña hasta el fin de los tiempos; pueden decir que el blanco protege al negro de su propia ignorancia hasta que la supere; doscientos años, quinientos o mil... Sólo se le concederá la libertad cuando aprenda a sostenerse sobre las piernas como un niño que suelta las faldas de su madre. Pero digan lo que digan, todos hacen lo mismo. Nos llevan a todos, hombres y mujeres, a sus casas para cocinar, limpiar y cuidar de sus hijos; a las fábricas, a las minas; viven de nuestro trabajo y sin embargo, cada día, cada hora de cada día, nos insultan, nos llaman cerdos y negritos y críos, vagos, estúpidos, ignorantes. Tienen tantos nombres feos para llamarnos como hojas hay en ese árbol, y cada día los blancos son más ricos y los negros más pobres. Ciertamente, es un tiempo maldito y muchos de los nuestros se vuelven malvados, aprenden a robar y matar, aprenden a odiar con facilidad, se convierten en esos cerdos que los blancos los acusan de ser. Y sin embargo, aunque es una época terrible, deberíamos estar orgullosos de vivir ahora, pues nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, mirarán hacia atrás y

dirán: «Si no llega a ser por ellos, por los que vivieron en la época terrible y sobrevivieron con coraje y sabiduría, nosotros viviríamos como esclavos. Somos libres gracias a ellos».

Jabavu ha entendido muy bien la primera parte del discurso, porque ya la había oído con frecuencia. Su padre habla igual, y también los viajeros que llegan de la ciudad. Él nació con esas palabras en los oídos. Pero ahora se vuelve más difícil. La voz del señor Samu continúa en un tono distinto mientras alza y baja la mano y dice palabras como: sindicato, organización, política, comité, reacción, progreso, sociedad, paciencia, educación. Cada vez que una de esas palabras nuevas y pesadas entra en la mente de Jabavu, él la coge, la aferra, la examina, trata de entenderla, pero a esas alturas ya ha pasado por sus oídos otra docena y Jabavu está perdido y abrumado. Aturdido, mira al señor Samu, quien sigue inclinado hacia delante, bajando y subiendo la mano, con la mirada intensa y concentrada en la suya, y le parece que esos ojos se sumergen en su interior en busca de sus pensamientos más íntimos. Desvía la mirada, pues desea conservarlos en secreto. «En la aldea siempre tenía hambre, siempre esperaba el momento de alcanzar la plenitud de la ciudad de los blancos. Toda la vida, mi cuerpo ha hablado con las voces del hambre: quiero, quiero, quiero. Quiero diversión y ropa y comida; como el pescado y los bollos que he comido esta noche; quiero una bicicleta y quiero a las mujeres de la ciudad; quiero, quiero... Y si escucho a esta gente inteligente, mi vida quedará ligada de inmediato a la suya y no consistirá en bailes, música y comida, sino en trabajo, trabajo, trabajo y problemas, peligro, miedo.» Porque Jabavu acaba de entender que esta gente viaja así, de noche, a pie por el monte, porque van a otra ciudad con sus libros, que hablan de cosas como comités y organización, y a la policía no le gustan esos libros.

Esta gente lista, gente rica, gente buena, con ropa para vestirse y buena comida en la tripa, viaja a pie como los nativos de los pueblos. El hambre de Jabavu se alza y dice en voz alta: «No, no para Jabavu».

El señor Samu se fija en su cara y se calla. La señora Samu dice con amabilidad:

–Mi marido está tan acostumbrado a soltar discursos que no es capaz de parar.

Se ríen los tres y Jabavu se ríe con ellos. Luego el señor Samu dice que es muy tarde y que han de dormir. Pero antes escribe algo en un papel, se lo da a Jabavu y le dice:

–Ahí te he apuntado el nombre de un amigo mío, el señor Mizi, que te ayudará cuando llegues a la ciudad. Le impresionará mucho si le dices que aprendiste a leer y escribir tú solo en la aldea.

Jabavu le da las gracias y guarda el papel en el fardo. Se tumban todos a dormir junto al fuego. Los otros tienen mantas. Jabavu tiene frío y se le contrae la piel del pecho y de la espalda de tanto temblar. Parece que hasta los huesos le tiemblan. Los párpados, cargados de sueño, se abren de golpe para protestar por el frío. Echa más leña al fuego y luego mira hacia el bulto de la mujer, arrebujada bajo la manta. De pronto la desea. Qué mujer tan tonta, piensa. Necesita un hombre como yo, en vez de uno que no hace más que hablar. Pero no se cree lo que acaba de pensar y cuando la mujer se mueve él desvía la mirada deprisa para que no se lo note y se enfade. Mira la maleta oscura que hay al otro lado del fuego, encima de la hierba. El cierre metálico brilla y destella bajo la temblorosa luz roja. Deslumbra a Jabavu. Se le cierran los párpados. Está dormido. Sueña.

Jabavu es un policía y lleva un uniforme bonito con botones de latón. Camina por la carretera con un látigo en la mano. Ve a esos tres por delante; la mujer lleva la maleta. Corre tras ellos, atrapa a la mujer por un hombro y le dice:

–Así que has robado esta maleta. Ábrela, a ver qué hay dentro.

Ella tiene mucho miedo. Los otros dos se han escapado. Abre la maleta. Dentro hay bollos, pescado y un libro grande y negro con el nombre Jabavu. Jabavu dice:

–Has robado mi libro. Eres una ladrona.

La lleva al Comisario para los Nativos, que la castiga.

Jabavu se despierta. El fuego está casi apagado, un montón gris bajo el cual queda un brillo rojizo. El cierre de la maleta ya no destella. Jabavu se arrastra boca abajo entre la hierba hasta la maleta. Apoya una mano encima y mira alrededor. Nadie se ha movido. La coge, se levanta sin hacer ruido y echa a andar hacia la oscuridad por el sendero. Luego se pone a correr. Pero no llega muy lejos. Se detiene porque es muy oscuro y a Jabavu le da miedo la oscuridad. De pronto, se pregunta: «Jabavu, ¿por qué has robado esta maleta? Son buena gente que sólo quieren ayudarte y

te dieron de comer cuando estabas muerto de hambre». Pero su mano se aferra a la maleta, como si hablara otro lenguaje. Permanece inmóvil en la oscuridad; su cuerpo entero proclama el deseo de poseer la maleta, mientras unos pensamientos pequeños y asustados se cuelan en su mente. Faltan cuatro o cinco horas para que salga el sol, y va a pasar todo ese tiempo solo en el monte. Tiembla de miedo. Pronto, su cuerpo se retuerce de frío y miedo. Quisiera seguir tumbado junto al fuego, no haber tocado la maleta. Arrodillado en la oscuridad, con las rodillas doloridas por la aspereza de la hierba, abre la maleta y tantea en su interior. Hay bultos húmedos y suaves de comida, y libros de tacto duro. Es demasiado oscuro para ver nada, sólo puede tocar. Pasa mucho tiempo allí, arrodillado. Luego cierra la maleta y vuelve con sigilo hasta que alcanza a ver el débil fulgor del fuego y los tres cuerpos, aún inmóviles. Se desplaza como un felino sobre el suelo, suelta la maleta donde estaba y luego se tumba. «Jabavu no es un ladrón –dice con orgullo–. Jabavu es un buen chico.» Duerme y sueña, pero no sabe lo que sueña, y se despierta de repente, atento, como si hubiera algún enemigo en la cercanía. Una luz gris se abre camino entre los árboles y muestra el montón de cenizas grises junto a los tres durmientes. A Jabavu le duele el cuerpo de frío y tiene la piel áspera, como si fuera de tierra. Se levanta despacio, permanece quieto un momento en la postura del corredor a punto de dar la primera gran zancada. Ahora, su hambre le dice: «Vete de aquí, Jabavu, rápido, antes de convertirte en uno de éstos y vivir siempre atemorizado de la policía». Se va saltando entre la maleza con grandes saltos voladores y el rocío lo empapa de frío. Corre hasta que llega a la carretera, desierta por lo temprano de la hora. Luego, cuando pasan los primeros coches y camiones, mucho más tarde, se aparta un poco hacia la maleza, al lado de la carretera, para viajar sin que lo vean. Hoy llegará a la ciudad. La busca cada vez que remonta una cuesta: sin duda está a punto de aparecer. ¡Un brillante sueño de riqueza al otro lado de la colina! A media mañana ve una casa. Luego otra. Las casas continúan, desparramadas a distancias cortas, durante media hora de camino. Luego asciende una cuesta y al bajar por el otro lado ve... Pero Jabavu se queda quieto y se le abre la boca.

Ah, qué bonita, qué bonita es la ciudad del hombre blanco. Mira qué formas trazan las casas, esas suaves calles grises que dibujan trazos entre ellas como las marcas que dejaría un dedo inteligente. Mira cómo se alzan las casas, blancas o de colores; el sol les cae de un modo que resplandecen. Y mira qué grandes son, caramba, la casa del griego, comparada con éstas, es una perrera. Estas se levantan como si fueran tres o cuatro, una encima de otra, todas rodeadas de jardines con flores rojas, violetas y doradas, y en los jardines hay cintas de agua que brillan en la oscuridad, y en el agua flotan flores. Y mira cómo se extiende la ciudad por el valle, ¡Incluso sube por el otro lado! Jabavu sigue andando, sus pies se suceden sin ayuda de los ojos de tal modo que va trazando curvas aquí y allá hasta que el frenazo de un coche le advierte y de nuevo salta a un lado y se queda mirando, sólo que ya no hay polvo, sólo un asfalto suave y caliente. Camina despacio, cuesta abajo, sube por el otro lado y llega a la parte superior de la siguiente cuesta y se queda parado allí un buen rato. Porque las casas continúan hasta donde le alcanza la vista y se extienden a sus dos lados. No se terminan nunca. Tiene una nueva sensación. No dice que tiene miedo, pero siente el estómago frío y pesado. Piensa en el pueblo y Jabavu, que lleva tantos años anhelando este momento, convencido de que no tenía nada que hacer en el pueblo, oye cómo le habla la voz de la aldea: Jabavu, Jabavu, yo te hice, me perteneces, ¿qué vas a hacer en esta ciudad, que parece más grande que cualquier otra? Porque ya se ha olvidado de que esa ciudad no es nada en comparación con Johannesburgo, o con otras ciudades del sur; más bien, no se atreve a recordarlo de tanto miedo que le da.

Ahora las casas son distintas; algunas son grandes, otras endeblas como la del griego. Habrá distintas clases de hombres blancos, dice lentamente la mente de Jabavu, pero es una idea demasiado complicada para absorberla de golpe. Hasta entonces, siempre ha pensado en todos ellos con la misma riqueza, poder e inteligencia.

Jabavu dice a sus pies: caminad, caminad. Pero sus pies no le obedecen. Se queda parado mientras recorre con los ojos las calles de casas; son ojos de niño pequeño. Entonces le llega un chirrido, el caucho de unas ruedas al frenar, y se planta a su lado un policía africano en bicicleta. El

policía apoya un pie en el suelo y mira a Jabavu. Mira sus pantalones, viejos y rotos, y ve su cara de desdicha. Amable, le dice:

–¿Te has perdido? –Habla en inglés.

Al principio Jabavu dice que no porque en ese momento admitir que no sabe algo es contradictorio con sus intereses. Luego, hosco, afirma:

–Sí, no sé adónde ir.

–¿Buscas trabajo?

–Sí, hijo del gobierno. Busco trabajo.

Habla en su propio idioma. El policía, que es de otro distrito, no le entiende, y Jabavu vuelve a hablar en inglés.

–Entonces tienes que ir a la oficina de licencias y pedir una licencia para buscar trabajo.

–¿Y dónde está esa oficina?

El policía se baja de la bicicleta y, tomando a Jabavu del brazo, le habla mucho rato seguido:

–Has de seguir recto más de medio kilómetro, y luego tuerces a la izquierda donde se juntan las cinco carreteras y después vuelves a torcer y sigues recto y...

Jabavu escucha y asiente y dice que sí y que gracias y el policía se aleja con su bicicleta y Jabavu se queda desamparado, porque no ha entendido nada. Entonces echa a andar y no sabe si sus piernas tiemblan de hambre o de frío. Al encontrarse al policía el sol le caía en la espalda y cuando sus piernas deciden dejar de caminar por voluntad propia, por debilidad, le cae el sol en la cabeza. Lo rodean casas por todas partes, mujeres blancas sentadas en los porches con sus hijos, hombres blancos que trabajan en los jardines, y ve más gente en las aceras, gente que habla y ríe. A veces entiende lo que dicen, a veces no. Porque en esa ciudad hay gente de Nyasaland y de Rodhesia del norte y de la tierra de los portugueses, y no entiende ni una palabra de lo que hablan y les tiene miedo. Pero al oír su propia lengua sabe que la gente señala sus pantalones rotos y su fardo, y se ríen y dicen: «Mira, un muchacho recién llegado de la aldea».

Se queda parado en un cruce, mirando a uno y otro lado. No tiene ni idea de adonde le ha dicho que fuera el policía. Camina un poco más hasta que ve una bicicleta apoyada en un árbol. En la parte trasera hay una cesta, llena de barras de pan y bollos como los que comió la noche anterior. Los mira y se le hace la boca agua. De pronto su mano se estira y coge un bollo. Mira alrededor. Nadie lo ha visto. Se echa el bollo al bolsillo y sigue andando. Tras dejar atrás la calle, saca el bollo y sigue andando mientras se lo come. Pero al terminar, parece que su estómago le diga: «¿Qué? ¿Sólo un bollo después de pasar toda la mañana vacío? ¡Para eso es mejor que no me des nada!».

Jabavu sigue andando, buscando otra cesta en alguna bicicleta. Varias veces tuerce en una esquina para tomar una calle que se parece a la anterior pero no es la misma. Pasa mucho rato antes de saber qué quiere. Y ahora no es tan fácil como antes. Antes tu mano se ha movido sola y ha cogido el bollo, mientras que ahora la mente le está avisando: «Ten cuidado, Jabavu, ten cuidado». Está cerca de la cesta, mirando a su alrededor, cuando una blanca le grita desde su jardín, por encima del seto, y Jabavu corre hasta llegar a otra calle y dar la vuelta a la esquina. Allí se apoya en un árbol, temblando. Es una calle estrecha, llena de árboles, tranquila y sombreada. Entonces sale una niñera de una casa con los brazos llenos de ropa y se pone a tenderla. Mira a Jabavu por encima del seto.

–Hola, muchacho del pueblo, ¿qué quieres? –le grita, y se ríe–. ¡Mira, un tontorrón de pueblo!

–No soy de ningún pueblo –contesta él, enfurruñado.

–Mira qué pantalones –dice ella–. Uy, lo que se ve por ahí...

Y se mete en la casa, con gestos burlones. Jabavu se queda apoyado en el árbol, mirándose los pantalones. Es verdad que están a punto de caérsele. Pero todavía son decentes.

No hay nada que ver. Las calles están vacías. Jabavu mira la ropa tendida. Hay mucha: vestidos, camisas, pantalones, camisetas. Piensa: «Esa chica era muy descarada». Le sorprende lo que le ha dicho. Vuelve a pegar los brazos a las caderas, encorvado, para tapar los pantalones. Tiene la mirada fija en la ropa. Jabavu acaba de saltar el seto y está tirando de unos pantalones. No consigue soltarlos de la cuerda, hay un gancho de madera que los sujeta. Estira, el gancho se suelta, coge los pantalones. Son cálidos y suaves, recién planchados. Tira de una camisa amarilla; la tela se desgarr

por el gancho, pero consigue soltarla y al instante salta el seto de nuevo y echa a correr. Dobla la esquina y mira hacia atrás: el jardín permanece vacío y en silencio, parece que nadie lo ha visto. Jabavu camina sobrio por la calle, tocando la cálida tela de los pantalones y la camisa. Le late el corazón, primero como un polluelo tambaleándose al salir del huevo, y luego con más fuerza, como un viento airado al golpear la pared. La violencia de su corazón agota a Jabavu y se apoya en un árbol para descansar. Pasa despacio un policía en bicicleta. Mira a Jabavu. Luego vuelve a mirar, da la vuelta y se detiene a su lado. Jabavu se lo queda mirando y no dice nada.

–¿De dónde has sacado esa ropa? –pregunta el policía.

La mente de Jabavu da vueltas y de su boca salen estas palabras:

–Se las llevo a mi amo.

El policía mira los pantalones rotos de Jabavu y su fardo.

–¿Dónde vive tu amo? –pregunta, astuto.

Jabavu señala hacia delante. El policía mira hacia donde ha señalado Jabavu y luego lo mira a la cara.

–¿Qué número tiene la casa de tu amo?

De nuevo la mente de Jabavu se apaga y recobra la vida.

–El número tres –dice.

–¿Y cómo se llama la calle?

Ahora no le sale nada por la boca. El policía está desmontando de la bicicleta para mirar los papeles de Jabavu, cuando de repente se produce una conmoción en la calle de donde acaba de huir. Se ha descubierto el robo. Suenan voces a gritos, agudas y estridentes; es la señora blanca, que le dice a la niñera que baya a buscar la ropa, la niñera llora, y se oye muchas veces la palabra «policía». El agente duda, mira a Jabavu, vuelve a mirar hacia la otra calle, y entonces Jabavu se acuerda del reclutador. Da un cabezazo en la tripa al policía, a éste se le cae encima la bicicleta y Jabavu corre hacia la acera, supera de un salto un cubo de basura, luego otro, atraviesa como una flecha un jardín vacío, luego otro que no está vacío, y la gente se levanta y se lo queda mirando, después sigue por otra acera y termina la carrera entre un cubo de basura y la pared de un retrete. Se quita los pantalones cortos deprisa y se pone los que ha robado. Son largos, grises, nunca ha visto una tela tan fina. Se pone la camisa amarilla pero le cuesta mucho porque nunca ha llevado camisa y se le enreda en los brazos hasta que descubre por qué agujero ha de meter la cabeza. Encaja la camisa, que le va pequeña, por debajo del pantalón, que le queda un poco largo, y piensa con tristeza en el agujero de la camisa, fruto de su ignorancia acerca de esos ganchitos de madera. Mete enseguida los pantalones cortos bajo la tapa de un cubo de basura y camina por la acera, con mucho cuidado de no correr, aunque sus pies se lo piden a gritos. Camina hasta dejar bien atrás esa parte de la ciudad y luego piensa: «Ahora estoy a salvo; hay tanta gente que nadie se va a fijar en mis pantalones grises y mi camisa amarilla». Se acuerda de cómo fijaba el policía la mirada en su fardo, se mete en los bolsillos el jabón y el peine, junto con los papeles, y esconde el trapo de envolver el fardo tras las ramas bajas de un seto. Ahora está pensando: «He llegado a la ciudad esta misma mañana y ya tengo unos pantalones grises, como los blancos, una camisa amarilla y me he comido un bollo. Aún no he gastado el chelín que me dio mi madre. ¡Es cierto que se puede vivir bien en la ciudad de los blancos!». Acaricia con cariño el tacto duro del chelín. En ese momento, sin que se le ocurra ninguna razón para entenderlo, le acude a la mente el recuerdo de los tres que conoció la noche anterior, y de pronto Jabavu murmura: «¡Maleantes! ¡Mala gente!». Malditos, diablos, jodidos. Porque esos son los insultos que conoce de los blancos y le parecen muy perversos. Los repite una y otra vez hasta que se siente como un hombre mayor, no como el chiquillo a quien su madre solía mirar para decirle con la pena en la voz: «Ah, Jabavu, mi Bocazas, qué diablo blanco se te habrá metido por dentro».

Jabavu se empuja a sí mismo con tal orgullo que cuando un policía lo para y le pide la licencia, sigue empujando y contesta altanero:

–Soy Jabavu.

–Así que eres Jabavu –dice el policía, plantándose ante él–. Muy bien, chico listo y bueno. ¿Y dónde está la licencia de Jabavu?

La locura del orgullo naufraga en su interior, y contesta con humildad:

–Aún no la tengo. He venido a buscar trabajo.

Pero el policía parece aún más suspicaz. Jabavu lleva ropa buena, aunque tiene un agujero en la camisa, y habla bien el inglés. Entonces, ¿cómo puede ser que acabe de llegar de la aldea? Así que mira la *situpa* de Jabavu, el papel que todo nativo africano debe llevar consigo, y lee: «Nativo Jabavu. Distrito tal y cual. Aldea no sé cuántos. Certificado de registro nº XO788910312». Lo copia en un librito, le devuelve su *situpa* y le dice:

–Te voy a explicar cómo se va a la oficina de licencias y si mañana a esta misma hora no tienes una licencia para buscar trabajo vas a tener problemas.

Se va.

Jabavu sigue las calles que le han explicado y pronto llega a una parte pobre de la ciudad, llena de casas parecidas a la del griego y de gente mulata, de quienes le habían hablado pero no los había visto nunca y a quienes en este país suelen llamar «gente de color». Luego llega a un edificio grande, la oficina de licencias, lleno de negros que esperan en largas colas que llegan a unas ventanas y puertas. Jabavu se coloca en una de esas filas, piensa que son como el ganado cuando espera para entrar en un charco, y se queda esperando. La fila avanza muy despacio. El hombre que tiene delante y la mujer que tiene detrás no entienden sus preguntas hasta que les habla en inglés, y entonces descubre que se ha equivocado de fila y ha de ir a otra. Entonces se acerca con educación a un policía que pasea por allí para asegurarse de que no haya problemas o peleas, le pide ayuda y lo sitúan en la cola adecuada. Ahora sigue esperando y como ha de estar de pie, sin moverse, tiene tiempo de oír la voz de su hambre, sobre todo del hambre de su estómago, y pronto le parece que la oscuridad y la luz se mueven por su cerebro como agua suelta y su estómago vuelve a decirle que desde que salió de casa, hace tres días, ha comido muy poco, y Jabavu intenta acallar el dolor de sus tripas y les dice pronto comeré, pronto comeré, pero la luz gira con violencia ante sus ojos hasta que se la traga una negrura pesada y nauseabunda y Jabavu descubre que está tumbado en el suelo, frío y duro, y que unas cuantas caras se inclinan hacia él, unas blancas y otras negras.

Se ha desmayado y lo han llevado al interior de la oficina de licencias. Las caras son amables, pero Jabavu está aterrado y se pone en pie a trompicones. Unos brazos lo sostienen y luego lo llevan a una habitación interior, donde tiene que esperar hasta que lo examine el doctor antes de recibir una licencia para buscar trabajo. Allí hay muchos más africanos, pero no tienen nada de ropa. Le dicen que se desnude y todo el mundo se vuelve para mirarlo, sorprendidos porque Jabavu pega los brazos al pecho para proteger su ropa, convencido de que se la van a quitar. Sus ojos bailan desesperados y le cuesta un rato entender y desnudarse y esperar, desnudo, en la misma cola que los demás. Tiene frío por culpa del hambre, aunque fuera el sol caliente como nunca. Uno tras otro, los africanos se acercan a que los examinen y el médico les pone una cosa larga y negra en el pecho y les toca el cuerpo. Todo el ser de Jabavu protesta a gritos, y son muchas voces. Una dice: «¿Acaso soy un buey, para que ese médico blanco me maneje de esa manera?». Otra dice con ansiedad: «Si no me hubieran dicho que la medicina de los blancos tiene muchas cosas raras y maravillosas, creería que ese tubo negro que usan para escuchar es cosa de brujería». Y la voz del estómago le dice una y otra vez, sin perder el ánimo, que tiene hambre y se va desmayar de nuevo, y bien pronto, si no llega la comida.

Por fin Jabavu llega al médico, que escucha los ruidos de su pecho, lo golpea con los dedos, le mira la garganta, los ojos, los sobacos y la entrepierna y hurga las partes secretas de su cuerpo de tal modo que la rabia murmura en su interior como un trueno. Siente ganas de matar al médico blanco por mirarlo y tocarlo de esa manera. Pero también hay en su interior una paciencia creciente, el primer regalo de la ciudad de los blancos a los hombres negros. La paciencia contra la rabia. Y cuando el doctor afirma que Jabavu es fuerte como un toro y puede trabajar, lo sueltan. El doctor también ha dicho que Jabavu tiene el bazo inflamado, o sea que ha tenido la malaria y la volverá a tener, es probable que tenga esquistomiasis y cabe la sospecha de un anquilostoma. Pero son malestares demasiado comunes para merecer un comentario y lo que busca el médico son enfermedades que se puedan contagiar a los blancos si va a trabajar en sus casas.

Entonces el doctor, mientras Jabavu se da la vuelta, le pregunta por esa oscuridad que lo ha invadido antes de caer y Jabavu le contesta simplemente que tiene hambre. En ese momento viene un policía y le pregunta por qué tiene hambre. Jabavu dice que no ha comido nada. Al final, el policía, impaciente, pregunta:

–Ya, ya, pero ¿no tienes dinero?

Porque, si no lo tiene, lo enviarán a un campo donde le van a dar de comer y refugio por una noche. Pero Jabavu contesta que sí, que tiene un chelín.

–Entonces, ¿por qué no compras comida?

–Porque he de conservar el chelín para comprar lo que necesito.

–¿Y no necesitas comida?

La gente se ríe al ver que un hombre que tiene un chelín en el bolsillo se permite caer desmayado de hambre, pero Jabavu guarda silencio.

–Ahora tienes que ir de aquí, comprar algo de comida y comértela. ¿Tienes dónde dormir esta noche?

–Sí –contesta Jabavu, que se temía esa pregunta.

Entonces el policía le da una licencia que le permite buscar trabajo durante dos semanas. Jabavu se ha vuelto a vestir y saca del bolsillo el rollo de papeles que incluye su *situpa* para juntarlos con la licencia nueva. Mientras los ordena se le cae un papelito al suelo. El policía se agacha enseguida, lo recoge y lo mira. «Mr Mizi, N° 33 Tree Road, Native Township.» El policía mira a Jabavu con cara de suspicacia.

–¿Así que el señor Mizi es amigo tuyo?

–No –contesta Jabavu.

–Entonces, ¿por qué tienes un papel con su nombre?

Jabavu tiene la lengua paralizada. Tras una nueva pregunta, contesta:

–No lo sé.

–O sea que no sabes por qué tienes ese papel. ¿No sabes nada del señor Mizi?

El policía sigue con sus preguntas sarcásticas y Jabavu baja la mirada y espera con paciencia a que acabe. El policía saca un librito, apunta una larga nota sobre Jabavu, le dice que lo mejor que puede hacer es irse al campo de los recién llegados. Jabavu vuelve a rechazarlo y repite que puede dormir con unos amigos. El policía le dice que sí, que ya se da cuenta de qué clase de amigos tiene, pero Jabavu no entiende el comentario y al final lo dejan salir.

Jabavu se aleja caminando de la oficina de licencias, muy contento por el nuevo documento que le permite quedarse en la ciudad. No sospecha que el primer policía que anotó su nombre lo pasará a la oficina que corresponda para advertir que Jabavu es probablemente un ladrón, ni que el policía de la oficina de licencias pasará su nombre y su número con el comentario de que es amigo del señor Mizi, peligroso agitador. Sí, Jabavu ya es muy conocido en la ciudad al cabo de medio día, y sin embargo mientras camina por la calle se siente tan solo y perdido como un becerro alejado de la manada. Se para en una esquina y se queda mirando la multitud de africanos que recorren la carretera que va al Distrito de los Nativos, a pie o en bicicleta, hablando, riéndose, cantando. Jabavu cree que irá a buscar al señor Mizi. Se suma a la muchedumbre y camina muy despacio porque hay muchas cosas nuevas por ver. Lo mira todo con fijeza, sobre todo a las chicas, que le parecen increíblemente hermosas con sus vestidos elegantes, y al cabo de un rato tiene la sensación de que una de ellas lo está mirando. Pero son tantas que no consigue concentrarse en ninguna en particular. De hecho, son muchas las que lo miran porque está muy guapo con su buena camisa amarilla y sus pantalones nuevos. Algunas incluso lo llaman, pero Jabavu no se cree que se dirijan a él y desvía la mirada.

Al cabo de un rato está seguro de que hay una chica que ha pasado a su lado, ha vuelto atrás y ahora camina de nuevo junto a él. Está seguro por el vestido. Es de un amarillo brillante y tiene grandes flores rojas. Mira a su alrededor y no ve ningún vestido igual, así que ha de ser la misma chica. Ella pasea a su lado por tercera vez, muy cerca, y Jabavu ve que lleva unos zapatos elegantes de color verde y una gorra de punto de lana rosa, y además lleva bolso como las blancas. Se siente tímido mirando a esa mujer tan elegante, pero ella le lanza unas miradas inconfundibles.

Desconfiado, Jabavu se pregunta: «¿Debo hablar con ella? Como todo el mundo dice que estas chicas de la ciudad son impúdicas, será mejor que espere hasta entender cómo debo comportarme con ella. ¿Sonríe para que se acerque?». Pero no le sube la sonrisa a la cara. «¿Le gusto?» A Jabavu le crece el hambre y se le oscurece la mirada. «Querrá dinero, y sólo tengo un penique.»

Ahora la chica camina a su lado, apenas un brazo de distancia. Con voz suave, le pregunta:

–¿Te gusto, guapito?

Lo ha dicho en inglés. Él contesta:

–Sí, mucho me gustas.

–Entonces, ¿por qué frunces el ceño y pareces tan enfadado?

–No es verdad –responde Jabavu.

–¿Dónde vives?

Está tan cerca que él nota el tacto del vestido.

–No lo sé –contesta, abrumado.

Ella se ríe sin parar y pone los ojos en blanco.

–Eres un tipo listo y divertido, sí, señor.

Y sigue soltando una risa seca y fuerte que sorprende a Jabavu, porque no parece una risa.

–¿Dónde puedo encontrar un sitio para dormir? No quiero ir al campo del Comisario para los Nativos –explica, interrumpiendo sus risas.

Ella se para y lo mira con cara de auténtica sorpresa.

–¿Eres del campo? –pregunta tras un largo silencio, mirándole la ropa.

–He llegado hoy de mi pueblo. Tengo licencia para buscar trabajo, tengo mucha hambre y no conozco nada –dice.

Baja la voz con tono humilde, y le molesta hacerlo porque quisiera comportarse con esa chica como un hombretón y está hablando como un crío. La rabia contra sí mismo se agita levemente en su interior y luego se acalla: tiene demasiada hambre y está perdido. Mientras tanto ella se ha alejado hacia la mitad de la calzada y camina en silencio, con el rostro fruncido. Entonces le dice:

–¿Aprendiste a hablar inglés en una misión?

–No –contesta Jabavu–. En mi aldea.

Ella guarda silencio de nuevo. No se lo cree.

–¿Y de dónde has sacado esa camisa tan elegante y esos pantalones nuevos de blanco?

Jabavu duda, pero luego, empujado por el orgullo, dice:

–Los he cogido esta mañana al pasar por un jardín.

Y entonces la chica se echa a reír de nuevo, pone los ojos en blanco y le dice:

–Eh, eh, vaya chico listo. Llega del pueblo y se pone a robar.

En seguida deja de reír; sólo lo ha dicho para ganar tiempo. Sigue andando y piensa. Forma parte de una banda que se dedica a detectar a los recién llegados de los pueblos para robarles y usarlos como más convenga a su trabajo. Pero se ha acercado a hablar con él porque le gustaba; como un descanso de su trabajo. Y ahora no sabe qué hacer. Parece que Jabavu pertenece a otra banda, o tal vez trabaje solo, y si es así su banda debería saberlo.

Le echa un vistazo más y se da cuenta de que camina con la cara seria, aparentemente indiferente a ella... Se acerca a él rápidamente, pestañeando y mostrando la dentadura:

–¡Mentiroso! Me has dicho una mentira muy grande, ésa es la verdad.

Jabavu se aparta de un respingo. ¡Uau! ¡Cómo son estas mujeres!

–No te he mentado –contesta, enfadado–. Es todo como te digo.

Empieza a alejarse de ella y piensa: «Qué tontería hablar con ella. No entiendo a estas mujeres».

La mujer lo mira y se fija en sus pies descalzos, que sin duda nunca han calzado zapatos: ha dicho la verdad. Y en ese caso... Se decide en un instante. Un chico recién llegado a la ciudad, capaz de robar sin que lo pillen, tiene un talento que puede resultar muy útil. Lo sigue y le habla con educación:

–Cuéntame cómo ha sido ese robo. Parece muy astuto.

La vanidad espolea a Jabavu para contar la historia exactamente tal como ha sido, mientras ella lo escucha pensativa.

–No deberías llevar puesta esa ropa –le dice al fin–. Por que la señorita blanca se lo habrá contado a la policía y estarán buscando entre los recién llegados para encontrar a quien la lleve.

Jabavu, sorprendido, le pregunta:

–¿Cómo van a encontrar unos pantalones y una camisa en una ciudad llena de pantalones y camisas?

Ella se ríe y contesta:

–No sabes nada. Hay más policías para vigilarnos que moscas en torno a un porridge. Ven conmigo, me quedaré tu ropa y te daré otra igual de buena, pero distinta.

Jabavu le da las gracias con educación, pero se aparta. Ha entendido que ella es una ladrona. Y él no se ve a sí mismo como un ladrón: hoy ha robado, pero no merece ese apelativo. Más bien se siente como si hubiera aprovechado las migas sobrantes de la comida de un rico. Tras una pausa, pregunta:

–¿Conoces al señor Mizi, del 33 de Tree Road?

Por segunda vez, ella se lleva tal sorpresa que se queda callada. Luego la invade la desconfianza y piensa: «Este hombre no sabe nada de nada o, al contrario, es muy astuto». Con sarcasmo, en el mismo tono que el policía de la oficina de licencias, le dice:

–Tienes muy buenos amigos. ¿Por qué habría de conocer yo a alguien tan importante como el señor Mizi?

Pero Jabavu le explica su encuentro nocturno en el monte, le habla del señor y la señora Samu y de los demás, le cuenta lo que le dijeron, cómo lo admiraron por haber aprendido a leer y escribir a solas y le dieron el nombre del señor Mizi.

Al final la chica le cree, lo entiende y piensa: «Desde luego, no debo dejarlo escapar. Nos ayudaría mucho en el trabajo». Y hay otro pensamiento, aún más poderoso: «¡Eh! ¡Qué guapo es!».

Educado, Jabavu pregunta:

–¿A ti te cae bien esa gente? ¿El señor y la señora Samu, el señor Mizi?

La mujer se ríe, burlona y decepcionada, porque sólo quiere que piense en ella.

–¿Estás loco? ¿Crees que estoy loca? Son estúpidos. Se llaman líderes de los africanos, hablan y hablan, escriben cartas al gobierno: señores, por favor, dennos comida, dennos casas, no nos hagan llevar licencias para todo. Y el gobierno les tira un chelín después de pasarse años pidiendo y ellos dicen: «Gracias, señor». Están locos. –Entonces se acerca más a él, le apoya una mano en el codo y añade–. Además, son maleantes, ¿no te diste cuenta? Si vienes conmigo te ayudaré.

Jabavu siente la cálida mano en su brazo desnudo y ve que la mujer balancea las caderas y suaviza su mirada.

–¿Te gusto, guapo?

Jabavu contesta:

–Sí, mucho.

Camina hacia el Distrito de los Nativos y ella le habla de las cosas buenas que se pueden hacer, de películas, bailes y copas. Se cuida mucho de no hablar de robos ni de la banda para no asustarlo. Y hay otra razón: teme al hombre que dirige la banda. Piensa: «Si le gusto a este nuevo que es tan listo, dejaré la banda y trabajaré sola con él».

Como no está diciendo lo que piensa, hay algo en sus maneras que confunde a Jabavu y por eso no se fía de ella: además le vuelve el mareo a oleadas y hay momentos en que no oye lo que le está diciendo.

–¿Qué te pasa? –pregunta ella al fin, al ver que Jabavu se detiene y cierra los ojos.

–Ya te he dicho que tengo hambre –contesta él desde la oscuridad que lo rodea.

–Pues has de tener paciencia –responde ella con ligereza, pues hace tanto tiempo que no pasa hambre que ha olvidado lo que se siente. La mujer se irrita por lo despacio que caminan, e incluso piensa: «Este hombre no sirve, no tiene suficiente fuerza para una mujer como yo». Luego ve que Jabavu está mirando una bicicleta que lleva una cesta en la parte trasera y cuando estira el brazo para coger un pan de la cesta lo detiene con un golpe.

–¿Estás loco? –le pregunta con voz aguda y asustada, mirando a su alrededor.

Porque están rodeados de gente.

–Tengo hambre –repite él, sin dejar de mirar las barras de pan. Ella saca enseguida algo de dinero de algún rincón de su vestido, se lo da al vendedor y le pasa una barra a Jabavu. Este se pone a comer ahí mismo con tal ansia que la gente se da la vuelta para fijarse en él y reírse, mientras ella lo mira con los ojos abiertos de la impresión y le dice:

–Eres un cerdo. No eres un chico listo para mí.

Y se aleja caminando y pensando: «No es más que un chiquillo recién llegado del pueblo. Qué locura fijarme en él».

Pero a Jabavu no le importa nada. Se come el pan, siente que recupera las fuerzas y los pensamientos empiezan a moverse en su mente como debe ser. Después de terminarse el pan busca a la chica, pero no ve más que un vestido amarillo más adelante y el balanceo de la falda le recuerda la burla de sus palabras: «Eres un cerdo...». Jabavu acelera el paso para atraparla; llega a su lado y le dice:

–Gracias por el pan, amiga. Tenía mucha hambre.

Ella contesta sin mirarlo:

–Cerdo, perro sin educar.

–No, eso no es verdad –dice él–. Cuando un hombre tiene tanta hambre no se puede hablar de educación.

–Pueblerino –le dice ella.

Sigue balanceando las caderas, pero piensa: «No le hará daño ver que sé más que él».

Entonces Jabavu, lleno de pan y con fuerzas renovadas, le dice:

–No eres más que una zorra. Hay muchas chicas listas en la ciudad, tan guapas como tú.

Y se adelanta en busca de otra chica guapa, pero ella corre para alcanzarlo.

–¿Adónde vas? –le pregunta, sonriente–. ¿No te he dicho que te ayudaría?

–No me llames pueblerino –contesta Jabavu, majestuoso.

Está lleno de fuerza porque verdaderamente ella no le importa más que el resto de las mujeres que ve a su alrededor. Ella le lanza una mirada rápida de asombro y guarda silencio.

Ahora que ha llenado el estómago, Jabavu lo mira todo de nuevo con interés, de modo que no hace más que preguntar y ella le contesta con tono agradable:

–¿Por qué sale humo de esas casas grandes?

–Son fábricas.

–¿Qué es ese sitio lleno de trocitos de jardín con cruces y piedras con formas de ángeles y vírgenes?

–Es el cementerio de los blancos.

Al fin, tras caminar mucho rato, abandonan la calle principal para entrar en el Distrito de los Nativo y lo primero que observa Jabavu es que, así como en la ciudad de los blancos la tierra queda escondida bajo la hierba, los jardines o el asfalto, allí se levanta en nubes rojas y espesas, muestra al sol una cara amarga y anodina, y hace que los árboles parezcan atacados por una plaga de langostas, de tan rígidos y llenos de polvo como se los ve. Además, los propios africanos lo rodean a él como una plaga, hasta tal punto que tiene que plantarse con fuerza, como una piedra en medio de un río rápido. Aun así sigue preguntando y le contestan que ese terreno grande y vacío es para jugar a fútbol, y ese otro para lucha libre, y así hasta que llegan a los edificios. Allí son como la casa del griego, pequeños, feos, pobres. Pero hay muchos, y muy juntos. La chica camina y va contestando a quienes la saludan con voz aguda y estridente y Jabavu observa que unas veces la llaman Betty, otras Nada, otras Eliza. Pregunta:

–¿Por qué tienes tantos nombres?

Ella se ríe y contesta:

–¿Cómo sabes que no soy muchas chicas al mismo tiempo?

Ahora, por primera vez, él también se ríe como ella, en voz alta y clara, se dobla de risa porque le parece un buen chiste. Luego se pone tieso y dice:

–Yo te llamaré Nada.

Ella contesta enseguida:

–Mi nombre de pueblo para mi chico de pueblo.

–No, me gusta más Betty –dice él de inmediato.

Ella lo roza con sus muslos y dice:

–Mis mejores amigos me llaman Betty.

Él dice que le gustaría ver toda la ciudad ahora mismo, antes de que oscurezca, y ella le explica que no llevará mucho tiempo.

–La ciudad de los blancos es muy grande y cuesta muchos días verla entera. Pero la nuestra es pequeña, aunque somos diez, veinte, cien veces más. –Luego añade–: Eso es lo que llaman justicia.

Lo mira para ver qué efecto tiene la palabra en él. Pero Jabavu recuerda que en boca del señor Samu sonaba distinta y frunce el ceño. Al verlo, ella lo guía hacia delante y le habla de otras cosas. Porque, si bien él no la entiende, ella sí comprende que los hombres iluminados –que así los llaman ahora– han marcado muy hondo la mente de Jabavu con sus palabras. Y piensa: «Si no tengo cuidado se irá con el señor Mizi y lo perderé y la banda se enfadará mucho».

Cuando pasan por la casa del señor Mizi, en el número 33 de Tree Road, ella hace algunos chistes sobre ese hombre, pero Jabavu guarda silencio y Betty piensa: «¿Y si lo dejo irse con el señor Mizi? Porque si se va más adelante podría ser peligroso». Sin embargo, no soporta la idea de dejarlo ir; su corazón ya se ha ablandado y late por Jabavu. Lo guía entre las calles con amabilidad y educación, contesta a todas sus preguntas aunque su ignorancia la impaciente a veces. Le explica que las mejores casas, las que tienen dos habitaciones y cocina, son de los africanos ricos, y que las casas grandes de forma extraña se llaman «chozas Nissen» y en ellas duermen veinte hombres solos; los chamizos grandes llamados Old Bricks son para los que sólo ganan un poco de dinero; y ese edificio de allí es el Salón, para reuniones y bailes. Luego llegan a un gran espacio abierto lleno de gente. Es el mercado y por todas partes hay policías que caminan con látigos en la mano. Jabavu piensa que aquella barra pequeña de pan, por blanco y agradable que fuera, era poco para su estómago, que es grande y está vacío. Va mirando la comida del mercado hasta que Betty le dice:

–Espera, luego comeremos algo mejor que esto.

Y Jabavu mira a la gente que compra cacahuets o mazorcas de maíz asadas para la cena y ya se siente superior a ellos por lo que acaba de decirle Betty.

Al poco rato lo saca del mercado porque lleva tanto tiempo viviendo allí que mirar a la gente no le parece tan interesante como a él. Cuando se alejan del centro le dice:

–Y ahora nos vamos a Polonia.

Se sonroja de tanto reír. Jabavu se da cuenta de que es un chiste y le pregunta:

–¿Qué tiene tanta gracia de Polonia?

Ella le contesta deprisa, antes de que se lo impida la risa:

–En la guerra de los blancos que se acaba de terminar, había un país llamado Polonia y hubo unas peleas terribles con muchas bombas y ahora nosotros llamamos Polonia al lugar adónde estamos yendo porque ahí hay muchas peleas y problemas.

Suelta una carcajada, pero se detiene al ver que Jabavu se queda serio y callado. Está pensando: «No quiero problemas y peleas». Entonces, en voz bajita y alocada, como una niña, ella dice:

–Bueno, pues nos vamos a Johannesburgo.

–¿Y cuál es el chiste de Johannesburgo? –pregunta él, esforzándose por disimular el miedo.

–Ese sitio también se llama Johannesburgo porque en la capital también hay problemas y peleas. –Luego se parte de risa y Jabavu ríe con ella por pura educación. Ella se da cuenta y, tratando de impresionarlo, añade con un suspiro importante–: Ah, los blancos nos dicen: «Os hemos salvado de las perversas guerras tribales; os hemos traído la paz». Y sin embargo tienen sus guerras y matan a tanta gente que cuando ves los números en el periódico no los entiendes. –Se lo ha oído decir al señor Mizi en un mitin. Al darse cuenta de que Jabavu está impresionado, prosigue–: Sí, lo llaman civilización.

–No entiendo, ¿qué significa civilización? –pregunta entonces Jabavu.

–Es como viven los blancos –contesta ella, como una profesora–. Con casas, cines, vaqueros, comida y bicicletas.

–Entonces, la civilización me gusta –contesta Jabavu, desde el pulso de lo más profundo de su hambre.

Betty suelta una risa amistosa y le dice:

–Menudo tontorrón estás hecho, amigo. Me gustas.

Ahora están en un lugar de aspecto infernal en el que hay muchos cobertizos altos de ladrillos dispuestos en fila y chamizos de planchas hechas con barriles de petróleo aplastados, o con sacos y cajas, y huele fatal.

–Esto es Polonia Johannesburgo –dice Betty, mientras camina con cautela con sus zapatos bonitos entre la suciedad y la inmundicia.

Los ojos fijos y horrorizados de Jabavu ven a un hombre acurrucado sobre la hierba.

–¿No tiene dónde dormir? –pregunta como un estúpido.

Ella le tira del brazo y dice:

–Déjalo, tonto, está enfermo de tanto beber.

Ahora está en su territorio y, aunque asustada, le habla en un tono más natural porque se siente superior. Jabavu la sigue, pero sus ojos no pueden despegarse de ese hombre que parece muerto. Y mientras sigue a Betty siente el corazón pesado y ansioso. No le gusta este sitio; tiene miedo.

En cambio, cuando entran en una casita un poco separada de las demás se siente más a salvo. Están en una sala de ladrillos rojos, con un banco pegado a la pared y unas sillas a un lado. El suelo es de cemento rojo y en las vigas hay cintas de papel de color fijadas con clavos. Hay dos puertas y al abrirse una de ellas aparece una mujer. Es muy gorda, tiene una cara amplia y brillante y los ojos pequeños y rápidos. Lleva la cabeza cubierta con una tela blanca y un vestido limpio de algodón rosa. Lleva de la mano a un crío muy limpio. Mira a Betty con curiosidad y ésta le dice:

–He traído a Jabavu, mi amigo, para que duerma aquí esta noche.

La mujer asiente, mira a Jabavu y éste sonríe. Le ha caído bien y piensa: «Es una mujer agradable de las de antes, decente y respetable, y va con su hijito».

Entra con Betty en una habitación contigua a la sala grande y está bien que no diga lo que piensa porque ella lo consideraría un tonto sin remedio, pues si bien es cierto que esa mujer, la señora Kambusi, es amable a su manera, además de respetable, no deja de serlo que su inteligencia le ha permitido dirigir el antro más rentable de la ciudad; sólo una vez tuvo que ir al juzgado, y en condición de testigo. Esta mujer amable e inteligente tiene cuatro hijos de padres distintos y ha enviado a los tres mayores muy lejos, a la escuela católica, donde crecerán y se educarán y no conocerán el lugar de donde sale el dinero para pagar su escolarización. Y el pequeño también se irá el año que viene, antes de que tenga edad suficiente para entender a qué se dedica la señora Kambusi. Luego pretende que sus hijos vayan a Inglaterra y se hagan médicos y abogados. Porque es rica, muy rica.

Estar en esa habitación le hace sentirse encerrado e inquieto. Es tan pequeña que solo cabe una cama estrecha, una cama con patas y algo de espacio para caminar a su alrededor. Hay unos vestidos colgados de un clavo de la pared en unos palos de madera. Betty se sienta en la cama y lanza una mirada provocativa a Jabavu. Pero él se queda quieto, pasea la mirada entre el techo bajo y las estrechas paredes y piensa: «¡Mis padres! ¡Cómo puedo vivir en una caja, como las gallinas!».

Viendo que está distraído, ella dice:

–A lo mejor quieres comer ya.

Él la vuelve a mirar y contesta:

–Gracias, aún tengo mucha hambre.

–Se lo diré a la señora Kambusi –dice ella, con una voz suave y sumisa que no acaba de gustarle, y sale de la habitación.

Al cabo de un rato lo llama y él sale de la minúscula habitación, cruza la sala grande y pasa por la segunda puerta hacia un cuarto donde se le abren los ojos de admiración. Hay una mesa con mantel de verdad y muchas sillas alrededor y una cocina grande como las de los blancos. Jabavu nunca se ha sentado en una silla, pero ahora sí lo hace y piensa: «Pronto yo también tendré sillas como éstas para que mi cuerpo esté cómodo».

La señora Kambusi está atareada con la cocina, de cuyas ollas emana un olor maravilloso. Betty deja unos tenedores y cuchillos sobre la mesa y Jabavu se pregunta cómo se va a atrever a usarlos

sin temor a parecer un ignorante. El chiquillo está sentado frente a él y lo mira con ojos grandes y solemnes y Jabavu se siente inferior incluso a ese niño que conoce las sillas, tenedores y cuchillos.

Cuando está listo el guiso, se lo comen. Jabavu consigue que sus gruesos dedos manejen con dificultad el tenedor y el cuchillo, tal como ve hacer a los demás, pero pronto olvida su incomodidad ante el disfrute de las delicias de la comida nueva. Otra vez hay pescado, que viene de los grandes lagos de Nyasaland, y verduras en un líquido espeso y sabroso, y pasteles dulces y suaves con un azúcar rosado. Jabavu come sin parar hasta que siente el estómago pesado y a gusto y nota que la señora Kambusi lo está mirando.

–Has pasado mucha hambre –comenta ella en tono agradable, en su propio lenguaje.

A Jabavu le parece que lleva meses sin oírlo, en vez de sólo tres días, y contesta agradecido:

–Ah, amiga, usted es de los míos.

–Lo era –dice la señora Kambusi, con una sonrisa extraña que, de nuevo, lo incomoda. Tiene algo de dureza, y sin embargo no la interpreta como crueldad contra él. Sus ojos son rápidos y astutos, como centellas negras. Le dice–: Escúchame, te voy a dar una pequeña lección. En los pueblos se puede entrar, saludar a los hermanos y aceptar su hospitalidad por derecho de sangre y de familia. Aquí no es igual y todo hombre es un extraño hasta que demuestra ser un amigo. Y las mujeres también –añade, mirando a Betty.

–Eso me han contado, madre –dice Jabavu, agradecido.

–¿Qué te acabo de decir? No soy tu madre.

–Sin embargo, llego a la ciudad y ¿quién me da algo de comer, si no es una mujer de mi propio pueblo?

Ella pasa al inglés y le dice:

–Pagarás por tu comida. Además, estás aquí como amigo de Betty, no mío.

A Jabavu se le congela el ánimo por su frialdad y porque no tiene dinero para pagar la comida. Luego se vuelve a fijar en la mirada inteligente de esa mujer y entiende que se lo ha dicho con amabilidad.

De nuevo en su lengua común, la mujer sigue hablando:

–Y ahora, escúchame bien. Esta chica, cuyo nombre no diré para que no sepa que estamos hablando de ella, me ha contado tu historia. Me ha dicho que te encontraste con hombres iluminados en el monte, por la noche, y que les caíste bien y te dieron el nombre de su amigo de la ciudad. No voy a pronunciar ese nombre porque a los amigos de esta chica que sigue aquí sentada intentando comprender lo que decimos no les gustan los iluminados. Entenderás por qué cuando lleves más tiempo en la ciudad. Pero lo que te quiero decir es lo siguiente: es probable que, como muchos chicos recién llegados a la ciudad, tengas muchas ideas agradables sobre la vida y sobre lo que vas a hacer. Pero es una vida dura, mucho más dura de lo que te crees ahora. Mi vida ha sido dura y aún lo es, aunque me ha ido bien porque he usado la cabeza. Y si me dieran la oportunidad de volver a empezar, sabiendo lo que ahora sé, no desperdiciaría a la ligera ese papelito con un nombre escrito en él. Significa mucho entrar en esa casa como amigo, ser amigo de ese hombre. Recuérdalo.

Jabavu escucha con la mirada gacha. Parece que dentro de él hablen dos voces distintas. Una dice: «Esta es una mujer de gran experiencia, hazle caso, lo dice por tu bien». La otra: «¡Vaya! Otra metomentodo dándote consejos; una vieja que ha olvidado las emociones de la juventud, otra que te quiere ver tan tranquilo y adormilado como ella».

La mujer sigue hablando, inclinada hacia delante, con los ojos fijos en él:

–Escúchame. Cuando supe que habías coincidido con los iluminados antes de entrar en la ciudad, me pregunté qué clase de buena suerte será la que te acompaña. Luego recordé que habías pasado de sus manos a las de quien ahora nos acompaña en la mesa, que las mantiene retorcidas con enfado porque no entiende lo que decimos. Tienes una suerte muy variada, amigo. Y sin embargo muy poderosa, porque miles de los nuestros entran en esta ciudad sin saber nada de los hombres iluminados, ni de los de la oscuridad, para quienes trabaja esta chica, más allá de lo que oyen contar a otros. Pero como parece que has de elegir, te quiero decir, y ahora hablo como uno de los tuyos,

como tu madre, que si no dejas a esta chica y te vas de inmediato a la casa cuya dirección conoces, serás un tonto.

Deja de hablar, se levanta y dice:

–Ahora vamos a tomar un té.

Sirve en las tazas un té muy fuerte y dulce y Jabavu lo prueba por primera vez y lo encuentra bueno. Mientras bebe mantiene la mirada baja por temor a cruzarse con la de Betty. Porque nota que está enfadada. Además, no quiere que la señora Kambusi se de cuenta de lo que está pensando, es decir, de que no quiere dejar a Betty: tal vez más adelante, pero todavía no. Porque ahora que su cuerpo está alimentado y descansado se llena de deseo por esa chica. Cuando se levantan los dos, él mantiene la mirada baja y así ve cómo Betty deja dinero en la mesa para pagar la comida. ¡Cuánto dinero! Son cuatro chelines por cada uno. Le asombra que estas mujeres manejen semejantes cantidades con esa naturalidad. Luego echa un rápido vistazo a la señora Kambusi y observa que ella le dirige una mirada dura e irónica, como si entendiera muy bien todo lo que pasa por su mente.

–Gracias por lo que me ha contado –dice, porque no quiere perder su favor.

Ella responde:

–Ya me lo agradecerás cuando te beneficies de ello.

Sin volver a mirarlo, coge un libro, sienta al niño en su rodilla y se pone a enseñarle cosas del libro mientras los jóvenes dan las buenas noches y se van.

–¿Qué te ha dicho? –pregunta Betty en cuanto cierran la puerta.

–Me ha dado buenos consejos sobre la ciudad –contesta Jabavu. Luego, como quiere que le hable de ella, añade–: Es una mujer buena e inteligente.

Pero Betty se ríe, burlona:

–Es la mayor maleante de la ciudad.

–Ah, ¿sí? –pregunta él, sorprendido.

Ella balancea un poco las caderas y dice:

–Ya lo verás.

Jabavu no se lo cree. Llegan a la habitación de Betty y Jabavu la empuja hacia la cama y la rodea con un brazo de tal modo que la mano queda posada en el pecho.

–¿Cuánto? –pregunta ella con un desprecio que debería exasperarlo.

Jabavu nota la pesadez de su mirada y se limita a contestar:

–Ya sabes por mi propia boca que no tengo dinero.

Ella se acomoda con soltura en sus brazos y, riéndose para provocarlo, le dice:

–Quiero cinco chelines, o mejor quince.

Jabavu contesta, burlón:

–O mejor quince libras.

–Para ti, gratis –dice ella, suspirando.

Jabavu la toma por placer y deja que ella busque el suyo hasta que no puede más y se queda despatarrado en la cama, medio desnudo, pensando: «Es mi primer día en la ciudad. ¿Hay algo que no haya hecho? Tiene razón la señora Kambusi cuando dice que la buena suerte me acompaña. Incluso he disfrutado de una chica elegante de la ciudad, y sin pagar». Las palabras se convierten en una canción.

Aquí está Jabavu, en la ciudad.

Tiene una camisa amarilla y pantalones nuevos,

ha comido como un león,

ha llenado a una mujer de la ciudad con su fuerza.

Jabavu es más fuerte que la ciudad.

Es más fuerte que un león.

Es más fuerte que las mujeres de la ciudad.

La canción circula adormecida por su mente y se desvanece en un sueño y Jabavu se despierta y encuentra a la mujer al pie de la cama, mirándolo impaciente y diciéndole:

–Duermes como las gallinas cuando se pone el sol.

Perezoso, contesta:

–Estoy cansado por el viaje desde la aldea.

–Pero yo no estoy cansada –contesta ella con ligereza. Y luego añade–: Esta noche voy a bailar; contigo, o con quien sea.

Jabavu no contesta. Se limita a bostezar y piensa: «Sólo es una mujer como cualquier otra. Ya he gozado de ella y ahora no me importa. Hay muchas más en la ciudad».

Al cabo de un rato, con esa voz dulce y humilde, ella dice:

–Era una broma. Venga, levántate, vago. ¿No quieres ver el baile? –Luego, astuta, añade–: Así también verás que la señora Kambusi, la lista, lleva un antro.

A esas alturas, a Jabavu no le parece importante la señora Kambusi, ni todo lo que le ha dicho. Bosteza, se levanta de la cama, se pone los pantalones y se peina. Ella lo mira con amargura y admiración:

–Pueblerino –le dice con voz muy suave–. No llevas ni medio día en la ciudad y ya te comportas como si te hubieras cansado de ella.

Eso le gusta, no en vano se lo ha dicho para eso. Le toquetea un poco el pecho, luego las nalgas, hasta que ella le da una palmada de placer y se ríe y salen juntos a la otra sala. Ahora está llena de gente sentada en los bancos en torno a la pared, además de algunos hombres que tocan música en las sillas del fondo. Al otro lado de la puerta abierta ya es de noche y no hace más que entrar gente.

–Entonces, ¿esto es un antro? –pregunta Jabavu, dudoso porque parece un lugar respetable.

–Ya verás lo que es –contesta ella.

Empieza la música. Forman la banda un saxofón, una guitarra, un barril de petróleo que sirve de tambor, una trompeta y dos latas para la percusión. Jabavu no conoce esa música. Al principio la gente no baila. Se quedan sentados con tazas de latón en las manos y mueven las extremidades, al tiempo que agitan la cabeza cuando los penetra la música.

Entonces se abre la otra puerta y entra la señora Kambusi. Parece la misma de antes, limpia y agradable con su vestido rosa. Lleva una jarra grande en la mano y va pasando de una taza a otra, sirviendo licor y poniendo la otra mano para recoger el dinero. La sigue un niño pequeño. No es su hijo, que ahora duerme en la habitación contigua y tiene prohibido ver cuanto ocurre en esa sala. No, es un niño que la señora Kambusi alquila a una familia pobre y su trabajo consiste en salir corriendo a la oscuridad, a un lugar donde hay un barril de licor enterrado, para que si llega la policía no lo encuentre en la casa, además de recoger el dinero y dejarlo en un lugar seguro bajo la pared.

El *skokian* es una bebida perversa y peligrosa, y es ilegal. Se hace rápidamente, en un solo día, y contiene muchas sustancias diferentes. Esta noche tiene maíz, azúcar, tabaco, alcohol etílico, betún y levadura. Algunas reinas del *skokian* usan cosas mágicas, como las extremidades de un muerto, pero la señora Kambusi no cree en la magia. Gana mucho dinero sin ella.

Cuando llega a Jabavu, le pregunta en voz baja y en su idioma común:

–Entonces, ¿quieres probarlo?

–Sí, madre –contesta él, con humildad–. Me gustaría probarlo.

–Yo nunca lo he bebido –contesta ella–, aunque lo preparo todos los días. Pero te voy a dar un poco.

Le sirve media taza en vez de llenarla y Jabavu, con esa voz tan hosca, hambrienta y enfadada de la juventud, le dice:

–La quiero llena.

Ella se detiene cuando ya se daba la vuelta y le dirige una mirada de amargo desprecio.

–Eres tonto –le dice–. Este veneno lo hacen los listos para que beban los tontos. Y tú eres de los tontos.

Sin embargo, le sirve más *skokian*, hasta que se derrama, y sonríe para que nadie se dé cuenta de que está enfadada y luego sigue recorriendo la hilera de hombres y mujeres sentados, haciendo bromas y riéndose, mientras el chiquillo que va tras ella sostiene una bandeja de dulces, frutos secos y pasteles recubiertos de azúcar.

Betty, celosa, pregunta:

–¿Qué te ha dicho?

–Me regala la bebida porque somos del mismo distrito –contesta Jabavu.

Es cierto que ella se ha olvidado de cobrarle.

–Le caes bien –afirma Betty.

Le gusta ver que está celosa. «Bueno», piensa, «estas chicas lisas son tan simples como las del pueblo.» Y mientras lo piensa dirige una sonrisa hacia la señora Kambusi, al otro lado de la sala, pero se da cuenta de que ella lo mira sólo con desprecio y Betty se ríe de él. Jabavu se pone en pie de un salto para disimular su vergüenza y se pone a bailar. Siempre ha sido un gran bailarín.

Traza un baile invitador en torno a la chica, soltando las piernas hasta que ella se echa a reír, se levanta y se une a él, y al instante la sala se llena de gente que se retuerce, grita y patalea, y pronto se llena el aire de polvo y el techo tiembla y hasta las paredes parecen agitarse. A Jabavu le entra sed y se lanza hacia su taza, que se ha quedado en el banco. Bebe un gran trago y es como si hubiera tragado fuego. Tose y se atraganta mientras Betty se ríe.

–Pueblerino –le dice, aunque en un tono suave y admirado.

Jabavu responde a la provocación, alza la taza y se la bebe entera. El líquido penetra por su cuerpo, ilumina de locura sus extremidades, su vientre, su cerebro. Ahora sí que baila de verdad, primero como un toro, plantado ante la chica con la cabeza gacha y los hombros inclinados hacia delante, olisqueándole los pechos mientras ella los menea para él; luego, como un gallo, de puntillas y con los brazos estirados, levantando las rodillas y rascando el suelo con los talones, y la chica no para de retorcerse y agitarse ante él, tiemblan sus caderas, se bambolean sus pechos, gotea sudor por todo el cuerpo. Al poco rato Jabavu la atrapa, la lleva entre los demás bailarines hasta la otra habitación y la lanza a la cama. Luego regresan a la sala y siguen bailando.

Después se acerca la señora Kambusi con su gran jarra blanca y al ver que él extiende el brazo con la taza se la rellena y le dice:

–Claro que sí, mi amigo listo, bebe, bebe tanto como puedas.

Esta vez pone la mano para cobrar y Betty le da dinero. Jabavu se lo bebe todo de un trago y se tambalea por la fuerza de la bebida y la habitación le empieza a dar vueltas. Luego baila en un amasijo prieto de sudor y gente que salta, baila como un diablo y la luz de la locura le ilumina la cara. Más tarde, aunque él no sabe cuánto tiempo ha pasado, se oye un grito de la señora Kambusi:

–¡Policía!

Betty lo agarra y lo empuja hacia el banco. Se sientan, y entre una bruma de alcohol y mareo ve que todo el mundo ha vaciado su taza y el niño las está rellorando con limonada. Entonces, tras una señal de la señora Kambusi, tres parejas se levantan y se ponen a bailar, pero de otro modo. Cuando entran dos policías negros no hay *skokian* en la sala, el baile está tranquilo y los hombres de la banda tocan una balada que no contiene fuego.

La señora Kambusi, tan tranquila como si estuviera moliendo cereales en su pueblo, sonrío a los policías. Dan una vuelta mirando las tazas, pero saben que no encontrarán *skokian* porque ya han hecho otras expediciones en ese baile. Es casi como si llegaran unos viejos amigos. Sin embargo, cuando termina el registro de licor, empiezan a buscar gente sin licencia; en ese momento dos hombres se agachan para pasar bajo sus brazos y salir corriendo, y la señora Kambusi sonrío y se encoge de hombros como si dijera: «¿Acaso es culpa mía que no tengan licencia?».

Cuando los policías se acercan a Jabavu él les enseña su licencia para buscar trabajo y su *situpa*. Le preguntan cuándo ha llegado a la ciudad y él contesta:

–Esta mañana.

Se miran. Luego uno de ellos pregunta:

–¿De dónde has sacado esa ropa tan elegante?

Jabavu pone los ojos en blanco, tensa los pies, está a punto de salir volando hacia la puerta cuando la señora Kambusi da un paso adelante y dice que se la ha dado ella. Los policías se encogen de hombros. Uno de ellos dice a Jabavu:

–No te ha ido mal, para ser tu primer día en la ciudad.

Lo dice en un tono desagradable y Jabavu nota la mano de Betty en su brazo. Le está diciendo: «Estate callado, no hables».

Guarda silencio. Al irse, los policías se llevan a cuatro hombres y una mujer que no tenían la licencia adecuada. La señora Kambusi los sigue hasta más allá de la puerta y le pone a cada uno una libra en la mano; intercambian formalidades de buen humor y luego la señora Kambusi regresa sonriente.

Esa mujer lleva tanto tiempo dirigiendo el antro con muchos beneficios no sólo porque es muy lista para conseguir que nunca encuentren en la casa su *skokian*, ni grandes sumas de dinero; también por el dinero que le paga a la policía. Así les resulta más fácil dejarla en paz. Si a un antro de esa clase se lo puede considerar tranquilo, el suyo lo es. Si la policía busca a un delincuente, antes irá a otras reinas del *skokian*. Ella les envía a menudo un mensaje: ¿Están buscando a Fulano, que se metió anoche en una pelea? Pues está en tal sitio. Ese arreglo es bueno para todos, salvo acaso para la gente que bebe *skokian*, pero no es culpa de la señora Kambusi que haya tantos tontos por ahí.

Tras unos minutos de calma, por pura cautela, la señora Kambusi hace una seña a la banda, cambia el ritmo de la música y se reanuda el baile. Pero ahora Jabavu ya no es consciente de lo que hace. Los demás lo ven bailar, gritar y beber, pero él no recuerda nada desde la salida de la policía. Cuando se despierta se encuentra tumbado en la cama y ya es mediodía, porque así lo afirman el sesgo de la luz y su color. Jamás se ha sentido como ahora. Dentro de su cabeza hay algo pesado y suelto que rueda cada vez que se mueve, y cada mínimo movimiento levanta oleadas de un terrible mareo. Es como si su propia carne se disolviera y sin embargo luchara por no disolverse, y el dolor lo atraviesa como un cuchillo y siente las extremidades muy pesadas e inútiles. De modo que se queda tumbado, sufriendo y deseando estar muerto; a veces llega a sus ojos la oscuridad y luego desaparece con un resplandor y al cabo de mucho rato siente un peso enorme en un brazo y entonces recuerda la presencia de la chica. Ella también está tumbada y sufre y gime, de modo que siguen así mucho rato. Ya está entrada la tarde cuando se levantan y se miran. La luz sigue temblando en sus ojos, así que no consiguen ver bien de inmediato. Jabavu piensa: «Esta mujer es muy fea». Ella piensa lo mismo de él y se va a trompicones de la cama a la ventana, donde se apoya, tambaleándose:

–¿Bebes esto a menudo? –pregunta Jabavu, asombrado.

–Te acostumbras –contesta ella, enfurruñada.

–¿Pero muy a menudo?

En vez de contestar directamente, ella le dice:

–¿Qué le vamos a hacer? Sólo tenemos un salón de bailes y somos miles. En el salón quizás quepan trescientos o cuatrocientos. Y allí venden una cerveza muy mala, hecha por los blancos, que no se parece a la nuestra. Y la policía nos vigila como si fuéramos niños. ¿Qué esperabas?

Esas palabras amargas no afectan a Jabavu porque no responden a lo que ella considera cierto, sino a lo que ha oído decir en algún discurso. Además, está asombrado de que ella pueda beber ese licor tan a menudo y seguir viva. Descansa la cabeza en una mano y se balancea adelante y atrás, gimiendo. Luego el balanceo lo marea, así que permanece quieto. De nuevo pasa el tiempo y la oscuridad empieza a instalarse fuera.

–Caminemos un poco –propone ella–. Así se nos pasa el mareo.

Jabavu abandona la cama con escaso equilibrio y pasa a la sala. Ella lo sigue. La señora Kambusi los oye, asoma la cabeza por la puerta y, con voz dulce, educada y desdeñosa, pregunta:

–Bueno, mi buen amigo, ¿qué te parece el *skokian*?

Jabavu baja la mirada y contesta:

–Madre, nunca volveré a probar esa bebida.

Ella lo mira como si fuera a decirle: eso ya lo veremos. Luego, pregunta:

–¿Quieres comer algo?

Jabavu se estremece y, superando el mareo, dice:

–Madre, nunca volveré a comer.

La chica, en cambio, interviene:

–No tienes ni idea. Sí, vamos a cenar. Será bueno para el mareo.

La señora Kambusi asiente y desaparece por la puerta; salen los dos a caminar, moviéndose como gallinas enfermas entre las chabolas de planchas y sacos y luego llegan a la zona de hierba sucia y desmañada.

–Es una mala bebida –dice ella con indiferencia–. Pero si no la bebes cada día no pasa nada. Llevo cuatro años viviendo aquí y la tomo unas dos o tres veces al mes. Me gustan las bebidas de los blancos, pero la ley prohíbe comprarlas porque dicen que podríamos coger malas costumbres, así que tenemos que pagar mucho dinero a los negros para tener nuestra propia bebida.

Les parece que las piernas ya no pueden llevarlos más allá y se quedan quietos, con la brisa del anochecer en la cara, una brisa que llega desde los montes y llanuras que se alcanzan a ver a muchos kilómetros de distancia, amasados en la oscuridad bajo las estrellas primerizas. Hay un viento fresco y el mareo se aquieta en sus estómagos, de modo que regresan caminando despacio pero con más fuerza. En el umbral de uno de los edificios de ladrillos hay un hombre tumbado, inmóvil, y a Jabavu ya no le hace falta preguntar qué le pasa. Aun así se detiene, llevado por el impulso de ayudarlo, porque ve sangre en su ropa. La chica le dirige una mirada larga y ansiosa y le dice:

–¿Estás loco? Déjalo en paz.

Y tira de él para apartarlo de ahí. Jabavu la sigue, pero va echando miradas atrás y dice:

–Es verdad que en esta ciudad todos somos extranjeros.

Habla en voz grave y preocupada. Betty se da cuenta de que está avergonzado y contesta enseguida:

–¿Es culpa mía? Si nos ven cerca de este hombre podrían creerse que lo hemos herido nosotros...

–Como Jabavu aún parece desdichado y hosco, sigue hablando con una nueva voz, llena de tristeza–: Ah, mi madre. A veces me pregunto qué hago aquí, cómo se me va la vida entre estúpidos y maleantes. Me crié en una misión de monjas católicas y fijate a qué me dedico. –Mira a Jabavu para ver cómo encaja su tristeza y comprueba que no le afecta. Su sonrisa le da mucha rabia y grita–: Sí, todo porque todos son unos mentirosos y tramposos. Cinco hombres me han propuesto casarme con ellos para que pueda vivir en una casa como debe ser, como las que alquilan a las parejas casadas. Las cinco veces el hombre se ha largado después de que le comprara ropa, le diera de comer y me gastara en él mucho dinero. –Jabavu camina en silencio a su lado con el ceño fruncido y ella sigue hablando–: Sí, y tú también, muchacho de pueblo. ¿Te vas a casar conmigo? Has dormido conmigo, no una vez sino seis, siete, todas en la misma noche, y no te has gastado ni un penique, aunque he visto que llevas un chelín en el bolsillo porque lo registré mientras dormías, y te he dado de comer y de beber, y te he ayudado.

Se acerca mucho a él, con los ojos entrecerrados y negros de puro odio, y Jabavu se queda boquiabierto de sorpresa porque ella acaba de abrir el bolso y ha sacado un cuchillo y lo mueve con destreza de tal modo que se refleja en su hoja la pálida luz del cielo. «¡Uau! –piensa Jabavu–. He dormido toda la noche con una mujer que me registra los bolsillos y lleva un cuchillo en el bolso.» Pero guarda silencio, aunque ella se acerca tanto que ya tiene los hombros apoyados en su pecho y Jabavu siente la punta del cuchillo en el estómago.

–Si no te casas conmigo, te mato.

A Jabavu se le aflojan las piernas. Luego recupera el coraje a punta de desprecio y le retuerce la muñeca de tal modo que el cuchillo cae al suelo.

–Eres una mala mujer –dice–. No me voy a casar con una mala mujer que lleva un cuchillo y dice cosas feas.

Entonces ella rompe a llorar al tiempo que se arrodilla y tantea el suelo en busca del cuchillo. Se levanta, guarda el cuchillo con cuidado en el bolso y dice:

–Esta ciudad es mala. Aquí, la vida es mala y difícil.

Jabavu no se ablanda porque una voz interior le está diciendo lo mismo y no se lo quiere creer, pues su hambre por las cosas buenas de la ciudad sigue siendo la misma.

Por segunda vez se sienta a la mesa de la señora Kambusi y come. Hay patatas fritas con manteca y sal, y luego maíz hervido con sal y aceite, después más de esos pastelitos con azúcar

rosado que tanto le gustan, y para terminar unas tazas de té caliente y dulce. Una vez terminado, dice:

–Tenías razón. Se me ha pasado el mareo.

–¿Ya estás listo para volver a beber *skokian*? –pregunta la señora Kambusi, en tono educado.

Jabavu le lanza una rápida mirada, porque la calidad de su cortesía ha cambiado. Le parece que sus ojos son ahora aterradores, como si con ese tono frío y silenciosamente amargo le dijeran: «Bueno, amigo, puedes matarte con el *skokian*, puedes gastar todas tus fuerzas con esta chica hasta que las pierdas del todo, a mí no me importa. También podrías tener sentido común y convertirte en uno de los iluminados. Tampoco me importa. No me importa nada. Ya he visto demasiado». La mujer descansa su abultado cuerpo en el respaldo de la silla, remueve el té con una bonita cuchara brillante y le sonríe con una mirada fría y astuta hasta que Jabavu se levanta y dice:

–Vayámonos.

Betty se levanta también, paga ocho chelines como la noche anterior y, tras dar las buenas noches, salen los dos.

–No sólo he pagado mucho por tus comidas –dice Betty en tono amargo–, sino que duermes en mi habitación y tu querida señora Kambusi, a quien llamas madre, me cobra un buen alquiler por eso, te lo aseguro.

–¿Y qué haces en tu habitación? –pregunta Jabavu, entre risas.

Betty le pega. Él le agarra las dos muñecas con una mano y con la otra le toca el pecho.

–No me gustas –dice Betty.

Él la suelta sin dejar de reír y contesta:

–Ya lo veo.

Entra en la habitación y se tumba en la cama como si tuviera algún derecho, y ella entra sumisa tras él y se tumba a su lado. Jabavu está pensando, y además tiene hasta los huesos cansados y doloridos, pero ella quiere hacer el amor y empieza a toquetearlo hasta que Jabavu le aparta la mano y dice:

–Sólo quiero dormir.

Al oír eso, Betty se levanta enfadada y pregunta:

–¿Y tú eres un hombre? No, sólo eres un chiquillo de pueblo.

Jabavu no lo soporta. Se levanta, la tumba en la cama y le hace el amor hasta que ella no puede moverse más, ni hablar. Entonces, con un desprecio arrogante, le dice:

–Ya te puedes callar.

Sin embargo, por mucho que se enorgullezca de su conocimiento de la naturaleza de las mujeres, Jabavu está pasando por un mal momento y no consigue dormir. Hay una guerra en su interior. Piensa en los consejos que le ha dado la señora Kambusi y, como le cuesta seguirlos, decide que no es más que una maleante y una reina del *skokian*. Piensa en el señor Samu, su mujer y su amigo, en lo bien que les cayó y lo listo que lo consideraron, y cuando está a punto de decidirse a ir en su busca, la idea de las dificultades de su vida le hace gruñir. Piensa en esta chica, en lo mala que es, sin pudor ni belleza siquiera, salvo la que le conceden la elegancia de sus ropas, y luego recupera el orgullo y empieza a nacerle una canción: soy Jabavu, tengo la fuerza del toro, mi fuerza es capaz de hacer callar a una mujer muy ruidosa...

Entonces recuerda que sólo tiene un chelín y que debe conseguir más dinero. Porque Jabavu todavía cree que tendrá un trabajo de verdad para ganarse la vida, no piensa en robar. Y por eso, aunque hace apenas media hora que ha pedido a la chica que se duerma, la agita en la cama y ella se despierta, reticente, arrugando la piel en torno a los ojos para defenderse del brillo de la bombilla sin pantalla que cuelga del techo.

–Quiero saber cuál es el trabajo mejor pagado de la ciudad –exige.

Al principio Betty pone cara de tonta, pero al entender lo que le está preguntando se ríe con sorna y contesta:

–¿Aún no sabes cuál es trabajo mejor pagado? –Cierra los ojos y le da la espalda. Él la vuelve a agitar y ella se enfada–. Ah, cállate, niñato de pueblo. Te lo enseñaré mañana.

–¿Qué trabajo da más dinero? –insiste Jabavu.

Entonces ella se vuelve, se apoya en un codo y lo mira. Tiene cara de amargura. No es la amargura genuina que se aprecia en el rostro de la señora Kambusi, sino más bien la autocompasión de una mujer. Al cabo de un rato, dice:

–Bueno, tontorrón, puedes trabajar en las casas de los blancos y si te portas bien y trabajas muchos años tal vez llegues a ganar dos o tres libras por mes.

Se ríe por la pequeñez de la suma. En cambio a Jabavu le parece mucho. Por un instante recuerda que las comidas de la señora Kambusi cuestan cuatro chelines, pero piensa: «Al fin y al cabo es una maleante. Seguro que me engaña». La causa de su confusión es que no consigue creer que a él, a Jabavu, no le vaya a bastar con poner la mano para conseguir lo que quiere. Ha soñado mucho y con mucha pasión con esta ciudad; la esencia de un sueño consiste en que ha de llegar disfrazado, con una amplia sonrisa, y en su cara oculta ha de llevar la leyenda: «Este es el precio».

–¿Y en las fábricas? –pregunta.

–Tal vez una libra al mes, más la comida.

–Entonces, mañana iré a las casas de los blancos. Es mejor tres libras que una.

–No seas tonto, para ganar tres libras tienes que llevar años trabajando.

Pero Jabavu, habiéndose decidido, se duerme de inmediato. Ahora es ella la que permanece despierta, pensando que ha sido una locura juntarse con un hombre de pueblo que no sabe nada de la ciudad; luego la invade la tristeza, una tristeza antigua, porque está en su naturaleza amar la indiferencia de los hombres y no es ni mucho menos la primera vez que permanece despierta junto a un hombre dormido, pensando que la va a abandonar. Luego le entra el miedo, porque pronto deberá hablar de Jabavu a los de la banda, en la que hay un hombre, que se hace llamar Jerry, tan listo que se dará cuenta de que su interés por Jabavu es más personal que profesional.

Al fin, incapaz de ver una salida a sus problemas, se deja llevar por una amargura que ni siquiera es suya, sino un mero contagio de las cosas que dicen los demás: repite que los blancos son malos y los negros viven como cerdos, que no hay justicia y que si ella es mala no es por su culpa... Muchas cosas por el estilo, hasta que su propia mente pierde el interés y al fin se queda dormida. Al despertarse por la mañana ve que Jabavu se está peinando; está muy guapo con su camisa amarilla. Piensa con maldad: «La policía está buscando esa camisa, así que se va a meter en un lío». Sin embargo, parece que su deseo de herirlo no es tan fuerte como ella cree, porque saca una maleta de debajo de la cama, coge una camisa rosa, se la tira y le dice:

–Ponte ésta, si no te detendrán.

Jabavu le da las gracias, como si diera por hecho que merece esas atenciones, y luego dice:

–Ahora, enséñame dónde puedo conseguir un buen trabajo.

–No voy a ir contigo –le dice ella–. Tengo que ganar mi propio dinero. He gastado tanto en ti que no me queda nada.

–Yo no te pedí que gastaras dinero en mí –dice Jabavu con crueldad. Ella vuelve a sacar su cuchillo y lo amenaza. Pero Jabavu le dice–: No seas estúpida. No me da miedo tu cuchillo.

Entonces Betty se pone a llorar. Y la masculinidad de Jabavu, tan llena de orgullo que él se siente capaz de cualquier cosa, le dice que debe consolarla. Por eso la rodea con un brazo y le dice:

–No llores. Eres una buena chica, aunque un poco alocada. –Y también le dice–: Te quiero.

Ella llora y contesta:

–Conozco a los hombres. Tú no vas a volver.

Él sonríe y dice:

–A lo mejor sí, a lo mejor no.

Luego se levanta, sale y lo último que ella ve esa mañana son sus dientes blancos asomados a una sonrisa alegre. Betty sigue llorando un rato, luego se enfada y después sale a buscar a Jerry y a los de la banda, pensando todo el rato en esa sonrisa impúdica y en la manera de convencer a los de la banda para que acepten a Jabavu.

Jabavu sale de ese lugar que llaman Polonia y Johannesburgo, cruza el Distrito de los Nativos y toma la ajetreada calle que lleva a la ciudad de los blancos, donde están las casas buenas. Una vez allí se pasea un poco para escoger la casa que más le guste. Su éxito desde que llegó a la ciudad se ha inflado en su mente, e imagina que le bastará con llamar a la primera casa que escoja para que le

abran la puerta y le digan: «Ah, ahí está Jabavu. Te estábamos esperando». Cuando al fin escoge una, entra por la verja delantera y se queda mirando a su alrededor. Una anciana blanca que está cortando unas flores con unas tijeras resplandecientes se dirige a él con voz aguda:

–¿Qué quieres?

–Busco trabajo –contesta él.

–Vete a la parte trasera. ¡Menudo descaró!

Jabavu se queda plantado ante ella con insolencia, hasta que la mujer le grita:

–¿Me has oído? Ve a la parte trasera. ¿Desde cuando se entra por delante en una casa para pedir trabajo?

Así que Jabavu sale del jardín, maldiciendo a la mujer entre dientes y oyendo sus quejas sobre los negritos malcriados, y se dirige a la parte trasera, donde un sirviente le dice que no hay ningún trabajo para él. Jabavu está rabioso. Sale a la acera a grandes zancadas y su rabia se convierte en palabras de odio: puta blanca, mujer asquerosa, todos los blancos son cerdos. Luego entra en la parte trasera de otra casa. Hay un huerto grande, con vegetales, un gato gordo y feliz sentado en el césped y un bebé en una cesta, debajo de un árbol. Pero no se ve a nadie. Espera, se pasea un poco, mira con cuidado por las ventanas, el bebé murmura en su cesta y menea los brazos y las piernas, y Jabavu ve unos cuantos pares de zapatos en el porche trasero, dispuestos en fila para que alguien los limpie. No puede evitar mirarlos. Calcula la talla a ojo y la compara con sus pies. Echa un vistazo a su alrededor; sigue sin ver a nadie. Agarra el par de zapatos más grandes y sale a la acera. No puede creer que sea tan fácil, se le eriza la piel de puro miedo a oír alguna voz enfadada, o unos pies que corran tras él. Sin embargo, como no pasa nada, se sienta y se pone los zapatos. Como nunca ha llevado, no sabe si la incomodidad se debe a que son demasiado pequeños, o a que sus pies no están acostumbrados. Camina un poco con ellos y sus piernas dan unos pasitos cortos y afectados por el dolor, pero Jabavu está orgulloso. Ahora va vestido como un blanco, incluso por los pies.

Llega a la parte trasera de otra casa y esta vez hay una mujer que le pregunta qué sabe hacer.

–De todo –contesta.

–¿Sabes cocinar, o cuidar la casa?

Se queda callado.

–¿Cuánto ganabas antes? –Como sigue sin hablar, ella le pide que le enseñe la *situpa*. Nada más verla, le dice, enfadada–: ¿Por qué mientes? Acabas de llegar.

Así que sale de nuevo a la acera, molesto y ofendido, pero pensando en lo que acaba de aprender, y al llegar a la siguiente casa, cuando una mujer le pregunta qué sabe hacer, le dirige una mirada humilde y afirma con voz quebrada que nunca ha trabajado en casas de blancos, pero que aprenderá rápido. Está pensando: «Tengo tan buen aspecto con esta ropa que a esta mujer le voy a gustar por mi elegancia». Sin embargo ella le dice que no quiere a un chico sin experiencia. Ahora, mientras se aleja, Jabavu siente el frío y la desdicha en el corazón y le parece que no hay nadie en el mundo que lo quiera. Silba con desenvoltura, da unos cuantos pisotones con sus elegantes zapatos nuevos y piensa que sin duda no tardará en encontrar un trabajo bueno y bien pagado, pero en la siguiente casa la mujer le ofrece trabajo duro por doce chelines al mes. Jabavu contesta que no puede aceptar doce chelines y ella le devuelve la *situpa* y le dice que sin experiencia no va a conseguir más que eso. Luego se mete en su casa.

Lo mismo ocurre unas cuantas veces hasta que, ya por la tarde, Jabavu se acerca a un hombre que está partiendo leña en el jardín, a quien ha oído hablar su propio lenguaje, y le pide consejo. Este hombre lo trata bien y le explica que no va a ganar más de doce o trece chelines hasta que aprenda algún trabajo, y luego, tras muchos meses, tal vez consiga una libra. Le darán maíz cada día para que se haga el porridge, carne una o dos veces por semana, y dormirá en una habitación pequeña como una caja en la parte trasera de la casa con los demás sirvientes. Todo eso ya lo sabía Jabavu porque se lo ha oído contar a la gente que pasaba por el pueblo, pero no lo había aprendido por sí mismo. Siempre pensaba: para mí será distinto.

Da las gracias al hombre simpático y sigue paseando por las aceras, con cuidado de no quedarse quieto ni merodear demasiado para que ningún policía se fije en él. Se pregunta: «¿Qué será eso de la experiencia? Yo, Jabavu, soy el más fuerte de los jóvenes de mi pueblo. Puedo arar un campo en

la mitad del tiempo que le costaría a cualquiera, y sin cansarme; todas las chicas me prefieren y sonrían a mi paso; hace dos días que llegué y ya tengo ropa, puedo tratar a una de las mujeres más listas de la ciudad como si fuera mi esclava y ella me quiere. ¡Soy Jabavu! Soy Jabavu y he venido a la ciudad de los blancos».

Baila un poco, arrastrando los pies sobre las hojas caídas en la acera, pero se detiene al ver que el polvo cubre sus zapatos. Pronto empezará a ponerse el sol; no ha comido nada desde la noche anterior y se pregunta si debería volver con Betty. Pero piensa que hay otras chicas y sigue recorriendo despacio las aceras, mirando por encima de los setos hacia los jardines; cuando ve a alguna niñera tendiendo ropa o jugando con un niño, la mira atentamente. Se dice a sí mismo que sólo quiere otra chica como Betty, pero al ver a una con su mismo aspecto de atracción clara e insolente, aunque duda, sigue avanzando. Al fin ve a una chica junto a un bebé blanco en un carrito con ruedas y se detiene. Ella tiene una cara redonda y agradable y unos ojos que parecen tener cuidado de lo que dicen. Lleva un vestido blanco y la cabeza cubierta con una tela de color rojo oscuro. La mira un rato y luego le dice en inglés:

–Buenos días.

Ella no le contesta de inmediato, pero lo mira.

–¿Me puedes ayudar? –pregunta.

–¿Qué te puedo decir? –contesta ella.

Por el sonido de su voz Jabavu piensa que tal vez sea de su distrito y le habla en su lenguaje. Ella le contesta y sonrío, y los dos se acercan para poder hablar por encima del seto. Descubren que el pueblo de la chica queda apenas a una hora de camino del suyo y como las viejas tradiciones de hospitalidad son más fuertes que el nuevo miedo presente en ambos, ella lo invita a pasar a su habitación y él acepta. Una vez allí, hablan mientras el niño duerme en su carrito y Jabavu, olvidando cómo ha aprendido a hablar con Betty, trata a esa chica con tanto respeto como lo hubiera hecho en el pueblo.

Ella le dice que se puede quedar a dormir esa noche, tras advertirle que está comprometida con un hombre de Johannesburgo, con el que se va a casar, para que Jabavu no malinterprete sus intenciones. Lo deja solo un rato para ayudar a la señora a acostar al bebé. Jabavu se cuida de que no lo vean, pero se sienta en una esquina porque Alice le ha explicado que la ley le prohíbe quedarse allí y que si llega la policía ha de intentar huir corriendo, porque la señora es muy amable y no merece esos problemas con la autoridad.

Jabavu se queda sentado en silencio, mirando la habitación, del mismo tamaño que la de Betty, de paredes iguales de ladrillo y techo de lata, y ve que allí duermen tres personas, pues en tres esquinas distintas hay petates enrollados, y se dice a sí mismo que nunca trabajará en una casa. Alice regresa al poco rato con comida. Ha preparado un porridge de maíz, no tan bueno como el de su madre porque eso requiere tiempo y haría falta usar la cocina de la señora. Pero hay mucho, y además la señora le ha dado un poco de jamón. Mientras comen, hablan de sus pueblos y de la vida en la ciudad. Alice le cuenta que gana una libra al mes y que la señora le da ropa y mucha comida. Habla de esa mujer con mucho afecto, y durante un rato Jabavu siente la tentación de cambiar de opinión y buscarse un trabajo parecido. Pero una libra al mes... No, eso no es para Jabavu, quien desprecia a Alice por contentarse con tan poco. Sin embargo, ella lo mira con amabilidad y él la encuentra muy guapa. Ha puesto una candela de aceite en la repisa que hay junto a la puerta y, bajo esa luz agradable, le brillan los dientes, los pómulos y los ojos. Además tiene una voz suave, recatada, que le gusta mucho en comparación con la de Betty. Jabavu le toma aprecio y nota que a ella le ocurre lo mismo. Pronto se quedan callados y Jabavu intenta acercarse a ella, pero con respeto, sin tratarla como haría con Betty. Ella se lo permite y se sienta entre sus brazos y le habla del hombre que se comprometió a casarse con ella y luego se fue a Johannesburgo a ganar dinero para la dote. Al principio escribía y le mandaba dinero, pero no ha sabido más de él durante un año. Según le cuentan algunos viajeros, ahora tiene otra mujer. Sin embargo, ella cree que volverá porque era un buen hombre.

–Entonces, ¿Johannesburgo no es tan terrible? –pregunta Jabavu, pensando que ha oído muchas cosas distintas.

–Parece que a muchos les gusta porque van la primera vez y luego siempre vuelven –dice ella, aunque con reticencia.

No le gusta la idea. Jabavu la consuela. Ella llora un poco y luego Jabavu la hace suya, pero con amabilidad. Después le pregunta qué pasaría si hubiera un bebé. Ella le dice que en la ciudad hay muchos niños que no conocen a sus padres. Y luego le cuenta cosas que lo marean de asombro y admiración. ¿Será por eso, entonces, que las mujeres blancas tienen un hijo, o dos, o tres, o ninguno? Alice le explica las cosas que puede usar una mujer, o un hombre; le dice que gran parte de la gente más sencilla no las conoce, o las teme como si fueran pura brujería, pero la gente sabia se protege para evitar tener niños sin padre y sin casa. Luego suspira y le explica cuánto desearía tener un hijo y un marido, pero Jabavu la interrumpe para preguntarle cómo puede conseguir esas cosas de las que hablaba y ella le dice que es mejor pedirle a alguna persona blanca amable que las compre, suponiendo que conozca a alguna persona blanca de esas características; también se las puede comprar a gente de color que trafica con algo más que licores o, si se atreve a enfrentarse a un posible desaire, puede acudir a una tienda de blancos... Hay algunos comerciantes blancos que sí venden cosas a los negros. Pero esas cosas son caras, le dice, y hay que usarlas con cuidado y... Sigue hablando y Jabavu aprende otra lección para vivir en la gran ciudad y se lo agradece. También siente gratitud y ternura por ella porque ser capaz de conservar la amabilidad y la conciencia de lo que está bien y lo que no a pesar de vivir en la ciudad. Por la mañana le da las gracias varias veces y se despide de ella y de los dos hombres que llegaron a dormir a la habitación a última hora y aunque Alice le devuelve el agradecimiento por pura educación, Jabavu nota en sus ojos que le gustaría que ocupara el lugar del hombre de Johannesburgo. Pero ya ha aprendido a temer el modo en que todas las chicas de la ciudad desean encontrar marido y añade que ojalá vuelva pronto su prometido para que sea feliz. La abandona y antes de llegar a la esquina está pensando ya qué hacer a continuación, mientras ella lo ve alejarse y piensa en él con tristeza durante muchos días.

Es pronto, acaba de salir el sol y hay poca gente por la calle. Jabavu camina mucho rato entre casas y jardines, y aprende mientras tanto cómo está ordenada la ciudad, pero no pide trabajo. Cuando ha entendido lo suficiente para orientarse sin preguntar en cada esquina, va hacia la parte de la ciudad donde están las tiendas y las examina. Nunca había imaginado semejante variedad y riqueza. No entiende la mitad de lo que ve y se pregunta para qué servirá todo eso, pero a pesar de su asombro nunca se queda quieto delante de un escaparate; obliga a sus piernas a seguir andando incluso cuando querrían detenerse, para que la policía no se fije en él. Y luego, cuando ha visto escaparates de comida y de ropa, y de otros muchos artículos extraños, va a donde están las tiendas indias para los nativos y allí se mezcla con la gente, escucha la música de los gramófonos y mantiene el oído atento para poder aprender de lo que dicen los demás, de modo que la tarde se le pasa lentamente, escuchando y aprendiendo. Cuando le entra el hambre se fija en todo hasta que descubre un carro lleno de fruta, pasa por su lado caminando deprisa y coge media docena de plátanos con tal habilidad que parece que sus dedos hayan nacido para eso, pues él mismo se sorprende de su astucia. Baja por una calle secundaria comiéndose los plátanos como si hubiera pagado por ellos, con toda tranquilidad; va pensando qué hacer ahora. ¿Volver con Betty? No le gusta la idea. ¿Irse con el señor Mizi, como dice la señora Kambusi que debería hacer? Pero reclusa ante esa opción: «Más adelante –piensa–, más adelante, cuando haya disfrutado de todos los estímulos de la ciudad». Mientras tanto, sigue teniendo sólo un chelín.

Entonces empieza a soñar. Es curioso que mientras estaba en el pueblo esos mismos sueños eran mucho menos majestuosos y exigentes que los de ahora; sin embargo entonces, pese a su ignorancia, se avergonzaba de esos sueños pequeños e infantiles; en cambio, ahora que sabe que no son más que tonterías, las brillantes imágenes que pasan por su mente lo atrapan con tal fuerza que camina como un loco, boquiabierto, con la mirada vidriosa. Se ve a sí mismo en una de las calles amplias, donde están las casas grandes. Un blanco lo para y le dice: me gustas, te quiero ayudar. Ven a mi casa. Tengo una buena habitación que no uso para nada. Puedes vivir allí, comer en mi mesa y beber té cuando quieras. Te daré dinero cuando lo necesites. Tengo muchos libros; puedes leértelos todos y serás muy culto... Hago esto porque no estoy de acuerdo con las barreras raciales y

quiero ayudarlos. Cuando sepas todo lo que hay en los libros te convertirás en un iluminado, igual que el señor Mizi, a quien tanto respeto. Entonces te daré dinero para que te compres una casa grande y podrás vivir en ella y ser un líder de los africanos, como el señor Samu y el señor Mizi...

Es un sueño tan dulce y fuerte que Jabavu termina sentándose bajo un árbol, sin mirar nada, muy abrumado. Entonces ve que un policía pasa lentamente con su bicicleta y lo mira, y esa imagen no encaja bien con su sueño, de modo que obliga a sus pies a caminar. Aún lo rodean los tristes y adorables colores del sueño, y piensa: «Los blancos son tan ricos y poderosos que no echarían en falta el dinero dedicado a alojarme y darme libros». Entonces, una voz le dice: «Pero hay otros muchos como yo». Jabavu se agita, enfadado con esa voz. No soporta pensar en los demás, su hambre es demasiado fuerte. Entonces piensa: «A lo mejor, si voy a la escuela del Distrito de los Nativos y les explico que aprendí a leer y escribir yo solo me aceptan...». Pero Jabavu es demasiado mayor para ir a la escuela y lo sabe. Despacio, muy despacio, la alocada dulzura del sueño lo abandona y echa a caminar con serenidad por el camino que lleva al Distrito. No tiene ni la menor idea de lo que va a hacer cuando llegue allí, pero piensa que ya ocurrirá algo que le sirva.

Es última hora de la tarde y estamos en sábado. Hay un aire de fiesta y de libertad, pues ayer fue día de pago y la gente va buscando en qué gastar mejor su dinero. Al llegar al mercado se queda un rato con la tentación de gastar su chelín en buena comida. Pero ahora ese articulito de magia se ha vuelto importante para él. Le parece que lleva mucho tiempo en la ciudad, aunque sólo han pasado cuatro días, y durante todo ese tiempo el chelín ha estado siempre en su bolsillo. Tiene la sensación de que si lo pierde perderá con él su buena suerte. También tiene presente cuánto le costó a su madre ahorrarlo. Le asombra que en la aldea un chelín sea tanto dinero, y en cambio allí se lo podría gastar en unas pocas mazorcas hervidas y una torta pequeña. Le molesta haber sentido pena por su madre y piensa: «Qué tonto eres, Jabavu», pero el chelín permanece en su bolsillo y él sigue caminando, pensando cómo puede conseguir algo de comida sin pedirselo a Betty, hasta que llega al Salón Recreativo, rodeado de oleadas de gente.

Es demasiado pronto para el baile del sábado, así que Jabavu merodea entre la gente para ver qué está pasando. Pronto ve al señor Samu con otros en una puerta lateral y se acerca con la sensación de que va a encontrar quien lo ayude. El señor Samu habla con un amigo de un modo que Jabavu reconoce en seguida: como si ese amigo no fuera una, sino muchas personas. La mirada del señor Samu va recorriendo las caras de quienes están junto a él, siempre moviéndose, como si se sirviera de los ojos para retenerlos, juntarlos, convertirlos en uno solo. Sus ojos se detienen en el rostro de Jabavu y Jabavu sonríe y da un paso adelante... Pero el señor Samu no para de hablar y ya está mirando a otro. Jabavu siente como si algo frío le hubiera golpeado el estómago. Por primera vez, piensa: «El señor Samu está enfadado porque me escapé la otra mañana». De inmediato se aleja con arrogancia, y se va diciendo: «Bueno, no me importa el señor Samu, no es más que un charlatán, los iluminados son tontos y no hacen más que pedir y pedir favores al gobierno». Sin embargo, no ha recorrido siquiera cien metros cuando sus pies frenan el paso, se detienen y luego parecen obligarle a darse la vuelta de tal modo que sólo puede caminar hacia el Salón. La gente se apiña ante la puerta grande, el señor Samu ha entrado y Jabavu camina detrás de la multitud. Cuando consigue entrar, el Salón ya está lleno y él se queda al fondo, apoyado en la pared.

En el estrado está el señor Samu, el otro hombre que iba con él en el monte y un tercero, al que casi de inmediato presentan como el señor Mizi. Los ojos de Jabavu, deslumbrados por la cantidad de gente, apenas alcanzan a ver el rostro del señor Mizi, pero entiende que se trata de un hombre de gran fuerza e inteligencia. Se pone tan tieso y derecho como puede por si acaso el señor Samu llega a verlo, pero los ojos de éste vuelven a resbalar por él sin reconocerlo y Jabavu piensa: «Pero, ¿quién es el señor Samu? Al lado del señor Mizi no es nadie...». Entonces se fija en cómo van vestidos esos hombres y ve que llevan ropa oscura, y en algunos casos vieja, o incluso llena de remiendos. En ese salón no hay nadie que lleve ropa vistosa y elegante como la del propio Jabavu, así que el niño pequeño y desdichado que lleva dentro se calma, aplacado, y él consigue guardar silencio y escuchar.

Está hablando el señor Mizi. Tiene una voz potente y la gente sentada en los bancos permanece inmóvil, inclinada hacia delante, con el anhelo pintado en las caras, como si escucharan una bella

historia. Sin embargo, lo que dice el señor Mizi no tiene nada de bello. Jabavu no entiende y pregunta al hombre que tiene a su lado qué es esa reunión. El hombre le explica que los señores del estrado son los líderes de la Liga para el Avance del Pueblo Africano; que ahora están hablando de las leyes que tratan a los africanos de forma distinta a los blancos... Son muy listos, le dice, son capaces de entender leyes escritas y eso lleva muchos años. Luego, hablarán a los presentes del trato que se da a la tierra en las reservas, de cómo el gobierno quiere reducir la cantidad de ganado en propiedad de los africanos, de las leyes sobre licencias y de muchas otras cosas. A Jabavu le enseñan un papel con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6, a cuyo lado encuentra palabras como Reducción de Ganado. Le dicen que ese papel es un Orden del Día.

Primero habla mucho rato el señor Mizi, luego el señor Samu, luego otra vez el señor Mizi, y a veces parece que la gente del salón ruge de rabia, otras veces suspiran y gritan: «¡Qué vergüenza!». Jabavu hace suyos esos sentimientos, parecidos a los de cualquier individuo, y él también empieza a aplaudir, a suspirar y gritar: «¡Vergüenza, vergüenza!». Sin embargo, apenas entiende lo que se dice. Al cabo de mucho rato el señor Mizi se levanta para hablar de un asunto al que se refiere como Salario Mínimo, y ahora sí que Jabavu entiende todas las palabras. El señor Mizi dice que no hace mucho un miembro del parlamento de los blancos pidió una ley que exigiera que el sueldo mínimo de los trabajadores africanos fuera de una libra al mes, pero los demás miembros de ese parlamento dijeron que no, que era demasiado. Ahora el señor Mizi dice que quiere que firmen todos una petición a los miembros del parlamento para que reconsideren esa cruel decisión. Y cuando dice eso todos los hombres y mujeres del parlamento rugen: «¡Sí, sí!» y aplauden tanto rato que a Jabavu se le cansan las manos. Ahora está mirando a uno de esos hombres grandes y sabios del estrado y todos los nervios de su cuerpo anhelan parecerse a él. Se ve plantado en un estrado mientras cientos de personas suspiran, aplauden y gritan: «Sí, sí».

De repente, sin saber cómo ha podido pasar, su mano está alzada y acaba de decir:

–Por favor, quiero hablar.

Todos los presentes se han dado la vuelta para mirarlo, y parecen sorprendidos. En el salón hay un silencio absoluto. El señor Samu se levanta enseguida y, tras una larga mirada a Jabavu, dice:

–Por favor, este joven es amigo mío. Dejémosle hablar.

Sonríe y saluda a Jabavu, quien siente un orgullo inmenso, como si un halcón enorme lo hubiera alzado por el cielo con sus alas. Se tambalea un poco. Luego cuenta que acaba de llegar hace sólo cuatro días de la aldea, que fue más listo que los reclutadores que querían engañarlo, que no tenía comida y se desmayó de hambre y un médico blanco lo trató como si fuera un buey, cómo ha buscado trabajo... Las palabras fluyen por la lengua de Jabavu como si detrás de él hubiera alguien muy inteligente y le susurrara al oído. Esa persona tan inteligente no menciona algunas cosas, como el robo de ropa, zapatos y comida, o su encuentro con Betty y la noche que pasó en el antro. Pero sí explica que en el jardín de una blanca le ordenaron rudamente que fuera a la parte trasera, «que es el lugar adecuado para los negros» –eso lo cuenta Jabavu con gran amargura–, y que le han ofrecido doce chelines al mes y algo de comida por su trabajo. Y mientras Jabavu habla la gente del salón murmura: «Sí, sí».

Jabavu tiene aún muchas palabras por decir cuando el señor Samu se levanta y lo interrumpe:

–Agradecemos mucho a este joven lo que ha dicho. Sus experiencias son las típicas de los jóvenes cuando llegan a la ciudad. Todos sabemos por nuestra propia vida que lo que dice es cierto, pero a nadie le hace ningún mal oírlo otra vez.

Luego introduce tranquilamente el siguiente asunto, sobre la desgracia de que los africanos tengan que llevar tantas licencias, y la reunión sigue su curso. Jabavu está enfadado, pues no le parece justo que la reunión pase a otro tema después de las cosas horribles que acaba de contar. Además, se ha dado cuenta de que algunos, al volver la vista de nuevo hacia el estrado, se sonreían entre ellos; esas sonrisas han herido su orgullo. Mira al hombre que tiene a su lado y éste no dice nada. Entonces, como Jabavu sigue mirándolo y sonriendo, exigiéndole unas palabras, el hombre se dirige a él con amabilidad:

–Eres un bocazas, amigo.

Al oírlo, Jabavu siente tal ira que su mano se alza como si tuviera voluntad propia y está a punto de pegar al hombre, pero éste lo agarra rápidamente por la muñeca y murmura:

–Quieto, que te vas a meter en un lío. Aquí no se pelea.

Angustiado, Jabavu susurra:

–Me llamo Jabavu, no Bocazas.

–Yo no digo nada de tu nombre, no lo conozco. Pero aquí no se pelea. Bastantes problemas tienen ya los iluminados.

Jabavu se abre paso hacia la puerta, porque siente como si las burlas repicaran en sus oídos y le repitieran una y otra vez: «Bocazas, bocazas». Sin embargo, se acumula tanta gente de pie ante la puerta que no puede salir, aunque lo intenta con tal insistencia que termina molestándoles y le piden que se esté quieto. Y mientras permanece allí, rabioso y desdichado, un hombre le dice:

–Amigo, lo que has dicho me ha llegado al corazón. Es muy cierto.

Jabavu olvida su amargura y se siente de pronto calmado y lleno de orgullo; lo que no puede saber es que ese hombre se ha dirigido a él sólo para poder ver su rostro con claridad, pues acude a esta clase de reuniones fingiendo ser uno más para irse luego a la oficina del gobierno que desea estar informada sobre los africanos problemáticos y sediciosos. Antes de que se termine la reunión, Jabavu le dice su nombre a ese hombre amistoso, le cuenta de qué pueblo es y le explica lo mucho que admira a los iluminados, información que el otro agradece sobremanera.

Cuando el señor Samu da por terminada la reunión, Jabavu sale tan deprisa como puede y va a la otra puerta, por donde han de salir los oradores. El señor Samu le sonrío y asiente al verlo y luego le estrecha la mano y le presenta al señor Mizi. Nadie le felicita por lo que ha dicho, más bien lo miran como suelen hacer los ancianos de los pueblos cuando piensan: «Este muchacho podría terminar resultando útil e inteligente si sus padres son estrictos con él». El señor Samu le dice:

–Bueno, bueno, joven amigo, no has tenido mucha suerte desde que llegaste a la ciudad, pero si crees que tu caso es excepcional cometerás un error. –Luego, viendo la cara de desánimo de Jabavu, añade con amabilidad–: ¿Por qué te fuiste tan pronto la otra mañana? ¿Y por qué no fuiste a casa del señor Mizi, que siempre está encantado de ofrecer ayuda a quien la necesita?

Jabavu mantiene la cabeza gacha y dice que se fue corriendo porque quería llegar pronto a la ciudad y en ningún caso quería despertarlos, y que no pudo encontrar la casa del señor Mizi.

Éste propone:

–Pues ven ahora con nosotros, y así la encontrarás.

El señor Mizi es un hombre grande, fuerte, de amplias espaldas. Si Jabavu es como un toro joven, torpe en el manejo de su fuerza, el señor Mizi es un toro mayor, acostumbrado a usar su poder. No es la clase de cara que un joven amaría a primera vista, pues en ella no hay risas ni una calidez inmediata. Es serio, pensativo, y sus ojos lo ven todo. Pero aunque Jabavu no ame al señor Mizi, sí que lo admira y cada vez se siente más como un niño pequeño; cuanto más crece en él la sensación de dependencia, una sensación que odia y le produce rabia, más duda si debe huir o quedarse donde está. Al fin decide quedarse y camina con todo el grupo hacia la casa del señor Mizi.

La casa se parece a la del griego. Jabavu ya sabe que no es nada, comparada con las de los hombres blancos, pero la habitación delantera le resulta muy agradable. Hay un espejo grande en la pared y una mesa grande cubierta con una tela verde suave de la que penden unas borlas gruesas y sedosas; alrededor de la mesa hay muchas sillas. Jabavu se sienta en el suelo en señal de respeto, pero la señora Mizi, mientras saluda a los invitados, le dice:

–Amigo, siéntate en esta silla.

Y se la acerca. La señora Mizi es una mujer pequeña, con cara alegre y unos ojos que van de un punto a otro buscando algo de lo que reírse. Se diría que la señora Mizi tiene tantas risas que ha dejado sin ellas a su marido, mientras que éste piensa tanto que la señora Mizi se ha quedado sin pensamientos. Viéndola a solas parece difícil creer que tenga un marido tan grande, serio e inteligente; en cambio, viéndolo a él, no parece que su mujer haya de ser tan bajita y risueña. Y sin embargo, encajan bien juntos, como si conformaran una sola persona.

Jabavu está tan asombrado de estar allí que tumba la silla y se muere de vergüenza, pero la señora Mizi se ríe con tan buen humor que él empieza a reír también y sólo para al darse cuenta de que esos amigos no están reunidos sólo por amistad, sino también para hablar de cosas serias.

Sentados en torno a la mesa están el señor y la señora Samu, el hermano de ésta, el señor y la señora Mizi y un joven hijo suyo. La señora Mizi pone el té en la mesa, en unas bonitas tazas blancas, y muchos pastelitos con azúcar rosado. El joven se bebe su taza deprisa y luego dice que quiere estudiar y se va a la habitación contigua con un pastel en la mano, mientras la señora Mizi pone los ojos en blanco y se queja de que se va a morir de tanto estudiar. Sin embargo, el señor Mizi le dice que no sea tonta, así que ella se sienta a escuchar, sin dejar de sonreír.

El señor Mizi y el señor Samu hablan. Parece que hablan entre ellos, aunque de vez en cuando lanzan una mirada a Jabavu, pues no dicen sólo lo que les viene a la cabeza, sino lo que creen que éste necesita aprender.

Jabavu no lo entiende desde el principio y, cuando por fin lo hace, se le nubla el oído con una tormenta de rencor. Una voz dice: «Yo, Jabavu, tratado como un crío». En cambio, la otra: «Escúchalos, son buena gente». De modo que sólo entran en su mente fragmentos de palabras y allí forman una idea tan retorcida y extraña que si esos hombres sabios e inteligentes pudieran verla se llevarían una sorpresa. Pero tal vez sea una debilidad por su parte, pues se pasan la vida estudiando y hablando de cosas como el movimiento de la historia, o el desarrollo de la sociedad, que olvidan sus propias infancias, el tiempo en que esas frases tienen un sonido extraño e incluso terrible.

Así que Jabavu permanece sentado a la mesa, comiéndose los pasteles que la señora Mizi insiste en pasarle, y su cara está primero hosca y reticente, luego brillante y ansiosa, aunque por momentos baja la mirada para esconder lo que piensa y luego la alza de golpe para decir: «¡Sí, sí, eso es cierto!».

El señor Mizi habla de lo duro que resulta para los africanos llegar por primera vez a la ciudad sin saber nada, encima de que deben dejar atrás todo lo que aprendieron en la aldea. Dice que se ha de perdonar a esos jóvenes si por pura confusión caen en malas compañías.

Ahí Jabavu levanta instintivamente los brazos para cruzarlos por delante de su brillante camisa nueva y la señora Mizi le sonríe y le rellena la taza.

Luego el señor Samu dice que esa clase de jóvenes pueden escoger entre una vida corta, con dinero y diversión, antes de ir a la cárcel, o antes de sufrir alguna enfermedad; o trabajar para el bien de los suyos y... Pero ahí la señora Mizi suelta una carcajada estridente y dice:

—Sí, sí, pero eso también puede representar una vida corta, o la cárcel.

El señor Mizi sonríe con paciencia y dice que a su mujer le gustan las bromas y que hay una diferencia entre ir a la cárcel por tonterías como un robo o ir a la cárcel por una buena causa. Luego sigue hablando y dice que un joven inteligente entenderá enseguida que la compañía de los matsotsi no trae más que problemas y por eso se dedicará a estudiar. Aún más, pronto entenderá que es una tontería trabajar de pinche de cocina, o de sirviente en la casa, o en una oficina, porque allí nunca se juntan más de dos o tres, y por eso preferirá ir a una fábrica, o incluso a las minas, porque... Pero durante unos diez minutos Jabavu no entiende ni una palabra, pues el señor Mizi construye frases relativas al desarrollo de la industria, la clase obrera y la misión histórica. Pero lo que dice el señor Mizi vuelve a ser fácil de seguir cuando afirma que Jabavu ha de trabajar mucho para que todo el mundo se fie de él, y estudiar de noche, por su cuenta o con otros, pues un hombre que quiera liderar a los demás no sólo ha de ser mejor que ellos, sino también más sabio... Y aquí la señora Mizi se ríe y dice que a su marido se le ha subido el éxito a la cabeza y que sólo es un líder porque puede hablar más fuerte que nadie. Al oírlo, el señor Mizi sonríe con cariño y dice que las mujeres han de respetar a sus maridos.

Jabavu interrumpe el flirteo entre el señor Mizi y su esposa y pregunta de pronto:

—Dígame, por favor, ¿cuánto dinero ganaré en una fábrica?

Hay tanta hambre en su voz que el señor Mizi frunce un poco el ceño y la señora Mizi hace una mueca y menea la cabeza.

El señor Mizi contesta:

—No demasiado. Tal vez una libra al mes. Pero...

Entonces la señora Mizi suelta una carcajada irreprimible y dice:

–Cuando era pequeña y estudiaba en el colegio católico, sólo me hablaban de Dios y me decían que debía ser buena, que el pecado es malo, que querer ser feliz era una perversión y que sólo podía pensar en el cielo. Luego conocí al señor Mizi y me dijo que Dios no existe y pensé: «Ah, ahora tendré un marido elegante y guapo, no iré a la iglesia, me lo pasaré muy bien, bailaré y me divertiré». Pero he descubierto que aunque Dios no exista me he de portar bien igualmente y no puedo pensar en bailar, ni en divertirme, sino en la llegada del cielo a la tierra... A veces creo que estos hombres tan listos son tan malos como los predicadores.

Le hace tanta gracia que se lleva la mano a la boca y mira a su marido con los ojos muy abiertos y éste suspira y contesta con paciencia:

–Hay algo de cierto en lo que dices. Hubo un tiempo del desarrollo de la sociedad en que la religión era progresista y contenía toda la bondad de la humanidad, pero ahora la bondad y la esperanza corresponden a los movimientos del pueblo, en cualquier lugar del mundo.

Jabavu no encuentra sentido a estas palabras y mira a la señora Mizi en busca de ayuda, como miraría un niño a su madre. Efectivamente, ella comprende lo que pasa por su mente mejor que cualquiera de los dos hombres inteligentes, o incluso mejor que la señora Samu, que ya no conserva nada de la niña que fue.

La señora Mizi ve la mirada de Jabavu, que le pide amor y protección contra la dureza de esos hombres, y asiente y le sonríe, como si le dijera: «Sí, yo me río, pero tú deberías escuchar, porque tienen razón». Jabavu agacha la cabeza y piensa: «Tengo que pasarme la vida entera trabajando por una libra al mes y estudiando por las noches, sin tener ropa buena, ni bailar...». Y siente el ardor de su vieja hambre, que le dice: «Corre, huye corriendo antes de que sea demasiado tarde».

Pero los hombres iluminados ven con tal claridad cuál debería ser el buen camino para Jabavu que para ellos al parecer no hace falta añadir nada más, así que proceden a comentar cómo debe organizar su vida un líder, como si Jabavu ya lo fuera. Dicen que esa clase de hombre debe comportarse de tal modo que nadie pueda decir que es malo. Debe mantenerse sobrio y respetar la ley, ha de tener cuidado de no infringir jamás ni la menor regulación de licencias, ni olvidarse de poner una luz en su bicicleta, ni salir tras el toque de queda, pues –y aquí sonríen como si dijeran el mejor chiste– bastante atención les presta la policía tal como están las cosas. Si alguien les confía su dinero han de responder hasta del último penique...

–Como si –interviene la señora Mizi, con una risilla– fuera dinero del cielo y debieran rendir cuentas a Dios.

También dicen que ha de tener sólo una mujer y serle fiel, aunque ahí el señor Mizi, jugueteón, añade que él tendría sólo una de todos modos y que, por lo tanto, no se debe culpar de eso a los males de esa época.

En ese momento todos se ríen mucho, incluso el señor Mizi. Se dan cuenta de que Jabavu no ríe; al contrario, guarda silencio, con la cara arrugada de tanto pensar. Entonces el señor Samu cuenta la siguiente historia, en beneficio de la educación de Jabavu, mientras las demás voces pelean y discuten en su interior con tal estridencia que apenas logra oír la del señor Samu:

–El señor Mizi –dice Samu– es un ejemplo para todos los que deseamos contribuir a que el pueblo africano logre una vida mejor. En otros tiempos fue mensajero de la oficina del Comisario para los Nativos, e incluso interprete, de modo que se le debía respeto y ganaba un buen sueldo. Sin embargo, como empleado del gobierno tenía prohibido participar en las reuniones de la Liga, o incluso ser miembro de la misma. Por eso ahorró todo su dinero, y eso le llevó muchos años, para comprarse una pequeña tienda en el Distrito, y así pudo dejar su trabajo e independizarse. Sin embargo ahora pasa dificultades para ganarse la vida porque para la Liga sería terrible que acusaran a su líder de subir los precios, o de engañar a los clientes, y eso significa que las demás tiendas siempre ganan más que la del señor y la señora Mizi y entonces...

Ya muy entrada la noche, proponen a Jabavu que se quede a dormir ahí esa noche y se ofrecen a buscarle trabajo por la mañana en una fábrica. Jabavu da las gracias al señor Mizi y luego al señor Samu, pero con voz baja y preocupada. Lo llevan a la cocina, donde el hijo de los Mizi sigue

sentado con sus libros. En la cocina hay una cama para el hijo y ponen un colchón en el suelo para Jabavu. La señora Mizi dice a su hijo:

–Bueno, ya basta de estudiar. A la cama.

Él abandona los libros con reticencia y sale de la cocina para lavarse antes de acostarse. Jabavu permanece incómodo junto al colchón y ve cómo la señora Mizi prepara las sábanas de su hijo para que duerma mejor: siente el fuerte deseo de contárselo todo, cómo anhela esforzarse por llegar a ser un iluminado y cómo lo teme al mismo tiempo. Pero no se lo cuenta porque le da vergüenza. Luego la señora Mizi se levanta y lo mira con amabilidad. Se acerca a él, le apoya una mano en el brazo y le dice:

–Bueno, hijo mío, te diré un secreto: el señor Mizi y el señor Samu no son tan terribles como parecen.

Suelta una risilla, sin dejar de lanzarle miradas de preocupación, y le aprieta un par de veces el brazo, como si dijera: «Ríete un poco y todo será más fácil». Pero Jabavu no puede reír. Mete la mano en el bolsillo, saca su chelín y, casi sin darse cuenta, se lo pone en la mano a la mujer.

–¿Qué es esto? –pregunta la mujer, sorprendida.

–Es un chelín. Para la obra.

Lo que más desea en ese momento es que ella coja la moneda y entienda lo que le está diciendo. Ella se queda quieta, mira la moneda que tiene en la mano, luego a Jabavu, asiente y sonríe.

–Eso está muy bien, hijo –dice, con voz suave–. Está muy bien. Se la daré al señor Mizi y le diré que has dado tu único chelín para contribuir a su obra.

De nuevo le apoya las manos en el brazo y aprieta con calidez; luego le da las buenas noches y se va.

Casi al instante regresa el hijo y, tras cerrar la puerta para que no lo vea su madre y lo riña, vuelve a sus libros. Jabavu se tumba en el colchón y siente el corazón agrandado y lleno de amor hacia la señora Mizi por su amabilidad; está lleno de buenas intenciones para el futuro. Luego, mientras permanece tumbado y abrigado, nota que el hijo tiene los ojos rojos de tanto estudiar, ve que es serio y firme, igual que su padre, aunque tiene la misma edad que Jabavu. Siente un frío desaliento y, pese a su deseo de vivir como los hombres buenos, no puede evitar un pensamiento: «¿Tendré que ser también así, trabajar todo el día y luego toda la noche? ¿Y todo eso por los demás?». Dominado por la miseria de ese pensamiento se duerme y sueña y, aunque no sabe lo que sueña, lucha y llama con tal fuerza que la señora Mizi, quien espía detrás de la puerta para asegurarse de que su hijo ha sido sensato y se ha acostado, lo oye y chasquea la lengua. Pobre chico, piensa, pobre chico... Y se vuelve a la cama, rezando, pues tiene esa costumbre antes de acostarse, aunque la mantiene en secreto porque el señor Mizi se enfadaría si se enterase. Tal como aprendió en la Escuela Católica de la Misión, reza por Jabavu, que necesita ayuda en su lucha contra la tentación de los antros y los matsotsi, y reza por su hijo, a quien más bien teme porque está siempre muy serio y sabe perfectamente en qué quiere convertirse.

Reza tanto rato, sentada en la cama, que el señor Mizi se despierta y le pregunta:

–Eh, bueno, mujer, ¿qué haces?

Y ella contesta sumisa:

–Pues nada de nada.

–Pues a dormir –dice él, en un gruñido–. Para nuestra obra va mejor el sueño que el rezo.

–La verdad es que vivimos tiempos tan malos para nuestra gente –responde ella– que un poco de oración no puede venir mal, como mínimo.

Y él insiste:

–Eres como una cría. A dormir.

Así que ella se acuesta y marido y mujer duermen llenos de alegría por sí mismos y por Jabavu. El señor Mizi ya está planificando cómo va a poner a prueba su lealtad, como lo formará después y luego le enseñará a hablar en las reuniones y después...

Jabavu se despierta de su pesadilla y un halo de luz frío y gris entra ya por la ventana pequeña. El hijo está tumbado en su cama, dormido, vestido aún, pues estaba tan cansado al acostarse que ni siquiera pudo quitarse la ropa.

Se levanta, ligero como un felino, se acerca a la mesa, sobre la que están tumbados los libros, y los mira. Las palabras son tan raras y difíciles que no entiende su significado. Se queda quieto, en silencio, rígido, en aquella cocina pequeña y fría, con las manos prietas, los ojos ruedan de un lado a otro, primero hacia el joven serio y listo, agotado de tanto estudiar, luego hacia la ventana, por donde entra la luz de la mañana. Se queda de pie mucho rato, sufre por la violencia de sus sentimientos. Ah, no sabe qué hacer. Primero da un paso hacia la ventana, luego vuelve al colchón como si fuera a acostarse, y su hambre no hace más que rugir y quemarle por dentro como si tuviera un fuego. Oye voces que lo llaman: «Jabavu, Jabavu», pero no sabe si invocan a un hombre rico con bellas ropas o a un hombre iluminado con sabiduría y una voz fuerte y persuasiva.

Entonces amaina la tormenta en su interior y se siente vacío, sin ningún sentimiento. Va de puntillas hasta la ventana, corre el cerrojo, salta sobre el alféizar y sale. Abajo hay una mata, tras la que se agacha para mirar a su alrededor. Las casas y los árboles parecen alzarse sobre la mañana entre las sombras de la noche, pues el cielo está ya claro y gris, con largas manchas sonrosadas, y sin embargo aún brilla la palidez de las farolas en la penumbra de las calles. Por esas mismas calles circula un ejército de gente que va al trabajo, aunque Jabavu creía que todo estaría desierto todavía. Si lo llega a saber no se hubiera atrevido a huir; ahora ha de pasar de la mata a la calle sin que lo vean. Sigue agazapado, temblando de frío, mirando a los que pasan, escuchando el rumor de sus pasos, y entonces le parece que alguien lo está mirando. Es un hombre joven, delgado, con la cabeza pequeña, atenta, que lo mira todo. Ha de ser uno de los matsotsi, se le nota por la ropa. Los pantalones son estrechos por abajo, tiene los hombros huesudos, lleva un pañuelo al cuello, de color rojo brillante. Desde encima del pañuelo, al parecer, los ojos escrutan la mata donde se esconde Jabavu. Y sin embargo no puede ser, porque éste no lo ha visto jamás. Se pone en pie, hace ver que está orinando en el seto y camina tranquilo hacia la calle. De inmediato el joven se mueve y camina a su lado. Jabavu tiene miedo y no sabe por qué; no dice nada y mantiene la mirada fija hacia delante.

—¿Qué tal está el inteligente señor Mizi? —pregunta el joven al fin.

—No sé quién eres —contesta Jabavu.

Entonces el joven se ríe y dice:

—Me llamo Jerry. Ahora ya sabes quién soy.

Jabavu acelera el paso y Jerry lo imita.

—¿Y qué dirá el inteligente señor Mizi cuando se entere de que has salido por la ventana? —pregunta Jerry con una voz leve, desagradable.

Se pone a silbar una tonada suave, con una sonrisa en la cara, como si su propio silbido le pareciera hermoso.

—No he salido por la ventana —contesta Jabavu, con la voz temblorosa de miedo.

—Vaya, vaya. Anoche te vi entrar en la casa con el señor Mizi y el señor Samu y esta mañana te veo salir por la ventana. ¿Qué te parece? —pregunta Jerry con la misma voz leve.

Jabavu se queda parado en medio de la calle y pregunta:

—¿Por qué me vigilas?

—Te vigilo por Betty —contesta alegremente Jerry, y sigue silbando.

Jabavu avanza despacio y desea con todo su corazón haber seguido en el colchón de la cocina de la señora Mizi. Se da cuenta de que esta situación no le conviene nada, pero no sabe por qué. Por eso piensa: «¿De qué tengo miedo? ¿Qué puede hacerme este Jerry? No debo comportarme como un niño». Y dice:

—No te conozco y no quiero ver a Betty, así que lárgate.

Jerry adopta una voz fea y amenazante para decir:

—Betty te matará. Me ha pedido que te diga que vendrá con su cuchillo y te matará.

Y de pronto Jabavu se echa a reír y contesta con toda sinceridad:

—No me da miedo el cuchillo de Betty. Habla demasiado de su cuchillo.

Jerry guarda silencio, respira un par de veces y mira a Jabavu de un modo distinto. Luego se ríe también y contesta:

—Tienes razón amigo. Es una tontorrón.

–Es muy tontorrón –concede Jabavu, convencido.

Se ríen los dos y caminan más unidos.

–¿Qué vas a hacer ahora? –pregunta Jerry en tono suave.

–No lo sé –contesta Jabavu.

De nuevo se detiene y piensa: «Si regreso en seguida puedo volver a entrar por la ventana antes de que se despierten, y nadie se enterará de que he salido». Pero Jerry parece adivinar lo que ha pensado y le dice:

–Eso de verte salir por la ventana del señor Mizi como un ladrón es un buen chiste.

Jabavu contesta de inmediato:

–No soy ningún ladrón.

Jerry se ríe y responde:

–Eres un gran ladrón, me lo ha contado Betty. Dice que eres muy inteligente. Robas tan deprisa que nadie se entera. –Se ríe un poco y añade–: ¿Y qué dirá el señor Mizi si le cuento lo bien que robas?

Jabavu comete la estupidez de preguntar:

–¿Se lo vas a decir?

Jerry se ríe una vez más, pero no contesta, y Jabavu sigue andando en silencio. Su mente tarda un poco en captar la verdad, e incluso entonces le cuesta creerla. Entonces Jerry, con el mismo tono ligero y alegre, le pregunta:

–¿Y qué dijo el señor Mizi cuando le contaste que habías estado en el antro y cuando le explicaste lo de Betty?

–No le he contado nada –contesta Jabavu, hosco, comprendiendo al fin por qué hace eso Jerry, y luego añade con ansiedad–: No le he contado nada de nada, y esa es la verdad. –Jerry se limita a caminar a su lado con una sonrisa desagradable. Jabavu le pregunta–: ¿Y por qué temes al señor Mizi...?

Pero no llega a terminar la pregunta porque Jerry se acaba de dar la vuelta de golpe y lo fulmina con la mirada.

–¿Quién dice que lo temo? No le tengo ningún miedo a ese... maleante.

Dedica al señor Mizi insultos que Jabavu no ha oído jamás.

–Entonces, no te entiendo –dice éste, con toda su simpleza.

–Claro que no entiendes nada –contesta Jerry–. El señor Mizi es un hombre peligroso. Como a la policía no le gusta nada lo que hace, él se chiva en cuanto se entera de un robo, o de una pelea. Y nos crea muchos problemas. El mes pasado montó una reunión en el Salón y habló de la delincuencia. Dijo que todos los africanos tienen el deber de evitar que la gente beba *skokian*, las peleas y los robos, y la obligación de ayudar a la policía a cerrar los antros y a limpiar Polonia Johannesburgo.

Jerry habla con mucho desprecio y de pronto Jabavu piensa: «Al señor Mizi no le gusta pasárselo bien, por eso impide que lo hagan los demás». Pero casi se avergüenza de pensarlo. «Sí, sería bueno que limpiaran Polonia Johannesburgo –piensa primero. Pero enseguida habla su hambre–: Pero a mí me gusta mucho bailar.»

–O sea que... –continúa Jerry, con calma– no nos gusta el señor Mizi.

Jabavu quisiera decir que a él sí le gusta, y mucho, pero no puede. Algo se lo impide. Escucha a Jerry, que sigue hablando de él, insultándolo con todas esas palabras nuevas, y no se le ocurre qué decir. Entonces Jerry cambia de voz y le pregunta en tono amenazante:

–¿Qué le has robado al señor Mizi?

–¿Al señor Mizi? –pregunta Jabavu, asombrado–. ¿Por qué iba a robarle nada?

Jerry lo agarra por un brazo, lo detiene y dice:

–Es rico, tiene una tienda y una buena casa. ¿Me vas a decir que no has robado nada? Entonces eres tonto y no te creo.

Jabavu se queda pasmado por la sorpresa al notar que los dedos de Jerry recorren con la velocidad de la luz sus bolsillos. Luego, Jerry se aparta de él, asombrado por completo, incapaz de

creer lo que sus dedos le acaban de confirmar, y vuelve a revisar los bolsillos de Jabavu. No encuentra más que un peine, un arpa de boca y una pastilla de jabón.

—¿Dónde lo has escondido? —pregunta Jerry.

Jabavu lo mira fijamente. Ahí empieza la mutua capacidad para entenderse que algún día, dentro de no demasiado tiempo, provocará serios problemas. Jerry es sencillamente incapaz de creer que Jabavu haya dejado pasar la oportunidad de robar algo; en cambio, para Jabavu, robar a los Mizi, o a los Samu, sería como robar a sus padres o a su hermano. Entonces Jerry decide fingir que lo cree y dice:

—Bueno, me han contado que son ricos. Tienen en su casa todo el dinero de la Liga. —Jabavu guarda silencio. Jerry sigue hablando—: ¿No has visto dónde lo esconden?

Jabavu mueve los hombros sin querer y busca una salida. Han llegado a un cruce y allí se detiene. Es tan simple que piensa torcer a la derecha, por la calle que lleva a la ciudad, con la idea de que podrá regresar a Alice y pedirle ayuda. Pero le basta una mirada al rostro de Jerry para entender que no es posible, de modo que sigue caminando a su lado por la otra calle, la que lleva a Polonia Johannesburgo.

—Vamos a ver a Betty —dice Jerry—. Es tontorróna, pero también es guapa.

Mira a Jabavu para hacerle reír, y Jabavu se ríe tal como el otro espera; al poco, los dos jóvenes hablan de Betty y dicen que si es así y asá, cómo es su cuerpo, cómo son sus pechos, y cualquiera que los viera caminar y reírse diría que son buenos amigos, felices de estar juntos.

Y no deja de ser cierto que Jabavu está en parte estimulado por la idea de que pronto irá al antro y estará con Betty, aunque se tranquiliza pensando que luego huirá de Jerry y volverá con los Mizi, e incluso llega a creérselo.

Da por hecho que van a la habitación de Betty en casa de la señora Kambusi, pero siguen caminado y bajan una cuesta hasta el riachuelo, luego suben por el otro lado hasta llegar a una vieja chabola que parece abandonada. Cruzan deprisa los árboles y setos que rodean la casa para llegar a la parte trasera y entran por una ventana que parece cerrada pero se abre bajo la presión del cuchillo de Jerry, deslizado entre el marco y el pasador. Una vez dentro, Jabavu ve no sólo a Betty, sino a media docena de personas, hombres jóvenes y una chica; mientras permanece de pie, invadido por el miedo, preguntándose qué va a pasar, lanzando a Betty una mirada retorcida, Jerry anuncia con voz animosa:

—Y éste es el amigo del que os habló Betty.

Guiña un ojo, pero Jabavu no lo ve. Lo saludan todos y él se sienta a su lado. Esa sala vacía fue en otro tiempo una tienda, pero ahora hay cajas en vez de sillas, y un cajón grande de embalaje en medio con unas cuantas velas enganchadas, barajas de cartas y botellas de diversas bebidas. Nadie bebe, pero ofrecen comida a Jabavu y él la acepta. Betty está callada y se comporta con educación, aunque cada vez que la mira a los ojos se da cuenta de que aún le gusta, cosa que lo incomoda, aparte de que ya bastante incómodo y asustado está por el mero hecho de no saber qué quieren de él. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo va perdiendo el miedo. Parece que se ríen mucho y no son violentos. El cuchillo de Betty no sale del bolso y lo único que pasa es que ella se sienta a su lado y, poniendo los ojos en blanco, le pregunta:

—¿Estás contento de volverme a ver?

Jabavu contesta que sí, y es verdad.

Luego van al Distrito y ven una película y Jabavu pierde el miedo para pasar a un estado de delirio que no le permite darse cuenta de que los demás se miran entre ellos y sonrían. Es una película de indios y vaqueros y hay muchos tiros y gritos y carreras al galope y Jabavu se imagina a sí mismo chillando y disparando y haciendo cabriolas con un caballo, igual que en la pantalla. Quisiera preguntar cómo se hacen las películas, pero no quiere confirmar su ignorancia a quienes la dan por cierta. Luego ya es mediodía y regresan a la tienda abandonada a jugar a cartas, pero ahora van de uno en uno, y de dos en dos, en secreto. Jabavu ya ha olvidado la parte de sí mismo que quisiera ser como el hijo del señor y la señora Mizi. Le parece natural estar jugando a cartas y apoyar de vez en cuando una mano en el pecho de Betty y beber. Beben cerveza africana, hecha como debe ser, lo cual significa que es ilegal porque ningún africano puede destilarla en el Distrito

para venderla. Y cuando llega el atardecer Jabavu está borracho pero no de un modo desagradable, y en consecuencia sus escrúpulos por estar allí le parecen de poca importancia, o incluso infantiles, y cuando susurra a Betty que le apetece ir a su habitación ella mira a Jerry y Jabavu se indigna por un momento, pues le parece que tal vez Jerry también duerma con ella cuando quiere... Sin embargo, esta misma mañana lo sabía, pues el propio Jerry se lo ha dicho, y entonces no le importaba. De hecho, los dos la insultaban y decían que era una zorra. Ahora es distinto y no le gusta recordarlo. Pero Betty le contesta sumisa que sí, que puede ir, de modo que se van los dos, pero sólo después de que Jerry le diga que se reúna con él al día siguiente para trabajar juntos. Todo el mundo se ríe al oír el verbo «trabajar», incluso el propio Jabavu. Luego se va con Betty a su habitación, y toma la precaución de cruzar la sala grande cuando está llena de gente que baila, en un momento en que no está la señora Kambusi, porque le da vergüenza verla. Betty lo complace en todo y se lo lleva a la cama como si no hubiera pensado en otra cosa desde que se fue. Lo cual es casi cierto, pero no del todo: Jerry le ha hecho pensar –de un modo desagradable, por cierto– en la deslealtad y la insensatez que cometió al relacionarse con él. Cuando se lo dijo por primera vez, se enfadó mucho más de lo que ella esperaba, aunque ya contaba en parte con eso. La pegó, la amenazó y la sometió a un interrogatorio tan largo y brutal que al fin perdió la cabeza, tampoco tan resistente en cualquier caso, y dijo toda clase de mentiras, tan contradictorias que Jerry terminó sin saber cuál era la verdad.

Primero dijo que no sabía que Jabavu conociese al señor Mizi, luego que sería útil tener en la banda a alguien que pudiera contarles los planes del señor Mizi... Y ahí Jerry le dio una bofetada y Betty se puso a llorar. Luego perdió la cabeza y dijo que pensaba casarse con Jabavu y formar su propia banda, pero no pasó mucho tiempo antes de que se arrepintiera, y mucho, de haber dicho eso. Porque Jerry sacó su cuchillo –destinado al uso verdadero, y no a la mera exhibición como el de Betty–, y al instante ella temblaba paralizada de terror. Así que Jerry la dejó con una serie de órdenes tan claras e indudables que ni siquiera su cabeza alocada podía malinterpretarlas.

Sin embargo esa noche Jabavu sólo piensa que está celoso de Jerry y que no permitirá que ningún otro hombre duerma con Betty. Habla tanto de eso que ella le dice, de mal humor, que aún no ha aprendido nada, pues sin duda le bastaría mirar a Jerry para darse cuenta de que las mujeres no le interesan en absoluto. Esas sutilezas de la ciudad son tan extrañas para Jabavu que le cuesta cierto tiempo entenderlo y cuando al fin lo hace no siente más que desprecio por Jerry, y ese desprecio lo lleva a decidir que es una tontería tenerle miedo y que se irá con los Mizi.

Por la mañana Betty lo despierta pronto y le recuerda que ha de reunirse con Jerry en un lugar determinado; Jabavu dice que no quiere ir, que prefiere volver con los hombres iluminados. En ese momento Betty se levanta de un salto y se agacha hacia él con el miedo en los ojos y le dice:

–¿No has entendido que Jerry te va a matar?

Jabavu contesta:

–Antes de que pueda matarme ya estaré en casa de los Mizi.

–No seas tan niño –dice ella–. Jerry no lo permitirá.

–No entiendo por qué no os cae bien el señor Mizi –dice Jabavu–. A él tampoco le gusta la policía.

–A lo mejor es porque Jerry le robó al señor Samu un dinero que pertenecía a la Liga y...

Pero Jabavu se ríe al oírlo y se gana su docilidad con abrazos y le susurra que volverá a casa de los Mizi, cambiará de vida y será honesto y luego se casará con ella. No lo hace queriendo, pero Betty lo ama y entre su miedo a Jerry y su amor por Jabavu no puede más que llorar, tumbada en la cama, con la cara escondida. Jabavu se inclina sobre ella y le dice que no puede más que pensar en la noche en que se verán de nuevo, algo que oyó decir a un vaquero en la película que vieron juntos, y luego le da un beso largo e intenso, exactamente igual que el que se dieron el vaquero y la chica adorable, y después se va, convencido de que llegará en seguida a casa del señor Mizi. Sin embargo, de inmediato ve a Jerry, que lo espera tras una de las chabolas altas de ladrillo.

Jabavu saluda a Jerry como si no lo sorprendiera verlo allí, aunque no lo engaña en absoluto, y los dos jóvenes se van hacia el mercado, que ya está abierto pese a la hora temprana porque los vendedores pasan la noche en sus puestos. Compran mazorcas de maíz hervidas, frías, y se las

comen mientras caminan por la calle que lleva a la ciudad. Caminan con otros muchos; algunos van en bicicleta. Son más o menos las siete de la mañana. Hace ya una hora que los sirvientes, los pinches de cocina y las niñeras se han ido al trabajo, de modo que éstos son obreros de las fábricas. Jabavu ve sus ropas ajadas, ve lo pobres que son, ve que son mucho menos listos que Jerry y no puede evitar la sensación de felicidad por no ser uno de ellos. Le provoca tal resentimiento que el señor Mizi quisiera enviarlo a una fábrica, que empieza a burlarse de nuevo de los iluminados y Jerry se ríe y aplaude y de vez en cuando añade algo para espolearlo.

Así empieza el día más asombroso, aterrador y sin embargo excitante que Jabavu ha experimentado jamás. Todo lo que ocurre lo sorprende, le hace temblar, y aún así... ¿Cómo puede no admirar a Jerry, tan tranquilo, tan rápido, tan valiente? A su lado se siente como un niño, y eso que aún no han empezado a «trabajar».

Porque Jerry lo lleva primero a la trastienda de un comerciante indio. Es una tienda para africanos y pueden entrar fácilmente con los demás, que entran y salen y merodean por la acera. Se quedan un rato en la tienda, oyendo la música de jazz que suena en el gramófono, y luego el indio empieza a mirarlos de un modo extraño y los dos jóvenes se cuelan en una habitación lateral, y de allí pasan a la trastienda. Está atiborrada de objetos de todas las clases: ropa de segunda mano, ropa nueva, relojes de pulsera y de pared, zapatos... No tiene fin. Jerry le dice a Jabavu que se quite la ropa. Lo hacen los dos y luego se ponen ropa normal para parecerse a todos los demás: pantalones cortos de color caqui, con un remiendo en la parte trasera los de Jabavu, y camisas blancas bastante sucias. Sin corbata y con sandalias de tela en los pies. Los pies de Jabavu están encantados de liberarse de los zapatos de piel gruesa, aunque le duela separarse de ellos así sea por un rato.

Luego Jerry coge una cesta grande en la que hay unas pocas verduras frescas y abandonan la trastienda, pero esta vez por la puerta que lleva a la calle. Jabavu pregunta quién es el indio, pero Jerry contesta con brusquedad que sólo es un indio que los ayuda en su trabajo, cosa que no significa nada para Jabavu. Echan a andar por la zona de tiendas de africanos y de indios y Jabavu mira maravillado a Jerry, quien parece otra persona, más bien como un simple muchacho de pueblo, con la cara fresca y clara. Sólo sus ojos siguen igual, rápidos, astutos, entrecerrados. Llegan a una calle de casas de blancos y Jerry y Jabavu se acercan a una puerta trasera a vender sus verduras. Una voz les grita que se vayan. Jerry mira rápidamente a su alrededor: hay una mesa en el porche trasero con un bonito mantel; lo arranca de un tirón, lo enrolla a tal velocidad que Jabavu apenas ve moverse los dedos, y el mantel desaparece bajo las verduras. Se alejan caminando despacio, como dos vendedores respetables. En la siguiente casa, una mujer les compra una col y, mientras busca dinero en el interior de la casa, Jerry saca por la ventana abierta un reloj y un cenicero, que también terminan escondidos bajo las verduras. En la casa siguiente no hay nada que robar porque la mujer está sentada haciendo punto en el porche trasero para verlo todo desde allí, pero en la siguiente hay otro mantel.

Entonces ocurre algo que hace sentir mal a Jabavu, aunque para Jerry es motivo de grandes risas: un policía les pregunta qué llevan en la cesta y Jerry le cuenta una historia larga y triste, muy confusa, según la cual acaban de llegar a la ciudad por primera vez y se han perdido, de modo que el policía se comporta con mucha amabilidad y les da buenos consejos.

Después de reírse del policía, Jerry dice:

—Ahora vamos a hacer algo serio, porque todo lo que hemos hecho hasta ahora era cosa de niños.

Jabavu contesta que no se quiere meter en ningún lío, pero Jerry le dice que si no obedece lo matará. Jabavu se preocupa, porque cuando Jerry se ríe y dice esas cosas nunca sabe si debe tomárselo en serio. En un instante piensa que es broma; al siguiente está temblando. Sin embargo, en algunos momentos, cuando bromean juntos, siente que le ha caído bien... En definitiva, Jerry le provoca mayor confusión que nadie a quien haya conocido hasta entonces. Se puede decir que Betty es así o así, que el señor Mizi se comporta de tal o cual modo, pero con Jerry siempre hay una dificultad, una sombra, incluso en los momentos en que Jabavu no puede evitar que le caiga bien.

Van a una tienda para blancos. Es pequeña y está llena de gente. Un blanco atiende tras el mostrador y está siempre muy ocupado. Hay varias mujeres esperando para comprar algo. Una de ellas lleva un bebé en un cochecito, a cuyos pies ha dejado el bolso. Jerry mira el bolso y luego a

Jabavu, quien entiende muy bien lo que eso significa. Se le enfría el corazón, pero la mirada de Jerry da tanto miedo que sabe que ha de coger el bolso.

La mujer habla con una amiga y menea el cochecito adelante y atrás, mientras el niño duerme. Jabavu siente que una humedad fría le recorre la espalda y se le aflojan las rodillas. Sin embargo espera hasta que el dependiente blanco se da la vuelta para coger algo de un estante y la mujer se pone a reír con su amiga y en ese momento coge el bolso con un gesto rápido y sale por la puerta. Una vez allí se lo queda Jerry y lo mete debajo de las verduras.

–No corras –le dice con tranquilidad.

Aunque mantiene la cara tranquila, sus ojos vuelan como dardos. Doblan la esquina deprisa y entran en otra tienda. En esa no roban más que un puñado de sal sin ningún valor. Luego, Jerry le dice a Jabavu con auténtica admiración:

–Vales mucho para este trabajo. Betty me dijo la verdad. Nunca había visto a nadie tan bueno con tan poca experiencia.

Jabavu no puede evitar sentirse orgulloso, porque Jerry no es de halago fácil.

Dejan esa parte de la ciudad y siguen robando en otro barrio, donde consiguen otro reloj, unas cucharas y tenedores y luego, por pura casualidad, un bolso que alguien ha dejado en la mesa de una cocina.

Entonces regresan a la tienda del indio. Allí Jerry regatea con el dueño, quien les da dos libras por los diversos artículos, además de las cinco libras que hay entre los dos bolsos. Jerry le da a Jabavu un tercio del dinero, pero éste se enfada tanto de golpe que Jerry finge tomárselo a risa, le dice que sólo era una broma y le da la mitad que le corresponde. Luego, le dice:

–Son las dos de la tarde. En estas pocas horas hemos ganado tres libras cada uno. El indio corre el riesgo de vender objetos robados que alguien podría reconocer. Nosotros estamos a salvo. Bueno, ¿qué te parece este trabajo?

Jabavu, tras una pausa quizás demasiado larga que provoca una mirada suspicaz de Jerry, contesta:

–Creo que está muy bien. –Luego añade con timidez–: Pero mi licencia para buscar trabajo sólo vale para catorce días y ya han pasado unos cuantos.

–Yo te enseñaré lo que has de hacer –dice Jerry, despreocupado–. Es fácil. Vivir aquí es muy fácil para quien recurre a sus amigos. Además, hay que saber cuándo gastar dinero. Y hay otras cosas. Es útil tener una amiga que se haga amiga de algún policía. Nosotros tenemos dos mujeres así. Cada una de ellas tiene un policía. Si hay problemas, esos dos policías nos ayudan. Las mujeres son muy importantes en este trabajo.

Jabavu piensa, y después contesta con rapidez:

–¿Betty es una de esas mujeres?

Jerry, que esperaba la pregunta, responde con calma:

–Sí, a Betty se le da muy bien la policía. –Y luego añade–: No seas tan tonto. Entre nosotros no hay celos. No lo permito. Yo no tendría mujeres en la banda porque son muy malas para el trabajo, pero son útiles con la policía. Y te advierto una cosa: no pienso aceptar problemas con la policía. Si Betty te dice: «Esta noche viene mi policía», te callas. Si no...

Jerry enseña un trozo del mango del cuchillo por el borde del bolsillo para que Jabavu lo vea. Sin embargo sigue sonriendo con cara amistosa, como si todo fuera una broma. Jabavu sigue andando en silencio. Por primera vez entiende que ahora forma parte de la banda, que Jerry es el líder, que Betty es su mujer. Y ese estado de cosas... ¿cuánto va a durar? ¿No hay manera de escapar?

Tímidamente, pregunta:

–¿Desde cuándo existe esta banda?

Jerry tarda un poco en contestar. Todavía no se fía de Jabavu. Sin embargo, ha cambiado de opinión respecto a él desde esta mañana. El plan original consistía en hacerle robar algo y luego asegurarse de que tuviera problemas con la policía de modo que no hubiera nadie más implicado, para neutralizar su peligro. Pero le ha impresionado tanto la rapidez y la inteligencia de Jabavu para el «trabajo» que ahora desea conservarlo. Piensa: «Después de una semana de buena vida, cuando

haya robado varias veces y tal vez se haya metido en una o dos peleas, tendrá demasiado miedo para acercarse al señor Mizi. Será uno de nosotros y no representará ninguna amenaza».

–Hace dos años que soy el jefe de esta banda. Somos siete, dos mujeres y cinco hombres. Los hombres se encargan de robar, como hemos hecho esta mañana. Las mujeres se hacen amigas de la policía, o de cualquiera que pueda representar un peligro. Además, captan chicos de las aldeas que llegan a la ciudad y les roban. No dejamos a las mujeres salir a robar a la calle porque no lo hacen bien. Y no les contamos las cosas de la banda, porque hablan mucho y hacen tonterías.

Aquí viene una pausa y Jabavu entiende que Jerry está pensando que él también ha hecho las mismas tonterías que Betty. Pero le halaga que Jerry le cuente cosas que se ocultan a las mujeres.

Pregunta:

–Me gustaría saber otras cosas. ¿Qué pasan si cogen a uno de nosotros?

–En los dos años que llevo como jefe de la banda –contesta Jerry– nunca han cogido a nadie. Tenemos mucho cuidado. Pero si te pillan no hablarás de los otros, porque si no te pasará algo que no te va a gustar nada. –De nuevo muestra parte del cuchillo y otra vez sonríe como si fuera una broma. Cuando Jabavu le plantea otra pregunta, dice–: Ya basta por hoy. Aprenderás las cosas de la banda a su debido tiempo.

Jabavu piensa en lo que le han contado y entiende que de hecho sabe bien poca cosa y que Jerry no se fía de él. Entonces renace en su interior el anhelo por el señor Mizi y se maldice amargamente por haberse escapado. Sigue pensando con tristeza en el señor Mizi durante el camino, sin fijarse apenas en lo que hacen.

Se han encaminado hacia una hilera de casas donde vive la gente de color. Entran en una que está llena de gente, con niños por todas partes, van hasta la parte trasera y se meten en una habitación pequeña y oscura que huele mal. Hay un hombre de color tumbado en una cama, en un rincón, y Jabavu oye los jadeos de su respiración incluso antes de entrar. El hombre se levanta y, en la penumbra, Jabavu ve a un señor encorvado, enjuto, tan enfermo que su color natural se convierte en amarillo, con los ojos asomados entre la goma blanquecina que le espesa las pestañas y la boca abierta cada vez que jadea. En cuanto ve a Jerry le da una palmada en el hombro y éste se la devuelve con demasiada fuerza, porque el enfermo se echa hacia atrás, tose, resopla y cierra los brazos en torno al dolorido pecho, aunque se ríe también en cuanto recupera la respiración. A Jabavu le asombra esa risa terrible y tan frecuente entre esta gente, pues no encuentra ninguna gracia en lo que acaba de ocurrir. Sin duda resulta feo y terrible que este hombre esté tan enfermo en esa habitación tan sucia y terrible, con niños desastrados y sucios correteando y gritando por los pasillos. A Jabavu lo paraliza el horror del lugar, pero Jerry se sigue riendo y dirige unos cuantos insultos –rudos, alegres– al hombre de color, que se los devuelve entre carcajadas. Luego miran los dos a Jabavu y Jerry dice:

–Ahí tienes otro pinche para tu cocina.

Los dos se parten de risa hasta que el hombre empieza a toser de nuevo y termina tan agotado que se ha de apoyar en la pared con los ojos cerrados, mientras su pecho sube y baja. Al final, con una dolorida sonrisa, jadea:

–¿Cuánto?

Jerry empieza a regatear, igual que antes con el indio. El hombre de color, entre toses y jadeos, se empeña en que quiere dos libras por fingir que Jabavu trabaja para él, y que las quiere cada mes; Jerry dice que diez chelines y al final se ponen de acuerdo en una libra y Jabavu se da cuenta de que ya lo sabían desde el principio, así que no entiende por qué dedican tanto tiempo a ese largo regateo entre esas toses tan feas y dolorosas y el hedor de la enfermedad. Luego el hombre de color le da una nota a Jabavu en la que afirma querer contratarlo como cocinero y escribe su nombre en su *situpa*. Luego, mirándolo de cerca, muestra sus dientes sucios y rotos y dice en un suspiro:

–Así que serás un buen cocinero, je, je, je...

Los dos jóvenes salen, cierran la puerta y recorren el oscuro pasillo entre los niños para salir a la fresca y adorable luz del sol, que tiene el poder de lograr que esa casa fea y desastrada parezca agradable entre los hibiscos y los franchipanieros.

–Ese hombre morirá pronto –dice Jabavu, en voz baja, desanimado.

La única respuesta de Jerry:

–Bueno, al menos durará un mes y luego habrá otros que te hagan el mismo favor por una libra.

A Jabavu le pesa tanto el corazón por el miedo a la enfermedad y a la fealdad que piensa: «Me voy ahora mismo, no puedo quedarme con esta gente». Cuando Jerry le dice que ha de ir a la oficina de licencias para que registren su empleo, piensa: «Ahora aprovecharé la ocasión para ir corriendo a casa del señor Mizi». Pero Jerry no tiene la menor intención de concederle esa oportunidad. Pasea con él hasta la oficina de licencias, compra por el camino una botella de whisky de los blancos a otro hombre de color que se dedica a ese negocio ilegal y mientras Jabavu aguanta en la cola de la oficina Jerry lo espera contento, con la botella bajo la chaqueta, e incluso habla con el policía.

Cuando al fin examinan la *situpa* de Jabavu y dan el asunto por concluido, vuelve hacia Jerry pensando: «Vaya, qué atrevido es este Jerry. Nada le da miedo, ni siquiera hablar con un policía mientras esconde una botella de whisky bajo la chaqueta».

Caminan juntos de vuelta al Distrito de los Nativos y Jerry le dice entre risas:

–Ahora tienes un trabajo y eres un chico bueno. –Jabavu ríe tan fuerte como puede. Luego Jerry añade–: Así que tu amigo, el señor Mizi, estará contento contigo. Eres un trabajador muy respetable.

De nuevo se ríen los dos y Jerry dirige a Jabavu una mirada fría y fruncida, porque sobre todo no tiene un pelo de tonto y sabe que la risa de Jabavu suena como si quisiera llorar. Está pensando en cómo manejar a Jabavu cuando se alía la suerte con él, porque la señora Samu se cruza en su camino con su vestido blanco y su gorra, de camino a trabajar en el hospital. Primero mira a Jabavu como si no lo conociera de nada; luego le dirige una sonrisilla fría, mínima, lo máximo que puede hacer, y en realidad se lo debe al corazón de la señora Mizi, que no ha hecho más que repetir: «Pobrecito, no se le puede culpar, sólo nos puede dar pena», y cosas por el estilo. La señora Samu tiene mucho menos corazón que la señora Mizi, y en cambio mucha cabeza, y cuesta distinguir cual de los dos órganos es más útil. Es este caso, está pensando: «Seguro que hay cosas más merecedoras de mi preocupación que un pequeño maleante de los matsotsi». Y sigue andando hacia el hospital, pensando en una mujer que ha parido un bebé con una infección en los ojos.

Los ojos de Jabavu están llenos de lágrimas y arde en deseos de correr detrás de la señora Samu y pedirle su protección. Pero, ¿cómo puede protegerlo de Jerry una mujer?

Jerry empieza a hablar con inteligencia de la señora Samu. Se ríe y dice que son unos hipócritas. Que hablan de bondades y delitos, y sin embargo la señora Samu es la segunda esposa del señor Samu, quien trató a la primera tan mal que acabó muriendo y ahora la señora Samu sólo es una zorra que siempre está dispuesta, incluso se insinuó al propio Jerry en un baile; le hubiera bastado un empujón para hacerla suya... Luego pasa al señor Mizi y dice que es tonto por fiarse de la señora Mizi, que siempre está invitando a todo el mundo con la mirada y no hay ni un alma en el Distrito que no sepa que se acuesta con el hermano de la señora Samu. Todos esos iluminados son iguales, sus mujeres son ligeras, son como una manada de babuinos, no son mejores... Y Jerry sigue hablando así, riéndose de ellos, hasta que Jabavu, que no olvida la frialdad de la sonrisa de la señora Samu, se muestra de acuerdo con poco entusiasmo y luego hace una broma burda sobre el uniforme de la señora Samu, que le aprieta mucho las nalgas, y de pronto los dos se parten de risa y dicen que si las mujeres son esto y lo otro... Después vuelven con los demás, que ya no están en la tienda abandonada porque no conviene pasar demasiado tiempo en el mismo sitio, sino en otro antro, mucho peor que el de la señora Kambusi. Pasan allí la noche y Jabavu vuelve a beber *skokian*, pero esta vez con discreción por temor a lo que sentirá al día siguiente. Mientras bebe se da cuenta de que Jerry apenas prueba un sorbo de vez en cuando, pero finge estar borracho y al mismo tiempo vigila la forma de beber de Jabavu. Jerry está contento porque ve que Jabavu es sensato, aunque no acaba de gustarle porque necesita creer que sólo él es más fuerte que los demás. Y por primera vez se le ocurre que tal vez Jabavu sea demasiado fuerte, demasiado listo, que tal vez algún día se convierta en un desafío para él. Pero esconde todos esos pensamientos tras los ojos fríos, entrecerrados, se limita a mirar y esa misma noche, a última hora, habla con Jabavu de igual a igual y le dice que se han de encargar de que todos esos tontos lleguen a la cama sin sufrir daño alguno. Jabavu se lleva a Betty y a dos jóvenes a la habitación de ésta, donde caen como leños al suelo y

roncan de tanto *skokian*, y Jerry se lleva a una chica y a los demás a un lugar que conoce, una vieja choza de paja al borde de la llanura.

Por la mañana Jerry y Jabavu se despiertan con la mente despejada, dejan a los demás durmiendo la mona y se van juntos a la ciudad, donde roban con mucho provecho e inteligencia otro reloj, dos pares de zapatos, una almohada robada a un niño bajo su cabeza y, lo más importante, unas baratijas que, según Jerry, son de oro. Cuando el indio ve todas esas cosas ofrece mucho dinero por ellas. En el camino de vuelta hacia el Distrito, Jerry dice:

–Y el segundo día sacamos cada uno cinco libras...

Y mira con dureza a Jabavu, para asegurarse de que lo entiende. Jabavu lleva mejor hoy lo del señor Mizi, pues está orgulloso de sí mismo por no haberse bebido el *skokian* y por haber trabajado tan bien junto a Jerry que no se pueden establecer diferencias entre los dos.

Esa noche van todos a la tienda abandonada y beben whisky, que es mucho mejor que el *skokian* porque no les marea. Juegan a las cartas y comen bien. Jerry se pasa todo el rato vigilando a Jabavu con una sensación ambivalente. Ve que hace lo que quiere con Betty, aunque ésta nunca se había comportado con esa humildad y ansiedad con ningún hombre. Ve que lleva cuidado con lo que bebe; él nunca había visto a un chiquillo de aldea aprender tan rápido con el alcohol. Ve que los otros, tras apenas dos días, ya lo tratan casi con tanto respeto como a él. Y eso no le gusta nada. No se le nota lo que piensa y Jabavu cada vez lo tiene más por un amigo. Al día siguiente van juntos de nuevo a las calles de los blancos y roban, y luego beben whisky y juegan a las cartas. Lo mismo al día siguiente, y así pasa una semana. Durante todo ese tiempo Jerry habla con suavidad, educado, sonriente; sus ojos fríos y vigilantes se esconden en la discreción y en la astucia; Jabavu habla de sus sentimientos abiertamente. Ya le ha contado cuánto quiere a la señora Mizi, cuanto admira al señor Mizi. Le habla con la libre confianza de un niño y Jerry lo escucha y le tira de la lengua con palabras suaves y taimadas, o con sonrisas, hasta que al terminar la semana empiezan a hablar de una manera bien extraña. Jerry dice:

–Bueno, y los Mizi...

Y Jabavu contesta:

–Ah, son muy listos, y son valientes.

Y Jerry, con voz suave y educada:

–¿De verdad te lo parece?

–Amigo, éstos sólo piensan en los demás –contesta Jabavu.

–¿Eso crees? –dice Jerry, con esa voz suave, mortal, educada.

Y luego sigue hablando, sin darle mayor importancia, sobre los Mizi y los Samu, le cuenta que una vez hicieron tal o cual cosa, que si son muy astutos... Y al fin afirma con violencia repentina: «Ah, vaya maleante». O bien: «Menuda zorra». Jabavu se ríe entonces y está de acuerdo. Es como si hubiera dos Jabavus y la astuta lengua de Jerry permitiera la existencia de uno de ellos, aunque el propio Jabavu apenas se da cuenta. Parece extraño que un hombre pueda pasar el tiempo robando, bebiendo y haciendo el amor con una chica de la ciudad y al mismo tiempo se vea a sí mismo como algo bien distinto; como alguien que se convertirá en un iluminado. Sin embargo, así lo ve Jabavu. Está tan confundido, tan atrapado en el círculo del robo, de la buena comida y la bebida, del robo otra vez, y luego Betty por la noche, que parece un buey joven, fuerte pero medio destrozado, obligado a trabajar por una cuerda atada a sus cuernos; el hombre no se permite a sí mismo notar la cuerda, pero a veces sí la nota.

Un buen día, Jerry le pregunta como quien no quiere la cosa:

–Así que nos dejarás para irte con los iluminados.

Y Jabavu, con la simpleza de un niño, contesta:

–Sí, eso es lo que quiero hacer.

Por primera vez, Jerry se permite reírse de eso. El miedo recorre a Jabavu como un cuchillo y piensa: «Hablarle así a Jerry es una tontería». Sin embargo, al poco rato Jerry bromea de nuevo y le dice:

–Esos maleantes...

Como si le divirtiera la tontería de los iluminados. Jabavu se ríe con él. La mayor astucia de Jerry con Jabavu consiste en su forma de usar la risa. Lo va empujando lentamente con sus bromas hasta que se pone serio y, de un momento a otro, le dice:

–Entonces, ¿nos dejarás cuando te hartes de nosotros para irte con el señor Mizi?

Y lo dice con tal seriedad que a Jabavu se le queda la lengua pegada y no puede contestar nada. Es como un buey empujado suavemente hacia el borde del campo, que de pronto siente la presión en la base de los cuernos y piensa: «¿Este hombre no pretenderá burlarse de mí?». Y como no lo quiere entender se queda inmóvil, con las cuatro patas clavadas firmemente en la tierra, pestañeando como un tonto, mientras el hombre lo mira y piensa: «Pronto llegará la pelea, en cuanto este buey estúpido gruñe y ruja y empiece a dar saltos sin darse cuenta de que no sirve de nada porque yo soy mucho más listo».

De todos modos, Jerry no piensa en Jabavu como piensa el hombre en el buey. Porque, si bien es más astuto que él y tiene más experiencia, hay algo de Jabavu que no consigue manejar. Por momentos, piensa: «Quizá sería mejor dejar que este tonto se fuera con el señor Mizi. ¿Por qué no? Lo amenazaré con matarlo si le habla de nosotros y de nuestro trabajo...». Pero no puede ser, precisamente por ese otro Jabavu que renace con sus chistes. Cuando esté con los Mizi, ¿no llegará un momento en que anhele la riqueza y la excitación de robar, los antros y las mujeres? Y entonces, ¿acaso no sentirá la necesidad de maldecir a los matsotsi, o incluso de delatarlos a la policía? Los nombres de toda la banda, de los hombres de color que los ayudan, del indio de la tienda... Jerry siente el amargo deseo de haberlo acuchillado mucho antes, la primera vez que Betty le habló de él. Ah, ahora desea haberlos matado a los dos. Sin embargo, él sólo mata cuando es verdaderamente necesario y, desde luego, nunca a dos a la vez. Pero su odio por Jabavu, y especialmente por Betty, crece y se vuelve más profundo, hasta tal extremo que le resulta difícil disimularlo, sonreír y fingir tranquilidad y amistad.

Aun así lo hace con tanta gentileza que va empujando a Jabavu por el camino de la risa peligrosa. Sueltan unas bromas terribles y cuando Jabavu se asusta piensa: «Bueno, sólo es una broma». Es que hablan de cosas que apenas unas pocas semanas antes le hubieran hecho temblar. Primero aprende a reírse de la riqueza del señor Mizi, de cómo ese listo maleante esconde el dinero en su casa para engañar a todos los que se fían de él. Jabavu no se lo cree, pero se ríe, e incluso se suma a la broma y dice: «Qué tontos son». O también: «Es más rentable dirigir la Liga para el Avance del Pueblo Africano que un antro». Y cuando Jerry le cuenta que la señora Mizi se acuesta con todo el mundo, o que la señora Samu sólo está en el movimiento porque así puede conocer a muchos hombres jóvenes, Jabavu dice que la señora Samu le recuerda al anuncio de los periódicos de los blancos: bébase esto y dormirá bien por la noche. Sin embargo, Jabavu no se cree todo eso en ningún momento, admira sinceramente a los iluminados y sólo desea estar con ellos.

Luego Jerry aprieta más el lazo y dice:

–Algún día matarán a los iluminados por ser tan maleantes.

Y bromea al respecto de esa matanza. Jabavu necesita unos cuantos días para empezar a reírse de eso, pero al fin le resta importancia y se lo toma a broma, y así consigue reírse. Luego Jerry habla de Betty y cuenta que una vez mató a una mujer que se había vuelto peligrosa y se ríe y dice que las mujeres estúpidas son peores que las peligrosas y que sería buena idea matar a Betty. Pasan muchos días antes de que Jabavu se pueda reír de eso, y al fin lo consigue porque su corazón da saltos de alegría ante la idea de ver a Betty muerta. Es que Betty se ha convertido en una carga cada noche, hasta tal punto que Jabavu la teme. Le hace pasar las noches despierto y le dice: «Cásate conmigo y nos escaparemos a otra ciudad». O también: «Matemos a Jerry para que seas el jefe de la banda». O: «¿Me quieres? ¿Me quieres? ¿Me quieres?». Jabavu piensa en las mujeres de antes, que no hablan día y noche de amor: mujeres con dignidad. Pero al final también se ríe. Los dos jóvenes ríen juntos, a veces dando tumbos por la calle, mientras hablan de Betty y de otras mujeres, dicen que son así o asá, hasta que todo cambia tanto que a Jabavu ya no le cuesta reír cuando Jerry habla de matar a Betty o a cualquier otro miembro de la banda. Hablan de los demás con desprecio, dicen que no son listos para el trabajo y que sólo ellos, Jerry y Jabavu, tienen algo de inteligencia.

Sin embargo, por debajo de su amistad, ambos están muy asustados y ambos saben que pronto ha de ocurrir algo, ambos se vigilan de soslayo y se odian mutuamente y Jabavu piensa a todas horas en cómo irse con el señor Mizi, mientras que Jerry sueña por la noche con la policía y la cárcel, y a menudo con matar: sobre todo a Jabavu, pero también a Betty, porque su desprecio de Betty se está convirtiendo en una fiebre. A veces, cuando la ve frotar su cuerpo contra el de Jabavu, lleva la mano sigilosamente al cuchillo y lo toca con los dedos ansiosos por la necesidad de matar.

Toda la banda está confundida, como si tuviera dos jefes. Betty siempre está junto a Jabavu y esa deferencia influencia a los demás. Además, Jerry debe su liderazgo al hecho de que siempre mantiene la mente clara, nunca bebe, es más fuerte que todos. Pero ahora ya no es más fuerte que Jabavu. Es como si una levadura disolvente hubiera afectado a la banda, y para Jerry esa levadura lleva el nombre del señor Mizi.

Llega un día en que decide librarse de Jabavu de un modo u otro, por muy bien que se le dé robar.

Primero le habla con persuasión sobre las minas de Johannesburgo, le cuenta lo bien que se vive allí, cuánto dinero gana la gente como ellos. Pero Jabavu lo escucha con indiferencia y apenas dice: «Ya» y «Ah, ¿sí? ¿Qué sentido tendría para nadie emprender ese viaje peligroso y difícil hacia el sur en busca de las riquezas de la Ciudad del Oro, cuando su vida ya es bastante rica?». Así que Jerry abandona el plan y escoge otro. Es peligroso, y él lo sabe. Quiere hacer un último intento de debilitar a Jabavu con el *skokian*. Lo lleva a los antros seis noches seguidas, aunque normalmente sugería a la gente de su banda que no probara el licor porque les ablandaba la voluntad y el pensamiento. La primera noche todo va como siempre: beben todos, menos Jerry y Jabavu. La segunda noche, lo mismo. La tercera, Jerry desafía a Jabavu a competir y éste se niega primero, pero luego acepta. Así que Jabavu y Jerry beben y éste sucumbe antes. Al cuarto día se despierta y se encuentra a la banda jugando a cartas y a Jabavu sentado junto a la pared, con la mirada perdida, recuperado. Jerry siente ahora un odio que no conocía antes. Ha bebido hasta marearse como un tonto por Jabavu, tanto que ha pasado horas seguidas debilitado e inconsciente, incluso mientras su banda jugaba a las cartas y probablemente se reía de él. Es como si ahora el jefe no fuera él, sino Jabavu. Este, por su parte, ha llegado a un punto de su desdicha en el que le ocurre algo muy extraño, como si lentamente el Jabavu real se apartara del ladrón y del maleante que bebe y roba y lo mirase con un tranquilo interés, sin importarle demasiado. Cree que ya no le quedan esperanzas. Nunca podrá volver con el señor Mizi; no podrá ser un iluminado. No hay futuro. Así que se mira y espera, mientras una oscura nube gris de desdicha se instala en su interior.

Jerry se acerca a él, escondiendo sus pensamientos, se sienta a su lado y lo felicita por tener una cabeza más fuerte que la suya. Halaga a Jabavu y luego se burla de los demás, que no lo pueden oír. Jabavu asiente sin mostrar interés. Luego Jerry empieza a insultar a Betty y a todas las mujeres, porque en esos momentos, cuando las odian, es cuando casi parecen buenos amigos. Jabavu sigue el juego, al principio con indiferencia y luego ya pone más voluntad. Pronto empiezan a reír juntos y Jerry se felicita por su astucia. A Betty no le gusta y se acerca; la rechazan los dos y se vuelve con los demás, llena de amargura, y se mete con ellos. Entonces Jerry dice que Betty es una mujer peligrosa y luego vuelve a contar que una vez mató a una chica de la banda que se enamoró de un policía al que se suponía que debía de mantener contento y bien predisposto. En parte le dice eso para asustarlo, en parte para ver cómo reacciona ante la idea de matar a Betty. Y en la mente de Jabavu se agita una vez más la noción de que sería agradable que Betty desapareciera, porque siempre lo aburre con sus exigencias y sus quejas, pero se deshace de esa noción. Al ver que frunce el ceño, Jerry cambia de tema rápidamente y pasa a la broma de lo bueno que sería robar al señor Mizi. Jabavu permanece sentado en silencio y por primera vez empieza a entender las risas y las bromas, que la gente se ríe sobre todo de lo que más teme, que las bromas son más bien un plan para lo que algún día se hará cierto. Y piensa: «¿Será que Jerry ha estado pensando todo este tiempo en matar de verdad a Betty, o incluso en robar al señor Mizi?». Y la noción de su propia estupidez es tan terrible que recupera la desdicha, desaparecida en un momento de camaradería con Jerry, y se sienta en silencio, apoyado en la pared, y ya nada le importa. Pero a Jerry eso le gusta más de lo que creía, porque cuando sugiere que se vayan a los antros, Jabavu se levanta de inmediato. En esa

cuarta noche Jabavu bebe *skokian* y lo hace de buena gana, a placer, por primera vez desde que llegó al Distrito y lo probó en casa de la señora Kambusi. Jerry no bebe, sino que lo vigila, y siente un inmenso alivio. Ahora, piensa, Jabavu se tomará el *skokian* como los otros y eso lo volverá débil como los otros, y Jerry lo dominará como a los otros.

Al quinto día Jabavu duerme hasta tarde y se despierta cuando ya oscurece y descubre que los demás ya están hablando de volver a los antros. Pero sólo de pensarlo le entra el mareo y dice que él no piensa ir, que se quedará mientras los demás se divierten. Luego se pone de cara a la pared y aunque Jerry bromea con él y trata de engatusarlo, no se mueve. Pero Jerry no puede contar a los demás que sólo quiere que vayan al antro por Jabavu, así que se ha de ir con ellos, amargado y maldiciendo, porque Jabavu se queda en la tienda abandonada. Llega el sexto día y los miembros de la banda están borrachos, mareados y atontados por el *skokian* y Jerry apenas puede controlarlos. Jabavu está aburrido y tranquilo y permanece en su rincón, apoyado en la pared, concentrado en sus pensamientos, que deben de ser tristes y oscuros porque le pesan en la cara. Jerry piensa: «La noche antepasada, cuando aceptó beber, tenía el mismo humor que hoy». Provoca a Jabavu para que beba y éste le hace caso. Es la sexta noche. Jabavu se emborracha como la última vez, con los demás, y Jerry permanece sobrio. Al séptimo día, Jerry piensa: «Hoy será el último. Si Jabavu no viene al antro esta noche por su propia voluntad, abandonaré este plan y probaré con otro».

Ese séptimo día Jerry está desesperado de verdad, aunque no se le note en la cara. Está sentado contra la pared, mientras sus manos reparten y recogen las cartas y las mira como si nada más le interesara. Sin embargo, de vez en cuando echa un vistazo a Jabavu, que permanece sentado frente a él, sin moverse. Los demás están todavía inconscientes, tumbados en el suelo, gruñendo y quejándose con voces pastosas.

Betty está tumbada cerca de Jerry, un bulto desparramado y desagradable; él la mira y la odia. Está lleno de odio. Piensa que hace dos meses tenía la banda más provechosa del Distrito, no corría ningún peligro, tenía bien controlada a la policía y no parecía haber razón alguna por la que eso no pudiera durar mucho tiempo. Sin embargo, de repente Betty le cogió gusto a ese tal Jabavu y ahora todo está a punto de terminar, la banda está inquieta, Jabavu sueña con el señor Mizi y ya nada parece claro ni seguro.

Es culpa de Betty; la odia. Es culpa del señor Mizi; si pudiera lo mataría, porque en verdad odia más al señor Mizi que a nadie. Pero matar al señor Mizi sería una tontería. Bien pensado, matar a quien sea es una tontería, salvo cuando se vuelve necesario. No debe matar sin necesidad. Pero la idea de matar ha invadido su mente y no hace más que mirar a Betty, que rueda borracha por el suelo, y desea matarla por haber originado todo ese problema. Salen las cartas de su mano –¡flic, flic, flic!–, y el ruidito de cada carta le suena como una cuchillada.

De repente Jerry recupera el control de sí mismo y se dice: «Estoy loco. ¿Qué es esto? Nunca en la vida he hecho nada sin pensarlo, o sin una causa, y ahora estoy aquí sentado sin un plan, esperando que pase algo... ¡Desde luego, este Jabavu me ha vuelto loco».

Mira a Jabavu, frente a él, y le pregunta en tono agradable:

–Esta noche vendrás a pasártelo bien al antro, ¿eh?

Pero Jabavu contesta:

–No, no voy a ir. Ya he probado cuatro veces el *skokian* y ahora sé que lo que dicen es cierto. No lo volveré a beber.

Jerry se encoge de hombros y desvía la mirada. «¡Vaya! –piensa–. Bueno, ha fallado el plan. Otras veces había funcionado. Pero si ha fallado he de pensar y tomar una decisión. Tiene que haber una manera, siempre la hay. ¿Cuál?» Luego piensa: «¿Y por qué me quedo aquí sentado? Ya me pasó otra vez y se pusieron las cosas difíciles, pero eso era en otra ciudad y me fui para venir aquí. Es fácil. Me puedo ir al sur, a otra ciudad. Siempre hay algún tonto, y los tontos siempre trabajan para gente como yo». Pero luego, justo cuando su mente empieza a dar la bienvenida a ese nuevo plan, le ataca una vanidad alocada: «¿He de abandonar esta ciudad, en la que tengo contactos y conozco a los suficientes policías y tengo una organización, sólo por este Jabavu? De eso nada».

Sigue sentado y reparte las cartas mientras todos esos pensamientos cruzan su mente sin que su cara los revele, y la rabia, el miedo y la vanidad desdeñosa le hierven por dentro. «Algo pasará – piensa–. Algo. Espera.»

Espera y pronto se hace de noche. A través de los cristales sucios de las ventanas entra un destello de luz rojiza de la puesta de sol y traza manchas y charcos oscuros en el suelo. Jerry los mira. «Sangre», piensa. Lo invade un anhelo inmenso. Sin pensar, desliza un poco el cuchillo y acaricia amorosamente el mango. Ve que Jabavu lo está mirando y que de pronto se echa a temblar. Jerry siente una satisfacción inmensa. Ah, cómo le gusta ese escalofrío. Desliza un poco más el cuchillo y dice:

–Aún no has aprendido a perderle el miedo como deberías.

Jabavu mira el cuchillo, después a Jerry, y desvía luego la mirada.

–Me da miedo –contesta simplemente.

Jerry vuelve a guardar el cuchillo. Por un momento le vuelve a acosar el mismo pensamiento: «Esto no es más que una locura.» Luego desaparece de nuevo.

Ahora los pies de Jerry están sumidos en un charco de luz rojiza que entra por la ventana; los aparta de prisa, se levanta, coge unas velas que estaban escondidas en un estante alto, las engancha con su propio sebo en las cajas y las enciende. La luz rojiza desaparece. La luz de las velas ilumina la sala y muestra las cajas de embalar, las botellas amontonadas en los rincones, los cuerpos acurrucados de los borrachos y las telarañas de las vigas. Es la escena familiar de la camaradería en la bebida y en el juego, y el anhelo de matar desaparece. Jerry vuelve a pensar: «He de preparar un plan, no debo esperar que pase algo». Entonces, de uno en uno los cuerpos empiezan a moverse, gruñen, se sientan, se sostienen la cabeza entre las manos. Luego se ríen con debilidad. Cuando Betty logra alzarse del suelo se da cuenta de que está lejos de Jabavu y se arrastra hacia él y cae tumbada sobre sus rodillas, pero él la aparta con tranquilidad. Al verlo, por alguna razón, Jerry se irrita. Reprime el malestar y piensa: «He de conseguir que estos tontos recuperen la sensatez y esperar a que se les pase el efecto del *skokian* y luego..., luego prepararé un plan».

Llena una lata grande de té con agua de la pava que ha puesto a hervir sobre un fuego, en el suelo, y reparte tazas para todos, incluido Jabavu, que la deja a un lado sin tocarla siquiera. A Jerry le molesta, pero no dice nada. Los demás beben y les va bien para el mareo; se van sentando, todavía con la cabeza entre las manos.

–Quiero ir al antro –dice Betty, balanceándose adelante y atrás, a uno y otro lado–. Quiero ir al antro.

Los demás repiten sin pensar:

–Sí, sí, al antro.

Jerry se da la vuelta con brusquedad y los fulmina con la mirada. Luego reprime la irritación. Se les desvanece el deseo con la misma rapidez con que llegó. Se olvidan del antro y se beben el té. Jerry prepara otra lata, aún más fuerte, y rellena las tazas. Beben. Jabavu contempla la escena como si ocurriera muy lejos. En voz baja, comenta:

–El té no tiene suficiente fuerza para silenciar la rabia del *skokian*. Lo sé. Cuando lo he bebido ha sido como si mi cuerpo quisiera caerse a pedazos. Y eso que ellos llevan una semana bebiendo cada noche.

Jerry permanece cerca de Jabavu y hay un temblor en su cara. Le ha vuelto a entrar una violenta necesidad de matar; la reprime una vez más. Piensa: «Será mejor que abandone a estos idiotas ahora mismo...» Pero una corriente de acrecentada vanidad inunda esa idea sensata. Vuelve a pensar: «Puedo conseguir que hagan lo que yo quiera. Siempre hacen lo que quiero».

Con calma, les dice:

–Será mejor que cojáis un trozo de pan cada uno y os lo comáis. –Luego se dirige a Jabavu en voz baja–. Cállate. Si vuelves a hablar te mataré.

Jabavu se encoge de hombros con indiferencia y sigue mirando. En la oscuridad de sus ojos hay una mirada vacía que asusta a Jerry.

Betty se tambalea para levantarse y camina, con las rodillas temblorosas, hasta un espejo colgado de un clavo en la pared. Pero antes de llegar dice:

–Quiero ir al antro.

De nuevo los demás repiten sus palabras y se levantan, plantando los pies con firmeza en el suelo para no caerse.

–Callaos. Esta noche no vais al antro –grita Jerry.

Betty suelta una risotada aguda y débil y contesta:

–Sí, al antro. Sí, sí, qué ganas tengo de ir al antro...

Las palabras se han empezado a formar solas y parece que van a continuar, de modo que Jerry agarra a Betty por los hombros y la menea.

–Cállate –le dice–. ¿Me has oído?

Betty se ríe, se balancea, lo abraza y le dice:

–El bueno de Jerry, el guapo de Jerry, oh, Jerry, por favor...

Habla como los niños cuando se empeñan en conseguir algo. Jerry, que se ha quedado rígido mientras ella lo tocaba, vuelve a agitarla y luego la suelta de un empujón. Ella camina hacia atrás a trompicones hasta que llega a la otra pared y se cae despatarrada, venga a reír y reír, hasta que consigue levantarse de nuevo y tambalearse otra vez hacia Jerry; los demás ven lo que está haciendo y lo encuentran muy divertido y van con ella, de modo que Jerry se ve rodeado y todos lo abrazan y le dan palmadas en los hombros y todos dicen con voces infantiles y agudas, entre risas que parecen muelles que se estiraran para abrirse paso y salir por sus labios:

–El bueno de Jerry, sí, el guapo de Jerry, el listo de Jerry.

Y Jerry ladra:

–A callar. Atrás. Os mataré a todos.

La voz los sorprende y se quedan callados un momento. Es aguda, temblorosa, alocada. Se le contrae la cara y le tiemblan los labios. Se quedan a su alrededor, mirándolo, luego se miran entre ellos y se apartan todos para sentarse, todos menos Betty, que sigue delante de él. Tiene la boca estirada de un modo que bien podría dar paso a una sonrisa o al llanto, pero es de nuevo la risa lo que sale, una risa aguda como un cacareo, igual que una gallina; se balancea hacia delante y por tercera vez abraza a Jerry y empieza a pegar su cuerpo al suyo. Jerry se queda quieto. Los demás miran y sólo ven que Betty lo abraza y se pega a él, lo rodea con los brazos y con todo el cuerpo, y se ríe sin parar. Luego deja de reír y las manos se sueltan y caen a ambos lados. Jerry la sostiene con una mano por la espalda. Sueltan todos una carcajada porque les parece muy divertido. Betty está haciendo una especie de broma, así que se han de reír.

Pero Jerry, en un arranque de rabia y odio que nunca antes había experimentado, acaba de clavarle el cuchillo a Betty y el movimiento le ha dado un placer que no había sentido jamás en la vida. Ahí está, sosteniéndola, y por un instante no piensa en nada. Después se desvanece la locura de la rabia y el placer y Jerry piensa: «Estoy loco de verdad. Matar a alguien por nada, llevado por esta rabia...», sigue sosteniéndola, intenta pensar en algo rápido y entonces ve que Jabavu lo está mirando desde el suelo, justo a su lado, con un lento pestañeo de asombro, y se le ocurre el plan. Se tambalea un poco, como si Betty pesara demasiado, y luego, sin soltarla, se deja caer de lado encima de Jabavu para rodar después y apartarse.

Jabavu siente una humedad cálida fluir desde Betty y piensa: «La ha matado y ahora dirá que he sido yo». Se levanta despacio mientras Jerry grita:

–La ha matado Jabavu. Mirad, ha matado a Betty porque estaba celoso.

Jabavu no habla. Le impresiona lo que está pensando. El enorme alivio de ver a Betty muerta. No se había dado cuenta de lo hartos que estaba de esa mujer, cómo le pesaba saber que nunca podría quitársela de encima. Y ahora está muerta delante de él.

–Yo no la he matado –dice–. No he sido yo.

Los demás se quedan quietos mirando como si fueran polluelos.

–Ese maleante... Ha matado a Betty –grita Jerry.

–Que no he sido yo –repite Jabavu.

Ellos vuelven primero la mirada hacia Jerry y le creen, luego miran a Jabavu y le creen.

Jerry no lo dice más. Se da cuenta de que son demasiado estúpidos para mantener mucho rato en la mente la misma idea.

Se sienta en una caja de embalar y mira a Betty, mientras piensa deprisa y con intensidad.

Jabavu, al cabo de un largo, muy largo silencio, sin dejar de mirar a Betty, se sienta en otra caja. Crece en su interior una desesperación tan grande que apenas logra mover las extremidades. Piensa: «Ya no queda nada. Jerry dirá que la he matado. Nadie me va a creer. Y –qué terrible pensamiento–, me ha encantado que la matara. Encantado. Todavía estoy encantado». De ahí, a oscuras, su mente pasa a la siguiente noción: «Es justo. Es un castigo». Se queda sentado, pasivo, balanceando las manos en el aire y con la mirada vacía.

Los demás se van sentando poco a poco en el suelo, se acurrucan juntos en busca de Consuelo ante esa muerte que no comprenden. Sólo saben que Betty está muerta y concentran los ojos abiertos y vacíos en Jerry, esperando a ver qué hace.

Jerry, después de repasar los planes posibles, relaja su tenso cuerpo e intenta dotar de calma y confianza a su mirada. Primero tiene que librarse del cadáver. Luego ya llegará el momento de pensar en lo siguiente.

Se vuelve hacia Jabavu y le dice con voz ligera y amistosa:

–Ayúdame a sacar a esta estúpida a la hierba.

Jabavu no se mueve. Jerry repite las mismas palabras y Jabavu sigue inmóvil. Jerry se levanta, se planta delante de él y se lo ordena. Jabavu alza lentamente la mirada y menea la cabeza.

Entonces Jerry se acerca más a Jabavu, de espaldas a los demás, con el cuchillo en las manos, y presiona con él ligeramente el cuerpo de Jabavu.

–¿Crees que me da miedo matarte a ti también? –pregunta en una voz tan baja que sólo él puede oírlo.

Los demás no ven el cuchillo, sólo que Jerry y Jabavu están pensando cómo deshacerse de Betty. Empiezan a llorar un poco, gimotean.

Jabavu vuelve a menear la cabeza. Luego, siente la presión del cuchillo y mira hacia abajo. La punta roza la carne, nota un pinchazo frío. Un pensamiento de enfado acude a su mente: «Me está cortando la chaqueta elegante». Entrecierra los ojos y dice con furia:

–Me estás cortando la chaqueta.

Jerry piensa que está loco, pero es un momento de debilidad que conoce y entiende bien. Luego, con toda la fuerza de su voluntad, achina la mirada, la clava en los ojos vacíos de Jabavu y le dice:

–Ven, haz lo que te digo.

Jabavu se levanta despacio y, a una señal de Jerry, levanta los pies de Betty. Jerry la coge por los hombros. La llevan hasta la puerta y Jerry, alzando la voz para que penetre la niebla del alcohol, ordena:

–Apagad las velas.

Nadie se mueve. Jerry vuelve a gritar y el joven que duerme por las noches con él se levanta y apaga lentamente todas las velas. La habitación queda a oscuras y se oye un gemido de miedo, pero Jerry dice:

–No encendáis las velas. Si no, vendrá a buscaros la policía. Vuelvo enseguida.

Cesa el gemido. Se oye una respiración pesada y asustada, pero nadie se mueve. Pasan de la negrura de la sala a la negrura de la noche. Jerry suelta el cuerpo, cierra la puerta y luego asegura la ventana con unas piedras. Luego vuelve y levanta de nuevo los hombros. El cuerpo pesa mucho y se les balancea entre las manos mientras lo sostienen. Jerry no dice nada y Jabavu también guarda silencio. La cargan un buen rato entre la hierba y la maleza, sin meterse por los caminos, y al fin la sueltan en una zanja profunda, detrás de uno de los antros. No la encontrarán hasta la mañana siguiente y entonces los sospechosos serán los que hayan ido a beber a ese antro, no Jerry y Jabavu. Luego corren a toda prisa hasta la tienda abandonada y al entrar oyen los aullidos y los lamentos de los demás, entre el terror de la oscuridad y su torpeza de entendimiento. Alguien ha roto un cristal para intentar escaparse por la ventana, pero las piedras han aguantado bien. Están todos apelotonados contra la pared, sin el menor coraje. Jerry enciende las velas y dice.

–¡Callaos!

Vuelve a gritar y consigue que se callen.

–¡Sentaos! –grita.

Se sientan todos. El también toma asiento junto a la pared, coge las cartas y finge que está jugando.

Jabavu se está mirando la chaqueta. Está empapada de sangre. Al estirar la tela sobre el pecho ve que tiene un pequeño corte por donde ha entrado el cuchillo. Se está preguntando cómo puede ser tan tonto para que le importe la chaqueta. ¿A quién le importa una chaqueta? Sin embargo, incluso en ese momento, Jerry señala con un gesto de la cabeza hacia un gancho que hay en la pared, de donde cuelgan varias chaquetas y abrigos, y Jabavu se acerca hasta allí, descuelga una chaqueta azul bonita y vuelve a mirar a Jerry. Sus miradas cruzan con dureza el espacio que los separa. Jabavu desvía la suya. Jerry dice:

–Quítate la camisa y la camiseta. –Jabavu obedece. Jerry da más órdenes–: Ponte una camiseta y una camiseta de las que encontrarás en esa caja.

Jabavu se acerca a la caja como si no tuviera voluntad propia, busca una camiseta y una camisa de su talla, se las pone y luego se pone la chaqueta azul. Entonces Jerry se levanta deprisa, se arranca la chaqueta y la camisa, llenas de sangre, limpia con ellas el cuchillo y le pasa el bulto a Jabavu.

–Llévate mi ropa con la tuya y en fiérrala –le dice.

De nuevo los dos pares de ojos se entrelazan y Jabavu desvía la mirada. Coge toda la ropa ensangrentada y sale. En la oscuridad se encamina hacia la zona en que la maleza es más espesa y allí cava con un palo afilado. Entierra la ropa y vuelve a la tienda. Al entrar se da cuenta de que Jerry ha estado hablando y hablando sin parar a los demás para explicarles que él, Jabavu, ha matado a Betty. Y, por el miedo que nota en sus miradas, sabe que se lo han creído.

Pero es como si al enterrar la ropa sucia y cortada hubiera enterrado también la debilidad con que soportaba a Jerry. Dice enseguida:

–Yo no he matado a Betty.

Luego se va hasta la pared, se sienta y queda listo para lo que vaya a suceder. Ya no le importa. En lo más hondo, no le importa. Jerry, al ver ese profundo abandono, lo interpreta mal. Piensa: «Ahora puedo hacer lo que me dé la gana con él. A lo mejor está bien haber matado a esa mujer. Al fin Jabavu hará lo que le diga».

Por eso ignora a Jabavu, con quien se siente seguro, y se dirige a los demás para intentar calmarlos. Todos gimen y lloran y algunos gritan para pedir *skokian* como remedio para el miedo de esa noche terrible. Pero Jerry les habla con firmeza, les prepara otro té fuerte, da a cada uno un trozo de pan y les obliga a comérselo y finalmente les dice que se duerman. No pueden dormirse. Se acurrucan en un grupo, hablan de la policía, de que les echarán a todos la culpa del asesinato, hasta que Jerry les obliga a beberse un té en el que ha echado algo que compró a un indio, algo que sirve para dormir a la gente. Al poco rato están todos tumbados en el suelo, pero esta vez se trata de un sueño que los curará y despejará el mareo del *skokian*.

Pasan durmiendo las largas horas de la noche, gruñendo a veces, soltando también algún grito, palabras gruesas, asustadas. Jerry se sienta, juega a las cartas y mira a Jabavu, que no se mueve.

Ahora Jerry se siente muy confiado. Hace planes, los examina, los altera; su mente se mantiene ocupada toda la noche y el miedo y la debilidad desaparecen. Decide que matar a Betty es lo más inteligente que ha hecho jamás sin haberlo planificado.

La noche avanza entre el ruido de las cartas y los gruñidos de los que duermen. La luz entra gris por la ventana sucia; luego, cuando sale el sol, se vuelve rosa y dorada para alcanzar al fin una calidez amarilla y estable. Cuando el día llega de verdad, Jerry los despierta a patadas, pero de tal forma que ni siquiera lo recuerden cuando estén despiertos.

Se sientan y ven a Jerry jugando a cartas y a Jabavu desplomado contra la pared, mirándolos. Acude a sus mentes un recuerdo salvaje y confuso de muertes y luchas y se miran y ven el rastro de ese recuerdo en sus caras. Luego miran a Jerry en busca de una explicación. Pero Jerry está mirando a Jabavu. Al recordar que Jabavu mató a Betty sus caras adoptan un color gris y les cuesta respirar. Sin embargo, ya no los atonta el *skokian*, sólo están débiles, cansados y asustados. Jerry está completamente seguro de que podrá manejarlos. Cuando se despiertan del todo y empiezan a

mostrar cierto conocimiento en la cara, empieza a hablar. Explica lo que pasó la noche anterior en un tono tranquilo y natural y les cuenta que Jabavu mató a Betty. Jabavu no dice nada.

Lo único que molesta a Jerry es el silencio de Jabavu, porque no contaba con él. Pero está tan seguro que no le hace caso. Explica que, según las normas de la banda, si alguien sospecha de ellos Jabavu debe entregarse a la policía y no mencionar a los demás. Pero si el problema se olvida tendrán que guardar silencio todos y seguir como si nada hubiera ocurrido. Jerry habla con tal ligereza que todos se sienten seguros y uno de ellos sale a comprar un poco de pan y algo de leche para el té y comen y beben juntos e incluso se ríen cuando Jerry hace alguna broma. No es una risa muy profunda, pero les resulta útil. Durante todo ese rato, Jabavu permanece sentado junto a la pared, aparte, sin decir nada.

Jerry ya ha hecho su plan. Es muy sencillo. Si la policía da alguna muestra de poder averiguar quién mató a Betty, se limitará a desaparecer enseguida, recurrirá a algunos conocidos que lo pueden ayudar y viajará al sur con papeles a nombre de otro, dejando atrás todos los problemas. Pero después de haber pasado una semana bebiendo tiene poco dinero. Cinco chelines, quizás. Tal vez sus amigos le presten algo más. A Jerry no le gusta la idea de ir hasta Johannesburgo con tan poco. Quiere más. Si la policía no sabe a quién culpar, Jerry se quedará aquí, en esta tienda, con Jabavu y los demás, hasta la noche. Y luego... Ahora el plan es tan audaz que Jerry se ríe por dentro y se muere de ganas de contárselo a los demás porque es como un buen chiste. A Jerry no se le ocurre otra cosa que ir a casa del señor Mizi, coger el dinero que sin duda habrá allí y huir al sur con él. Cree que habrá dinero, y mucho, en la casa. Hace cinco años robó al señor Samu en otra ciudad y llevaba diecinueve libras. El señor Samu guardaba el dinero en una lata grande de tabaco y la escondía en el techo de hierba de una choza. Jerry cree que basta con ir a casa del señor Mizi para encontrar dinero suficiente para llegar a Johannesburgo, rodeado de lujo y seguridad, con muchos recursos para sobornar. Y se llevará a Jabavu. Ahora Jabavu le da seguridad porque está amargado y tiene tanto miedo que no va a avisar al señor Mizi. Además, debe de saber dónde está el dinero.

Es todo muy sencillo. En cuanto Jabavu le dé el dinero a Jerry, éste le dirá que se vaya con los demás y espere su regreso. Lo esperarán. Tardarán unos días en darse cuenta de que los ha engañado y para entonces él ya estará en Johannesburgo.

Hacia el mediodía, Jerry saca la última botella de whisky y da un poco a cada uno. Jabavu lo rechaza meneando la cabeza. Jerry lo ignora. Mejor así.

En cambio, se asegura de que todo el grupo se siente a jugar a las cartas, de que beban whisky y coman todos bien. Quiere ganarse su favor y su confianza antes de explicarles el plan, que podría asustarlos dada la condición en que se hallan por culpa de la bebida y el asesinato.

A media tarde vuelve a salir y se mezcla con la gente del mercado, donde oye hablar mucho del crimen. La policía ha interrogado a mucha gente, pero no han arrestado a nadie. Será un caso como tantos otros: una matsotsi más asesinada en una reyerta, a nadie le importa demasiado. Los periódicos le dedicarán un párrafo; quizás algún predicador pronuncie un sermón. El señor Mizi podría hacer un nuevo discurso sobre la corrupción del pueblo africano por culpa de la pobreza. Jerry se ríe al pensar en eso y vuelve con los otros de muy buen humor.

Les dice que todo está controlado y luego habla del señor Mizi, en parte por el plan que ha diseñado, pero en parte porque eso le da placer. Hace una buena imitación del señor Mizi soltando un discurso sobre la corrupción y la degradación. Jabavu no se mueve en todo el rato, ni siquiera levanta la mirada. Luego Jerry bromea mucho sobre el señor Mizi y la señora Samu, sobre lo inmorales que son, y se ríen todos menos Jabavu.

Todos, incluido el propio Jerry, malinterpretan el silencio de Jabavu. Creen que tiene miedo, miedo sobre todo de ellos porque saben que mató a Betty. A esas alturas todos lo creen; incluso creen haberlo visto.

No entienden que lo que le pasa a Jabavu es muy antiguo. Su mente se oscurece en la desesperanza, en la aceptación de lo que le depara el destino, y se vuelve hacia la muerte. Esa noción del destino, del azar, es muy fuerte en la vida de la tribu, donde la culpa y la responsabilidad ante el mal se decidían siempre por antiguos medios mágicos. Quizá si esos jóvenes no llevaran tanto tiempo viviendo en la ciudad de los blancos entenderían lo que ahora perciben de Jabavu. Ni

siquiera Jerry se da cuenta, aunque en algún momento le preocupa ese largo silencio. Le gustaría ver a Jabavu un poco más asustado y respetuoso.

A última hora de la tarde Jerry saca sus últimos cinco chelines, se los da a la chica que trabajaba con Betty, que está más preocupada que los demás, y le dice que ha sido escogida por su inteligencia para ir a comprar comida al mercado. Ella se va encantada, regresa al cabo de media hora con pan y mazorcas frías y les dice que ya nadie habla del asesinato. Jerry les insiste en que coman. Es muy importante que estén llenos y a gusto; cuando por fin lo están, les cuenta su plan.

—Ahora os voy a contar un buen chiste —les dice, riéndose—. Esta noche robaremos en casa del señor Mizi. Es muy rico. Y Jabavu robará conmigo.

Hay un segundo de incertidumbre. Se miran unos a otros, ven la pesadez en la mirada de Jabavu, dolorosamente alzada hacia ellos, y luego ruedan por el suelo muertos de risa y tardan mucho en parar. Pero Jerry está mirando a Jabavu. Decide provocarlo un poco:

—Negrito de pueblo —le dice—. Estás asustado.

Jabavu suspira pero no se mueve, y el pánico invade a Jerry. ¿Por qué no grita Jabavu, por qué no protesta o demuestra su miedo?

Decide esperar para demostrar su fuerza cuando llegue el momento. Mientras los demás dejan de reír y lo miran en espera del siguiente chiste, Jerry hace muecas a Jabavu para provocar la complicidad de los demás, que sonrían y se miran entre ellos. Enciende las velas y les dice que se reúnan en un pequeño espacio iluminado, en torno a una caja de embalaje. Jabavu queda fuera del círculo, en la sombra, y se ponen todos a jugar a cartas entre risas y ruidos, condicionados por Jerry para que apliquen su excitación a las cartas y no centren su atención en Jabavu. Mientras tanto, Jerry va pensando todos los detalles del plan y concentra su mente en tal propósito.

A media noche, tras guiñar un ojo a los demás, se levanta y se acerca a Jabavu. De tan concentrada como está su voluntad, rompe a sudar.

—Ha llegado la hora —dice con ligereza, y fija la mirada en Jabavu.

Éste no levanta la vista, ni se mueve. Jerry se agacha con mucha rapidez y, tal como hizo la noche anterior, dando la espalda a los demás, apoya la punta del cuchillo suavemente en el pecho de Jabavu. Lo mira con mucha dureza y susurra:

—Te estoy cortando la chaqueta. —Frunce los ojos, presiona a Jabavu con la mirada y sigue hablando—: Estoy cortando la chaqueta. Pronto el cuchillo te atravesará. —Jabavu alza la mirada—. Levántate —dice Jerry.

Jabavu se levanta como si estuviera drogado. Jerry está casi mareado por el alivio de su victoria, pero apoya una mano en la pared y se dirige a los demás:

—Ahora, escuchad lo que os quiero decir. Nos vamos los dos a casa del señor Mizi. Soplad las velas y esperadnos a oscuras... No, podéis dejar una vela encendida, pero ponedla en el suelo para que no se vea la luz desde fuera. Sé que hay mucho dinero escondido en casa del señor Mizi. Volveremos con él. Si hay problemas, me iré corriendo a casa de alguno de nuestros amigos. Tal vez me tenga que quedar allí un día, o tal vez dos. Jabavu volverá aquí. Si no he venido mañana por la mañana os podéis ir de uno en uno, no juntos. No trabajéis juntos durante unos cuantos días y no os acerquéis a los antros, y os prohíbo que volváis a tocar el *skokian* hasta nuevo aviso. Ya os diré cuándo podemos reunirnos de nuevo con seguridad. Pero todo eso es sólo por si hay problemas, así que no hace falta. Jabavu y yo estaremos de vuelta dentro de tres cuartos de hora con el dinero. Entonces lo compartiremos. Eso significa que no habrá que trabajar durante una semana, y para entonces la policía ya se habrá olvidado del crimen.

Jabavu habla por primera vez:

—El señor Mizi no es rico y en su casa no hay dinero.

Jerry frunce el ceño y luego arrastra a Jabavu de prisa tras de sí, hacia la oscuridad. Tras su salida, las llamas de las velas se agitan en la sala. La oscuridad los rodea por todas partes, los árboles se cimbrean bajo el viento fuerte y frío, unas nubes espesas recorren el cielo y entre ellas asoman estrellas húmedas, débiles. Una buena noche para robar.

Jerry piensa: «¿Por qué ha dicho eso? Qué raro». Pero lo más extraño es que durante todas estas semanas Jerry ha creído que Jabavu mentía acerca del dinero y Jabavu nunca ha entendido que Jerry está verdaderamente convencido de que sí lo hay.

–Venga –dice Jerry, con calma–. Pronto habremos terminado. Y ahora, mientras caminamos, piensa en lo que viste en casa de los Mizi y en dónde puede estar escondido el dinero.

Una imagen destella de pronto en la mente de Jabavu, y luego otra. Ve cómo se acercó el señor Mizi a un rincón de la habitación, levantó una plancha del suelo y se agachó hacia el agujero oscuro que había debajo para sacar unos libros. Allí guarda los libros que la policía podría quitarle. Tras esa imagen llega otra que nunca vio, pues acaba de crearla su mente. Ve al señor Mizi sacando una lata grande llena de rollos de billetes. Sí, Jerry es muy listo, porque la vieja hambre de Jabavu alza la cabeza y está a punto de hablar. Luego se desvanecen las imágenes de su mente, y con ellas el hambre. Camina con pasos pesados junto a Jerry y sólo piensa. «Vamos a casa del señor Mizi. Ya encontraré la manera de hablar con él cuando lleguemos. Él me ayudará».

Jerry lo riñe en voz alta:

–No pises tan fuerte, tonto.

Jabavu sigue caminando igual. Jerry va echando vistazos alrededor, hacia la oscuridad, y piensa con nervios: «¿Se habrá vuelto loco Jabavu?». Porque ese comportamiento le parece muy extraño. Luego se consuela: «Mira que lo de matar a Betty ha salido bien, aunque no era mi intención. Mira que es una buena noche para robar, aunque no la he escogido. Tengo muy buena suerte. Todo saldrá bien...». No vuelve a decir a Jabavu que no haga ruido al caminar porque el viento agita las ramas de un lado a otro y levanta entre sus pies remolinos de polvo y hojas. Es una noche muy oscura. Las luces de las casas están apagadas, pues caminan ya por la parte respetable de la ciudad, donde la gente se acuesta temprano porque se tiene que levantar pronto para trabajar. Luego Jabavu tropieza con una piedra y hace mucho ruido, y Jerry saca su cuchillo y da un codazo a Jabavu para que se dé la vuelta y lo mire.

–Si te rajás o te intentas escapar, te lo clavo –le dice en voz baja.

Jabavu no contesta. Está pensando que Jerry es un tipo muy raro. ¿Por qué va a buscar dinero a casa del señor Mizi? ¿Por qué se lo lleva a él, a Jabavu? ¿Le habrá afectado matar a Betty y se habrá vuelto loco? Entonces Jabavu piensa: «No es tan raro. Bromeaba con el asunto de matar a Betty y al final la mató. Bromeaba con lo de robar al señor Mizi y ahora lo vamos a hacer...». Así que Jabavu sigue andando con sus pasos pesados, entre el ruido del viento y la negrura llena de polvo y de hojas, tiene la mente vacía y no siente nada. Sólo que le pesan mucho las piernas, pues está cansado de dormir tan poco, de tantas noches de *skokian* y de baile, y sobre todo está cansado de la desesperanza que le habla en todo momento: «No hay nada para ti, vas a morir, Jabavu. Vas a morir». Palabras que valdrían para una canción, una canción triste y lenta, digna para lamentar una muerte. «Eh, mirad a Jabavu, ahí va el gran ladrón. El cuchillo ha hablado y ha dicho: “Mirad al asesino, Jabavu, que atraviesa con sigilo la noche para robar a su amigo. Mirad a Jabavu, con las manos ensangrentadas.” Eh, Jabavu, pero ahora venimos por ti. Ya venimos, Jabavu, no puedes huir de nosotros...»

Las farolas –muy separadas, porque en el Distrito hay bien pocas farolas– emiten pequeñas manchas de un brillo amarillento. Jabavu se queda atolondrado bajo una de esas manchas de luz.

–Ten cuidado, idiota –le dice Jerry, con voz asustada y violenta.

Lo empuja a un lado y luego se detiene. Está pensando: «¿Puede ser que se haya vuelto loco? Si no, ¿por qué se comporta así? ¿Cómo voy a llevarme a un loco de remate para un trabajo tan peligroso? Quizás sería mejor que no entrara en la casa...». Luego mira a Jabavu, que permanece quieto y paciente a su lado, y piensa: «No, lo que pasa es que simplemente me tiene miedo». Y echa a andar de nuevo, llevando a Jabavu cogido por la muñeca.

Entonces Jabavu suelta una risotada y dice:

–Veo la casa de los Mizi y hay una luz en la ventana.

–Cállate –contesta Jerry.

Pero Jabavu sigue hablando:

–Los iluminados estudian por la noche. No tienes ni idea de algunas cosas.

Jerry le tapa la boca con una mano y Jabavu le muerde. Jerry aparta la mano de un tirón y por un instante tiembla de puro deseo de clavarle el cuchillo entre las costillas. Sin embargo, se controla y se queda quieto. Permanece allí, agitando en silencio la mano mordida, mirando la luz de la casa de los Mizi. Ya casi puede ver el dinero, y el deseo de tenerlo crece en su interior. Ahora no soporta la idea de detenerse, de dar media vuelta, cambiar de plan. Es tan fácil seguir adelante... Dentro de cinco minutos el dinero será suyo y luego dará esquinazo a Jabavu y al cabo de un cuarto de hora estará en casa de un amigo que le ofrecerá un refugio seguro hasta que llegue la mañana. Es todo tan, tan fácil. En cambio, dar media vuelta es difícil y, sobre todo, vergonzoso. Así que aprieta los dientes y se promete: «Espera, negrito de pueblo. Dentro de un rato yo tendré el dinero y a ti te pueden pillar. Y si no te pillan, ¿qué vas a hacer sin mí? Volverás con la banda, pero sin mí sois como un montón de polluelos y en menos de una semana tendrás problemas con la policía». Esa idea le da un placer tan fuerte que casi se echa a reír. Con buen humor, coge a Jabavu por la muñeca y lo arrastra hacia delante.

Caminan hasta llegar a diez pasos de la ventana, justo un poco más allá de donde cae una luz difusa que ilumina el suelo, burdo y troceado. Bajo la ventana, el seto denso y oscuro. Ven al hijo del señor Mizi tumbado en la cama, vestido todavía. Se ha dormido con un libro en la mano.

Jerry piensa deprisa y dice:

–Entrarás rápido por la ventana. No te hagas el listo. Se me da tan bien lanzar el cuchillo como usarlo desde cerca, o sea que...

Menea el cuchillo sobre la tela de la chaqueta de Jabavu y siente una enorme exultación al ver que éste se aparta. Parece raro que Jabavu no tema por su vida y en cambio le duela tanto la idea de que le puedan cortar o estropear la chaqueta. Se ha apartado instintivamente, casi irritado, como si lo molestara un moscardón. En cualquier caso, se ha apartado y ahora oye la voz de Jerry, fuerte y confiada:

–No te acercarás a la puerta que lleva a la otra habitación. Te quedarás contra la pared, de espaldas, y alargarás el brazo de lado para apagar la luz. No creas que te puedes pasar de listo, porque te iluminaré con mi linterna, o sea que... –Enciende la linterna que lleva en la mano y emite un fuerte chorro de luz, estrecho como un lápiz. La apaga y aprieta los dientes con fuerza para reprimir el deseo de maldecir, porque la sangre del mordisco de Jabavu hace que se le resbale la linterna-. Luego entraré yo, ataré a ese tonto a la cama y entonces me enseñarás dónde está el dinero.

Jabavu guarda silencio y luego dice.

–Dale con el dinero. Te he dicho que no hay dinero. Dime la verdad, ¿por qué has venido a esta casa?

Jerry lo agarra por un brazo y le dice:

–Ya basta de bromas.

–Alguna vez dije que había dinero, pero era cuando bromeábamos. Seguro que entendiste...

Se calla y piensa en la naturaleza de esas bromas. Luego piensa: «No importa. Cuando esté dentro avisaré a los Mizi».

–¿Cómo puede ser que no haya dinero? –dice Jerry-. ¿Dónde guarda el de la Liga? ¿No viste el sitio donde guardan todo lo que está prohibido? Cuando robé al señor Samu tenía el dinero en un sitio así.

Pero Jabavu ha soltado el brazo y ya camina bajo la luz, hacia la ventana, sin hacer el menor esfuerzo por silenciar sus pasos. Jerry susurra tras él:

–No hagas ruido, idiota.

Entonces Jabavu empuja con fuerza la ventana con un hombro, de tal manera que se abre hacia arriba con un estallido, y entra. A sus espaldas, Jerry patalea y maldice, lleno de rabia. Durante un segundo titubea y piensa en salir corriendo. Luego, como si hubiera visto una lata grande llena de dinero, cruza el espacio iluminado en pos de Jabavu y entra por la ventana.

Los dos jóvenes han entrado por una ventana iluminada y han hecho mucho ruido. El chico de la cama se mueve, pero Jerry se ha echado encima de él, le ha tapado los ojos con una tela y le ha metido en la boca un pañuelo relleno de harina húmeda, al tiempo que se sentaba sobre sus piernas.

Lo ata con una cuerda gruesa y el muchacho no puede moverse, ni ver nada o gritar. Pero cuando Jabavu ve al hijo del señor Mizi atado en la cama algo se mueve en su interior y le habla, la pesada carga del fatalismo se desvanece y entonces Jabavu alza la voz y grita:

–¡Señor Mizi! ¡Señor Mizi!

Es la voz de un niño aterrado, pues acaba de recuperar el miedo a Jerry. Éste se vuelve bruscamente hacia él, lo maldice y alza el brazo con el cuchillo. Jabavu salta hacia delante y lo agarra por la muñeca. Se quedan los dos balanceándose bajo la luz, ambos brazos luchando por el cuchillo, cuando suena un ruido en la habitación contigua. Jerry salta a un lado muy rápido, deja a Jabavu tambaleándose y se escapa de un salto por la ventana. Cuando se abre la puerta Jabavu está retrocediendo hacia ella a trompicones, con un cuchillo en la mano.

Son el señor y la señora Mizi. Cuando ven a Jabavu, él da un salto adelante, le agarra el brazo y se lo pega al cuerpo. Jabavu dice:

–No, no, yo soy su amigo.

El señor Mizi se dirige a su esposa, que está tras él.

–Deja al niño. Tráeme una tela para atar a éste.

Porque la señora Mizi está gimiendo de miedo al ver a su hijo tumbado y medio sofocado por el engrudo de harina. Jabavu permanece inmóvil en manos del señor Mizi y dice:

–No soy un ladrón. Yo le he llamado, pero créame, señor Mizi, sólo para avisarle.

El señor Mizi está demasiado enfadado para escucharle. Sostiene con fuerza la muñeca de Jabavu mientras mira cómo su mujer libera a su hijo.

Luego se vuelve hacia Jabavu y, casi llorando, le dice:

–Te ayudamos, viniste a nuestra casa, y ahora nos quieres robar.

–No, no, señor Mizi, no es así, se lo voy a explicar.

–Se lo vas a explicar a la policía –dice el señor Mizi con brusquedad.

Jabavu, al ver la dureza y el enfado en su cara, se siente traicionado. En su interior, empieza a llenarse de nuevo el pozo de la desesperanza.

El chico, sentado ahora en la cama y tocándose el mentón dolorido por el tamaño de la masa que le han metido en la boca, dice:

–¿Por qué lo has hecho? ¿Te hemos hecho algo malo?

–No he sido yo –contesta Jabavu–. Ha sido el otro.

Pero el hijo aún no había podido ni abrir los ojos cuando Jerry se los ha tapado con la tela, de modo que no ha visto nada.

Entonces el señor Mizi ve el cuchillo en el suelo y dice:

–Además de ladrón, eres un asesino.

Hay sangre en el suelo. Jabavu contesta:

–No, la sangre debe de ser de la mano de Jerry, porque le he mordido. –Su voz ya suena amarga.

–Nos tomas por idiotas –dice el señor Mizi en tono despectivo–. Te escapaste dos veces. Una vez, del señor y la señora Samu, cuando te ayudaron en el monte. Luego, te escapaste de nosotros cuando te ayudamos. Has pasado todas estas semanas con los matsotsi y ahora vienes aquí con un cuchillo ¿y pretendes que no digamos nada cuando atas a nuestro hijo y le llenas la boca de harina cruda?

Jabavu no ofrece resistencia física al señor Mizi. Se limita a decir:

–No me creen.

La desesperanza recorre sus venas como un oscuro veneno. El señor Mizi lo suelta y su mujer, sin dejar de llorar amargamente, exclama:

–¡Un cuchillo, Jabavu, un cuchillo!

El señor Mizi recoge el cuchillo, ve que no está manchado, mira la sangre del suelo y dice:

–Una cosa sí es cierta. La sangre no viene de una herida del cuchillo.

Pero Jabavu tiene la mirada fija en el suelo y en su rostro hay una pesada expresión de indiferencia.

Entonces llegan de golpe todos los policías; entran unos por la ventana, otros por la puerta. Esposan a Jabavu y toman declaración al señor Mizi. La señora Mizi llora y revolotea en torno a su hijo.

Jabavu sólo habla una vez. Dice:

—No soy un ladrón. He venido a avisarle. Quiero vivir honestamente.

Al oírlo, los policías se ríen y explican que Jabavu, tras sólo unas pocas semanas en el Distrito, es conocido ya como uno de los ladrones más listos, miembro de la peor banda. Y ahora, por él, los cogerán a todos y los meterán en la cárcel.

Jabavu lo escucha con indiferencia. Mira a la señora Mizi con la mirada amarga del hijo que se siente traicionado por su madre. Luego clava en el señor Mizi la misma mirada. Ellos miran a Jabavu con asombro. Pero el señor Mizi está pensando: «Toda la vida intentando alejarme de la policía y ahora este idiota me hará perder tiempo en los juzgados y mi nombre se asociará a los problemas».

Llevan a Jabavu al furgón de la policía y lo trasladan a la prisión. Allí pasa la noche y duerme en la oscuridad sin soñar, como todo hombre que se encuentra más allá de cualquier esperanza. Los Mizi lo han traicionado. No le queda nada.

Supone que por la noche lo llevarán al juzgado, pero lo trasladan a otra celda de la misma prisión. Piensa que se trata de algo serio, porque es una celda individual, una habitación pequeña con paredes de ladrillos, suelo de cemento y una ventana alta con rejas.

Pasa un día y luego otro. Los celadores le hablan y él no contesta. Entonces viene un policía a hacerle algunas preguntas y Jabavu no dice ni una palabra. El policía está tranquilo al principio, luego se impacienta y termina amenazándolo. Dice que la policía lo sabe todo y que no va a ganar nada por guardar silencio. Jabavu guarda silencio porque no le importa. Sólo quiere que el policía se vaya, y al final lo consigue.

Le llevan agua y comida, pero no come ni bebe más que cuando se lo dicen, e incluso entonces lo hace de modo automático y cuando tiene la taza en la mano, o un trozo de pan, parece a punto de olvidarse y quedarse inmóvil. Duerme y duerme como si el alma le suministrara alguna droga para que pueda deslizarse con facilidad hacia la muerte. No piensa en la muerte, pero está allí con él, en su celda, como una sombra grande y negra.

Así pasa una semana, aunque Jabavu no lo sabe.

Al octavo día se abre la puerta y entra un predicador blanco. Jabavu está dormido, pero el celador despierta a patadas, luego lo agita para que se levante y finalmente se sienta cuando así se lo ordena el predicador. No mira al predicador.

Ese hombre es un tal señor Tennent, de la Iglesia anglicana, que visita a los presos una vez por semana. Camina despacio, habla despacio y da la sensación de desconfiar incluso de las palabras que él mismo escoge pronunciar.

Es un hombre de dudas profundas, como tantos otros de su vocación. Tal vez si fuera de otra Iglesia, de esa que los africanos llaman Romana, entraría en esa celda de otro modo. Esto es pecado, esto es un alma... Podría decir cosas seguras y sus palabras tendrían el peso de la fe que no cambia cuando cambia la vida.

Pero la Iglesia del señor Tennent concede mucho margen a las creencias. Además, lleva muchos años trabajando con los africanos más pobres de la ciudad y ve a Jabavu igual que lo vería el señor Mizi. Primero está el proceso económico; luego, atrapado en él como una hoja en un remolino de aire, está Jabavu. Cree que considerar pecador a un muchacho como Jabavu es una falta de caridad. Por otro lado, un hombre que cree en Dios, si no en el diablo, ha de culpar a algo, o a alguien... ¿A qué o a quién puede culpar? No lo sabe. La visión de Jabavu le quita el consuelo, incluso por sí mismo.

Este hombre que va a la prisión cada semana odia su trabajo desde el fondo del alma porque no se fía de sí mismo. Entra en la celda forzándose a no ceder a la compasión, y se endurece tras echar el primer vistazo a Jabavu. Ha visto con frecuencia a muchos presos que lloriqueaban como niños y llamaban a sus madres, situación que le resulta muy desagradable porque es inglés y desprecia esas exhibiciones emotivas. Ha visto a los tozudos, a los indiferentes, a los amargados. Está mal, pero es

mejor que el lloriqueo. También, y muy a menudo, los ha visto como Jabavu: silenciosos, inmóviles, con la mirada perdida. Es la condición que más le desagrada, porque es ajena a su propio ser. Ha visto algunos presos condenados a muerte comportarse como Jabavu; están muertos mucho antes de que el lazo apriete su cuello. Pero a Jabavu no lo van a colgar porque su delito es relativamente leve, o sea que esa desesperanza es totalmente irracional y el señor Tennent sabe por experiencia que no está preparado para enfrentarse a ella.

Se sienta en una silla incómoda que ha traído el celador y se pregunta por qué le costará tanto hablar de Dios. Jabavu no es cristiano, según sus papeles, pero eso no debería impedir que un hombre de Dios hablara de Él. Tras un largo silencio, dice:

–Veo que eres muy desdichado. Me gustaría ayudarte.

Las palabras suenan llanas, flojas, débiles, y Jabavu no se mueve.

–Estás metido en un problema muy grande. Pero si hablas de él tal vez te sientas mejor.

Ni una palabra de Jabavu, que ni siquiera mueve los ojos.

Por enésima vez el señor Tennent piensa que sería mejor dejar el trabajo y permitir que lo hiciera cualquiera de sus colegas que no piensan en tener una casa mejor y ganar un mayor sueldo, en vez de pensar en Dios. Pero sigue hablando con su voz suave y paciente:

–Tal vez las cosas estén mejor de lo que crees. Pareces muy desdichado por tu problema. Sólo te van a acusar de faltas menores. Allanamiento de morada y no tener un trabajo apropiado. Nada de eso es serio.

Jabavu sigue inmóvil.

–El caso va retrasado porque hay mucha gente involucrada. Tu cómplice, ese hombre al que llaman Jerry, ha sido denunciado por la banda como la persona que te incitó a robar en casa de los Mizi.

Al oír el nombre de los Mizi, Jabavu se mueve ligeramente, pero luego sigue quieto.

–A Jerry lo acusarán de organizar el robo, de llevar un cuchillo y de estar en la ciudad sin un trabajo apropiado. La policía sospecha que está involucrado en otras muchas cosas, pero no se puede demostrar nada. Le caerá una sentencia bastante dura... O sea, le caerá si lo cogen. Creen que va camino de Johannesburgo. Cuando lo cojan lo meterán en la cárcel. También han cogido a un hombre de color que daba a los africanos, a ti entre otros, empleos falsos. Pero ese hombre está muy enfermo en el hospital y no esperan que sobreviva. En cuanto a los demás miembros de la banda, la policía los acusará de carecer de un empleo adecuado, pero nada más. Ha habido tal lío de mentiras y acusaciones cruzadas que el caso ha resultado muy difícil para la policía. Pero has de recordar que es tu primer delito y que eres muy, muy joven, y que no te va a ir tan mal.

Silencio de Jabavu. El señor Tennent piensa: «¿Por qué he de consolar a este muchacho como si fuera inocente? La policía me ha dicho que saben que está involucrado en toda clase de maldades, aunque no lo puedan demostrar». Cambia el tono de voz y afirma con mucha seriedad:

–No estoy diciendo que tu condena no se vea afectada por el hecho de que se sabe que eres miembro de una banda. Tendrás que pagar la pena por incumplir la ley. Parece que podría caerte un año de cárcel...

Se detiene al darse cuenta de que para Jabavu es lo mismo que si hubiera dicho diez años. Guarda silencio un rato mientras piensa, porque ha de tomar una decisión y no le resulta fácil. Esa misma mañana ha ido a verlo el señor Mizi a su casa y le ha preguntado si lo iba a visitar en la cárcel. Cuando le ha contestado que sí, el señor Mizi le ha pedido que le lleve una carta a Jabavu. Bueno, entregar cartas a los presos va contra las normas. El señor Tennent nunca ha incumplido la ley. Además, no le gusta el señor Mizi porque no le gusta ningún político. Cree que el señor Mizi sólo es un bocazas, un demagogo que se sirve de su habilidad oratoria para obtener poder y gloria. Sin embargo, tampoco puede desaprobarlo por entero, pues el señor Mizi no pide para su gente más que lo que el propio Tennent considera justo. Al principio se ha negado a aceptar la carta pero al final, aunque con cierta rigidez, ha dicho que sí, que lo intentaría... Ahora la carta está en su bolsillo.

Al fin saca la carta del bolsillo y dice:

–Tengo una carta para ti. –Jabavu sigue sin moverse–. Tienes amigos que quieren ayudarte – explica, alzando el tono de voz para penetrar la apatía de Jabavu.

Éste alza la mirada. Tras una larga pausa, pregunta:

–¿Qué amigos?

Al señor Tennent le impresiona oír su voz tras un silencio tan largo.

–Es del señor Mizi –dice, rígido.

Jabavu se la arranca de las manos, se levanta y se planta bajo la luz de la ventana, pequeña y alta. Rasga el sobre, que se le cae al suelo. El señor Tennent lo recoge y dice:

–Se supone que no debería entregarte ninguna carta. –Se da cuenta de que el enfado suena en su voz. Es injusto, porque se trata de su propia responsabilidad y ha aceptado hacerlo. Como no le gusta la injusticia, controla la voz y añade–: Léela deprisa y devuélvemela. Es lo que me ha pedido el señor Mizi.

Jabavu mira fijamente la carta. Empieza: «Hijo mío...». Al fin las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas. El señor Tennent está avergonzado, molesto, y piensa: «Ahora tendremos una de esas exhibiciones tan desagradables, supongo». Luego se riñe de nuevo a sí mismo por carecer de caridad cristiana y se vuelve de espaldas para que no le molesten las lágrimas de Jabavu. Además, ha de vigilar la puerta por si aparece demasiado pronto el celador.

Jabavu lee:

Quiero decirte que creo que decías la verdad cuando afirmaste que habías venido a mi casa en contra de tu voluntad y que nos querías avisar. Lo que no entiendo es qué esperabas que hiciéramos. Algunos miembros de la banda han venido a contarme que les dijiste que esperabas que yo te encontrara trabajo y cuidara de ti. Vinieron a verme porque creían que los defendería de la policía. No lo voy a hacer. No tengo tiempo para delincuentes. Yo no entiendo este caso, nadie lo entiende. La policía se ha pasado una semana entera interrogando a esa gente y a sus cómplices y han podido probar bien poco, salvo que el cerebro era ese tal Jerry y que te presionó de alguna manera. Da la sensación de que todos le tienen miedo, y a ti también, porque parece que si quisieras podrías contar algunas cosas a la policía.

Ahora, has de esforzarte para entender lo que voy a decir. Sólo te escribo porque me ha convencido la señora Mizi. Te diré sinceramente que no siento compasión por ti...

Aquí Jabavu suelta la carta y la frialdad empieza a filtrarse hacia su corazón. Pero el señor Tennent, tenso y nervioso desde la puerta, lo conmina:

–Rápido, Jabavu. Léela rápido.

Así que Jabavu sigue leyendo y poco a poco, al disolverse la frialdad, le queda una sensación que no comprende, pero que no es mala.

La señora Mizi me dice que pienso demasiado con la cabeza y poco con el corazón. Dice que sólo eres un niño. Puede que sea así, pero no te comportas como un niño, o sea que te hablaré como a un hombre y espero que te comportes como tal. La señora Mizi quiere que vaya al juzgado y diga que le conocemos, que te has perdido por las malas compañías y que en el fondo eres bueno. La señora Mizi usa las palabras bueno y malo con facilidad, quizás porque se educó en la misión, pero yo no me fío mucho de ellas, o sea que dejaré que se encargue de eso el señor Tennent, quien espero que te entregue esta carta.

Sólo sé que eres muy inteligente y tienes talento y que si quisieras podrías hacer buen uso de tus dones. También sé que hasta ahora te has comportado como si el mundo te debiera mucha diversión a cambio de nada. Pero vivimos en tiempos muy difíciles, hay mucho sufrimiento y no veo ninguna razón por la que tú hayas de ser distinto de los demás. Bueno, tendré que ir al juzgado como testigo porque el allanamiento tuvo lugar

en mi casa. Pero no diré que te conocía de antes, salvo por pura casualidad, como conozco a tantos cientos de personas. Y eso es la verdad, Jabavu...

De nuevo cae el papel y la sensación de resentimiento invade a Jabavu. Porque esa será la lección que más le costará aprender: que es igual que muchos más, no alguien especial y distinto.

Oye la voz urgente del señor Tennent:

–Sigue leyendo, Jabavu. Ya pensarás más adelante.

Y continúa:

Nuestros oponentes aprovechan cualquier oportunidad para mancharnos a nosotros y a nuestro movimiento, y les encantaría oírme decir que soy amigo de un hombre de quien todo el mundo sabe que es un delincuente, aunque no pueden probarlo. Hasta ahora, y con mucho esfuerzo, he mantenido buena relación con la policía como ciudadano ordinario. Saben que no robo, miento, ni hago trampas. Soy eso que llaman respetable. No pretendo cambiar eso por ti. Además, en mi condición de líder de nuestro pueblo, no soy bien considerado. O sea que si hablara bien de ti tendría un doble significado para la policía. Ya han hecho algunas preguntas por las que se ve a las claras que te consideran uno de los nuestros, que creen que trabajas con nosotros, cosa que he negado rotundamente. Además, es verdad que nunca has trabajado con nosotros.

Ahora, hijo mío, igual que la señora Mizi, pensarás que soy muy duro, pero has de recordar que hablo por boca de cientos de personas que confían en mí y no puedo causarles un mal por el bien de un muchacho muy estúpido. Cuando estés en el juzgado hablaré con seriedad y no te miraré. Además, dejaré a la señora Mizi en casa, pues temo la bondad de su corazón. Tal vez pases un año en la cárcel y si te portas bien te acortarán la sentencia. Serán tiempos duros para ti. Estarás con otros delincuentes que tal vez te tienten para regresar a la mala vida, tendrás que trabajar muy duramente y comerás mal. Pero si hay alguna ocasión de estudiar, aprovéchala. No llates la atención de ningún modo. No hables de mí. Cuando salgas de la cárcel ven a verme, pero en secreto. Te ayudaré, no por ser quien eres, sino porque el respeto que me muestras se aplica a la causa que defiendes, que es más grande que cualquiera de nosotros dos. Mientras estés en la cárcel piensa en los cientos, miles de personas de África que están en la cárcel por su propia voluntad, por el bien de la libertad y la justicia. Así no te sentirás solo, pues creo que de un modo extraño y complicado eres uno de ellos.

Te saludo en nombre propio, y también en nombre de la señora Mizi y nuestro hijo, del señor y la señora Samu y de otros que esperan poder confiar en ti. Pero esta vez, Jabavu, has de confiar en nosotros. Nos despedimos de ti...

Jabavu suelta el papel y se queda con la mirada perdida. La palabra que más significado tiene para él, entre todas las que aparecen escritas a toda prisa en el papel, es «nosotros». Nosotros, dice Jabavu. Nosotros. Lo invade la paz.

Porque en la tribu y en la aldea, la vida de sus padres se construyó sobre la palabra «nosotros». Sin embargo, nunca valió para él. Y entre entonces y ahora ha pasado un tiempo duro y feo en el que sólo existía la palabra «yo, yo, yo»: cruel y afilada como un cuchillo. Han vuelto a ofrecerle la palabra «nosotros», con todo lo bueno y lo malo que conlleva, con la exigencia de todo lo que él pueda entregar a cambio. Nosotros, piensa Jabavu. Nosotros... Y por primera vez el hambre que siente en su interior, el hambre que ha rugido toda su vida como una bestia, sube con la corriente, aceptada al fin, y fluye suavemente hacia la palabra «nosotros».

Resuenan unos pasos en la piedra, fuera de la celda.

–Dame la carta –dice el señor Tennent. Jabavu se la da y él la desliza rápidamente en el bolsillo–. Se la devolveré al señor Mizi y le diré que la has leído.

–Dígale que la he leído con todo mi entendimiento, que le doy las gracias y que haré lo que dice y que puede confiar en mí. Dígale que ya no soy un niño, sino un hombre; que su juicio es justo y que merezco el castigo.

El señor Tennent mira sorprendido a Jabavu y piensa con amargura que él, el hombre de Dios, ha fracasado; que un agitador desaforado y ateo puede hablar de justicia, del bien y del mal, y alcanzar a Jabavu, mientras que él teme usar esas palabras. Sin embargo, con escrupulosa amabilidad, le dice:

–Te visitaré en la cárcel. Pero no le digas al celador ni a la policía que te he traído esta carta.

Jabavu le da las gracias y le dice:

–Es usted muy amable, señor.

El señor Tennent le dedica su sonrisa seca y dubitativa, se va y el celador cierra la puerta.

Jabavu se sienta en el suelo con las piernas estiradas. Ya no ve las paredes grises de la celda, ni siquiera piensa en el juzgado, o en la cárcel que le espera más adelante.

«Nosotros», dice Jabavu una y otra vez. Nosotros. Y es como si en sus manos vacías sintiera las manos cálidas de los demás.

VUELO

(Flight)

El palomar quedaba por encima de la cabeza del anciano, una repisa alta envuelta en malla metálica, aguantada sobre dos pilotes y llena de pájaros que se contoneaban y se acicalaban. La luz del sol reventaba en sus pechos grises para trazar pequeños arco iris. Arrullado por sus cantos, alzaba las manos hacia su favorita, una paloma mensajera, un ave joven de cuerpo rollizo que se quedaba quieta al verlo y le clavaba su astuta mirada brillante.

–Bonita, bonita, bonita... –decía mientras atrapaba al pájaro y lo bajaba, sintiendo el coral de las zarpas prieto en torno a su dedo.

Contento, apoyó levemente al pájaro contra su pecho y se recostó en un árbol, mirando más allá del palomar, hacia el paisaje de las últimas horas de la tarde. Entre pliegues y huecos de luz y de sombra, el suelo rojizo y oscuro, removido hasta formar grandes terrones polvorientos, se extendía hasta el alto horizonte. Los árboles señalaban el discurrir del valle; el camino, un arroyo de espléndida hierba verde.

Recorrió con los ojos el camino de vuelta y vio a su nieta columpiándose junto a la puerta, bajo un franchipaniero. El pelo, suelto por la espalda, captaba oleadas de luz del sol, y las largas piernas descubiertas repetían los ángulos de los brotes del árbol, tallos de un marrón brillante entre trazados de flores pálidas.

La niña miraba más allá de las flores rosas, más allá de la granja en que vivían, junto a la estación, hacia el camino que llevaba al pueblo.

El estado de ánimo del anciano cambió. Abrió el puño deliberadamente para que el ave alzara el vuelo, pero lo cerró en cuanto empezó a abrir las alas. Sintió que aquel cuerpo rollizo tironeaba y se estiraba entre sus dedos; luego, en un arranque de pena atribulada, lo metió en una caja pequeña y aseguró el cierre. «Aquí, quieta», murmuró; luego dio la espalda a la repisa llena de pájaros. Caminó con torpeza a lo largo del seto, acechando a su nieta, que ahora estaba tumbada sobre la cancela, descansando la cabeza entre los brazos y cantando. El leve y alegre sonido de su voz se mezclaba con el canto de los pájaros, y el enfado del anciano aumentó.

–¡Eh! –gritó.

Vio que daba un salto, miraba hacia atrás y se alejaba de la cancela. Un velo ocultó su mirada y saludó con voz neutral y descarada:

–¡Hola, abuelo!

Se acercó a él con educación, tras una última mirada al camino.

–Qué, ¿esperando a Steven? –dijo él, clavándose los dedos en la palma de la mano, como si fueran garras.

–¿Tienes algo que objetar? –preguntó ella en tono leve, negándose a mirarlo.

El anciano se encaró a ella con el ceño fruncido, los hombros encogidos, tenso en un nudo prieto de dolor que incluía el canturreo de las aves, la luz del sol, las flores. Dijo:

–Ya estás en edad de merecer, ¿eh?

La chica meneó la cabeza ante aquella expresión anticuada y contestó en tono enfurruñado:

–Venga, abuelo.

–Tienes ganas de irte de casa, ¿eh? ¿Crees que te puedes ir a correr por los campos de noche?

La sonrisa de la muchacha hizo que el abuelo la viera como la había visto cada tarde a lo largo de aquel cálido mes de fines de verano, cuando paseaba por el sendero hasta el pueblo de la mano de aquel joven de manos rojas, cuello rojo y cuerpo violento, el hijo del cartero. Se le subió el suplicio a la cabeza y, enfadado, exclamó:

–¡Se lo voy a decir a tu madre!

–¡Chivato! –contestó ella, riendo, mientras volvía de nuevo hacia la cancela.

Se puso a cantar en voz alta, para que él la oyera:

*I've got you under my skin,
I've got you deep in the heart of..*

–Tonterías –gritó él–. Tonterías. Tonterías impúdicas.

Gruñendo en voz baja, se volvió hacia el palomar, que era su refugio de la casa que compartía con su hija, el marido de ésta y las niñas. Sin embargo, pronto la casa estaría vacía. Todas las chiquillas se habrían ido con sus risas, sus riñas y sus burlas. Se iba a quedar solo y abandonado con aquella mujer de aspecto llano y mirada tranquila; su hija.

Se detuvo murmurando delante del palomar, resentido ante los pájaros, que arrullaban ausentes.

Desde la puerta, la chica gritó:

–¡Ve y cuéntaselo! Venga, ¿a qué esperas?

Él echó a andar obstinado hacia la casa, con rápidas y patéticas miraditas a la niña para llamar su atención. Pero ella ni lo miró. La juventud de su cuerpo, desafiante pero ansioso, lo empujaba al amor y al arrepentimiento. Se detuvo.

–Es que nunca... –murmuró, esperando que ella se diera la vuelta y se acercara corriendo–... Yo no quería...

Ella no se dio la vuelta. Se había olvidado de él. El joven Steven llegó por el camino con algo en las manos. ¿Un regalo para ella? El anciano se puso tenso mientras veía cómo se cerraba de golpe la cancela y los jóvenes se abrazaban. Entre las frágiles sombras del franchipaniero su nieta, su niña querida, se echaba en brazos del hijo del cartero y la melena le volaba por detrás de los hombros.

–¡Os estoy viendo! –gritó el hombre, lleno de despecho.

No se movieron. Él se metió en la casita encalada, escuchando los rabiosos crujidos del suelo del porche bajo sus pies. Su hija estaba cosiendo en la habitación delantera y trataba de enhebrar una aguja a contraluz.

Se detuvo de nuevo y volvió a mirar hacia el jardín. La pareja se paseaba entre los matorrales, sin dejar de reír. Mientras miraba, vio que la chica se escapaba del joven con un movimiento repentino y malicioso y echaba a correr entre las flores mientras él la perseguía. Oyó gritos, risas, un chillido, silencio.

–Es que no es así –murmuró apenado–. No es así. ¿Cómo puede ser que no te des cuenta? Venga a echar carreras y risitas y besos y besos. Llegarás a algo totalmente distinto.

Miró a su hija con un odio burlón, pues se odiaba más que nada a sí mismo. Ellos dos ya estaban acabados, pero la chica aún corría en libertad.

–¿No te das cuenta? –preguntó a su invisible nieta, que en aquel momento estaba tumbada sobre la espesa hierba con el hijo del cartero.

Su hija lo miró y alzó las cejas con cansina paciencia.

–¿Has acostado a tus pájaros? –le preguntó, por darle conversación.

–Lucy –dijo él con urgencia–. Lucy...

–Bueno, ¿qué pasa ahora?

–Está en el jardín con Steven.

–Venga, siéntate y tómate un té.

Él dio una serie de pisotones alternos con cada pie, bum, bum, bum, sobre el hueco suelo de madera, y gritó:

–¡Se va a casar con él! ¡Te digo que lo próximo será casarse con él!

Su hija se levantó rápidamente, le llevó una taza y preparó un plato.

–No quiero té. Te he dicho que no quiero.

–Bueno, bueno –lo arrulló ella–. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué no se puede casar?

–¡Tiene dieciocho años! ¡Dieciocho!

–Yo me casé a los diecisiete y nunca me he arrepentido.

–Mentirosa –contestó el anciano–. Mentirosa. Y si fue así, deberías arrepentirte. ¿Por qué obligas a tus hijas a casarse? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?

–A las otras tres les ha ido bien. Tienen buenos maridos. ¿Por qué no Alice?

–Es la última –lamentó él–. ¿No podemos conservarla un poco más?

–Bueno, venga, papá. Estará al otro lado de la calle, eso es todo. Vendrá a verte cada día.

–Pero no es lo mismo.

Pensó en las otras chicas, transformadas en cuestión de pocos meses, de chiquillas petulantés y malcriadas en serias matronas juveniles.

–Nunca te ha gustado que nos casáramos –dijo su hija–. ¿Por qué? Siempre pasa lo mismo. Cuando me casé yo, me hiciste sentir que hacía algo malo. Y a mis hijas también. Siempre les haces llorar y se sienten fatal por tu comportamiento. Deja a Alice en paz. Está contenta. –Suspiró, detuvo la mirada un momento en el jardín, iluminado por el sol–. Se casará el mes que viene. No hay ninguna razón para esperar.

–¿Les has dado permiso? –preguntó, incrédulo.

–Claro, papá ¿por qué no? –contestó ella con frialdad, y se puso a coser de nuevo.

Como le escocían los ojos, salió al porche. La humedad se extendió hasta el mentón y el anciano sacó un pañuelo y se secó la cara. El jardín estaba vacío.

La pareja de jóvenes dio la vuelta a la esquina de la casa; sin embargo, sus caras miraban hacia otro lado. El hijo del cartero llevaba un pichón balanceado en su muñeca y con el pecho brillante de luz.

–¿Es para mí? –preguntó el anciano, dejando que le goteara la barbilla–. ¿Es para mí?

–¿Te gusta? –La chica le tomó una mano y la sostuvo–. Es para ti, abuelo. Te lo ha traído Steven.

Se quedaron con él, cariñosos, preocupados, esforzándose por alejar la pena y la humedad de sus ojos a fuerza de simpatía. Lo tomaron por ambos brazos y lo dirigieron hacia la repisa de los pájaros, cada uno a un lado, rodeándolo, diciéndole sin palabras que nada iba a cambiar, que siempre estarían con él. El pájaro era una buena prueba, le dijeron con la falsa felicidad de sus miradas, mientras se lo entregaban.

–Toma, abuelo, es tuyo. Es para ti.

Lo miraron mientras lo sostenía sobre la muñeca y le acariciaba el lomo suave, calentado por el sol, y se fijaba en su modo de abrir las alas para mantener el equilibrio.

–Será mejor que lo encierres un tiempo –dijo la chica, en un tono íntimo–. Hasta que aprenda a reconocer su casa.

–Vete a enseñarle a tu abuela a batir un huevo –gruñó el anciano.

Aliviados por aquella rabia medio alevosa, los dos se apartaron y se rieron de él.

–Nos encanta que te haya gustado.

Se alejaron, ya serios y decididos, hacia la cancela, donde se quedaron sentados, de espaldas a él y hablando en voz baja. Lo que más lo aislaba, lo que le provocaba mayor sensación de soledad, era aquella manera de comportarse con la seriedad propia de los adultos; al mismo tiempo, lo tranquilizaba, negaba el escozor que le provocaba verlos cuando retozaban como cachorros en la hierba. Ya se habían vuelto a olvidar de él. Bueno, era normal, se aseguró el anciano, al tiempo que notaba las lágrimas que se espesaban en su garganta, el temblor de los labios. Acercó el pájaro a la cara para notar la caricia de sus plumas sedosas. Luego lo encerró en una caja y sacó su paloma favorita.

–Ya te puedes ir –dijo en voz alta.

La sostuvo en la mano, lista para volar, mientras miraba hacia los jóvenes, al otro lado del jardín. Luego, retorcido por el dolor de la pérdida, levantó la muñeca y vio cómo el ave alzaba el vuelo. Un torbellino, un aleteo, y una nube de aves echó a volar hacia el anochecer desde el palomar.

Aún junto a la cancela, Alice y Steve abandonaron la charla y contemplaron los pájaros.

Desde el porche su hija, aquella mujer, lo miraba y se llevaba a la frente la misma mano que aún sostenía la costura para hacer sombra a los ojos.

Al anciano le parecía que todo el atardecer se había detenido para contemplar aquel gesto de control por su parte, que hasta las hojas de los árboles habían dejado de temblar.

Calmado, con los ojos secos, dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo y se mantuvo en pie, contemplando fijamente el cielo.

La nube de brillantes pájaros plateados se alzó cada vez más con un estridente batir de alas, por encima de la oscura tierra labrada, hasta que quedaron flotando bajo la luz del sol como un revuelo de motas de polvo.

Trazaron un amplio círculo sin dejar de batir las alas, de modo que la luz las cruzaba en oleadas, y luego, una tras otra se tiraron en picado desde lo alto hacia las sombras para regresar a la penumbra de la tierra, por encima de los árboles y la hierba, de vuelta al valle y al refugio de la noche.

El jardín se convirtió en una algarabía y un temblor de aves de regreso. Luego llegó el silencio y el cielo quedó vacío.

El anciano se dio la vuelta lentamente, tomándose su tiempo: alzó la mirada y sonrió con orgullo a su nieta, al otro lado del jardín. Ella lo miraba fijamente. No sonreía. Tenía los ojos como platos y la cara muy pálida en la frialdad de la penumbra, y el anciano vio que las lágrimas temblaban al rodar por sus mejillas.

LA MADONNA NEGRA

(The Black Madonna)

En algunos países no se puede afirmar que florezcan las artes, y mucho menos el Arte. Es difícil determinar por qué eso es así, aunque por supuesto tenemos toda clase de teorías al respecto. Resulta que a veces la tierra más estéril se puebla de esa clase de flores que para todos representan la cumbre y la justificación de la vida y eso es lo que dificulta explicar, en definitiva, por qué la tierra de Zambesia produce flores tan reticentes.

Zambesia es un país duro, abrasado por el sol, viril y positivo, que menosprecia la sutileza y la sensibilidad. Sin embargo, existen otros estados con las mismas características en los que sí ha surgido el arte, producido acaso por la mano izquierda. Zambesia es, por decirlo con suavidad, refractaria a esas ideas, aceptadas por lo común desde hace mucho tiempo en otros lugares del mundo, relativas a la libertad, la fraternidad y cosas por el estilo. Sin embargo hay quienes mantienen –y entre ellos se cuentan algunas de las más nobles almas– que el arte es imposible sin una minoría cuyo ocio esté garantizado por el duro trabajo de la mayoría. Y si hay algo de lo que no carece la minoría acomodada de Zambesia es precisamente de ocio.

Zambesia... Basta ya: por respeto a nosotros mismos y al rigor científico, no deberíamos anticipar las conclusiones. Sobre todo si recordamos el nostálgico respeto con que los zambesianos reciben a los artistas que sí aparecen entre ellos.

Consideremos, a modo de ejemplo, el caso de Michele.

Salió del campo de internamiento en la época en que Italia se convirtió en una especie de aliado honorario, durante la Segunda Guerra Mundial. Eran épocas de tensión para las autoridades, porque una cosa es ser responsable de miles de prisioneros de guerra a los que se debe tratar según ciertas normas reconocidas y otra muy distinta enfrentarse, de la noche a la mañana, con esos miles de personas convertidas, por un acto de prestidigitación internacional, en camaradas de armas. Muchos de aquellos miles se quedaron en los mismos campos; al menos allí tenían alojamiento y comida. Otros se convirtieron en mano de obra para las granjas, aunque no muchos. Sucede que, si bien a los granjeros siempre les hacía falta mano de obra, no sabían cómo tratar en sus granjas a aquellos trabajadores que también eran blancos; hasta entonces, nunca se había dado en Zambesia tal fenómeno. Algunos hacían pequeños encargos en las ciudades, cuidándose mucho de los sindicatos, que ni los aceptaban como miembros ni estaban de acuerdo en que trabajaran.

Duro, duro sacrificio el de estos hombres, aunque por fortuna no se prolongó mucho, pues pronto terminó la guerra y pudieron volver a su país.

Dura, también, la tarea de las autoridades, como ya se ha señalado; por esa razón, redoblaban su voluntad de obtener cuanta ventaja pudieran de la situación. Y no cabía duda de que Michele representaba una de esas ventajas.

Descubrieron su talento cuando aún era un prisionero de guerra. Se construyó una iglesia en el campo de internamiento y Michele decoró el interior. Aquella pequeña iglesia de tejado de chapa en medio de la prisión se convirtió en lugar de exhibición, con sus paredes encaladas cubiertas por todas partes con frescos en los que aparecían bronceados campesinos cosechando uva para la vendimia, hermosas italianas bailando, o niños rollizos de ojos oscuros. En medio de aquellas abarrotadas escenas de vida italiana aparecían la Virgen y el Niño, sonrientes y benéficos, encantados de moverse entre la gente con aquella familiaridad.

Las damas amantes de la cultura, que sobornaban a las autoridades para que se les permitiera visitar la iglesia, decían: «Pobrecito, cómo debe de añorar su país». Y suplicaban permiso para dejar media corona para el artista. Algunas se indignaban. Al fin y al cabo, era un prisionero, capturado en el acto de luchar contra la democracia y la justicia; ¿tenía derecho a protestar? Porque entendían aquellas pinturas como una especie de protesta. ¿Había algo en Italia que no tuvieran allí, en Westonville, que era la capital y el corazón de Zambesia? ¿Acaso allí no había sol y montañas y niños rollizos y chicas hermosas? ¿Acaso no teníamos nuestros propios cultivos? Tal vez no hubiera uva, pero sí limones, naranjas y flores en abundancia.

La gente se enfadaba: la desesperación de la nostalgia descendía de las paredes blancas de aquella sencilla iglesia y afectaba a cada quién según su temperamento.

Sin embargo, cuando Michele fue liberado, nadie olvidó su talento. Se referían a él como «ese artista italiano». En realidad era un albañil. Y es muy posible que se exageraran las virtudes de sus frescos. Puede que en un país más acostumbrado a las pinturas murales, las suyas hubieran pasado inadvertidas.

Cuando una de aquellas damas que acudían de visita salió a toda prisa del campo con su coche y fue a verlo para pedirle que retratara a sus hijos, contestó que no estaba cualificado para hacerlo. Sin embargo, al final accedió. Ocupó una habitación en la ciudad y pintó unos retratos agradables de los niños. Luego pintó a los hijos de muchas amigas de aquella primera dama. Cobraba diez chelines cada vez. Luego una de las señoras quiso que pintara su retrato. Entonces pidió diez libras: le había costado un mes entero. Ella se molestó, pero pagó.

Michele se encerró en su habitación con una amiga y se dedicó a beber vino tinto de Ciudad del Cabo y hablar de su país. Mientras duró el dinero, no hubo modo de persuadirlo para que pintara más retratos.

Aquellas damas hablaban mucho de la dignidad del trabajo, asunto en el que estaban muy versadas; daba la sensación de que se atreverían incluso a comparar al hombre blanco con los negros africanos, que tampoco entendían que el trabajo dignificaba.

Lo consideraban un ingrato. Una de aquellas mujeres lo buscó, lo encontró tumbado en el campo con una botella de vino y le habló con mucha severidad sobre las barbaries de Mussolini y la irresponsabilidad del carácter italiano. Luego le exigió que la retratara inmediatamente con su vestido nuevo de noche. El se negó y la señora se fue a su casa muy enfadada.

Resulta que era la mujer de uno de nuestros más importantes ciudadanos, un general, o algo parecido, que en esa época se ocupaba de planificar un desfile militar, o alguna exhibición a beneficio de la población civil. Toda la ciudad de Westonville llevaba semanas hablando del espectáculo. Estábamos todos mortalmente aburridos de bailes, fiestas de disfraces, bazares, loterías y demás pasatiempos caritativos. No sería exagerado afirmar que mientras unos morían por la libertad, otros bailaban por ella. Todo tiene un límite. Sin embargo, por supuesto, cuando al fin se terminó la guerra y los miles de tropas instaladas en nuestro país tuvieron que volverse a casa... en resumen, cuando divertirse dejó de ser una obligación, se oyó a muchos exclamar que la vida nunca volvería a ser igual.

Mientras tanto, el desfile implicaba una novedad para todos. Los caballeros militares responsables de la idea no la concebían de ese modo. Creían que iban a mejorar la moral de la población mostrándonos un atisbo de lo que era una guerra de verdad. No bastaba con los titulares de los periódicos. Para transmitirnos una idea bien realista, planificaban destruir una aldea bombardeándola ante nuestras miradas.

Primero había que construir la aldea.

Parece que el general y sus subordinados se pasaron un día entero entre el polvo rojizo de la zona del desfile, bajo un sol abrasador, rodeados de materiales de construcción mientras hordas de trabajadores africanos iban de un lado a otro con tablas y clavos, intentando construir algo parecido a un pueblo. Era evidente que había que construir un poblado auténtico para destruirlo después, aunque el precio era mayor de lo presupuestado para todo el espectáculo. El general se fue a casa de mal humor y su mujer dijo que lo que necesitaban era un artista; necesitaban a Michele. No era porque quisiera ofrecer a Michele un buen trato; lo que pasa es que no soportaba la idea de que se tumbara a cantar mientras hubiera tanto trabajo por hacer. Se negó a emprender una negociación diplomática cuando su marido dijo que de ningún modo pensaba pedirle un favor a un italiano. Ella le solucionó el problema a su manera: enviaron a un tal capitán Stocker a buscarlo.

El capitán lo encontró en el mismo campo, a la sombra del mismo árbol, con los pantalones arremangados y la camisa desabrochada; sin afeitar, un poco borracho, con una botella de vino a su lado, en el suelo. Entonaba un canto tan salvaje, tan triste, que el capitán se sintió incómodo. Se mantuvo a diez pasos de aquel personaje de escasa reputación y pensó en lo indigno de su posición. Un año antes aquel hombre era un enemigo mortal al que hubiera disparado a primera vista. Seis

meses antes, un prisionero enemigo. Ahora estaba tumbado con las rodillas al aire y llevaba una camisa sucia que sin duda había sido del ejército. Para el capitán, la situación cristalizó en el deseo de que Michele lo saludara formalmente.

–¡Piselli! –dijo con brusquedad.

Michele volvió la cabeza y miró al capitán, sin abandonar la posición horizontal.

–Buenos días –contestó, afable.

–Se requiere su presencia –comunicó el capitán.

–¿Quién? –preguntó Michele.

Se sentó. Era un hombrecillo regordete, de piel olivada. Había algo de resentimiento en su mirada.

–Las autoridades.

–¿Se ha terminado la guerra?

El capitán, que ya estaba bastante rígido y refulgente con su camisa caqui planchada, echó la cabeza hacia atrás, frunció el ceño y adelantó la barbilla. Era un hombre alto, rubio y, en los fragmentos visibles, tenía la piel roja como un ladrillo. Los ojos pequeños, azules, enfadados. Sus manos rojas, cubiertas por completo por pelillos rubios, bien prietas a ambos lados. Entonces vio la decepción en la mirada de Michele y relajó las manos.

–No, no se ha terminado –contestó–. Se requiere su ayuda.

–¿Para la guerra?

–Es una tarea de guerra. Doy por hecho que le interesa la derrota de los alemanes.

Michele miró al capitán. El artesano bajito de ojos oscuros miraba al gran oficial rubio de ojos fríos y azules, con su boca prieta y aquellas manos que parecían filetes cubiertos de vello rubio. Siguió mirándolo y dijo:

–Me interesa mucho el fin de la guerra.

–¿Entonces? –dijo el capitán, entre dientes.

–¿Cuánto pagan? –preguntó Michele.

–Pagan.

Michele se levantó. Alzó al sol la botella y bebió un trago. Hizo unos bucheros de vino y lo escupió. Luego vertió lo que quedaba sobre la tierra roja, donde quedó una mancha violeta y burbujeante.

–Estoy listo –anunció.

Fue con el capitán hasta el camión que los esperaba, en el que montó junto al conductor, en vez de en la parte trasera, como esperaba el capitán. Cuando llegaron a la zona del desfile, los oficiales habían dejado un mensaje en el que se indicaba que el capitán se haría responsable de Michele y del poblado. También del centenar de trabajadores que permanecían sentados en los márgenes de la hierba, esperando órdenes.

El capitán explicó lo que se debía hacer. Michele asintió. Luego señaló con una mano hacia los africanos.

–No necesito a esos –dijo.

–¿Lo va a hacer solo? ¿Un pueblo?

–Sí.

–¿Sin ayuda?

Michele sonrió por primera vez.

–Lo haré.

El capitán dudó. No aprobaba por principios que los blancos se encargaran de trabajos manuales pesados. Contestó:

–Me quedo con seis para el trabajo pesado.

Michele se encogió de hombros y el capitán se alejó y despidió a todos los africanos menos seis. Volvió con ellos hacia Michele.

–Hace calor –dijo éste.

–Mucho –contestó el capitán.

Estaban en medio de la zona de desfile. Alrededor había árboles, hierba, zonas de sombra. Allí, tan sólo un polvo rojizo que se alzaba y revoloteaba en la calurosa brisa.

–Tengo sed –dijo Michele.

Sonrió. El capitán notó que sus propios labios rígidos se aflojaban en contra de su voluntad para responder a la sonrisa. Los dos pares de ojos se encontraron. Fue un momento de comprensión. Para el capitán, el italiano se había vuelto humano de repente.

–Me encargaré de eso –dijo, y se fue hacia la ciudad.

Para cuando hubo conseguido explicar la situación a la gente adecuada, rellenar formularios y confirmar acuerdos, ya era última hora de la tarde. Regresó al campo del desfile con una caja de botellas de brandy del Cabo y se encontró a Michele y a los seis negros sentados bajo un árbol. Michele les estaba cantando una canción italiana y ellos buscaban segundas voces armónicas. Aquella visión afectó al capitán como un ataque de náusea. Se acercó, y los africanos se pusieron firmes. Michele siguió sentado.

–¿No ha dicho que haría el trabajo solo?

–Sí, eso he dicho.

Entonces el capitán echó a los africanos. Se despidieron con amistosas miradas a Michele, quien les devolvió el saludo. El capitán estaba rojo de ira, como un pedazo de carne.

–¿Aún no ha empezado?

–¿Cuánto tiempo tengo?

–Tres semanas.

–Entonces, sobra tiempo –contestó Michele, mirando la botella de brandy que el capitán llevaba en una mano. En la otra había dos vasos–. Ya es de noche –dijo.

El capitán frunció el ceño un momento. Luego se sentó en la hierba y sirvió dos brandies.

–Ciao –dijo Michele.

–Salud –contestó el capitán.

Tres semanas, pensaba. Tres semanas con aquel maldito italiano. Se bebió el vaso de un trago, lo rellenó y lo dejó sobre la hierba. La hierba, fresca y suave. Cerca de allí florecía algún árbol; cálidas oleadas de perfume llegaban en la brisa.

–Se está bien aquí –dijo Michele–. Nos lo vamos a pasar bien. Hasta en la guerra hay momentos de felicidad. Y de amistad. Brindo por el fin de la guerra.

Al día siguiente, el capitán no apareció por la zona del desfile hasta después de la comida. Se encontró a Michele bajo los árboles con una botella. Había levantado en un extremo de la zona de desfile unas tablas que en teoría iban a servir para los techos, de tal modo que formaban dos paredes y parte de una tercera, y un tejado inclinado que descansaba sobre unos puntales.

–¿Qué es eso? –preguntó el capitán, furioso.

–La iglesia –contestó Michele.

–¿Queeé?

–Ya lo verá luego. Ahora hace mucho calor.

Miró hacia la botella de brandy que tenía a su lado, en el suelo. El capitán fue al camión y regresó con su caja. Bebieron. Pasó el tiempo. Hacía mucho que el capitán no se sentaba en la hierba debajo de un árbol. De hecho, hacía mucho que no bebía tanto. Siempre bebía bastante, pero adaptándose a las épocas y las estaciones. Era un hombre disciplinado. Allí, sentado en la hierba con aquel hombrecillo al que seguía sin poder evitar ver como un enemigo, no es que abandonara la disciplina, pero sí se sintió distinto; como si abandonara temporalmente su comportamiento normal. Michele no contaba. Lo oía hablar de Italia y le parecía estar oyendo a un salvaje: como si oyera historias de las islas de los mares del sur, lugares que un hombre como él podía visitar una vez en la vida. Se oyó a sí mismo decir que tal vez viajara a Italia después de la guerra. De hecho, sólo le atraía el norte y la gente del norte. Había visitado Alemania en tiempos de Hitler y, aunque en ese momento no estuviera bien decirlo, había resultado satisfactorio. Luego Michele le cantó unas canciones italianas. Él le cantó algunas inglesas. Después Michele sacó fotos de su esposa y sus hijos, que vivían en un pueblo de las montañas del norte de Italia. Le preguntó al capitán si estaba casado. El capitán nunca hablaba de sus asuntos privados.

Se había pasado la vida de una colonia africana en otra, ejerciendo como policía, magistrado, comisario de los nativos o cualquier otra dedicación útil. Al empezar la guerra, le había resultado fácil pasarse a la vida militar. Pero odiaba la vida en las ciudades y tenía sus propias razones para desear el fin de la guerra. Había pasado la mayor parte del tiempo en destinos de monte con uno o dos blancos más, o incluso a solas, lejos de los rigores de la civilización. Había mantenido relaciones con nativas: de vez en cuando visitaba la ciudad donde vivía su mujer con sus padres y los niños. Siempre lo atormentaba la idea de que ella le fuera infiel. Poco tiempo atrás había contratado a un detective para que la vigilara; estaba convencido de que el detective no era eficiente. Los amigos del ejército que llegaban de L., donde vivía su mujer, le hablaban de sus fiestas y de lo mucho que se divertía. Cuando terminara la guerra no le resultaría tan fácil pasárselo bien. ¿Y por qué no se limitaba a vivir con ella y acabar así con el problema? Lo que pasaba es que no podía. Y aquel largo exilio en los destinos de monte se debía a que necesitaba una excusa para no vivir con ella. No soportaba pensar demasiado tiempo en su esposa; era esa parte de su vida que nunca había sido capaz de controlar, por así decirlo.

Sin embargo, ahora habló de ella con Michele, y también de su mujer favorita en el monte, Nadya. Le contó la historia de su vida, hasta que se dio cuenta de que la sombra de los árboles bajo los que se habían sentado, se extendía ya por toda la zona de desfile hasta la tribuna. Se levantó con escaso equilibrio y dijo:

–Hay trabajo por hacer. Le pagan para trabajar.

–Cuando se haga de noche le enseñaré mi iglesia.

Se puso el sol, cayó la oscuridad y Michele pidió al capitán que llevara su camión hasta la zona de desfile, a unos doscientos metros, y encendiera los faros. Al instante, una iglesia blanca brotó entre las formas y las sombras de aquellas planchas de madera.

–Mañana, unas cuantas casas –dijo Michele, contento.

Al cabo de una semana, el espacio de aquel extremo de la zona de desfile estaba cubierto de construcciones torpes y alocadas de yeso y madera que, a la luz del sol, parecían un engendro imposible. En privado, el capitán se indignaba: era como una pesadilla en la que se suponía que unas figuras con forma de esqueleto debían convencerlo, gracias a una ilusión de luces y sombras, de que conformaban un pueblo. Por la noche, el capitán se acercaba con su camión, encendía las luces y ahí estaba el pueblo, sólido y real contra el telón de fondo de los árboles verdesos. Luego, bajo el sol de la mañana, no había nada, apenas unos pedazos de tablas clavados en la arena.

–Se acabó –dijo Michele.

–Lo contrataron para tres semanas –contestó el capitán.

No quería darlo por terminado; para él era como unas vacaciones.

Michele se encogió de hombros.

–El ejército es rico –dijo.

Luego, para evitar las miradas curiosas, se sentaron a la sombra de la iglesia con la caja de brandy. El capitán habló sin parar sobre su esposa, sobre las mujeres. No podía dejar de hablar.

Michele escuchaba. En un momento dijo:

–Cuando vuelva a casa... Cuando vuelva a casa, abriré los brazos... –Los abrió. Cerró los ojos. Le rodaron lágrimas por las mejillas–. Tomaré a mi mujer entre mis brazos y no preguntaré nada, nada. No me importa. Ya basta, ya basta. No preguntaré nada y seré feliz.

El capitán se quedó con la mirada perdida, sufriendo. Pensó en lo mucho que temía a su mujer. Era una criatura burlona, alegre y dura, que se reía de él. Se había reído de él desde que se casaron. Desde el principio de la guerra le había dado por llamarle con apodos como Hitlercillo o soldadito. «Adelante, Hitlercillo –le había gritado en el último encuentro–. Adelante, soldadito. Si te quieres gastar el dinero en detectives privados, adelante. Pero no creas que yo no sé lo que haces en el monte, no es que me importe, pero recuerda que lo sé...»

El capitán recordaba cómo se lo había dicho. Y ahí estaba Michele, sentado en una caja de embalar y diciendo:

–Los detectives y la ley, amigo, son un placer de ricos. Incluso los celos son un placer que ya no quiero experimentar. Ah, amigo, estar con mi mujer otra vez, y con mis hijos, sólo le pido eso a la vida. Eso, vino, comida, y pasar la noche cantando.

Y las lágrimas le empapaban las mejillas y le salpicaban la camisa.

Por dios, ¡un hombre llorando!, pensaba el capitán. ¡Y no le daba vergüenza! Cogió la botella y bebió.

Tres días antes de la gran ocasión, algunos oficiales de rango llegaron paseando entre el polvo y se encontraron a Michele y al capitán sentados en aquella caja, cantando. El capitán llevaba la camisa abierta hasta el pecho y llena de manchas.

El capitán se levantó y se puso firme, con la botella en la mano y Michele lo imitó por pura solidaridad con su amigo. Los oficiales se llevaron al capitán a un lado –eran todos colegas suyos– y le preguntaron qué diablos creía que estaba haciendo. Y por qué no estaba terminado el pueblo.

Luego se fueron.

–Diles que está terminado –dijo Michele–. Diles que me quiero ir.

–No –contestó el capitán–. No, Michele. ¿Qué harías si tu mujer...?

–El mundo es un buen lugar. Deberíamos ser felices... Eso es todo.

–Michele...

–Me quiero ir. No hay nada que hacer. Me pagaron ayer.

–Siéntate, Michele. Dentro de tres días se terminará todo.

–Entonces, voy a pintar el interior de la iglesia como pinté la del campo de prisioneros.

El capitán se tumbó en unas tablas y se quedó dormido. Cuando se despertó, Michele estaba rodeado de los mismos botes de pintura que había usado para pintar el exterior del pueblo. Justo delante del capitán había un retrato de una chica negra. Era joven y rolliza. Llevaba un vestido azul estampado por el que asomaban los hombros, suaves y desnudos. A su espalda había un bebé sostenido por una cinta de tela roja. Tenía el rostro vuelto hacia el capitán y le sonreía.

–Es Nadya –dijo el capitán–. Nadya... –gruñó en voz alta.

Miró el niño negro y luego cerró los ojos. Los volvió a abrir y la madre y el niño seguían ahí. Michele estaba trazando con mucho cuidado unos círculos amarillos en torno a las cabezas de la mujer negra y su hijo.

–Por el amor de Dios –dijo el capitán–. No puedes hacer eso.

–¿Por qué no?

–No puedes pintar una madonna negra.

–Era una campesina. Ésta es una campesina. Una madonna campesina negra para un país de negros.

–Es un pueblo alemán –explicó el capitán.

–Ésta es mi madonna –dijo Michele, enfadado–. Vuestro pueblo alemán y mi madonna. He pintado ese retrato como una ofrenda a la madonna. Y le gusta... Siento que le gusta.

El capitán se volvió a tumbar. Se encontraba mal. Se durmió otra vez. Al despertarse por segunda vez ya era de noche. Michele había llevado una reluciente lámpara de parafina y seguía trabajando en la pared con su luz. Había una botella de brandy a su lado. Siguió pintando hasta la medianoche y el capitán se quedó tumbado, de lado, mirándolo, tan pasivo como el hombre que sufre una pesadilla. Luego se acostaron los dos sobre las tablas. Durante todo el día siguiente Michele siguió pintando madonnas negras, santos negros, ángeles negros. Fuera, las tropas practicaban a la luz del sol, las bandas tocaban su música y los motociclistas rugían arriba y abajo. Pero Michele seguía pintando, borracho y olvidadizo. El capitán permanecía tumbado boca arriba, murmurando sobre su mujer. Luego decía: «Nadya, Nadya» y rompía a sollozar.

Al caer la noche se fueron las tropas. Los oficiales volvieron y el capitán se fue con ellos para mostrarles cómo cobraba existencia el pueblo cuando se encendían las luces del otro lado del campo de desfile. Se quedaron todos mirando el pueblo en silencio. Al apagar las luces no se veían más que altas tablas angulares inclinadas como las piedras de las tumbas a la luz de la luna. Encendían las luces... y ahí estaba el pueblo. Guardaron silencio, como si tuvieran alguna sospecha. Igual que el

capitán, parecían tener la sensación de que aquello no estaba bien. Injusto, ésa era la palabra. Era trampa. Y profundamente inquietante.

–Muy listo ese italiano suyo –dijo el general.

El capitán, que hasta ese momento se había comportado con una inexpresiva corrección, se acercó corriendo de pronto al general y, para conservar el equilibrio, le apoyó una mano en sus augustos hombros.

–Malditos italianos –dijo–. Malditos africanos. Malditos... Le diré una cosa, hay un italiano que sí vale para algo. Sí, lo hay. Lo que yo le diga. De hecho, es amigo mío.

El general lo miró. Luego asintió en dirección a sus subordinados. Se llevaron al capitán por una cuestión disciplinaria. De todas formas, decidieron que debía de estar enfermo, pues de ningún otro modo se explicaba su comportamiento. Lo metieron en la cama, en su propia habitación, y una enfermera se ocupó de él.

Se despertó veinticuatro horas después, sobrio por primera vez en varias semanas. Recordó lentamente lo que había ocurrido. Luego saltó de la cama y se apresuró a vestirse. La enfermera apenas tuvo tiempo de verlo salir corriendo por el camino y meterse de un salto en su camión.

Circuló a toda velocidad hasta la zona del desfile, tan inundada de luz que el pueblo no existía. Estaba todo abarrotado. Había tres filas de coches aparcados en torno a la plaza, con gente subida a los estribos, e incluso a los techos. En la tribuna no cabía un alma. Mujeres vestidas de gitanas, campesinas, damas como cortesanas isabelinas y demás, deambulaban con bandejas de cerveza de jengibre y salchichas y programas de cinco chelines para recaudar ayudas para la guerra. En la plaza se desplegaban las tropas, al tiempo que trasladaban arriba y abajo sus obsoletas ametralladoras, las bandas tocaban y los motociclistas rugían entre llamas.

Mientras el capitán aparcaba el camión cesó toda esa actividad y se apagaron las luces. El capitán echó a correr por la parte exterior de la plaza para llegar al lugar donde estaban camufladas las armas entre un amasijo de redes y ramas. Jadeaba de tanto esfuerzo. Era un hombre grande, poco acostumbrado al ejercicio y empapado de brandy. Tenía una sola idea en la mente: impedir que las armas disparasen, impedirlo al precio que fuera.

Por suerte, parece que había alguna complicación. Las luces seguían apagadas. Aquel excéntrico cementerio al otro lado de la plaza brillaba, blanco, bajo la luz de la luna. Entonces se encendieron las luces brevemente y el pueblo apareció apenas el tiempo suficiente para que se vieran las cruces rojas pintadas en la pared blanca del edificio contiguo a la iglesia. La luz de la luna lo invadió todo de nuevo y las cruces desaparecieron. «Maldito loco», sollozó el capitán, y siguió corriendo como si se jugara la vida. Ya no intentaba llegar a las armas. Ahora atajaba por un rincón de la plaza, directamente hacia la iglesia. Oyó las maldiciones de algunos oficiales a sus espaldas:

–¿Quién ha puesto ahí esas cruces rojas? ¿Quién? No podemos disparar a la Cruz Roja.

El capitán llegó a la iglesia en el momento en que se encendían los focos. Dentro, Michele estaba arrodillado en el suelo mirando a su primera madonna.

–Van a matar a mi madonna –dijo, abatido.

–Vamos, Michele, vayámonos de aquí.

El capitán lo cogió por un brazo y tiró de él. Michele se retorció para liberarse y cogió una sierra. Empezó a golpear la tabla del techo. Fuera reinaba un silencio letal. Oyeron una voz que retumbaba por los altavoces:

–El pueblo que vamos a bombardear es un pueblo inglés, no alemán como se dice en el programa. Recuerden, el pueblo que vamos a bombardear es...

Michele había recortado dos lados de un rectángulo en torno a la Madonna.

–Michelle –sollozó el capitán–. Sal de aquí.

Michele soltó la sierra, agarró los bordes afilados de la tabla y tiró de ellos. La iglesia empezó a temblar y se inclinó. Un pedazo irregular de tabla se desencajó y Michele se tambaleó hacia atrás y cayó en brazos del capitán. Sonó un rugido. La iglesia parecía disolverse en llamas en torno a ellos. Luego se alejaron corriendo. El capitán llevaba del brazo a Michele.

–¡Abajo! –le gritó de pronto, y lo empujó al suelo.

Luego se tiró encima de él. Tapándose la cara con un brazo, pero dejando un resquicio por el codo para mirar, oyó la explosión, vio la gran columna de humo y llamas y el pueblo se desintegró en una masa de escombros. Michele estaba de rodillas, mirando a su madonna a la luz de las llamas. Estaba cubierta de polvo, irreconocible. Él tenía un aspecto terrible, muy pálido, y le goteaba un hilillo de sangre del pelo hacia una mejilla.

–Han bombardeado a mi madonna –dijo.

–Bah, maldita sea, ya pintarás otra –contestó el capitán.

Su propia voz le sonaba extraña, como si procediera de un sueño. Sin duda se había vuelto loco, tanto como el mismo Michele. Se levantó, puso en pie a Michele y lo hizo andar hacia el borde del desfile. Allí los recogió el personal de una ambulancia. Se llevaron a Michele al hospital y al capitán lo enviaron de nuevo a la cama.

Pasó una semana. El capitán estaba en una habitación a oscuras. Estaba claro que padecía alguna clase de crisis nerviosa y le habían adjudicado dos enfermeras. A ratos guardaba silencio. A ratos murmuraba. A veces cantaba con voz grave y torpe fragmentos de ópera, trozos de canciones italianas y, una y otra vez, *Hay un largo, largo camino*. No pensaba en nada. Rehuía pensar en Michele, como si fuera peligroso. Por eso, cuando una alegre voz femenina le anunció que había ido a verlo un amigo para animarlo y que le iría muy bien un poco de compañía, cuando vio que se acercaba a él una venda blanca en medio de la penumbra, se dio la vuelta bruscamente y se quedó de costado, de cara a la pared.

–Vete –dijo–. Vete, Michele.

–He venido a verte –contestó éste–. Te he traído un regalo.

El capitán se dio la vuelta lentamente. Ahí estaba Michele, un alegre fantasma en medio de la habitación oscura.

–Estás loco –le dijo–. Lo estropeaste todo. ¿Por qué pintaste esas cruces rojas?

–Era un hospital –dijo Michele–. En todos los pueblos hay un hospital, y en el hospital una Cruz Roja, una hermosa Cruz Roja, ¿no?

–Casi me hacen un consejo de guerra.

–Fue culpa mía –dijo Michele–. Estaba borracho.

–Yo era el responsable.

–¿Cómo ibas a ser tú responsable si lo hice yo? Bueno, pero ya se acabó. ¿Estás mejor?

–En fin, supongo que esas cruces te salvaron la vida.

–No se me ocurrió –dijo Michele–. Me acordé de la bondad de la gente de la Cruz Roja cuando éramos prisioneros.

–Ah, cállate, cállate, cállate.

–Te he traído un regalo.

El capitán escudriñó en la oscuridad. Michele sostenía una pintura. Era una nativa con un niño a la espalda, sonriendo de costado.

Michele dijo:

–No te gustaban los halos. Así que esta vez, no hay halos. Para el capitán..., no es una madonna.

–Se rió–. ¿Te gusta? Es para ti. La he pintado para ti.

–Maldito seas –dijo el capitán.

–¿No te gusta? –preguntó Michele, muy ofendido.

El capitán cerró los ojos.

–¿Y qué vas a hacer ahora? –preguntó, cansado.

Michele se volvió a reír.

–La señora Pannehurst, la mujer del general, quiere que la retrate con un vestido blanco. Así que la voy a retratar.

–Deberías sentirte orgulloso.

–Es idiota. Se cree que soy bueno. No saben nada estos salvajes. Bárbaros. Te digo una cosa, capitán; tú eres mi amigo, pero esa gente no sabe nada.

El capitán guardó silencio. Lo estaba invadiendo la furia. Pensó en la mujer del general. No le caía bien, pero la había tratado bastante.

–Esa gente... –dijo Michele–. No saben distinguir un buen cuadro de uno malo. Yo pinto. Pinto así, asá... Ahí está el cuadro. Lo miro y me río por dentro. –Michele rió en voz alta–. Ellos dicen «éste es un Michelangelo» y pretenden regatearme el precio. Michele, Michelangelo, menudo chiste, ¿no?

El capitán no dijo nada.

–En cambio, a ti te he pintado este cuadro para que recuerdes los buenos tiempos del pueblo. Eres mi amigo, siempre me acordaré de ti.

El capitán miró de soslayo y se fijó en la mujer negra. Su sonrisa era medio ingenua, medio maliciosa.

–Vete –dijo de pronto.

Michele se acercó más y se agachó para ver el rostro del capitán.

–¿Quieres que me vaya? –Sonaba desgraciado–. Me salvaste la vida. Esa noche me porté como un tonto. Pero es que estaba pensando en mi ofrenda a la madonna... Como un tonto, yo mismo te lo digo. Estaba borracho y cuando estamos borrachos somos como tontos.

–Que te vayas –insistió el capitán.

La venda blanca permaneció inmóvil un momento. Luego se inclinó en una reverencia.

Michele se volvió hacia la puerta.

–Y llévate ese maldito cuadro.

Silencio. Luego, en la penumbra, el capitán vio que Michele cogía el cuadro, agachando la cabeza en actitud de profunda obediencia. Después estiró el cuerpo y se puso firme, sosteniendo la pintura en un brazo y con el otro rígido, paralelo al cuerpo. Al fin le dirigió un saludo militar.

–Sí, señor –dijo.

Se dio la vuelta y se encaminó a la puerta con su cuadro.

El capitán se quedó quieto. Sentía... ¿qué sentía? Un dolor bajo las costillas. Le costaba respirar. Se dio cuenta de que era desdichado. Sí, una terrible desdicha lo estaba invadiendo lenta, muy lentamente. Era desdichado porque Michele se había ido. Nada había herido tanto al capitán en toda su vida como aquel burlón «sí, señor». Nada. Se encaró hacia la pared y lloró. Pero en silencio. No se le escapó ni un sonido por temor a que lo oyeran las enfermeras.

TRAIADORAS*(Traitors)*

Habíamos descubierto la casa de los Thompson mucho antes de su primera visita.

Por detrás de nuestra casa, la tierra trazaba una pendiente hasta el principio del monte, una extensión de parras trepadoras de calabazas, montones de tierra cenicienta en la que brotaban papayos y cuerdas de colada tendida, que el viento solía sacudir y palmotear. El monte era denso y aterrador, y la maleza crecía más que un hombre alto. No había ni un sendero.

Cuando nos aburríamos de aquella extensión de tierra familiar, exploramos el resto de la granja; pero siempre evitábamos aquella zona de monte. A veces nos quedábamos al borde y mirábamos entre los afloramientos de granito y los enormes hormigueros cubiertos de helechos. A veces nos abríamos paso, apenas unos pocos metros, hasta que se cerraba la maleza a nuestras espaldas, dejando tan sólo un mínimo espacio azul sobre nuestras cabezas. Entonces enloquecíamos y salíamos corriendo.

Más adelante, cuando nos dieron el primer rifle y adquirimos una nueva sensación de valentía, nos dimos cuenta de que debíamos desafiar el monte. Estuvimos dudando varios días, escuchando a las pintadas que llamaban desde apenas un centenar de metros más allá, e inventando excusas para nuestra cobardía. Entonces, una mañana, al salir el sol, cuando los árboles se teñían de rosa y oro y el brillante rocío recorría los tallos de hierba, nos miramos con una débil sonrisa y nos adentramos en los matorrales con el corazón en un puño.

En seguida estuvimos solas, rodeadas de maleza, y tuvimos que alargar las manos para cogernos mutuamente de los vestidos. Poco a poco, con las cabezas gachas y los ojos casi cerrados para defendernos de los pinchos afilados, las dos chiquillas nos abrimos camino más allá del hormiguero y de las rocas, más allá de las zarzas, las hendiduras y los espesos cactus, tras los que podía esconderse algún animal salvaje.

De pronto, tras sólo cinco minutos más de terror, salimos a un espacio en el que la tierra roja estaba llena de huellas de ganado. Las pintadas canturreaban entre la hierba, por delante, y atisbamos un elegante pájaro negro que se alejaba a toda velocidad por un sendero. Lo seguimos, gritando de alegría por la facilidad con que habíamos conquistado el monte prohibido y lo habíamos hecho tan nuestro como el resto de la granja.

Nos detuvimos de nuevo donde la tierra descendía abruptamente hacia la cañada, unos siete metros de hierba aplastada allí donde acudía a beber el ganado. Nos sentamos, nos subimos los vestidos y nos deslizamos hacia abajo por dos franjas de tierra resbalosa, para aterrizar con las bragas rasgadas y las rodillas llenas de rasguños en el lecho seco de un arroyo; polvo rojo lleno de boñigas secas de vaca y trocitos de cuarzo brillante. Las pintadas nos esperaban en fila y nos miraban, torciendo el cuello en expresión de disgusto, pero mi hermana se hizo la valiente y dijo:

—¡Voy a disparar a un ciervo!

Agitó los brazos en dirección a las aves, que se escabulleron. Nos miramos y nos echamos a reír, porque ya nos sentíamos demasiado adultas para cazar pintadas.

Allí, entre los márgenes de la cañada, había otra clase de maleza. La hierba estaba aplastada por el ganado y al caminar levantábamos un polvo rojo. Había algún zarzal suelto y ortigas por todas partes, cubiertas por unas frutillas pequeñas, como ciruelitas amarillas. Los brotes de caléndulas silvestres llenaban el aire de un aroma fétido y rancio.

Nos movíamos con una cautela exagerada, con los cuerpos tensos, la mirada fija más de un kilómetro por delante, y no nos dimos cuenta de que, a unos diez pasos, había una pequeña gacela mirándonos. Gritamos de entusiasmo y el animal desapareció. Entonces echamos a correr como locas, gritando a pleno pulmón, mientras la maleza nos golpeaba la cara y las zarzas nos rasgaban las piernas.

Al cabo de diez minutos nos dimos de bruces con un alambre de espino.

—La frontera —susurramos, asombradas.

Era una leyenda: nos habíamos imaginado una especie de gran muralla china, tras la que se extenderían miles y miles de kilómetros de tierra del gobierno en desuso, llena de leopardos,

babuinos y manadas enteras de antílopes. Pero nos llevamos un chasco: hasta la propia frontera, al fin y al cabo, era poco más que una pequeña alambrada. Y no se veía por ninguna parte a la gacela.

Silbando como quien no quiere la cosa para fingir que no nos importaba, echamos a andar junto a la alambrada, golpeándola de vez en cuando para que reverberase a lo largo de más de medio kilómetro, cañada abajo. El monte que nos rodeaba era extraño; aquella parte de la granja era muy nueva para nosotras. Seguíamos sin ver más que zarzales, hierba y pichones gordos que cantaban en todas las ramas. Nos columpiamos en los montantes de la alambrada y deseamos que apareciera nuestro padre de repente y nos llevara a casa para desayunar. Estábamos perdidas sin remedio.

Entonces vi el papayo. Es probable que llevara minutos mirándolo antes de entender lo que veía, porque era un lugar muy extraño para que creciera un papayo. Tenía tres grandes frutos, pesados y amarillos.

—Ahí está nuestro desayuno —dije.

Agitamos el árbol para que cayeran, nos sentamos y comimos. Pronto nos hartamos de aquella pulpa cremosa e insípida y nos quedamos tumbadas, mirando el cielo, casi dormidas. El sol abrasaba: estábamos derretidas de calor y de cansancio. Pero nos costaba mucho. Al darnos la vuelta y mirar hacia otro lado vimos unos ladrillos gastados que sobresalían del suelo. Alrededor nuestro, por todas partes había extensiones de ladrillo y de cemento.

—La vieja casa de los Thompson —susurramos.

Y de pronto los pichones se callaron y el monte se volvió hostil. Asustadas, nos sentamos. ¿Cómo podía ser que no nos hubiéramos dado cuenta antes? Entre los zarzales había una hilera doble de papayos; una buganvilla morada asomaba entre los matorrales; un rosal derramaba pétalos blancos a nuestros pies; y nuestros zapatos crujían al pisar cristales rotos.

Era un lugar desolado, solitario y desconsolado; entonces recordamos cómo solían hablar nuestros padres del señor Thompson, que había vivido allí unos cuantos años antes de casarse. El eco de sus voces sigilosas y llenas de reproches parecía rebotar en los árboles; presas de un pánico violento, recogimos el arma y salimos volando hacia la casa. Habíamos imaginado que estábamos perdidas; sin embargo, en seguida llegamos de nuevo al barranco, ascendimos por él, sollozando entre jadeos y cruzamos la barrera de la maleza volando a tal velocidad que ni nos dimos cuenta de que estaba allí.

Aún no era hora de desayunar.

—Hemos encontrado la casa vieja de los Thompson —dijimos al fin, ofendidas por que nadie se percatara, por el orgullo de nuestras caras, de que aquella misma mañana habíamos descubierto todo un mundo nuevo.

—Ah, ¿sí? —dijo nuestro padre, distraído—. No debe de quedar gran cosa.

Nuestro miedo se desvaneció. Nos daba tanta vergüenza que a duras penas nos miramos. Y aquel mismo día, más tarde, volvimos, contamos los papayos, colgamos los tallos de la buganvilla de un árbol y podamos el rosal blanco.

Al cabo de una semana nos habíamos apoderado por completo del lugar. Pasábamos allí días enteros, barriendo los escombros del suelo y llevando los ladrillos sueltos al monte. No nos sorprendió encontrar docenas de botellas vacías esparcidas entre la hierba. Las lavamos en una charca de la cañada, las secamos al viento y las usamos para marcar con ellas las habitaciones de la casa, con paredes de brillantes botellas. En nuestra imaginación, la casa de los Thompson estaba reconstruida, un pequeño palacio de ladrillos con techo de paja.

Nos sentábamos bajo el sol abrasador e, imitando la voz de nuestra madre, decíamos: «Bajo un tejado de paja, por mucho calor que haga fuera, siempre hace fresco». Luego, cuando las paredes y el tejado habían crecido tanto en nuestra imaginación que ya dábamos por sentada su existencia, empezamos a jugar a otras cosas y una de las dos se turnaba para hacer de señor Thompson.

La que cumpliera ese papel tenía que salir de los matorrales tambaleándose, con una botella en la mano, tropezar en el umbral de la puerta y caerse. Allí, se quedaba gruñendo, mientras la otra la abanicaba y le ponía en la cabeza pañuelos empapados con agua de la cañada. O daba vueltas entre las botellas, gritando un galimatías de insultos a una invisible audiencia de nativos.

En ésas estábamos un día cuando salió de los zarzales una mujer negra y se nos quedó mirando. Nos quedamos juntas, esperando a que se fuera, pero ella se acercó y nos miró fijamente de un modo que daba miedo. Era vieja y gorda y llevaba un vestido rojo de la tienda. Con una voz suave y adulatora, preguntó:

—¿Cuándo va a volver el señor Thompson?

—¡Váyase! —le gritamos.

Y entonces se echó a reír. Caminó despreocupada hacia el monte, contoneándose y mirando hacia atrás sin para de reír. Su risa burlona nos llegaba desde más allá de los árboles; fue la segunda vez que nos alejamos corriendo de la casa en ruinas, aunque nos obligamos a caminar despacio y con mucha dignidad al principio, hasta que estuvimos seguras de que ya no nos veía.

Estuvimos unos cuantos días sin volver por la casa. Cuando al fin lo hicimos, ya no jugamos a imitar al señor Thompson. Ya no lo conocíamos: aquella risa, aquella mirada lenta e insultante, había significado algo que superaba nuestra experiencia y nuestro conocimiento. La casa ya no era nuestra. Era un montón de ladrillos rotos por el suelo, marcados con botellas. No podíamos fingir que aquel sitio no nos daba miedo; cada dos por tres mirábamos hacia atrás para ver si estaba aquella mujer negra mirándonos en silencio.

Caminábamos lentamente a lo largo de la alambrada y tirábamos piedras a las papayas, que quedaban a unos cinco metros de alto, hasta que lográbamos que cayeran al suelo. Luego las metíamos entre los matorrales a patadas.

—¿Por qué habéis dejado de ir a la casa vieja? —preguntó mi madre con cautela, creyendo que no nos dábamos cuenta de que estaba encantada.

De un modo instintivo, nunca le había gustado que fuéramos tan a menudo.

—Eh, no sé...

Unos días más tarde oímos que los Thompson iban a venir a vernos; y supimos, sin que nos lo dijera nadie, que no era una visita ordinaria. Era la primera vez, no iban a venir después de tantos años sin una razón concreta. Además, a nuestros padres no les gustaba que vinieran. Los dos estaban enfrentados por aquel asunto.

El señor Thompson había vivido en nuestra granja diez años antes de que nos la quedáramos nosotros, cuando no había nadie más en kilómetros a la redonda. Luego, de repente se volvió a Inglaterra y regresó con una esposa. La esposa nunca vino a esta granja. El señor Thompson nos la vendió y se compró otra. La gente decía: «Pobre chiquilla. Recién salida de Inglaterra».

Estaba enfadada porque se había quemado la casa, lo cual significaba que tenía que vivir con unos amigos durante casi un año, mientras el señor Thompson construía una casa nueva para la granja nueva.

La noche antes de que llegaran, nuestra madre dijo varias veces con una extraña voz apenada:

—Pobrecita, pobrecita. Pobre, pobrecita.

—Bueno, yo qué sé. Al fin y al cabo, hay que ser justos. Él pasó aquí tantos años solo... — contestaba Padre.

No servía de nada; aquella tarde, no sólo le molestaba el señor Thompson, sino también mi padre. Y nosotras nos pusimos de su lado. Nos rodeó con sus brazos y lanzó una mirada acusatoria a papá:

—Las mujeres siempre se llevan la peor parte —dijo.

—Oye, no es culpa mía que venga a vernos esa gente —contestó él.

—¿Y quién ha dicho que lo sea? —respondió ella.

Al día siguiente, cuando estuvo a la vista el coche, nos escabullimos al monte. Nos sentíamos culpables, no sólo por escaparnos, cosa que solíamos hacer cuando venía algún visitante que no nos caía bien, sino también por habernos apropiado de la casa del señor Thompson y porque temíamos que se nos notara en la cara que, al ir tan a menudo, contrariábamos a mamá.

Escalamos el árbol que usábamos como refugio en esas ocasiones y nos quedamos tumbadas en unas ramas, a unos siete metros de altura, jugando a ser Mowgli y pensando en todo momento en los Thompson.

Como siempre, perdimos la noción del tiempo: cuando por fin regresamos, creyendo que no habría moros en la costa, el coche seguía allí. La curiosidad pudo con nosotras.

Entramos sigilosamente en el porche, sonriendo con timidez, mientras mamá nos lanzaba una mirada de reproche. Luego, al fin, alzamos la cara y miramos a la señora Thompson. No sé cómo la habíamos imaginado, pero siempre habíamos sentido por ella una compasión apasionada y protectora.

Era una mujer alta, rubia y de colores brillantes, con voz de pajarito. Una voz horrible. Papá, que no soportaba las voces agudas, se agarraba a los brazos de la silla y la miraba con un desagrado exasperado.

En cuanto al señor Thompson, aquel villano a quien tanto habíamos temido y odiado, era un hombre greñudo que arrastraba los pies y miraba al suelo mientras su mujer hablaba, pidiendo disculpas con una sonrisa. No tenía nada que ver con lo que habíamos imaginado. Se parecía a nuestro perro viejo. Por un momento nos quedamos confundidas. Luego, de golpe, nuestra lealtad cambió de lado. Aquella compasión profunda y peligrosa, inoculada antes incluso de lo que podíamos recordar por los mundos de soledad que habitaran nuestros padres –mundos que no podían compartir entre ellos, pero que cada uno compartía con nosotras–, se aposentó ahora en el señor Thompson. La señal exterior de aquel cambio fue que nos apartáramos de la silla de mamá y nos acercáramos a la de papá.

–Sed buenas, estaos quietas.

La señora Thompson quería que le enseñaran la casa vieja. Por el tono insistente de su voz entendimos que en toda la tarde no había hablado de otra cosa; o que, en cualquier caso, si lo había hecho, sólo había sido para terminar llegando a ese asunto en cuanto pudiera. Sonrió con orgullo al señor Thompson y dijo:

–He oído cosas tan interesantes de esa casa... De verdad que necesito ver con mis propios dónde vivía mi marido antes de llegar yo.

Y miró a mamá, buscando su aprobación. Pero ella contestó con un titubeo:

–Pronto será oscuro. Y no hay camino.

En cuanto a papá, se limitó a contestar con brusquedad:

–No hay nada que ver. No queda nada.

–Sí, ya sé que se quemó –contestó ella, lanzando otra miradita a su marido.

–Era una lámpara de gas... –murmuró él.

–Quiero verlo con mis propios ojos.

En ese momento, mi hermana abandonó su lugar en el brazo de la silla de papá y, tras dedicar una sonrisa luminosa y falsa a la señora Thompson, dijo:

–Nosotras sabemos dónde está. La podemos llevar.

Me dio un codazo en las costillas y salió corriendo sin dar tiempo a hablar a nadie.

Al final todos decidieron venir. Los llevé por el camino más largo y duro que conocía. Hacía tiempo que teníamos un sendero propio, pero hubiera sido demasiado rápido. Obligué a la señora Thompson a escalar rocas, abrirse camino entre la maleza, agacharse en los matorrales. La obligué a deslizarse por el barranco para que cayera de rodillas entre los guijarros afilados y el polvo. Finalmente, la hice caminar tan rápido para rodear los zarzales que la oía jadear detrás de mí. Pero no se quejó: tenía muchas ganas de ver la casa.

Cuando llegamos a lo que antaño fuera la casa, ya era casi de noche, los largos tallos de hierba temblaban con la brisa y las siluetas de los papayos se alzaban, altas y oscuras, contra el rojo del cielo. Alrededor nuestro sonaba el suave arrullo de las pintadas.

Mi hermana estaba apoyada en un árbol, jadeando con fuerza y tratando de aparentar naturalidad. La señora Thompson había perdido su seguridad. Se quedó muy quieta, mirando a su alrededor, y supimos que el silencio y la desolación se habían apoderado de ella, igual que nos ocurriera a nosotras la primera vez.

–Pero, ¿dónde está la casa? –preguntó al fin.

Sin darse cuenta había suavizado la voz y miraba como si esperara verla alzarse del suelo ante ella.

–Ya te dije que se había quemado. ¿Ahora me vas a creer? –dijo el señor Thompson.

–Ya sé que se quemó... Bueno, entonces, ¿dónde estaba?

Parecía a punto de echarse a llorar. No tenía nada que ver con lo que se había imaginado.

El señor Thompson señaló los ladrillos del suelo. No se movió. Se quedó mirando más allá de la alambrada, hacia la cañada, donde la bruma empezaba a espesarse con pliegues blancos. La luz se desvaneció del cielo y empezó a hacer frío. Nadie habló durante un rato.

–Qué lugar tan desamparado para una casa –dijo al fin la señora Thompson, muy irritada–. Me alegro de que se quemara. Y vosotras, niñas, ¿de verdad jugáis por aquí?

Nuestro turno.

–Nos gusta –dijimos, obedientes. Sabíamos de sobra que nuestra presencia encima de aquellos ladrillos, tomadas de la mano junto al fantasmagórico rosal, componía una imagen capaz de destruir cualquier encanto que el lugar tuviera para ella–. Nos pasamos el día jugando aquí –mentimos.

–Pues qué gusto tan raro –dijo ella.

Aunque hablara con nosotras, se refería al señor Thompson.

Él no la oyó. Estaba mirando a su alrededor con cara de andar perdido en sus recuerdos.

–Diez años –dijo al fin–. Aquí pasé diez años.

–Aún peor me parece –contestó ella bruscamente.

Eso, en cuanto a ella concernía, daba el asunto por liquidado.

Emprendimos el camino de vuelta a casa. Ahora iban las dos mujeres delante; luego, papá y el señor Thompson; nosotras íbamos detrás. Al pasar junto a una charca seca bajo un cactus, mi hermana dijo en un susurro:

–Señor Thompson, señor Thompson, mire eso.

Papá y el señor Thompson se acercaron.

–Mire –dijimos, señalando el hueco lleno hasta arriba de botellas vacías.

–He venido corriendo por un camino que conozco y las he escondido –explicó mi hermana, orgullosa, mirando a los dos hombres como si formara parte de una conspiración.

Papá parecía muy incómodo.

–Me pregunto cómo llegarían aquí –dijo al fin, en tono educado.

–Las encontramos nosotras. Estaban en la casa. Las escondimos para usted –explicó mi hermana, bailando de pura excitación.

El señor Thompson nos lanzó una mirada aguda e incómoda.

–Sois un par de niñas muy raras –dijo.

Ese fue todo el agradecimiento que obtuvimos de él, porque en seguida oímos que nos llamaba mamá:

–¿Qué hacéis todos ahí?

Y echamos a andar todas a la vez.

Cuando se fueron los Thompson nos quedamos con papá, a ver si decía algo.

Al fin, cuando se fue mamá, se rascó la cabeza con humor irritado y dijo:

–¿Se puede saber por qué habéis hecho eso?

Estábamos muy ofendidas.

–Para que no lo viera ella –expliqué.

–A esa mujer le hubiera dado lo mismo –dijo él–. De todas formas, supongo que teníais buena intención.

Mamá estaba sentada en una esquina del porche, en plena oscuridad, mirando hacia el monte. Tenía en la cara una mirada amarga de desagrado, reproche y desdicha. Sabíamos que nos incluía.

Nos miró enfadada y dijo:

–No me gusta que os paseéis de esa manera por la granja. Y menos con un arma.

Pero eso ya nos lo había dicho muchas veces y no era lo que esperábamos. Al fin llegó:

–Mis niñas queridas –dijo–, solas en medio del monte, sin poder jugar con nadie...

Lo que le importaba no era el monte. Nos abalanzamos sobre ella.

–Pobre mamá –le dijimos–. Pobre, pobre mamá.

Era lo que necesitaba.

–Esto no es vida para una mujer –dijo con la voz rota, abrazándonos con fuerza.

Pero parecía reconfortada.

ESPIAS A LOS QUE HE CONOCIDO

(*Spies I have Known*)

No quiero que imaginen que establezco ninguna clase de comparación entre Salisbury, Rodhesia, hace treinta años, cuando era un pueblucho, o incluso ahora, y otros lugares más augustos. No lo quiera Dios. Pero no hace ningún daño a nadie servirse de algo minúsculo para entrar en un asunto importante.

Era a mitad de la segunda guerra mundial. Un par de docenas de personas dirigían una docena de organizaciones, todas izquierdistas en mayor o menor medida. La ciudad, aunque era una capital, conservaba aún esa condición en la que «todo el mundo conoce a todo el mundo». La población blanca sería de unas diez mil personas; la cantidad de negros, entonces como ahora, sólo podía suponerse. Había una oficina central de correos, un edificio bastante bonito, y uno de los carteros acudía a las reuniones del Club de la Izquierda. Él fue quien nos contó el sistema de censura que utilizaba la policía política. Todo el correo que recibían esa docena de organizaciones iba a una caja central rotulada con el cartel de «CENSOR» para ser leído, sin prisas, por ciertos ciudadanos de confianza. Por supuesto todo eso entraba dentro de lo esperado y ya dábamos por hecho que ocurría. Pero había otras organizaciones proscritas, como Watchtower, una secta religiosa perseguida por alguna razón por gobiernos de toda África (¿tal vez porque profetizaban el fin del mundo?) y algunas organizaciones fascistas, lo cual parece razonable en una guerra contra el fascismo. Había organizaciones con propósitos oscuros y acaso unos cinco miembros y un capital de cinco libras, además de algunos individuos cuyo correo debía seguir también el proceso de descontaminación, o de desactivación. Esa lista, que incluía más o menos a un centenar de personas, era la más sorprendente. ¿Qué tenían en común aquellos seres siniestros cuyas opiniones representaban semejante amenaza al floreciente estado de Rodhesia del Sur, estado que, por cierto, aún se hallaba en la fase Lord Malvern dentro de la cadena Huggins/Lord Malvern/Welenski/Garfield Todd/Winston Field/Smith?

Tras meses, o de hecho años enteros, de intentar comprender qué los unía, nos tuvimos que rendir. Claro, la mitad de ellos eran de izquierdas, amantes de los nativos y etcétera, pero ¿qué pasaba con los demás? Entonces un hombre escribió una carta al *Rodhesian Herald*, una solemne parodia del estilo soviético oficial, tan pesado entonces como ahora, en la que exigía la exterminación inmediata del gobierno ante el paredón, a favor de un equipo de la oposición laborista, y gracias a nuestro contacto en la central de Correos supimos que su nombre quedaba incluido en la lista negra. Entonces empezamos a sospechar la verdad.

Ese arreglo de conveniencia continuó durante toda la guerra. Nuestro hombre de Correos —que para entonces ya eran varios hombres, lo que pasa es que suena peor—, nos mantenía informado acerca de qué y quién figuraba en la lista negra. Y si nos parecía que retenían nuestro correo más tiempo del razonable porque los censores estaban de vacaciones, o se volvían perezosos, molestábamos amablemente a las autoridades para que acelerasen un poco el proceso.

Ésa fue mi primera experiencia del espionaje.

La siguiente fue cuando conocí a alguien que conocía a alguien que le había contado algo de cierto secretario del Partido Comunista, quien había sido abordado por alguien que se dedicaba a intervenir los teléfonos de los comunistas... Esto ya era en Europa. Por supuesto, la tecnología para intervenir teléfonos era entonces mucho más primitiva. Es probable que hoy en día ya prescindan de la intervención humana y alguna máquina mida el grado de desafección de un sospechoso por el tono de su voz. Entonces, en aquel país se dedicaban simplemente a escuchar conversaciones grabadas. Aquel profesional había tenido contacto íntimo con durante muchos años con comunistas, y con el comunismo, se había visto involucrado en expediciones de compras, maridos que llegaban tarde del trabajo, asuntos amorosos, algún divorcio, excursiones infantiles. De tanto mirar por la cerradura, terminó metido en la política activa revolucionaria.

«Creo que no deberías dejar salir a Jackie. Se acostará muy tarde y ya sabes el malhumor que le entra cuando duerme poco.»

«Ella me dijo que no, eso dijo. Y punto. Si quieres hacer algo así, tendrás que hacerlo tú. No esperes que los demás te saquen las castañas del fuego, me dijo. Si ha sido desagradable contigo, entonces eres tú quien tiene que decírselo.»

Se frustró, como si fuera un amigo íntimo, o un amante, con la lengua paralizada. Y aún era peor porque siempre estaba involucrado desde lejos. Oía sucesos, emociones que habían ocurrido horas antes. A veces semanas antes, como cuando, por ejemplo, se iba de permiso y luego tenía que repasar todo el peligroso material de un mes en veinticuatro agotadoras horas. Se dio cuenta de que se estaba volviendo posesivo al respecto de aquellos a quienes vigilaba y le molestaba que otros colegas escucharan a «sus» sospechosos. En una ocasión tuvo que resistirse a la tentación porque le entraron ganas de contactar con cierta mujer que estaba a punto de dejar a su marido por otro hombre. Gracias a su situación ventajosa, él sabía que aquel otro hombre no era lo que ella creía. Imaginó cómo la seguiría hasta un café que solía visitar, se sentaría cerca de ella, se inclinaría y le preguntaría: «¿Le importa que me siente con usted? Tengo una información importante». Sabía que ella se lo permitiría; conocía su carácter a la perfección. Era una mujer poco convencional, acaso menos responsable de lo debido, descuidada, por ejemplo, con la regularidad de las comidas, aunque en lo fundamental estaba seguro de que se trataba de una buena chica y, potencialmente, una buena esposa. Le diría: «No lo haga, querida. No, no me pregunte cómo lo sé. Pero si deja a su marido por ese hombre se arrepentirá». Tomaría sus manos, la miraría profundamente a los ojos – estaba seguro de que eran marrones, pues aquella voz correspondía sin duda a una mujer rubia de ojos marrones– y luego desaparecería de su vida para siempre. Más adelante comprobaría el éxito de su intervención por medio de las cintas grabadas.

Para acortar un proceso que duró varios años, al final fue en secreto a una librería comunista, compró algunos panfletos, asistió a una o dos reuniones y descubrió que podría convertirse perfectamente en miembro del Partido, si no fuera porque su trabajo, un trabajo bien pagado y con buenas perspectivas, consistía precisamente en espiar al Partido Comunista. Se sentía en una posición falsa. ¿Qué hacer? Se presentó en las oficinas del Partido Comunista, pidió ver al Secretario y confesó su dilema. Carcajadas de risa del Secretario.

Las carcajadas eran absolutamente obligatorias dentro de la convención que exige un grado de comprensión más sofisticada entre los profesionales, así pertenezcan a bandos contrarios, incluso en tiempos de guerra –mandos del Partido, oficiales del gobierno, soldados de grado y etcétera– que entre los súbditos, una pandilla de gente alocada, confiada y sentimental.

Así que, primero, carcajadas. Luego, una pizca de misterio: qué lastima de mundo mal organizado, en el que hombres tan predispuestos a la amistad tuvieran que ser enemigos. Al fin, la dura oferta.

A nuestro amigo, el grabador de conversaciones telefónicas, le ofrecieron un sueldo fijo del Partido Comunista y su confianza provisional, con la condición de que permaneciera en su sitio y trabajara para el otro lado. Claro, ¿qué podía esperar? No debía ofenderse, pues así nacen los agentes dobles, esos raros hombres que ocupan una jerarquía del espionaje superior a la que él podía aspirar. Pero la oferta de dinero hería sus sentimientos, y la rechazó. Se fue y pasó una semana sufriendo, decidiendo que en realidad lo que tenía que hacer era abandonar su trabajo en la Policía Secreta –el nombre más adecuado para la fuerza en que trabajaba, aunque se la conociera en verdad por otro mucho menos directo–. Volvió a visitar al Secretario para pedirle por segunda vez que le permitiera convertirse en miembro de base del Partido Comunista. Esta vez no hubo carcajadas, ni siquiera una risilla, sino un franco (además de obligatorio) reconocimiento de su posición en un tono de «no le estoy escondiendo nada». Le dijeron que sin duda debía entender su punto de vista, el del Partido Comunista. Teniendo un pie en el campo del enemigo (delicada manera de describir su salario y su forma de vida) podía resultarles muy útil. Permanecer en su sitio se interpretaría como expresión de su deseo real de servir a la Causa del Pueblo. Abandonarlo y convertirse en un honesto Don Nadie podía satisfacer su conciencia (órgano subjetivo y condicionado, como sin duda sabría ya si había leído debidamente los panfletos), pero le aportaría una imagen de caprichoso, o incluso de poco fiar. ¿Qué pensaba decir a sus jefes? «Estoy harto de intervenir teléfonos. Me ofende.» O bien: «Lo considero una dedicación inmoral». ¡Si llevaba años

sin hacer otra cosa! Bueno, bueno, no lo había pensado bien. Seguro que sus jefes lo tendrían bajo sospecha durante años. Y desde luego no podía ser tan inocente, después de haber pasado tanto tiempo en aquella atmósfera de vigilancia y cautela, como para no dar por sentado que los propios comunistas lo iban a vigilar también. No, su mejor opción era permanecer exactamente donde estaba, esforzándose aun más en su trabajo de intervención telefónica. Si no, el único consejo sincero (del Secretario) sería que se convirtiera en un ciudadano ordinario, tan alejado de la vida política como fuera posible, por su propio bien, por el bien del Servicio que se disponía a abandonar y por el bien del Partido Comunista, donde, por supuesto, le creían a pies juntillas cuando afirmaba haber encontrado su morada espiritual.

Pero el problema era que él quería afiliarse de verdad. Nada deseaba tanto como formar parte de aquel mundo de severas necesidades que había perseguido durante tanto tiempo, aunque siempre como si se mantuviera detrás de un cristal velado. La integridad lo había marginado. Desde aquel momento, sólo podía aspirar a servir a la humanidad por medio del ejercicio del derecho a votar.

Su vida estaba vacía. La renuncia al trabajo había cortado su implicación con el drama real e infinito de las cintas grabadas, como quien apaga la televisión en medio de un serial.

Se sentía inútil. Dio vueltas a la idea del suicidio, pero se lo pensó mejor. Luego, tras superar una crisis nerviosa anodina y más bien rutinaria, se convirtió en monje contemplativo de la Iglesia Anglicana.

En un cóctel conocí a otro espía que, en una conversación casual –Londres, a finales de los cincuenta– mencionó que en los inicios de la segunda guerra mundial había estado en Grecia, o tal vez fuera Turquía, donde en otro cóctel, entre canapés, un oficial de la embajada británica le había propuesto que espíara para su país.

–Es que no puedo –contestó aquel hombre–. Debe de saberlo perfectamente.

–¿Y por qué no? –contestó el oficial.

Creo que era un Subsecretario.

–Porque, como sin duda sabe usted, soy miembro del Partido Comunista.

–Ah, ¿sí? ¡Qué interesante! Sin duda eso no se interpondrá en su deseo de servir a su nación – dijo el oficial, mezclando una sinceridad brutal con el mero interés.

Por resumir la anécdota –pues al fin y al cabo tiene que ver con un nivel bastante nimio de los asuntos humanos–, aquel hombre se fue a su casa y se pasó la noche entera sin dormir, midiendo sus lealtades, y al día siguiente decidió que, por supuesto, el Subsecretario tenía razón. Quería servir a su país, que no en vano estaba en plena guerra contra el fascismo. Explicó su decisión a sus superiores dentro del Partido Comunista, quienes estuvieron de acuerdo con él, así como a su esposa y a sus camaradas. Luego, se reunió con el Subsecretario en otro cóctel y le informó de la decisión que había tomado. Lo invitaron a unirse a no sé qué Unidad del Ejército, en alguna función relacionada con el Ministerio de información. Debía esperar ordenes. Llegaron a su debido tiempo y el hombre descubrió que su misión consistía en espíar a la Marina o, más bien, a la porción de ésta que operaba cerca de él. Nuestra Marina, por supuesto. Nunca consiguió entender la estrategia que justificaba esa decisión. Que no usaran a un comunista para espíar, digamos, a Rusia, parecía justo y razonable, pero ¿por qué lo consideraban digno de espíar a los propios? Le provocaba desconcierto y, desde luego, se sentía menospreciado. Después, en un cóctel, conoció por casualidad a un oficial de la Marina con el que procedió a emborracharse y de pronto los dos comprendieron, por pura intuición, que cada uno tenía la misión de espíar al otro; uno para el ejército de Tierra, el otro para la Marina. Ninguno de los dos encontraba muy estimulante el trabajo y no conseguían dedicarse en cuerpo y alma, aparte de que habían ido al mismo colegio y tenían otros muchos vínculos sociales. Ni siquiera les ayudaba a sentirse mejor el hecho de no cobrar por su trabajo, ya que sus superiores daban por hecho –con gran acierto, por supuesto– que tenían bastante con servir a sus países sin recibir nada a cambio. Establecieron la costumbre de reunirse con frecuencia en una cafetería, en la que tomaban vino y café y jugaban al ajedrez en un cenador emparrado que disfrutaba de una vista del Mediterráneo especialmente hermosa; allí, sin pasar por los tediosos esfuerzos del espionaje, se limitaban a intercambiar información relevante. Los descubrieron. Se consideró inadecuada la excusa de que pertenecían al mismo bando de la guerra. Los dos fueron despedidos como espías y

trasladados a trabajos menos exigentes. Pero hasta el Día D, e incluso después, el ejército de Tierra espió a la Marina, y viceversa. Es probable que aún lo hagan.

El hecho de que los seres humanos, en cuanto tienen la mínima oportunidad, empiecen a adoptar el punto de vista del otro, me parece el único rayo de esperanza para la humanidad, aunque es obvio que esa tendencia debe de causar cierta angustia a los oficiales del cuerpo diplomático y a los captadores del espía común; no el de altos vuelos, sino el circunstancial. Los diplomáticos se quejan de que, en cuanto entienden de verdad un país y su idioma, visto y no visto, los envían a otro. Hasta que se dan cuenta de por qué ocurre eso. Es que la diplomacia no subsistiría si los factótums perdieran la noción de la hostilidad nacional. Algunos cuerpos diplomáticos insisten en que sus empleados sólo deben relacionarse entre ellos, sin duda convencidos de que una especie de osmosis inocula la comprensión del contrario. Y, por supuesto, cualquier diplomático que dé muestras de volverse nativo, es decir, de disfrutar de verdad con las costumbres y la moral del lugar, debe ser retirado de inmediato.

No ocurre lo mismo con los espías maestros: alguien que se concentre sólo en los más profundos intereses de su país debe de ser menos que inútil. Los más extraños espíritus han de ser aquellos capaces de mantener dos o tres lealtades a la vez. Eso no se tiene por nacimiento. No puede ser que a los trece años se despierten una mañana y griten: «¡Eureka! ¡Lo tengo! ¡Quiero ser agente doble! ¡Nací para eso!». Tampoco puede haber una escuela de formación de espías múltiples, una especie de clase superior en la que se gradúan los alumnos más prometedores. Y sin embargo, esa capacidad que podría retardar la carrera de un diplomático, o que puede significar la muerte entre los espías de escasa entidad, debe de ser precisamente la que buscan los maestros de espías para vigilar y manipular en los niveles más altos de los florecientes sistemas de espionaje. Probablemente lo que ocurre es que un hombre va derivando, tal vez incluso en contra de su voluntad, hacia el momento en que se convertirá en espía de su país, como le ocurrió a ese que me encontré en un cóctel y que terminó espiando a los oficiales de su propio ejército. Luego, tanto si ha llegado allí por vocación como si no tiene el menor entusiasmo, empezará a cometer errores; puede que eso le guste, o puede que no. Pasa una fase en la que se pregunta si no habría hecho mejor dedicándose a la Bolsa, o a cualquier otra alternativa; luego, de pronto llega un momento –fatal para los enclenques, aunque señal de la grandeza de su futuro– en el que le invade la simpatía por el enemigo. Dedicar mucho tiempo a pensar en lo que está haciendo X, o en lo que podría hacer, o pensar, o planificar, convierte los pensamientos de X en algo tan familiar y agradable como los de uno mismo. Los puntos de vista de la nación contra la que el espía dedica todo su tiempo encuentran un buen acomodo en la mente que antes sólo tenía espacio para los de la Madre Patria. Se dedica a pensar en las ideas de quienes solían ser sus enemigos antes de entender que en términos psicológicos ya es un agente doble, y sin darse cuenta todavía de que esos hombres a quienes debe vigilar por el valor del material que proporcionan tal vez ya han diagnosticado dicha condición.

Qué grandes logros de entendimiento global, qué alturas metafísicas de hermandad internacional deben producirse en ese nivel en el que actúan los auténticos grandes espías, cuyos nombres nunca conocemos, pero cuya existencia hemos de dar por hecha.

Por supuesto, no podemos sino recurrir al más humilde vuelo de la especulación, al tiempo que nos conformamos con esos frecuentes y tan promocionados dramas sobre espías, que abandonan la oscuridad para reclamar nuestra atención.

Es imposible que las altas instancias del espionaje tengan nada que ver, por ejemplo, con el siguiente caso menor.

Un comunista que vivía en un pueblo pequeño de Inglaterra, cuya adscripción al comunismo era conocida y aceptada sin el menor drama desde hacía años, y para quien la circunstancia de ser comunista se había convertido en algo parecido a la práctica de una religión poco exigente... Este hombre miró por su ventana una agradable tarde de verano y vio aparcado en la calle, delante de su casa, un coche tan extraño y opulento que le dio vergüenza y se puso de inmediato a pensar qué excusas podría ofrecer a sus vecinos proletarios, cuyos coches de ningún modo podían compararse con aquél, suponiendo que los tuvieran. De aquella monstruosidad salieron dos rusos sonrientes con un osito de peluche del tamaño de un sofá, una botella de vodka, un cilindro largo y pesado que

luego resultó ser una enorme alfombra con una pintura del Kremlin, y una caja de chocolatinas inglesas con una hermosa dama y un hermoso perro.

En todas las ventanas de la calle, detrás de las cortinas, se asomaba alguna cabeza.

–Pasen –dijo–, aunque creo que no tengo el placer de...

La alfombra enrollada quedó en el recibidor, enviaron a sus tres hijos a jugar con el oso de peluche en la cocina y dejaron a un lado de caja de chocolatinas para la señora de la casa, que había salido de compras por High Street. El vodka lo abrieron en seguida.

Resulta que a quien buscaban era a su mujer; a él sólo lo querían como intermediario. Querían pedir a su esposa, empleada del ayuntamiento, que consiguiera las actas de las reuniones del consejo y se las pasara. No, no era en Londres, ni siquiera en Edimburgo. Era un pueblo pequeño y nada importante del norte de Inglaterra, en el que cuesta imaginar que ocurriera nada de interés para cualquier foráneo, y mucho menos para un Poder Extranjero. El hombre les explicó que aquellas actas eran públicas y cualquiera –incluso ellos mismos– podía conseguir copias.

–Camaradas, yo mismo les llevaré encantado al Ayuntamiento.

No, ellos habían recibido instrucciones de conseguir que su mujer les pasara los detalles y las actas, y no se conformarían con otra cosa.

Siguió una larga discusión. No sirvió de nada. No hubo manera de convencer a los rusos de que lo que pedían era innecesario. Tampoco eran capaces de entender que llegar a una calle suburbial de un pueblito de Inglaterra con un coche más largo que un buque de guerra era una forma de llamar la atención.

–¿Eso por qué? –preguntaban–. Los representantes de un país en el que los proletarios detentan el poder tienen que llevar un buen coche. Por supuesto, camarada. No lo ha pensado en función del concepto de clase.

El clímax llegó cuando, despreciando el efecto de la argumentación racional, le dijeron:

–Además, camarada, estos regalos, el oso, la alfombra, el chocolate, el vodka, son apenas una pequeña muestra de cómo apreciaríamos su colaboración con la causa común. Por supuesto, sería debidamente recompensado.

En ese momento, lo invadió, o incluso diremos que se apoderó de él, una serie de sentimientos atávicos de cuya existencia ni siquiera era consciente hasta entonces. Se levantó y señaló la puerta con un dedo tembloroso de ira:

–¿Cómo se atreven a imaginar –gritó– que mi esposa y yo aceptaríamos dinero? Si fuéramos a ser espías lo haríamos por amor a la humanidad y por el socialismo internacional. Llévense de aquí sus malditas cosas, esperen, voy a buscar el osito de los niños. Y de paso, saquen de ahí su maldito coche.

Cuando volvió su esposa del supermercado y oyó la historia se ofendió aun más que él.

Sin embargo, esas emociones sólo pueden darse en el nivel más bajo del material de espionaje; en ese caso, tan bajo que ni siquiera estaban cualificados para el primer paso, para entrar a formar parte de la hermandad.

Cerremos el círculo para regresar a nuestro hombre de Correos o, mejor dicho, al primero de nuestros tres hombres.

Tras asistir con diligencia a muchas reuniones de izquierda, tanto públicas como privadas –pues Tom era, por encima de todo, un hombre metódico que, si se implicaba en algo, lo hacía siempre por completo– alzó la mano una noche en medio de una discusión sobre la Reforma Agraria de Venezuela y dijo:

–Quiero pedir permiso para preguntar algo.

Siempre que hacía eso nos reíamos de él, porque solía levantar la mano para pedir permiso para hablar, o para irse, o para tener una opinión sobre algo. No nos dábamos cuenta de aquello no respondía a una formalidad superficial, o a un hábito, sino a su característica más representativa.

La reunión ya llevaba mucho rato y estaba en esa fase en que el suelo queda lleno de tazas vacías de café, vasos de cerveza y ceniceros llenos. Algunos se habían ido ya.

Quería saber qué debía hacer.

–Quiero gozar del beneficio de vuestros expertos consejos.

En realidad, ya había tomado la decisión que nos quería consultar.

Tras unos dos años de vida más dual que doble –pues la doblez implica la existencia de un secreto–, su jefe en la Central de Correos lo había llamado para preguntarle cómo le iba su vida con la Izquierda. Tom era tan obstinadamente informativo con él como con nosotros y le había dicho que éramos gente interesante, bien informada y llena de un idealismo de primera magnitud que él consideraba inspirador.

–Siempre me siento bien después de asistir a sus reuniones –nos contó que le había dicho–. Me hacen salir de mí mismo y me obligan a pensar.

Su jefe contestó que, por su parte, disfrutaba siempre que oía hablar de idealismo y de pensamiento progresista, e invitó a Tom a entregar informes sobre nuestras actividades, nuestras conversaciones y, muy particularmente, sobre nuestros planes para el futuro, con la mayor anticipación posible.

Tom nos dijo que había contestado a su jefe que «no le gustaba la idea de hacer algo así sin nuestro conocimiento porque, se diga lo que se diga de los rojos, son gente muy hospitalaria».

El jefe le había respondido que se lo pedía por el bien de su país.

Tom venía a decirnos que había aceptado el encargo de su jefe porque quería colaborar con los esfuerzos de guerra de la nación.

A todo el mundo le pareció claro que, tras contarnos que había aceptado espiarnos, sin duda –pues formaba parte de su naturaleza– iría luego a su jefe para contarle que nos había contado que había aceptado espiarnos. Después volvería a nosotros para contarnos que le había contado a su jefe que..., etcétera. Y así indefinidamente, salvo que su jefe se hartara. Tom no se daba cuenta de que al poco tiempo su jefe lo consideraría incapacitado para el espionaje y tal vez incluso lo despidiera de su trabajo de cartero, cosa que nos hubiera creado un problema. Después de eso, su jefe encontraría probablemente otra persona para que le pasara información.

Fue Harry, uno de los otros dos carteros que acudían a las reuniones del Club de la Izquierda, quien sugirió que probablemente sería a él a quien propondrían espiarnos ahora que Tom se había delatado. Tom se enfadó cuando todo el mundo empezó a especular sobre si lo más probable era que lo sustituyera Harry o Dick. Desde su punto de vista, su franqueza absoluta, tanto con nosotros como con su jefe, era merecedora de recompensa. Creía que debía conservar su puesto de trabajo. Dios sabe cómo concebía el futuro. Probablemente creía que tanto su jefe como nosotros seguiríamos empleándolo. Nosotros para averiguar cómo se movía nuestro correo entre las barreras de la censura y para acelerarlo en la medida de lo posible; su jefe para espiarnos. Cuando hablo de emplear no quiero que nadie imagine que eso implicaba pago alguno. Al menos, no por nuestra parte, sin duda, su acicate debía ser la ideología; su recompensa, la sinceridad.

A estas alturas se habrá notado ya que nuestro Tom no era lo que se dice brillante. Sin embargo, era un joven bastante agradable. Tenía buen aspecto, unos veintidós años. La limpieza era su principal característica física. Limpias eran sus ropas; llevaba un bigotillo oscuro y despierto; una melena morena, lustrosa y bien peinada. Sus manos, más bien pequeñas, llevaban siempre las uñas muy cuidadas; rasgo que podía resultar ofensivo para los buenos habitantes de las colonias, con buen ojo para detectar esa clase de pruebas de escasa masculinidad. Sin embargo, Tom había emigrado poco antes, apenas antes de la guerra, y aún no había absorbido nuestras costumbres. Tal vez no se hubiera dado cuenta todavía de que a los auténticos Rodhesianos, al menos en esa época, no les gustaban los hombres de aspecto cuidado.

Pese a nuestra cómica predicción de que Tom se vería obligado a contarle a su jefe lo que nos había contado, y pese a su rígida aseveración de que tal supuesto era imposible, se vio obligado a hacerlo. Luego nos informó de que su jefe se había «cabreado con él».

Pero el asunto no terminó ahí. Le ofrecieron enseñarle a censurar el correo. Contestó a su jefe que el honor le obligaba a contárnoslo y el jefe dijo:

–Por el amor de Dios. Dígales lo que le dé la gana. No será usted quien escoja lo que debe censurarse.

Ya he dicho que en esa época no era una ciudad muy sofisticada y aquella situación en la que «todo el mundo conoce a todo el mundo» provocaba sin remedio esa clase de situaciones humanas tan cálidas.

Aceptó la oferta por la siguiente razón: «Mi madre siempre me decía que quería que me fuera bien, y si acepto la propuesta de convertirme en censor pasaré al Grado Tres, lo cual representa un aumento anual de 50 libras».

Lo felicitamos e insistimos en que nos mantuviera informados acerca de cómo se preparaba a los censores, propuesta que aceptó. Poco después terminó la guerra y toda la camaradería de entonces desapareció en cuanto empezó la Guerra Fría. El fermento de la actividad de izquierdas también se acabó.

No volvimos a ver a Tom, pero supimos de sus progresos, lentos pero seguros, en el Servicio Civil. Lo último que supe fue que dirigía un departamento entre cuyas actividades se incluía la censura. Me lo imagino, un hombre de unos cincuenta años, casado y sin duda padre, pensando en el baúl de los recuerdos, en los tiempos en que perteneció a una peligrosa organización revolucionaria. «Sí –dirá a menudo–, no hay nada de ellos que no sepa. Son idealistas, eso lo puedo garantizar, pero son muy peligrosos. ¡Peligrosos y equivocados! ¡Los dejé en cuanto supe qué representaban de verdad!»

Sin embargo, de nuestros tres espías de Correos, Harry fue el que tuvo, al menos durante un tiempo, una carrera más compensatoria para los humanistas idealistas.

Era un escolar silencioso y desesperadamente tímido que vino a una reunión pública y se enamoró perdidamente durante una semana, más o menos, de la oradora, una muchacha que hablaba en público por primera vez y tan tímida como él. Su padre había muerto y su madre, como dirían los psiquiatras y las trabajadoras de Bienestar Social, era «inadecuada». O sea: no se le daba bien lo de ser viuda y tenía la salud frágil. Sus escasas energías se concentraban en ganar el dinero suficiente para mantener a sus dos hijos. Regañaba a Harry por su falta de ambición, por no preparar los exámenes que habían de permitirle el ascenso en el escalafón de Correos... y por perder el tiempo con los rojos. Durante tres años, dedicó todo su tiempo libre a la organización de la izquierda: preparaba exhibiciones, alquilaba salas y salones, decoraba bailes para obtener fondos, conseguía publicidad para nuestra revista socialista (dos mil ejemplares), la diseñaba y la vendía. Discutía cuestiones de principios con los consejeros del ayuntamiento: «No es justo negarnos el uso de la sala, estamos en un país democrático, ¿no?». Y pasaba al menos tres noches por semana discutiendo las cosas del mundo en habitaciones llenas de humo.

En aquella época hubiéramos considerado irredimible a cualquiera que lo sugiriese, pero ahora me atrevería a decir que la principal función de aquellas reuniones era de orden social. Rodhesia del sur nunca fue exactamente un país hospitalario con quien tuviera algún interés ajeno al deporte y las copas, y la cincuentena de personas que acudían a las reuniones eran –ya pertenecieran a las fuerzas armadas, ya fueran refugiados europeos, o incluso nativos– almas necesitadas de buena compañía. Las reuniones eran amistosas y a veces duraban hasta el amanecer.

Una chica a la que nunca habíamos visto acudió a una reunión. Vio a Harry, un joven guapo, seguro de sí mismo, locuaz, enérgico y eficaz. Todos nos fiábamos de él.

Se enamoró, se lo llevó a su casa y su padre, reconociéndolo como un organizador nato, lo nombró director de su ferretería.

Eso nos lleva al tercer hombre, Dick. Bueno, hay cierta gente a la que no se debería permitir la asistencia a reuniones, debates, o situaciones similares para el fermento del intelecto. Vino a dos reuniones. Lo trajo Harry y lo describió como «entusiasta». El entusiasta era él. Dick se sentó en el suelo, sobre un cojín. Eran modos muy bohemios para un joven de buena educación. Arrugaba la frente como un cachorro mientras intentaba seguir aquellos pensamientos tan complejos, tan poco rodhesianos. Era, como Tom, un limpio y bien dispuesto joven. Quizás la Oficina de Correos, al menos en Rodhesia, sea una institución que atrae a la gente de orden. Recuerdo que me hacía pensar en uno de esos caramelos sencillos, simple azúcar con aromas químicos. O también parecía un bulldog, con su ferocidad acicalada en estado latente, sus ojillos saltones y su gruñido. Le

gustaba, como a Tom, la información concreta: «¿Debo deducir, entonces, que creéis que se puede cambiar la naturaleza humana?».

En la segunda reunión a que asistía se sentó y escuchó como en la primera. Al final preguntó si creíamos que el socialismo era bueno para un país que debía resolver la carga del asunto de los blancos.

No vino a ninguna reunión más. Harry dijo que nos había encontrado sediciosos y antirodesianos. Falsos, también. Le dijimos a Harry que fuera a preguntarle por qué nos encontraba falsos y volviera para contárnoslo. Resultó que Dick quería saber por qué el Club de la Izquierda, ya que tenía tan mala opinión de la dirección del país, no asumía el gobierno. De todos modos, pronto nos olvidamos de Dick, sobre todo porque Harry, en el cenit de su eficacia y utilidad general, ya derivaba con su futura esposa hacia la dirección de ferreterías. En esa época perdimos a Tom.

De pronto nos enteramos de que el Partido para la Democracia y la Libertad estaba a punto de celebrar una reunión de masas preliminar. Delegaron a uno de nosotros para que asistiera y descubriera qué estaba pasando. Me tocó a mí.

La reunión tuvo lugar en el salón lateral de la sala de baile de uno de los tres hoteles de la ciudad. Habían instalado un aparador para disponer las provisiones extraordinarias de cerveza y salchichas y cacahuetes que con tanta fruición se consumían durante los bailes semanales, una palmera en una maceta, tan alta que las hojas superiores quedaban aplastadas contra el techo, y una docena de sillas rígidas de comedor pegadas en fila a la pared. Había once personas en la sala, entre hombres y mujeres, incluido Dick. Al principio no fui capaz de entender por qué esa reunión me parecía tan distinta de aquellas en las que tanto tiempo había pasado, hasta que me di cuenta de la avanzada edad de los asistentes. A las nuestras sólo venían los jóvenes.

Dick llevaba su mejor traje, de franela gris oscura. Era una tarde muy calurosa. Tenía la cara morada por el esfuerzo y cubierta de sudor, que retiraba de la frente cada dos por tres con dedos impacientes. Leyó un apasionado documento con tono parecido a los manifiestos comunistas, que empezaba así: «¡Camaradas ciudadanos de Rodhesia! ¡Ha llegado la hora de la acción! ¡Alzaos, mirad alrededor y tomad vuestra herencia! ¡Pongamos en fuga a las fuerzas del Capital Internacional!».

Estaba de pie delante de las sillas, con su cabecita bien peinada inclinada sobre sus notas, escritas a mano y de difícil lectura en algún momento, de modo que sus inflamatorias imprecaciones se producían entre titubeos y tartamudeos, al tiempo que se corregía cada dos por tres, se secaba el sudor y luego se detenía para lanzar una mirada circular a los demás por toda la sala. Diez rostros atentos lo miraban como si fuera un salvador, o el líder de un partido.

El programa de aquel partido naciente era sencillo. Consistía en «apoderarse por medios democráticos pero con la mayor celeridad posible» de las tierras y la industria del país «con la intención de causar la menor inconveniencia posible» e instituir «en cuanto se pudiera» un régimen de auténtica igualdad y justicia en aquella «tierra de Cecil Rhodes».

Estaba intoxicado por las emanaciones de la admiración de la audiencia. Ya no se veían rostros tan ardientes y apasionados como aquellos (por desgracia, me di cuenta de cuánto fervor habíamos perdido) en nuestras reuniones del Club de la Izquierda, que derivaban desde hacía mucho tiempo por las agradables mareas del debate y la especulación intelectual.

Los rostros pertenecían a un hombre de unos cincuenta años, más bien gris y maltratado, quien se presentó como un profesor que «aspiraba a la reforma absoluta de todo el sistema educativo»; una mujer de mediana edad, viuda, mal vestida y fumando sin parar, que parecía haber superado mucho tiempo antes la barrera de lo soportable; un anciano con rostro angelical y sonrosado, enmarcado por mechones blancos, que dijo haber sido bautizado en honor a Keir Hardie; tres colegas, el hijo de la viuda y sus dos amigos; la mujer que atendía el guardarropas, quien había abierto aquella sala para instalar las sillas y luego se había quedado por puro interés, pues era su tarde libre; dos miembros de la RAE; Dick, el sindicalista; y una hermosa joven a quien nadie había visto antes y quien, en cuanto Dick terminó su manifiesto, se levantó para soltar un sermón vegetariano. Lo consideraron ajeno al orden del día. «Primero hemos de conseguir el poder y luego

nos limitaremos a hacer lo que desee la mayoría.» En cuanto a mí concierne, me separaba de ellos mi falta de fervor y la hostilidad de Dick.

Esto sucedía mediada la segunda guerra mundial, cuyo objetivo era derrotar a las hordas del Nacional Socialismo. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas tenía treinta años. Habían pasado más de ciento cincuenta desde la Revolución Francesa y todavía más desde la Revolución Americana que liquidó las tiranías británicas. Estaba a punto de celebrarse la independencia de la India. Habían pasado veinte años de la muerte de Lenin. Trostsky seguía vivo.

Uno de los escolares, amigo del hijo de la viuda, alzó la mano para decir con timidez, y callarse de inmediato, que «le parecía que debía de haber algún libro que pudieran leer sobre el socialismo y esas cosas».

—Claro que los hay —contestó el tal Keir Hardie, agitando sus mechones blancos al asentir—, pero no tenemos por qué seguir las normas escritas por países antiguos, cuando aquí tenemos uno totalmente nuevo.

(Conviene explicar que los blancos de Rodhesia, entonces igual que ahora, siempre se referían a «este país nuevo».)

—Por lo que se refiere a los libros... —dijo Dick, mirándome con todo el burlón control de sí mismo que había adquirido desde que, apenas una semana antes, abandonara su cojín en el suelo de nuestra sala de reuniones—, parece que a mucha gente no les sirven de nada. Así que, ¿para qué los queremos? Es todo absolutamente simple. No está bien que unos pocos sean dueños de toda la riqueza de un país. No es justo. Debería compartirse entre todos, a partes iguales, y entonces podríamos hablar de democracia.

—Claro, obviamente —dijo la chica guapa.

—Ah, sí —suspiró la pobre mujer cansada, al tiempo que apagaba con gesto enfático un cigarrillo y encendía otro.

—Quizá sería mejor que moviéramos un poco esa palmera —propuso la chica de guardarropía—. Parece que se interpone un poco.

Pero Dick no le permitió mostrar su concordancia de esa manera.

—Qué más da la palmera —dijo—. No es importante.

Fue en ese momento cuando alguien preguntó:

—Perdón, pero ¿cuándo intervienen los Nativos? —(En esos tiempos, a los habitantes negros de Rodhesia se los llamaba Nativos.)

Se consideró de un extremado mal gusto.

—La verdad, no creo que eso sea aplicable —contestó Dick, acalorado—. Sencillamente, no veo qué sentido tiene mencionar eso, salvo que sea para crear algún problema.

—Es que viven aquí —dijo uno de los miembros de las RAF.

—Bueno, si cabe la menor posibilidad de que nos mezclemos con los problemas de los negros, yo me retiro —dijo la viuda.

—Puede estar segura de que eso no ocurrirá —contestó Dick.

Mantén el control con firmeza, bien asido a la silla de montar, líder de todos tras haberse mantenido apenas media hora al frente de su reunión de masas.

—No lo entiendo —dijo la chica guapa—. Simplemente no lo entiendo. Hemos de tener una política para los Nativos.

Incluso doce personas en una sala pequeña, estuvieran allí para fundar un partido masivo o no, implicaban doce puntos de vista distintos, claros y defendidos con pasión. Al final hubo que posponer la reunión una semana para que quienes no habían podido expresar sus divergencias tuvieran ocasión de hacerlo. Asistí a la segunda reunión. Había quince personas. Los dos miembros de las RAF no estaban, pero había seis sindicalistas blancos del sector ferroviario que, tras enterarse de la fundación del partido, pretendían que se aprobara una resolución: «En opinión de los reunidos, se está forzando un avance demasiado rápido de los Nativos hacia la civilización y ese proceso debería frenarse por su propio bien».

En esos tiempos siempre se aprobaba esta resolución cada vez que se presentaba la oportunidad. Es probable que se siga haciendo.

Sin embargo, los nueve asistentes de la semana anterior consiguieron formar un sólido bloque de oposición ante aquel influjo externo de pensamiento; por supuesto, no se resistieron en defensa de los nativos, sino porque les parecía necesario resolver antes otros asuntos. «Primero hemos de tomar el país por medios democráticos. Eso no llevará mucho tiempo porque es obvio que nuestro programa es de pura justicia; luego ya decidiremos qué hacer con los Nativos.» Entonces se fueron los seis trabajadores ferroviarios y dejaron solos a los nueve de la semana anterior, quienes procedieron a fundar el Partido para la Democracia y la Libertad. Se nombró un comité director de tres personas para que redactaran una constitución.

Eso fue lo último que se supo de ellos, salvo por un panfleto ciclostilado bajo el título: «¡El capitalismo es injusto! ¡Unámonos para abolirlo! ¡Nos referimos a ti!».

Se acabó la guerra. Esa clase de fermento intelectual no se dio más. Los empleados de Correos, todos ellos de nuevo ciudadanos ejemplares que se entretenían debidamente con el deporte y otros desempeños similares, ya no contaban a los ciudadanos cómo y cuándo los censuraban.

Dick no siguió en Correos. El virus de la política había entrado en sus venas para siempre. De mero portavoz del socialismo de los blancos, tras las pullas que lo acusaban aspirar a un socialismo que excluía a la mayoría de la población, se convirtió en exponente de la opinión de que el desarrollo de los Nativos debía frenarse por su propio bien, y de allí pasó a consejero del Ayuntamiento, más adelante Miembro del Parlamento. Y eso sigue siendo hoy, un caballero distinguido de mediana edad, servidor infatigable de comités y comisiones parlamentarias, sobre todo de aquellos relacionados con los Nativos, materia en la que se lo considera toda una autoridad.

Un viejo bulldog de pura raza, eso es lo que es de la cabeza a los pies.

HISTORIA DEL HOMBRE QUE NUNCA SE CASABA

(The Story of a Non-Marrying Man)

Conocí a John Blakeworthy al final de su vida. Yo estaba empezando la mía, pues tenía diez o doce años. Esto sucedió a principios de los años 30, cuando la Depresión se había extendido desde Estados Unidos para llegar incluso hasta nosotros, en medio de África. La primera señal de la Depresión fue el incremento de personas que se buscaban la vida, o incluso de vagabundos.

Nuestra casa quedaba en una colina, en el punto más alto de la granja. Una sola pista cruzaba la granja entera, un sendero de tierra que empezaba unos diez kilómetros más allá en la estación de trenes, nuestro centro de compras y de correo, y se extendía hasta las granjas siguientes. Nuestros vecinos más cercanos estaban a cinco, siete y diez kilómetros de distancia, respectivamente. Veíamos brillar sus tejados bajo el sol, o refulgir a la luz de la luna entre todos aquellos árboles, barrancos y valles.

Desde la colina se veían las nubes de polvo que señalaban el paso de coches y camionetas por el camino. Solíamos decir: «Ése debe de ser Fulano, que va a recoger su correo». O también: «Cyril dijo que necesitaba un recambio para el arado porque se le ha roto, así que debe de ser ése».

Si la nube de polvo abandonaba el camino principal y se dirigía hacia nosotros entre los árboles, nos daba tiempo a encender el fuego y poner la pava a hervir. En las épocas de mucho trabajo para los granjeros eso ocurría pocas veces. Incluso en los tiempos más tranquilos, apenas venían tres o cuatro coches por semana, y otras tantas camionetas. Era sobre todo un camino de hombres blancos, porque los africanos iban a pie y usaban sus propios atajos, más rápidos. Era poco frecuente que llegara algún blanco a pie, aunque con la Depresión se volvió más común. Cada vez más a menudo veíamos llegar colina arriba, entre los árboles, algún hombre con un fardo de sábanas al hombro y un rifle balanceado en la mano. En el fardo siempre llevaban una sartén y una lata de agua, a veces un par de latas de carne de buey, o una Biblia, cerillas, un pedazo de carne seca. Alguna vez, aquellos hombres llevaban consigo un sirviente africano. Siempre se presentaban como prospectores, pues era una ocupación respetable. Algunos si prospectaban, casi siempre en busca de oro.

Una tarde, cuando ya se ponía el sol, llegó por el camino un hombre alto y encorvado, con traje de soldado, rifle y un fardo al hombro. Supimos que aquella noche tendríamos compañía. Las reglas de hospitalidad señalaban que no se podía rechazar a nadie que atravesara el monte para llegar a casa; les dábamos de comer y les ofrecíamos quedarse tanto tiempo como les hiciera falta.

El sol de África había dado a la piel de Johnny Blakeworthy un tono marrón oscuro y sus ojos, en medio de un rostro seco y arrugado, parecían grises y tenían el blanco muy inflamado. No hacía más que achinar los ojos, como si le diera el sol en la cara, y luego, en un acto de voluntad memoriosa, relajaba los músculos, de tal modo que su cara siempre estaba apretándose y soltándose alternativamente, como un puño. Era delgado: decía que había tenido la malaria poco tiempo antes. Era mayor: el sol no era el único responsable de las arrugas profundas de su cara. En el fardo, además de la inevitable sartén, llevaba una cacerola esmaltada de una pinta, una libra de té, algo de leche en polvo y una muda limpia. Llevaba pantalones caquis largos y gruesos para protegerse de los rasguños de zarzas y malezas, y camisa caqui de camuflaje. También tenía un suéter gris desteñido para las noches gélidas. Entre esas posesiones había un pedazo de saco lleno de maíz. La presencia del maíz era toda una definición que admitía poca ambigüedad, pues los africanos tenían como nutriente principal el porridge de maíz. Era barato, fácil de conseguir, se cocinaba deprisa y alimentaba mucho, pero los blancos no solían comerlo, al menos no como base de su dieta, porque no querían estar al mismo nivel que los africanos. El hecho de que aquel hombre lo llevara consigo provocó que mi padre, al hablar de él con mi madre más adelante, dijera: «Será que se ha vuelto nativo».

No era una crítica. Más bien, los blancos podían afirmar que alguien se había «vuelto nativo» con enfado, en función de un cierto *ethos* colectivo; pero con otra parte de sus mentes, o en momentos distintos, lo decían también con una amarga envidia. Pero eso ya es otra historia...

Por supuesto, a John Blakeworthy se le ofreció quedarse a cenar y a pasar la noche. Sentado a la mesa, bien iluminada y cubierta por toda clase de alimentos, no cesaba de repetir lo bien que le sentaba volver a ver comida de verdad, pero lo hacía con una vaga diplomacia, como si necesitara recordarse a sí mismo que debía sentir eso. Se le llenó el plato de comida y acabó con ella, pero se olvidaba de comer cada dos por tres, hasta tal punto que mi madre tenía que recordárselo poniéndole en el plato un trocito más de lomo, una cucharada de salsa, zanahorias y espinacas de guarnición del huerto. El caso es que al terminar no había comido mucho, ni había hablado demasiado, aunque la cena transmitiera la impresión de que se hablaba mucho y se ponía mucho interés en la comida, como en un banquete, de tan grande como era nuestra ansia de compañía y tantas preguntas que teníamos por hacer. Sobre todo preguntábamos los dos niños, pues la vida de aquel hombre que caminaba a solas y en silencio por el monte, a veces treinta kilómetros diarios, o más, que dormía solo bajo las estrellas, o bajo la luna, fuera cual fuera el tiempo de la estación, que buscaba oro cuando quería y se detenía a descansar cuando lo necesitaba... Esa vida, no hace falta decirlo, nos impulsaba a soñar en una vida distinta de la que nos correspondía por nuestra educación escolar y nuestros padres.

Sí nos enteramos de que llevaba en el camino «bastante tiempo, sí, ahora ya bastante tiempo». De que tenía sesenta años. De que había nacido en Inglaterra, en el sur, cerca de Canterbury. De que había pasado toda su vida de aventura en aventura arriba y abajo por Sudáfrica, aunque él no usaba la palabra aventura; éramos nosotros, los niños, los que la repetíamos hasta que nos dimos cuenta de que él se sentía incómodo. Había sido minero; por supuesto, había tenido su propia mina. Había sido granjero, pero no le había ido bien. Había tenido toda clase de trabajos, pero le gustaba «ser su propio jefe». Había tenido una tienda, pero «me pongo nervioso y necesito moverme».

Bueno, ya habíamos oído todo eso alguna vez; de hecho, cada vez que alguno de aquellos vagabundos llegaba a nuestra casa. No había nada que no fuera ordinario en su extraordinariedad, salvo, tal vez, —según recordamos más adelante, cuando pasamos días comentando su visita para obtener de ella todo el estímulo posible— el hecho de que no llevara ningún cedazo para buscar oro, ni le pidiera a mi padre permiso para buscarlo en nuestra granja. No recordábamos a ningún buscador de oro que no se hubiera excitado al conocer la granja, pues estaba llena de rocas fragmentadas y veteadas, zanjas y pozos que, según algunos, databan del tiempo de los fenicios. No se podía caminar cien metros sin ver huellas, tanto antiguas como modernas, de la búsqueda de oro. A ese distrito lo llamaban Banket, porque que sus vetas minerales tenían la misma formación que las de la cadena del mismo nombre. El mero apelativo era como una señal de llamada.

Sin embargo, Johnny dijo que quería seguir su camino en cuanto saliera el sol. Yo lo vi irse por el sendero, ya soleado y con todos los árboles sonrojados por la luz a un lado. Se perdió de vista arrastrando los pies, un hombre alto, demasiado flaco, bastante encorvado, con su traje caqui desteñido y sus zapatos de piel blanda.

Unos meses después, preguntamos a otro hombre que no tenía trabajo y se dedicaba a buscar oro si conocía a Johnny Blakeworthy y contestó que sí, claro que sí. Habló con indignación para contarnos que se había «vuelto nativo» en el valle. La indignación parecía falsa y dimos por hecho que aquel hombre también podía haberse «vuelto nativo», o que lo deseaba. Sin embargo, eso explicaba que Johnny no llevara cedazo, así como aquella sensación de que se sentía extraño, fuera de lugar, sentado a la mesa para cenar. «Volverse nativo» solía implicar «tener una mujer en el monte», pero no parecía que Johnny la tuviera.

—Dijo que ya estaba harto de mujeres y que quería quitárselas de la vista —explicó aquel visitante.

No he contado todavía lo que más nos llamó la atención de la visita de Johnny, porque en su momento sólo nos pareció algo agradablemente pintoresco. Hubo de pasar mucho tiempo antes de que la carta que nos envió se sumara a otras y estableciera un patrón.

Tres días después de la visita de Johnny recibimos una carta suya. Recuerdo que mi padre esperaba encontrar en ella, finalmente, una petición de permiso para buscar oro. En cualquier caso, era raro recibir una carta. Los vagabundos no solían llevar material para escribir en el fardo. La carta estaba escrita en papel Croxley azul e iba en un sobre Croxley, y la caligrafía era clara como la de un niño. Era una carta de agradecimiento. Decía que había disfrutado mucho de nuestra amable

hospitalidad y de la deliciosa cocina de la señora de la casa. Agradecía la oportunidad de habernos conocido. «Con mis mejores deseos, sinceramente tuyo, Johnny Blakeworthy.»

En otro tiempo había sido un niño bien educado de un pueblo de campo de Inglaterra. «Johnny, siempre que alguien te ofrezca su hospitalidad debes escribir luego para dar las gracias.»

Hablamos de aquella carta durante mucho tiempo. La debía de haber entregado en la primera tienda que encontrara tras salir de la granja. Quedaba a unos treinta kilómetros. Probablemente, compraría una hoja suelta y un único sobre. Eso significaba que los habría comprado en la parte africana de la tienda, donde se vendían artículos sueltos, con gran beneficio, por supuesto, para el comerciante. Habría comprado un solo sello y luego se habría acercado a la oficina de correos para entregar la carta en el mostrador. Luego, tras haber cumplido con las normas de su educación, se habría vuelto a la tribu africana con la que vivía, lejos de cualquier oficina de correos, de las cartas escritas y de los demás impedimentos que acompañaban a los hombres blancos.

Aún no sé cómo encajar el siguiente atisbo que tuve de aquel hombre en el patrón suyo que al final logré componer.

Fue años después. Yo era joven y estaba en una reunión de té. Era, como todas las demás, una excusa para cotillear, sobre todo, tratándose de chicas jóvenes casadas, acerca de los hombres y el matrimonio. Una chica que apenas llevaba un año casada y no quería sacrificar a su marido para el beneficio del grupo, se puso a hablar de su tía, que vivía en el estado de Orange Free.

—Estuvo casada muchos años con un hombre malo de verdad y luego él se levantó y se largó. Lo único que recibió de él fue una carta amable, no sé, como ésas que se envían después de una fiesta, o algo así. Le daba las gracias por el tiempo que habían pasado juntos. ¿Se puede superar eso? Y más adelante supo que en realidad nunca se habían casado porque él ya estaba casado con otra.

—¿Fue feliz? —preguntó una de nosotras.

—Se volvió loca del todo. Decía que había sido la mejor época de su vida.

—Entonces, ¿de qué se quejaba?

—Lo que le molestaba era tener que presentarse como soltera, cuando en realidad había pasado aquellos años como si estuviera casada de verdad. Y la carta la sacó de quicio: «Siento que debo escribirte y darte las gracias...». Algo así decía.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté, comprendiendo de pronto aquel cosquilleo que sentía en la mente.

—No me acuerdo. Johnny no sé qué más.

Eso fue todo lo que obtuve de aquella escena, la más clásica de Sudáfrica, la reunión matinal para el té en un porche grande y sombreado, con todas las bandejas llenas de pasteles y galletas de todas las clases, las jóvenes cotilleano mientras miraban a sus hijos jugar bajo los árboles, ocupando una mañana de sus vidas holgazanas antes de volver a sus casas para encontrarse la comida hecha, la mesa puesta y a sus maridos esperando. Han pasado treinta años desde ese té, y el pueblo aún sigue siendo tan pequeño que los hombres pueden acercarse a casa a comer con sus familias. Hablo de las familias blancas, claro.

La siguiente sorpresa llegó en forma de un cuento que leí en un periódico local, de esos que se imprimen a ratos libres en las imprentas responsables de periódicos mucho más importantes. Aquel se llamaba *Valley Advertiser*, y debía de tener una tirada de unos diez mil ejemplares. Tenía el siguiente titular: «El cuento premiado, “El Fragrante Aloe Negro”. Por nuestro nuevo descubrimiento, Alan McGinnery».

«Cuando no tengo nada mejor que hacer, me gusta pasear por Main Street para ver cómo nacen las noticias del día, captar fragmentos de conversaciones e inventar historias a partir de lo que oigo. A la mayor parte de la gente le gustan las coincidencias, les dan algo de qué hablar. Pero cuando son demasiadas provocan una desagradable sensación de que el largo brazo de la casualidad señala hacia una región en la que cualquier persona racional no puede sentirse cómoda. Esta mañana ocurrió algo así. Empezó en una floristería. Una mujer con una lista de la compra le dijo al florista:

»—¿Tiene aloe negro?

»Parecía una comida.

»—No sabía ni que existiera —contestó el florista—. Pero tengo una gran variedad de plantas suculentas. Le puedo vender una huerta de miniatura en una bandeja.

»—No, no, no. No quiero aloe normal. Y ya tengo de todo lo demás. Quiero Aloe Negro Oloroso.

»Al cabo de diez minutos estaba esperando en el mostrador de droguería de la farmacia Harry's para comprar un cepillo de dientes y oí que una mujer pedía una botella de Aloe Negro.

»“Vaya —pensé—, el Aloe negro vuelve a mi vida.”

»—No tenemos nada de eso —contestó la vendedora.

»Le ofreció rosas, madreselva, lilas, violetas blancas y jazmín, al tiempo que comentaba que el perfume del aloe negro debía de ser amargo.

»Al cabo de media hora estaba en una tienda de semillas y oí una petulante voz femenina que preguntaba:

»—¿Tenéis plantas suculentas?

»Enseguida supe lo que vendría después. Ya me había ocurrido antes, pero no recordaba cuándo, ni dónde. Nunca había oído hablar del Aloe Negro Oloroso y de pronto ahí estaba, tres veces en una hora.

»Cuando se fue la mujer, pregunté al dependiente:

»—Dígame una cosa, ¿existe algo que se llame Aloe Negro Oloroso?

»—Pues tiene usted la misma sospecha que yo —contestó—. Lo que pasa es que a la gente siempre le gusta lo que sea difícil de encontrar.

»En ese momento recordé dónde había oído aquel tono de tristeza, quejumbre, insistencia y ansiedad en una voz (¡que luego resultó ser más de una!), un tono que significaba que el Aloe Negro Oloroso representaba, en ese momento, el mayor deseo posible.

»Fue antes de la guerra. Yo estaba en El Cabo y tenía que llegar a Nairobi. Había recorrido aquella ruta antes y quería liquidarla con la mayor rapidez. Cada dos horas se pasa por alguna aldea, y son todas iguales. Calurosas y polvorientas. En un salón de té hay un grupo de jovencitos que toman helados y hablan de motos y estrellas de cine. En los bares, los hombres beben cerveza. El restaurante, si lo hay, es malo o pretencioso. La camarera no hace más que pensar en cuándo podrá largarse a la capital, cuyo nombre menciona como si fuera París o Londres, pero cuando llegas, al cabo de trescientos, u ochocientos kilómetros, apenas es más que otra aldea algo más grande, con las mismas calles polvorientas, el mismo salón de té, el mismo bar y cinco mil personas en vez de cien.

»Al atardecer del tercer día estaba en el Northern Transvaal y, cuando quise detenerme a pasar la noche, el sol se veía de un rojo sanguinolento entre la bruma del polvo y la calle principal estaba llena de gente y de ganado. Se celebraba la Feria Anual de Granjeros y el hotel estaba lleno. El propietario me dijo que había una mujer que aceptaba inquilinos en situaciones de emergencia.

»Era una casa solitaria al final de una calle rezagada y sin asfaltar, bajo un jacarandá. Era pequeña, tenía un emparrado marrón en el porche y el tejado casi cedía bajo una buganvilla morada. La mujer que salió a la puerta era una criatura rolliza, de cabello oscuro, con delantal rosa y las manos llenas de harina.

»Dijo que la habitación no estaba preparada. Le expliqué que había salido de Bloemfontein aquella misma mañana y contestó:

»—Pase, mi segundo marido vino de allí.

»Fuera no había más que polvo y un calor terrible, pero dentro la casa era acogedora, llena de flores, cintas, almohadones y vajillas expuestas en vitrinas. Había fotos del mismo hombre en cualquier rincón posible. No había modo de apartarse de ellas. Te sonreía desde la pared del baño y si abrías la puerta de un armario te lo encontrabas dentro, encerrado entre los platos.

»Se pasó dos horas preparando la comida, dijo una y otra vez que las mujeres se pasan el día entero cocinando lo que luego los demás se comen en cinco minutos, averiguó mis gustos y me ofreció distintas guarniciones. Mientras tanto, habló de su marido. Parece que cuatro años antes había llegado un hombre durante la semana de la feria para pedir alojamiento. A ella no le gustaba alojar a hombres solos porque era viuda, pero le pareció que tenía buen aspecto y una semana después estaban casados. Vivieron un sueño de felicidad durante once meses. Luego se largó y no

volvió a saber de él, salvo por una carta en la que le agradecía su amabilidad. La carta había sido como una bofetada. No se da las gracias a una esposa por ser amable, como si fuera una azafata, ¿no? Ni se le envían postales navideñas. El sí que había enviado alguna postal navideña después de largarse, ahí estaba, en la chimenea. Con sus Mejores Deseos para una Feliz Navidad. “Es que fue tan bueno conmigo –decía la mujer–. Me daba cada penique que ganaba, y eso que yo no lo necesitaba porque mi primer marido me dejó bien provista. Se consiguió un trabajo en el ferrocarril.” Después de él, la mujer no podía mirar a ningún otro hombre. Ninguna mujer que supiera algo de la vida lo habría hecho. Tenía sus defectos, claro, como todos. Era inquieto y melancólico, pero ella se daba cuenta de que la había amado con sinceridad y, en el fondo, era un hombre familiar.

»Así siguió el asunto hasta que cantaron los gallos y me empezó a doler la cara de tanto bostezar.

»A la mañana siguiente seguí hacia el norte y esa misma noche, en Rodhesia del sur, entré en un pueblo pequeño lleno de polvo y de gente que paseaba con sus mejores ropas entre el ganado. El hotel estaba lleno. Era la semana del Festival.

»Al ver la casa pensé que el tiempo había retrocedido veinticuatro horas, porque las trepadoras hundían el tejado y el porche emparrado y el polvo rojo rodeaban la casa. La atractiva mujer que me abrió la puerta era rubia. Detrás de ella, por la puerta abierta vi en la pared un retrato del mismo rubio guapo con aquellos ojos grises y duros rodeados de arrugas abrasadas por el sol. En el suelo jugaba un niño, evidentemente su hijo.

»Explicué de dónde venía y ella contó con nostalgia que su marido había llegado de allí mismo tres años antes. Era todo igual. Incluso la casa por dentro era como la otra, cómoda, recargada y llena de cosas. Pero necesitaba las atenciones de un hombre. Todos los objetos reclamaban la atención de un hombre. Cenamos juntas y me habló de su «marido» –que había durado hasta el nacimiento del hijo y unas pocas semanas más– con la misma voz impaciente, ansiosa, amarga y urgente de su hermana de la noche anterior. Mientras la escuchaba, tuve la ridícula sensación de que al prestarle tanta atención era desleal con la otra «esposa» abandonada seiscientos kilómetros más al sur. Claro que tenía sus defectos, dijo la mujer. A veces bebía demasiado, pero ya se sabe cómo son los hombres. Y a veces se pasaba semanas enteras soñando despierto y ni siquiera escuchaba. A pesar de todo eso, era un buen marido. Había conseguido un trabajo en el departamento de ventas de una tienda de maquinaria agrícola y trabajaba mucho. Estaba tan encantado cuando nació el crío... Y luego se fue. Sí, le había escrito una vez, una larga carta donde afirmaba que nunca olvidaría su “cariñosa amabilidad”. Le había molestado mucho la carta. Qué cosa tan rara, ¿no?

»Mucho después de la media noche me acosté bajo un retrato tan grande de aquel hombre que me sentí incómodo. Era como si alguien me vigilara mientras dormía.

»A la noche siguiente, cuando tenía que abandonar Rodhesia del sur para entrar en Rodhesia del norte, me puse a buscar algún pueblecito lleno de nubecillas de polvo rojo y de ganado, una casa pequeña, una mujer que esperara. No había ninguna razón para no pensar que aquello continuaría hasta Nairobi.

»Sin embargo no fue hasta el día siguiente, circulando por el Cinturón del Cobre que lleva a Rodhesia del Norte, cuando llegué a un pueblo lleno de coches de gente. Había un baile esa noche. Los hoteles grandes estaban llenos. La señora a cuya casa me enviaron era rolliza, pelirroja, voluble. Dijo que le encantaba acoger a la gente, aunque no le hacía ninguna falta, pues si bien su marido tenía algunos defectos (cosa que dijo en un tono que podía parecer de odio) ganaba un buen sueldo trabajando de mecánico en un garaje. Antes de casarse ella se ganaba la vida alquilando habitaciones a los viajeros, y así había conocido a su marido. Mientras lo esperábamos para cenar, me habló de él.

»—Cada noche hace lo mismo. ¡Todas las noches de mi vida! Parece que no es mucho pedir que venga a casa a comer a la hora adecuada en vez de esperar a que se pase la comida, pero en cuanto entra en el bar con los demás hombres no hay manera de sacarlo de allí.

»En su voz no había rastro de lo que había percibido en las de las otras dos mujeres. Y siempre me he preguntado si, en su caso, la ausencia también la llevó finalmente a tomarle más cariño. Suspiraba con frecuencia profundamente y decía que cuando eres soltera te quieres casar y cuando

estas casada quieres ser soltera, pero lo que más le molestaba es que ya se había casado antes y tenía que haber aprendido la lección. Aunque aquel marido era mucho mejor que el anterior, de quien se había divorciado.

»No llegó hasta que cerró el bar, más tarde de las diez. No era tan guapo como parecía en las fotografías, pero eso se debía a que llevaba el mono de trabajo manchado de grasa e incluso tenía petróleo en la cara. Ella lo riñó por llegar tarde y por no lavarse, pero él se limitó a contestar:

»—No intentes domesticarme.

Al terminar la cena ella preguntó en voz alta por qué se pasaba la vida cocinando y trabajando como una esclava para un hombre que ni siquiera se fijaba en lo que comía y él contestó que no hacía falta que se preocupase porque tenía toda la razón, efectivamente no le importaba lo que comiera. Se despidió de mí con un gesto y volvió a salir. Regresó pasada la medianoche, con la mirada extraviada, y al abrir la puerta dejó entrar una corriente fría de aire en la habitación, calentada por la lámpara.

»—¿Así que has decidido volver? —se quejó ella.

»—He salido a pasear un poco por la cañada. Hay tanta luna que se podría leer. El viento lleva un poco de lluvia.

Le rodeó la cintura con un brazo y sonrió. Ella olvidó sus amarguras y devolvió la sonrisa. El vagabundo había vuelto a casa.»

Escribí a Alan McGinnery y le pregunté si había basado aquella historia en algún modelo. Le expliqué por qué lo quería saber, le hablé del anciano que había cruzado el monte para llegar a nuestra casa quince años antes. No había razón para pensar que fuera el mismo hombre salvo por un detalle, las cartas que escribía, siempre parecidas a las notas de agradecimiento que se envían tras una fiesta o una visita.

Recibí esta respuesta: «Quedo en deuda con usted por su interesante e informativa carta. Tiene razón al pensar que mi cuentito se basa en la vida real. Sin embargo, en muchos aspectos se aleja de los hechos. Me tomé libertades con el aspecto temporal de la historia, para adelantarla unos cuantos años, no, décadas, y situarla en un ambiente moderno. Porque la época en que Johnny Blakeworthy amaba y abandonaba a tantas mujeres jóvenes —me temo que era malo de verdad— se ha borrado ya en el recuerdo, salvo para los más ancianos. Ahora todo es tan tranquilo y fácil. Eso que llaman “civilización” se ha apoderado de nosotros. Pero me daba miedo que si situaba a mi “héroe” en su ámbito real resultaría demasiado exótico para los lectores de hoy en día, quienes leerían la historia sólo por conocer el entorno, que les resultaría más interesante que el personaje.

»Fue poco después de terminar la guerra de los Boer. Yo me presenté voluntario, como correspondía a un joven, por pura excitación, sin saber qué clase de guerra era aquella. Luego decidí no volver a Inglaterra. Pensé en probar las minas y por eso fui a Johannesburgo, donde conocí a mi mujer, Lena. Era la cocinera y ama de casa de una pensión para hombres, un trabajo duro en una época dura. Había tenido un hijo de Johnny y creía estar casada con él. Yo también lo creí. Cuando empecé a averiguar descubrí que no estaban casados porque los papeles que había presentado él eran falsos. Eso nos lo puso todo más fácil en un sentido práctico, pero también empeoró las cosas en otro sentido. Porque ella estaba amargada y me temo que nunca superó el daño sufrido. Pero nos casamos y me convertí en el padre de su hijo. En ella se basaba la segunda mujer de mi cuento. La describo como una mujer casera y, a su manera, delicada. Incluso cuando cocinaba para todos aquellos mineros, manteniendo a su hijo, y a sí misma, con una pésima paga, viviendo en una habitación poco más grande que una perrera, lo conservaba todo limpio y hermoso. Eso fue lo que me atrajo de entrada. Me atrevería a decir que también eso atrajo a Johnny, al menos al principio.

»Más adelante, mucho más adelante porque el niño ya era mayor, o sea que era después de la Guerra Mundial, oí por casualidad a alguien hablar de Johnny Blakeworthy. Era una mujer que había estado “casada” con él. A Lena y a mí nunca se nos había ocurrido que hubiese traicionado a más de una mujer. Tras pensarlo mucho decidí no contárselo nunca. Pero yo sí quería saber. A esas alturas, había investigado con cuidado. La pista empezaba, al menos para mí, en la provincia de El Cabo, con una mujer de la que había oído hablar y a quien luego había encontrado. Era la primera de mi cuento, una bella mujercita rolliza. Johnny se había casado con ella cuando era la hija de un

granjero Boer, bien rico. No hace falta que le cuente que ese matrimonio no fue muy popular. Tuvo lugar justo antes de la Guerra de los Boer y estaban a punto de ocurrir sucesos muy desagradables, pero aquella muchacha tuvo la valentía de casarse con un inglés, un *roinek*. Sus padres se enfadaron, pero luego se portaron bien y la acogieron cuando él la dejó. Con ésta sí que se casó, y por la iglesia, con todos los papeles correctos y legales. Creo que fue su primer amor. Luego, ella se divorció. Para aquella gente tan simple, un divorcio era algo terrible. Ahora las cosas han cambiado mucho y la gente ni se imagina lo estrechos y religiosos que eran entonces. Aquel divorcio perjudicó su vida entera. No volvió a casarse. ¡Y no porque no quisiera! Se había peleado con sus padres al decir que quería divorciarse, y todo precisamente porque se quería volver a casar. Pero nadie se casaba con ella. En aquella comunidad rural tan anticuada, en esa época, se convirtió en la Mujer Escarlata. Bien triste, porque era una mujer agradable de verdad. Lo que más me sorprendió fue que hablara de Johnny sin ninguna amargura. Incluso veinte años después, lo seguía queriendo.

»A partir de ella seguí otras pistas. Contando a mi propia esposa, encontré a cuatro mujeres en total. En mi cuento las convertí en tres: la vida siempre es mucho más espléndida con la casualidad y el drama de lo que se atrevería cualquier escritor de ficción. La pelirroja que describí en el cuento era camarera de un hotel. Odiaba a Johnny. Pero no me cupieron muchas dudas acerca de lo que pasaría si él se largaba.

»Le expliqué a mi mujer que había estado jugando al cazador. No quería remover una vieja desdicha. Cuando murió, escribí la historia del viaje de una mujer a otra, ya todas entradas en la mediana edad, y todas “casadas” en algún momento con Johnny. Pero tuve que cambiar la ambientación de la historia. ¡Qué rápido ha cambiado todo! Hubiera tenido que describir a la familia Boer en su granja, tan simples y anticuados, gente buena y desconfiada. Y su hija mayor: la “mala”. Ya no quedan chicas así, ni siquiera en los conventos. ¿En qué lugar del mundo se encuentran hoy en día chicas educadas con esa rigidez y esa estrechez de miras, como en las granjas de los Boer hace cincuenta años? Y aun así tuvo el coraje de casarse con su inglés, eso es lo maravilloso. Luego hubiera tenido que describir las explotaciones mineras de Johannesburgo. Después, la vida de una mujer casada con un tendero en el monte. Su vecino más cercano estaba a setenta kilómetros, y en esos tiempos no había coches. Por fin, la época del principio de Bulawayo, cuando parecía más una barriada que una ciudad. No, lo que me interesaba era Johnny; por eso decidí modernizar la historia, para que el lector no se distrajera con lo que ha está pasado y olvidado.»

Supe de los últimos años de Johnny por un amigo africano que conocía la aldea donde murió aquel. Johnny llegó a la aldea, pidió ver al Jefe y cuando éste se reunió con el consejo de ancianos, solicitó permiso formal para vivir en la aldea, no como hombre blanco, sino como africano. Todo eso era correcto y educado, pero a los ancianos no les gustó. La aldea quedaba muy lejos de los centros del poder blanco, hacia Zambesia. La vida tradicional, en términos comparativos, había cambiado muy poco, no como en las tribus cercanas a las ciudades de los blancos, cuyas estructuras se habían desplomado para siempre. La gente de aquella tribu valoraba mucho su distancia de los blancos y temía su influencia. Por lo menos los ancianos. Aunque no tenían nada en contra de aquel blanco como persona –al contrario, les parecía más humano que la mayoría–, no querían un blanco en su vida. Pero, ¿qué podían hacer? Tenían una fuerte tradición de hospitalidad: debían ofrecer refugio y alimento a los extraños, a los visitantes. Y eran democráticos: el comportamiento de un hombre determinaba su valor, y echar a un individuo por los defectos del grupo al que pertenecía iba en contra de sus creencias. También puede ser que tuvieran algo de curiosidad. Aquella gente no había visto más blancos que los recaudadores de impuestos, policías, comisarios de los nativos, todos ellos fríamente oficiales o arbitrarios. Aquel blanco se comportaba como un suplicante, se quedaba sentado en silencio en las afueras de la aldea, más allá de las chozas, bajo un árbol, esperando que el consejo se decidiera. Al fin le permitieron quedarse con la condición de que compartiera la vida de la aldea en todos los aspectos. Probablemente creyeron que con dicha condición se librarían de él. Sin embargo, siguió viviendo allí hasta que le llegó la muerte, seis años, con pequeños viajes, acaso para acordarse de la vida estridente que había abandonado. Y en uno de esos viajes apareció en nuestra casa y se quedó a pasar una noche.

Los africanos lo llamaban Cara Enfadada. El nombre implicaba que sólo su cara mostraba enfado. Era por aquella costumbre de apretar y luego soltar los músculos faciales. También lo llamaban Hombre sin Hogar y Hombre que no tiene Mujer.

Las mujeres lo encontraban intrigante, a pesar de sus sesenta años. Pasaban junto a su choza, murmuraban sobre él, le llevaban regalos. Algunas se le ofrecían, incluso algunas jóvenes.

El Jefe y su consejo de ancianos deliberaron de nuevo, bajo el árbol grande del centro del poblado y luego lo llamaron para que escuchara el veredicto.

–Necesitas una mujer –le dijeron.

Pese a todas sus protestas, lo convirtieron en condición para su permanencia entre ellos por el bien de la armonía de la tribu.

Escogieron para él una mujer de mediana edad cuyo marido había muerto de unas fiebres contagiosas y que no tenía hijos. Dijeron que no podían esperar que un hombre de su edad prestara a ningún niño la atención y la paciencia necesaria. Según mi amigo, que era un chiquillo y había oído hablar mucho de aquel blanco que prefería vivir como ellos, Johnny y su nueva esposa «convivían con amabilidad».

Mientras escribía esta historia, he recordado otra cosa. Cuando iba al colegio en Salisbury, había una chica que se llamaba Alicia Blakeworthy. Tenía quince años y a mí me parecía mayor. Vivía con su madre en las afueras de la ciudad. Su padrastro las había abandonado. Se había largado.

Su madre tenía una casa pequeña, con un jardín grande, y aceptaba inquilinos de pago. Johnny había sido uno de ellos. Había trabajado como guardia de caza forestal en la zona del río Zambesi y había contraído una grave malaria. Ella fue su enfermera. Se casó con ella y aceptó un trabajo de dependiente en la tienda local. «Fue un mal marido para mamá –decía Alicia–. Terrible. Sí, aportaba dinero, no se trataba de eso. Pero era un hombre frío y duro de corazón.» No les hacía compañía. Se sentaba a leer, o a oír la radio, o paseaba toda la noche a solas. Y nunca apreciaba lo que se hiciera por él.

Ah, cómo odiábamos todas las colegialas a aquel monstruo. Menuda bestia despiadada.

Sin embargo, desde el punto de vista de Johnny, había pasado cuatro años en una casita de pueblo sofocante, rodeado por un jardín doméstico. Había trabajado de ocho a cuatro vendiendo ultramarinos a mujeres perezosas. Al llegar a casa, su dinero, el oro que había ganado trabajando como un esclavo, se gastaba en chocolatinas, revistas, vestidos, cintas para el pelo para su hijastra urbanita. Tres veces al día lo invitaban a sentarse a la mesa delante de un roast beef, pollo, pudines, pasteles y galletas.

Intentaba compartir su filosofía de la vida:

–¡Antes me sobraban diez chelines por semana para comer!

–¿Por qué? ¿Para qué? ¿De qué sirve?

–Porque así era más libre, para eso sirve. Si no gastas un montón de dinero no necesitas ganarlo y entonces eres libre. ¿Por qué tienes que gastar dinero en toda esa basura? Puedes comprar un pedazo de carne de pecho de ternera por tres chelines, luego lo hierves con una cebolla y te da para vivir cuatro días. Se puede vivir muy bien a base de maíz. Yo, en el monte, solía hacerlo.

–¿Maíz? ¡No pienso comer cosas de nativos!

–¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

–Si no lo puedes entender por ti mismo, no te puedo ayudar.

Es posible que fuera entonces, con la madre de Alicia, cuando se le ocurrió por primera vez la idea de «volverse nativo».

–Puestos a gritar, ¿por qué tiene que haber siempre pastel? ¿Por qué tantos vestidos nuevos? ¿Para qué necesitas cortinas nuevas, o mejor dicho, para qué cualquier clase de cortinas? ¿Te molesta la luz del sol? ¿Por qué quieres tatarla? ¿Por qué?

Aquel «matrimonio» duró cuatro años, pelea tras pelea.

Luego se fue al norte, lejos de las ciudades de los blancos, y se metió en los terrenos que aún no estaban «habilitados para asentamientos de blancos», donde vivían todavía los africanos según sus costumbres tradicionales, aunque no por mucho tiempo. Y allí por fin encontró una vida que le sentaba bien y una mujer con la que pudo convivir amablemente.